

NICK
ALEXANDER

Un viaje entre dos luces

Traducción de Roberto Falcó



amazon crossing 

Un viaje entre dos luces

NICK
ALEXANDER
Un viaje entre
dos luces

Traducción de Roberto Falcó

amazoncrossing 

Título original: *You Then, Me Now*

Publicado originalmente por Lake Union Publishing, Estados Unidos, 2019

Edición en español publicada por:

Amazon Crossing, Amazon Media EU Sàrl

38, avenue John F. Kennedy, L-1855, Luxembourg

Noviembre, 2019

Copyright © Edición original 2019 por Nick Alexander

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2019 traducida por Roberto Falcó Miramontes

Adaptación de cubierta por PEPE *nymi*, Milano

Imagen de cubierta © Serg64 © John_Walker / Shutterstock; © Arman Zhenikeyev © Matteo

Colombo / Getty Images

Producción editorial: Wider Words

Primera edición digital 2019

ISBN Edición tapa blanda: 9782919804290

www.apub.com

SOBRE EL AUTOR

Nick Alexander nació en 1964 en el Reino Unido, en una familia de pintores, y empezó a cultivar su pasión por la escritura desde la infancia. Ha vivido y trabajado en Inglaterra, Estados Unidos y Francia.

Su carrera como escritor autopublicado empezó en 2001. Aunque ya había cosechado importantes éxitos de ventas, la publicación en 2010 de *The Case of the Missing Boyfriend* y su continuación *The French House* lo llevó a vender más de 300.000 ejemplares. La consagración le llegó en 2015 con *The Photographer's Wife* y *El otro hijo*, dos dramas familiares con más de un millón de lectores, un hecho que hace de Nick Alexander el tercer autor *indie* más vendido del Reino Unido. Estos éxitos han dado pie a la traducción de varias de sus obras.

Tras una breve relación con editoriales que se interesaron por sus libros anteriores, en 2014 regresó al mundo de la autopublicación, un proceso que le resulta mucho más interesante y divertido que el mundo de la edición tradicional.

INDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1 BECKY

CAPÍTULO 2 LAURA

CAPÍTULO 3 BECKY

CAPÍTULO 4 LAURA

CAPÍTULO 5 BECKY

CAPÍTULO 6 LAURA

CAPÍTULO 7 BECKY

CAPÍTULO 8 LAURA

CAPÍTULO 9 BECKY

CAPÍTULO 10 LAURA

CAPÍTULO 11 BECKY

CAPÍTULO 12 LAURA

CAPÍTULO 13 BECKY

CAPÍTULO 14 LAURA

CAPÍTULO 15 BECKY

CAPÍTULO 16 LAURA

CAPÍTULO 17 BECKY

CAPÍTULO 18 LAURA

EPÍLOGO BECKY

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

Se mira fijamente los dedos de los pies. Tiene las piernas extendidas sobre el azul reluciente de la piscina y se sorprende al ver el esmalte de uñas verde lima. No recuerda habérselas pintado de ese color. Pero es bonito, decide. Y crea un precioso contraste con el mosaico de la piscina bañado por el sol. Al menos en verano, quizá, el verde sea el nuevo rosa.

Cierra los ojos y vuelve la cara hacia el cielo. Nota el roce del calor del sol en los párpados. Por un instante, el mundo se torna rojo y cálido. Nunca se había sentido tan relajada.

Una suave brisa le acaricia el cuerpo, seguida de una ráfaga de aire más frío, así que abre los ojos y ve las hojas del árbol que hay en el otro extremo de la piscina agitadas por el viento. Cambian de un tono claro a otro oscuro muy rápidamente, como los píxeles de una pantalla estropeada, incapaces de tomar una decisión.

El viento sopla de nuevo y se le pone la piel de gallina en los brazos; mientras busca la camiseta, ve que tres hojas de papel salen volando de la mesa y se posan en la superficie del agua.

Su reacción inicial es reírse. «Es la ley de Murphy —piensa—. Podrían haber caído en cualquier parte, pero no, han tenido que acabar en la piscina».

Sin prisa, y sin dejar de sonreír, se levanta, se acerca al borde del agua y espera para pescar los folios. Se arrodilla y al hacerlo nota que el cemento quema; se inclina hacia delante y logra recuperar dos páginas. Las deja en el suelo para que se sequen, pero la tercera queda fuera de su alcance y ve que se hunde rápidamente, retorciéndose y doblándose. Entonces se levanta y se tira de cabeza con elegancia. El agua está más fría de lo que esperaba y se le corta la respiración.

Nada hasta el centro de la piscina, toma aire y se sumerge. Sabe que no aguantará. Es como si tuviera una sensación de *déjà vu* que intentara advertirle de lo que va a pasar.

Al principio, la luz del sol incide en sus brazos desnudos y siente el calor en la espalda. Pero a medida que se sumerge, persiguiendo la esquiva hoja, la luz se apaga y el agua cambia de azul a verde, y luego, lentamente, a un negro intenso.

La embarga el miedo. De pronto recuerda que la hoja de papel es muy importante (aunque, por extraño que parezca, no recuerda el motivo concreto). Pero la piscina es muy profunda, oscura y fría, y una misteriosa corriente arrastra el folio aún más al fondo.

Aquí también hay cosas, seres vivos. Nota su presencia. De repente tiene miedo, levanta la mirada al cielo y ve los rayos de sol lejos, muy muy lejos.

Suelta una burbuja de aire y observa cómo cambia de forma hasta descomponerse en burbujas más pequeñas a medida que asciende hacia la superficie. Cuando baja de nuevo la mirada, apenas ve el rectángulo de papel, que se precipita a gran velocidad hacia el fondo.

Presa del pánico, sigue descendiendo, a sacudidas; empieza a faltarle el aire. Y a pesar de que logra rozar el papel con la yema de los dedos, por mucho que se esfuerce al máximo y lo dé todo, cada vez que intenta agarrarlo al final se le escapa.

De pronto nota que algo le toca la pierna y oye un chasquido que le hace pensar en un pulpo. ¿Ha visto un documental sobre estos animales? ¿Acaso no producían un sonido muy parecido?

Ahora está convencida de que algo le agarra la pierna; algo que la asusta, algo que provoca su grito ahogado y la obliga a malgastar el poco aire que le queda en los pulmones. Gira la cabeza hacia arriba, pero la luz se ha desvanecido y ya no sabe hacia dónde debe mirar. «¿Y si la superficie queda abajo ahora?», se pregunta. Sabe perfectamente que a veces las cosas dan muchas vueltas, y de forma impredecible. La izquierda pasa a la derecha. La esperanza se convierte en desesperación.

Se impulsa con las piernas hacia el lugar donde debería estar la luz, pero no hay nada, solo la negrura más oscura e insondable. Una sensación de pánico desatado se apodera de ella e intenta impulsarse con todas las fuerzas para zafarse de eso que la ha agarrado del pie derecho cuando empieza, sí, lo nota, a ahogarse.

Entonces lo sabe, como si lo hubiera sabido desde el principio: es así como va a morir. Ese es el dónde, el cuándo y el cómo. «Se ahogó en una piscina», les oye decir. Una forma muy lamentable de morir; de risa, casi.

Sin embargo, oye una voz, distorsionada y filtrada por la masa de agua.

—Mamá —dice—. ¡Mamá! Sé que me oyes. ¡MAMÁ!

Nada hacia la voz, patatea para liberarse de eso que le agarra la pierna derecha y lucha con todas sus fuerzas para que, al menos, aquello que intenta retenerla sea consciente de su presencia. Y cuando exhala el último aliento, la última bocanada de aire que le resta en los pulmones, en el momento preciso en que se da cuenta de que no le queda más remedio que dejar que el agua invada su cuerpo, sale a la superficie y se encuentra empapada en sudor, con la pierna envuelta en una sábana, y abatida, una vez más, por haber perdido la maldita hoja de papel.

—¡Mamá! —le dice de nuevo la voz.

Oye un repiqueteo en la ventana y reconoce el ruido: es el chasquido que podría hacer el pulpo de sus sueños. Y el miedo se apodera de nuevo de ella.

Laura abre la boca para responder, pero no logra emitir ningún sonido, por lo que desliza la punta de la lengua por los dientes, traga saliva con cierta dificultad y lo intenta de nuevo.

—Enseguida voy, Becky —logra decir—. ¡Enseguida voy! Dame un minuto —repite, más alto.

CAPÍTULO 1

BECKY

Cuando tenía cinco años, me inventé a mi padre.

Era bombero y llevaba un uniforme muy almidonado y con botones de latón. Iba a todos lados en un camión rojo, con escalera telescópica en el techo.

A medida que pasaban los años, mi padre tuvo varios trabajos: fue, como ya he dicho, bombero, pero también policía y neurocirujano. De hecho, también fue presidente de Noruega durante un tiempo.

Esto último debería haberme dejado en evidencia ante mis compañeros de clase porque Noruega no tiene presidente: es una monarquía. Sin embargo, en la escuela primaria Salmestone nadie lo sabía. A decir verdad, creo que a la mitad de los maestros les habría costado encontrar Noruega en el mapa.

Así pues, en la escuela yo afirmaba con una certeza rotunda y en apariencia inquebrantable que mi padre se hallaba en la cima de esta o aquella profesión; en casa, en cambio, siempre era el Gran Misterio Innombrable.

Lo cierto era que había muerto antes de que yo naciera, eso lo sabía. Pero ignoraba quién había sido o los detalles de su muerte, y tampoco sabía por qué no podía siquiera mencionarlo.

A ver, no es que pensara demasiado en él, al menos no como en un ser concreto que había existido pero ya había muerto. Quizá ese sea un concepto demasiado complejo para una niña.

En general, era feliz: con mi madre, con mi vida y con mi padre astronauta (sí, esa fue otra de sus profesiones). De hecho, era yo más feliz con mi padre de fantasía que varios de mis compañeros con sus padres reales.

—¿Tu padre te pega? —recuerdo que me preguntó una amiga.

—¡Nunca! —respondí—. Pero siempre me trae bombones cuando vuelve de la estación espacial.

Era innegable que mi madre era real, por lo que no podía fingir que no me daba palmadas en las pantorrillas cuando salía de la escuela con las rodillas manchadas de barro, y tampoco podía simular que era algo más que la simple secretaria de una agencia inmobiliaria.

En cambio, sí tenía que inventarme lo que le pasaba por la cabeza, porque siempre me daba la impresión de que había algo sobre ella que se me escapaba. Siempre me parecía que me ocultaba un secreto y, al final, resultó que era cierto.

Mamá era una mujer nerviosa, delgada, de facciones afiladas y con pocos amigos de verdad. Con los años... digamos que se ha suavizado, tanto en el aspecto físico como en el psicológico, pero cuando yo era pequeña no resultaba fácil establecer un vínculo con ella, ni siquiera siendo su hija. Sin embargo, desde un punto de vista material, era un genio.

Para ella debió de ser muy duro ser madre soltera, pero a mí nunca me faltó de nada, aunque no fue gracias a mi abuela, una mujer católica muy devota, que siempre estaba enfadada con mamá por haberse quedado embarazada y conmigo por ser un recordatorio constante de los pecados de su hija.

Mamá lloraba a menudo cuando yo era pequeña. De hecho, mi primer recuerdo es de ella llorando. Aún vivíamos en una habitación junto a la estación, por lo que yo debía de tener menos de cinco años, porque cuando empecé a ir a la escuela mamá encontró trabajo y nos mudamos a un piso de protección oficial. Yo me desperté, me di cuenta de que mi madre estaba sollozando y me arrastré hasta los pies de la cama. En mi recuerdo me llevó un buen rato, de modo que a lo mejor aún era más pequeña. La abracé, como hacía ella conmigo cuando era yo la que lloraba, y le pregunté qué le pasaba.

Ella señaló la habitación y dijo:

—Ah, nada. Es por este sitio. A veces puede conmigo, eso es todo. Pero no te preocupes, soy un poco pava.

Recuerdo que me la imaginé como un pavo real, llorando. Y luego miré en torno a la habitación, desconcertada, intentando comprender cuál era el problema, porque a mí me parecía todo perfecto.

En un rincón teníamos uno de esos combis de horno y encimera, Baby Belling, creo que lo llamábamos. En la televisión ponían *Budgie the Little Helicopter*, y había un armario lleno de ropa y juguetes. También teníamos un sillón de terciopelo rojo de los antiguos inquilinos, con quemaduras de cigarrillo en las que podía meter los dedos, y unas cortinas naranja con un estampado que parecía de piruletas. En serio que no atinaba a imaginar qué más podía desear alguien.

Supongo que visto ahora debía de ser un lugar horrible. Tuvo que ser muy deprimente criar a una hija en un piso de una habitación, sola y en una ciudad en la que apenas tenía amistades.

Pero ¿y a mí? A mí me encantaba. Me gustaba que nuestro hogar fuera una especie de casa de muñecas y me gustaba que pasáramos todo el rato juntas y solas, siempre en la playa. Me gustaban las luces parpadeantes de la sala de juegos recreativos y el sonido de los trenes que pasaban al otro lado de la carretera. Me gustaba ir hasta el centro por el paseo marítimo, riéndonos del viento, que a veces soplaba con tanta intensidad que tenía que agarrarme a la mano de mamá con todas mis fuerzas para que no se me llevara volando. Por eso me costaba entender por qué estaba tan triste.

Cuando empecé a ir a la escuela, la situación mejoró un poco para ella, gracias a Dios. Encontró empleo: primero estuvo un tiempo en las oficinas de una empresa de taxis, luego como secretaria en una inmobiliaria en la que trabajó quince años. Y cuando cumplí los diez años, conoció a Brian.

Yo me aferraba a él como una lapa. Creo que tenía miedo de que un día saliera por la puerta y no volviera más, pero me han dicho que siempre estuve algo obsesionada con los hombres. En el supermercado me acercaba a ellos y los cogía de la mano, para saber qué se sentía. Al cumplir ocho años, empecé a intentar emparejar a mi madre conscientemente con los padres de mis amigas de la escuela, o con el vigilante de los parquímetros, o incluso con el tipo que tenía la tienda de dulces y caramelos. «¿Qué tal el hombre del labrador? —le preguntaba, buscando desesperadamente algo a lo que aferrarme e intentando sonsacarle más información para refinar mis criterios de búsqueda—. ¿Te parece guapo?». Pero mis sondeos no daban frutos y empecé a sospechar, a una edad muy temprana, que mi madre debía de tener algún «defecto de fábrica» y que por eso era incapaz de mantener una relación.

De modo que la llegada de Brian fue, cuando menos, inesperada. Era un tipo generoso, divertido y calvo (la calvicie era un punto a su favor, porque me gustaba sacarle brillo a su cabeza), y mantenía una actitud muy relajada ante algo que no era, visto con la perspectiva que da el tiempo, una relación especialmente plácida. Así que apareció en mi vida como caído del cielo.

Cuando yo tenía dieciocho años Brian dejó a mamá, lo cual fue una de esas sorpresas que con el tiempo resultan no ser tales. Yo siempre había tenido la impresión, y sin duda él también, de que mamá le ocultaba algo, de que le escamoteaba alguna cosa: su felicidad, sus ganas de divertirse... y, en última instancia, su amor.

Desde pequeña supe lo que se sentía al saber que era imposible llegar a conocer del todo a otra persona, porque era lo que yo vivía. El único tema del que no podía hablar era mi padre y sospechaba que la actitud distante de mi madre, su abatimiento, guardaban relación con ello.

Por lo general, cuando de forma torpe e infantil intentaba sacar el tema de quién era mi padre, o más bien de por qué no tenía uno, mi madre me daba largas. A veces me frenaba con un par de palabras bruscas, o alegaba un repentino dolor de cabeza, o se limitaba a guardar silencio, como si no hubiera oído la pregunta. Solo una vez, cuando yo tendría unos siete años, creo, logré que abordara el tema.

Tuve una rabieta perfectamente calculada. Me puse a patalear y le exigí que me explicara por qué yo, a diferencia de mis amigas de la escuela, no tenía padre. Mamá preparó un té, imaginó que para ganar algo de tiempo, y se sentó conmigo en el salón.

—Me resulta muy difícil hablar de ello —me confesó con gran sinceridad—, así que esta será la única vez que comentaré el tema. ¿Entendido?

Asentí con la cabeza. Recuerdo que me puse a temblar de la emoción porque nunca había logrado llegar tan lejos.

—Tu padre era un hombre adorable y muy guapo —dijo—, como tú. De hecho, os parecéis mucho físicamente. Yo lo quería con locura, pero, por desgracia, y esto me pone muy triste, tuvo un accidente y murió poco después de conocernos. Se me partió el corazón, pero luego llegaste tú y me hiciste muy feliz. ¿De acuerdo? Y ahora estamos tú y yo, que nos tenemos la una a la otra.

Asentí con un gesto pensativo.

—Pero... —intenté decir.

—¿Qué te parece si salimos y compramos un helado pequeño en la playa? —sugirió mamá.

—Pero... —insistí, haciendo un gran esfuerzo para no ceder a su habitual oferta tentadora, consciente de que no era más que un soborno.

—¿No te apetece un helado? —me preguntó ella—. Bueno, entonces...

Sabía por experiencia que la conversación se había acabado. También sabía que si no dejaba de inmediato el tema de mi padre, la oferta del helado quedaría en nada. De modo que me limité a sonreír, asentí con la cabeza y fui a por el abrigo. Mientras me lo ponía, recuerdo que me miré en el espejo del vestíbulo e intenté, en vano, imaginarme a un hombre que se pareciera a mí.

Si alguien trazara un gráfico de emociones, mi madre pocas veces habría abandonado la zona que se encuentra entre «normal» y «mordiendo limones». Quizá suene un poco duro, pero siempre lucía un gesto extraño, como si achinara los ojos, como si le dolieran o como si tuviera un dolor de muelas incipiente, tal vez. No entiendo cómo una persona tan alegre como Brian pudo aguantarla durante ocho años.

A pesar de todo, yo quería, y quiero, a mi madre. No deseo que se me malinterprete. La quiero tanto como a mi brazo derecho, mis ojos o mi corazón. Es y siempre ha sido el centro de mi mundo. Como seres humanos, hemos sido concebidos para amar a los demás a pesar de sus defectos, lo cual es una suerte porque, como raza, vamos sobrados de eso. Cuando creces con

alguien, esas imperfecciones te parecen lo más normal. Yo tenía la sensación de que conocía mejor a mi madre que a mí misma, aunque no fue hasta mucho más adelante cuando empecé a poner nombre a sus rarezas y a comprenderla de forma consciente; primero tuve que adquirir el vocabulario necesario para elaborar esos pensamientos. Aun así, a nivel inconsciente la entendía, sus limitaciones y todo lo demás. De modo que la marcha de Brian, como ya he dicho antes, no supuso una gran sorpresa.

De todos modos, admito que lo odié por habernos abandonado. En concreto, lo odié por haberme abandonado a mí. Jenny, su nueva novia, le ofrecía una familia en la que él encajaba a la perfección, y estoy segura de que el hecho de encontrarse de la noche a la mañana con cinco hijos, en lugar de uno solo, tuvo que suponer todo un cambio para él. La cuestión es que no se molestó en llamarme nunca más, algo que, a día de hoy, sigue pareciéndome imperdonable. A ver, sé que cuando tenía dieciocho era una adolescente borde y temperamental, pero aun así... no habría estado de más que se hubiera tomado la molestia de enviarme un regalo por Navidad, de llamarme en mi cumpleaños... Un detalle, por insignificante que fuera, que dijera: «Has sido alguien importante en mi vida». ¿Qué le costaba mantener ese mínimo de cortesía? Aunque, por otra parte, tal vez la necesidad que yo sentía de tener un padre me impedía ver la realidad y quizá fue un cretino desde el principio.

En fin, la cuestión es que me enfadé con Brian por haberme dejado (así se sentía mi yo de dieciocho años), pero también me enfadé con mamá por no quererlo lo suficiente para lograr que se quedara. Y marcharme a la universidad me proporcionó la excusa perfecta para cortar el cordón umbilical que me unía con aquella lamentable desgracia.

Me fui a vivir a Bristol, a una casa compartida; empecé a ir a fiestas y a fumar porros, a encadenar novios, a cuál más desaconsejable. Las visitas a mi madre pasaron a ser la opción menos atractiva de las que me ofrecía la vida y por eso la abandoné durante una temporada.

Sin embargo, en el último año de universidad murió la abuela y mamá quedó muy afectada, algo que me sorprendió bastante ya que no tenían una relación especialmente estrecha. Mamá nunca me había contado muchos detalles de su infancia con la abuela Eiléan, pero lo poco que sabía (historias de las muchas noches que pasó encerrada en su habitación sin cena, de las palizas y de las confesiones de sus pecados arrancadas a palos) me helaron la sangre.

Aun así, mi madre rompía a llorar por la muerte de la abuela cada vez que la llamaba. Al cabo de unos meses, la inmobiliaria donde trabajaba, Right House, la despidió después de quince años, los muy hijos de puta. De modo que mi ira se convirtió en preocupación y empecé a ir a verla con más frecuencia.

En una de mis visitas encontré Prozac en el baño. En otra, una caja vacía de Valium en la mesita de noche. Justo en esa época empezó a mostrarse más taciturna. La sorprendía con la mirada perdida, ausente, como si le hubieran robado el alma. Aquello que se había roto en su interior acabó cediendo y haciéndose añicos por culpa de la presión; ya ni siquiera era capaz de fingir que todo iba bien.

De modo que, a pesar de que el ambiente en casa era de lo más deprimente, en mis momentos más optimistas comencé a valorar la posibilidad de volver cuando me licenciara.

Echaba de menos la brisa marina y las luces titilantes, supongo. Además, la ciudad vivía una supuesta época dorada gracias al movimiento hípster. Me dije a mí misma que había lugares mucho peores en los que vivir.

Y así es como encontré el sobre.

CAPÍTULO 2

LAURA

Se mire como se mire, Conor me cambió la vida.

Lo conocí en una fiesta *rave* en 1994, hecho que en la actualidad puede parecer algo ridículo, sobre todo en boca de un alma sensible como yo, pero es la verdad.

Mi madre era una mujer con una honda convicción católica que, por algún motivo, parecía decidida a infligirme la misma educación sádica que sus padres le habían infligido a ella. Mi formación académica recayó en la escuela religiosa St. Angela's Ursuline. Huelga decir que no tuve una infancia muy emocionante que digamos, y que tardé bastante más que la mayoría de los niños en liberarme. Mi madre siguió tratándome como a una chiquilla cuando ya había dejado atrás la adolescencia, con estrictos toques de queda y constantes preguntas sobre adónde iba y con quién. Tuve que esperar hasta los veinticinco para que se relajara un poco.

Mi padre, un marino mercante al que apenas habíamos visto, nos abandonó cuando yo tenía ocho años (para arrejuntarse con una mujer a la que había conocido en Dinamarca, ¡oh, qué ignominia!), de modo que no pude irme de casa, ya que habría dejado sola a mi madre. Además, al vivir en Londres, tampoco habría podido mantenerme por mi cuenta. Pero cuando cumplí los veinte, mi madre, que trabajaba de enfermera, empezó a alternar turnos de ocho y doce horas con «atracones» de sueño de dieciséis horas, tal y como ella los llamaba. Estos atracones, en concreto, me proporcionaban una oportunidad que no había existido hasta entonces. Por eso, a pesar de que oficialmente yo siempre estaba en casa, bien arropada en mi cama, empecé a liberarme de su inquebrantable y aterrador puño de hierro.

La mayoría de mis amigas procedían de unos ambientes familiares muy parecidos al mío y habían padecido en carne propia la misma educación sustentada en el pilar del sentimiento de culpa en el St. Angela's, por lo que ninguna de ellas era muy osada. Con una excepción: Abby.

Las primeras palabras que me dirigió Abby fueron:

—Mi padre dice que todo esto es una gilipollez.

—¿Cómo? —susurré. Estábamos en clase de religión.

—Mi padre dice que toda esta historia de la conversión del agua en vino tiene tanto de real como un capítulo de *Doctor Who* —añadió en voz baja.

Por entonces yo tenía diez años y nunca había conocido a nadie que cuestionara la palabra de Dios y, menos aún, que la definiera como una «gilipollez».

—Chiss —le dije—. Eso es blasfemia.

En nuestro hogar, la blasfemia se castigaba de forma muy severa, a menudo con violencia física.

A pesar de ello, yo ya había decidido que Abby sería mi mejor amiga.



Al cumplir los veinticinco, Abby seguía siendo mi mejor amiga y se había liberado por completo.

Salía con un chico negro guapísimo que se llamaba Winston Harper. Se parecía un poco a Terrence Howard; tenía sus mismos ojos preciosos, pero era más alto y musculoso.

El mejor amigo de Winston era un dj famoso llamado Carl Fox, y esa amistad nos abrió las puertas de todas las *raves* que se celebraban en Gran Bretaña. Y no eran pocas las que se organizaban a principios de los noventa. Casi todos los fines de semana Abby y Winston partían en dirección a algún recóndito prado para bailar hasta el amanecer.

Abby llevaba varios años intentando convencerme para que los acompañara, pero dada mi naturaleza apocada, y teniendo en cuenta que el estilo de música favorito de Winston era algo que más bien parecía una serie de pitidos de ordenador, siempre me había resistido. Además, me aterrorizaban las posibles represalias de mi madre si se enteraba.

Sin embargo, en torno a 1994 parecía que las fiestas *rave* tocaban a su fin. Los periódicos iban llenos de noticias escandalizadas sobre jóvenes irresponsables que dejaban los prados sembrados de latas de cerveza, y el gobierno aprobó una serie de leyes para ilegalizar las fiestas en torno a la autopista M25. No obstante, debo admitir que esta suerte de condena universal logró que me resultaran atractivas. De modo que, al final, ese mes de agosto me dejé convencer por Abby.

—Será una de las fiestas más grandes que ha habido en el país —me dijo una noche—, el Woodstock de la música dance. Un día tendrás que contar a tus hijos que te quedaste en casa y lo viste todo en las noticias, Laura. ¡A mí me daría vergüenza!

—No puedo, mi madre se volvería loca... —alegué, escudándome en mis miedos habituales. Pero entonces recordé que mi madre iba a darse uno de sus atracones de sueño ese fin de semana—. Aunque, ahora que lo pienso, el sábado tiene turno doble. ¿Crees que habremos vuelto a casa a las cuatro de la madrugada?

Abby dirigió a Winston una mirada que no supe interpretar.

—Claro, no lo dudes.



Fuimos hasta Northampton en una furgoneta Transit. Yo iba detrás, encajonada entre los discos de Carl; Abby y Winston iban delante. Al principio me mareé un poco porque no había ventanillas, pero no tardé en quedarme dormida. Cuando me desperté, vi que estábamos en una pista de carreras y que había miles de personas en la extensión de hierba del centro.

Llevamos todas las cajas de discos hasta el escenario y por fin me presentaron a Carl. Por aquel entonces ya era toda una estrella, pero se comportó de forma muy natural y amable conmigo. Luego nos fuimos a la carpa de la cerveza y pedimos varias pintas en vasos de plástico. Todo el mundo fumaba porros y recuerdo que me sorprendió el hecho de que no hubiera ningún policía que se lo impidiera. Abby y Winston intentaron por enésima vez que probara uno, pero me negué. No había fumado un solo cigarrillo en toda mi vida. Tengo la suerte de que siempre me ha parecido un hábito repugnante.

La música empezó a eso de las nueve... y ¿qué puedo decir? No me gustó. Hice un gran esfuerzo para bailar, imitando a la gente que me rodeaba, y de vez en cuando sonaba alguna especie de melodía a la que aferrarme, o ponían una canción en la que se abría paso una voz humana. Pero, por lo general, tenía la sensación de estar escuchando ruidos electrónicos. Me gusta

mucho más el britpop que el tecno.

A las once ya me dolían los pies y estaba aburridísima. No solo eso: había perdido de vista a Abby y a Winston, y me sentía al borde de las lágrimas. Pero entonces paró la música, todo el mundo se puso a gritar, y aparecieron ellos, con dos botellas de agua.

—Ahora le toca a Carl —me dijo Abby—. Te encantará. Toma.

Me dio una de las botellas y fruncí el ceño.

—¿Es agua? —pregunté.

Sospechaba que podía haber utilizado las botellas para entrar vodka o algún otro licor a escondidas. Digamos que me parecía muy poco probable que tuviera sed de agua.

—Claro que es agua —respondió entre risas—. Venga, hidrátate. ¡Hidrátate!

Me encogí de hombros, abrí la botella y tomé un trago. Para mi decepción, solo era agua.

—¿Cuándo nos vamos? —pregunté.

Era casi medianoche y, si queríamos llegar a casa a las cuatro, teníamos que ponernos en marcha.

En ese momento apareció Carl en el escenario y la gente estalló en un griterío ensordecedor. Empezó a buscar entre sus discos y sacó varios para que sobresalieran de la caja.

—Aún tardaremos unas horas en irnos, así que tómate este «relajante». —Abby estiró el brazo, abrió la mano y ahí estaba, una pastilla pequeña y amarilla con una cara sonriente—. Tómatela.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque así dejarás de preocuparte por cuándo llegarás a casa.

—Y porque si te la tomas te lo pasarás muy bien —añadió Winston.

—Y si no lo haces seguirás siendo un muermo —dijo Abby—. ¿Vale?

—¿Es droga? —pregunté.

Abby y Winston estallaron en carcajadas al oírme.

—Pero es que no quiero tomar drogas —protesté mientras intentaba imaginar el castigo que me pondría mi madre si lo hacía y me descubría. Era perfectamente capaz de girarme la cara de un bofetón o enviarme a mi dormitorio sin cenar. Me la imaginaba, incluso, llamando a la policía para denunciarme. A pesar de que ya había cumplido los veinticinco, no tenía ni la más remota idea de cómo enfrentarme a ella.

—¿Cuánto hace que somos amigas? —preguntó Abby—. De toda la vida, ¿verdad?

—Sí... —admití.

—Pues confía en mí. Es E.

—No le veo el sentido.

—Claro que no —dijo Abby—. Por eso la necesitas. No me seas Virgen Valeria.

Virgen Valeria había sido la alumna más mojigata y desagradable de nuestra clase. El comentario me dolió en el alma. Estiré el brazo y sujeté la pastilla entre el pulgar y el índice.

—Cuidarás de mí si me sienta mal, ¿verdad?

Abby asintió.

—Cuidaré de ti. Pero no te pasará nada, te lo juro.

Me llevé la pastilla a los labios, pero me asaltaron las dudas.

—¿Y no me convertiré en una adicta ni nada de eso?

—Es E —insistió Winston—. No es crack ni cocaína, ¡joder!

Y como tenía la sensación de que me estaba comportando de un modo excesivamente remilgado y decente, y además ya eran varios los que se estaban riendo de mí, sin mencionar que me había pasado la mitad de mi breve vida intentando liberarme de las cadenas de la educación

que me había inculcado mi madre, me la tomé.

—¿Y ahora qué? —pregunté después de beber un sorbo de agua.

—¡Ahora, a bailar! —exclamó Abby con grandes aspavientos. Carl empezaba a pinchar el primer disco y la multitud se puso a gritar y a saltar. La emoción se palpaba en el ambiente.

Tuve que hacer un esfuerzo para mover las caderas al ritmo de la música. Al menos la que ponía Carl tenía cierto ritmo y la comprendía, pero tampoco acababa de entusiasmarme. Me moría de ganas de escuchar algún tema de Blur o de Oasis, de modo que no tardé en decidir que la droga no había funcionado, algo de lo que me alegraba.

Pasaron treinta o cuarenta minutos, y a lo largo de ese tiempo mi forma de bailar dejó de ser impostada para hacerse más real, y poco a poco, de manera casi imperceptible, dejé de aburrirme. Entonces, al cabo de otra media hora, pasó algo. A día de hoy aún no sé si de pronto la música mejoró o si la droga empezó a surtir efecto, o si se produjo una mezcla de ambas cosas, pero me ocurrió algo increíble, algo que rayaba en el éxtasis.

La multitud empezó a apelonarse y nos pusimos a bailar como un único organismo. Tu ritmo debía adaptarse al de tus vecinos porque si no, empezabas a darte codazos y a sentirte incómoda, de modo que todo el mundo comenzó a moverse al mismo ritmo.

Carl también empezó a hacer algo muy curioso con la música, algo que no comprendí de inmediato. Fue algo que creció lentamente, que se volvió más denso, más complejo, más compulsivo. Entonces eliminó los graves por completo y nos dejó hambrientos, sedientos, ávidos de ritmo... De algún modo, de forma apenas perceptible, empezó a crecer de nuevo, como una ola que anunciaba su llegada, un futuro más prometedor que estaba a la vuelta de la esquina. Y con un simple gesto de muñeca, pudimos verlo desde el lugar donde bailábamos, activó una palanca de la mesa de sonido y los graves resucitaron de nuevo, nos rodearon, cayeron sobre nosotros como un maremoto, y entonces se me erizó el vello de la nuca y empecé a sonreír de forma incontrolada, a dar botes junto con las siete mil personas que había a mi alrededor. Éramos tantos que juro que noté cómo temblaba el suelo bajo nuestros pies. Si alguna vez has bailado ese tipo de música, la única forma de describir la intensidad de ese sentimiento es diciendo que fue lo más parecido que he sentido a un orgasmo. Todo mi cuerpo se vio arrastrado por un torbellino de excitación, y se repitió una y otra vez.

Empecé a imitar los diversos bailes de la gente que me rodeaba. Abby se movía como una caña de bambú mecida por la brisa, ondeando los brazos y con una sonrisa beatífica. Nunca la había visto tan guapa. Winston tenía un estilo de baile totalmente distinto, apenas movía los pies y agitaba las manos, como si hiciera movimientos de karate a cámara lenta. Bailaba como si estuviera en un tubo Perspex, limitándose al espacio que tenía, o moviéndose acaso como si uno de los rayos láser que flotaba encima de nosotros pudiera cortar cualquier miembro que sobresaliera del perímetro asignado. En un momento dado, me abrazó y me gritó al oído:

—¿Te lo estás pasando bien?

—¡Sí! —respondí a voz en cuello—. ¡Nunca me había gustado esta música! ¡Es increíble!

—Es el E —dijo Winston—. Es un descodificador. Si no, no tiene sentido.

Entonces la música alcanzó otro de sus clímax, cada uno más potente que el anterior, y cuando se abatió sobre nosotros aparté a Winston de un empujón, entre risas. Necesitaba recuperar mi espacio para fluir libremente entre la marea cálida de cuerpos que me rodeaba.

Fue entonces cuando apareció Conor. Yo había cerrado los ojos un momento para concentrarme mejor en la abrumadora belleza de las oleadas de sonido, y cuando los abrí, ahí estaba, sonriéndome, y tuve la sensación de que me enamoré de él al instante. Me enamoré de toda la gente que me rodeaba en ese momento, pero como Conor era el que estaba más cerca, me

enamoré de él más que de nadie.

Era un chico bajito y fornido, con entradas y barba, pelirrojo, unos ojos castaños tan oscuros que parecían casi negros. Iba vestido de un modo algo estrafalario, con camiseta, chaleco y vaqueros, y tenía un aire muy atractivo, ya que rezumaba seguridad en sí mismo por los cuatro costados. Y bailaba de forma espectacular: de cintura para abajo se movía como Abby, balanceándose al vaivén de la música, como si sus caderas tuvieran vida propia. Sin embargo, de cintura para arriba bailaba como Winston, con movimientos enérgicos y sincopados, creando de la nada pequeñas cajas con las manos. De vez en cuando se apoyaba en un pie para girar sobre sí mismo de forma espectacular, pero siempre acababa frente a mí de nuevo, con una sonrisa ufana.

Me sentí atraída por él como no me había sentido por nadie hasta entonces, algo que debería servirnos de lección a todos, ¿verdad? Nunca elijas a un hombre cuando estés bajo los efectos de ciertas sustancias que pueden alterarte el juicio. Nunca.

Bailamos hasta las tres, pero entonces empezó a pinchar un nuevo dj que mostraba especial predilección por un tecno muy hardcore, tanto que llegué a temer que empezaran a sangrarme los oídos.

Conor me agarró de la mano.

—Ven —me gritó al oído—. Esto es una mierda.

Dejé que me guiara entre la marabunta.

Nos dirigimos al otro extremo de la pista, donde había varios centenares de personas sentadas o tumbadas en el suelo. Yo me senté, pero acabé echándome para mirar las estrellas.

Aunque en un principio Conor se sentó a mi lado, luego hizo las maniobras necesarias para que finalmente apoyara la cabeza en su muslo.

—¡Menuda fiesta! —dijo, acariciándome el pelo con un gesto que parecía de lo más normal y lógico dada la situación. Sus caricias tenían la intensidad de mil minidescargas eléctricas, la sensación ideal para deleitarme con el espectáculo de los cientos de estrellas que brillaban en el cielo.

—Ha sido mi primera vez.

—¿Cómo dices?

—Que es mi primera *rave*.

—¿En serio? —preguntó él.

Yo asentí.

—Soy una chica buena y católica.

—Menuda suerte la mía.

—¿Cómo dices?

—Que me encantan las chicas buenas y católicas. Porque yo también soy un chico bueno y católico.

—Eres irlandés —afirmé al notar su acento.

—Conor O'Leary, a su servicio —dijo—. Y además de ser la chica más guapa de la fiesta, te llamas...

—Laura. Laura Ryan —respondí y noté que me sonrojaba—. Y da la casualidad de que también soy medio irlandesa, por parte de madre. Mi padre se apellidaba Sturgis, pero mi madre volvió a ponerse Ryan cuando él se fue, así que yo hice lo mismo. Además, sé que ella también lo prefería... Normalmente siempre es más fácil hacer lo que ella dice —le expliqué.

¿Por qué no paraba de contarle todas esas tonterías?

—Encantado de conocerte, Laura Ryan —dijo Conor. Entonces agachó la cabeza y se detuvo a escasos centímetros de mis labios—. ¿Puedo? —preguntó.

—Oh, sí, por favor —respondí con descaro.

Cuando me besó, cerré los ojos y las estrellas que había estado observando explotaron en mi cabeza. Recuerdo que me vinieron a la cabeza dos pensamientos a la vez. Te amo, Conor O’Leary. Y amo esta droga.

Por entonces aún era muy inmadura y tenía poquísima experiencia con los hombres. Solo me había acostado con dos chicos: con uno lo hice convencida de que era mi novio por el mero hecho de que quería acostarse conmigo, pero, sorpresa, me dejó treinta segundos después de haber acabado. Con el otro... supongo que podría decir que «salí» con él durante unas cuantas semanas cuando tenía dieciocho años, pero mi madre se encargó de poner fin a nuestra relación. Para entonces yo ya había empezado a darme cuenta de que no me gustaba demasiado, así que en cierto modo me alegré de su intervención. Lo dicho: tenía dieciocho años y no ocurrió gran cosa. No tenía ni idea de lo que era el amor, por lo que supuse que aquello era lo que una sentía.

Aunque el beso fue divino, el sexo no entraba para nada en mis planes. Los labios cálidos y mágicos de Conor y su abrazo despertaron en mí una sensación de placidez. Me sentía en comunión con todo el mundo y con cuanto me rodeaba. Esa calidez, esa proximidad física, formaba parte integral de la experiencia. No tiene mucho sentido, pero me sentía como si estuviera gozando de un derecho divino. Tal vez tenía derecho a ser feliz. A sentirme amada. A formar un todo con el mundo, un lugar suave y agradable como una nube de malvavisco. Conor formaba parte de aquella nueva realidad general que me rodeaba.

A pesar de la música, que incluso desde esta distancia resultaba ensordecedora, debimos de quedarnos dormidos, porque me despertó el resplandor del sol que me iluminaba la cara. Conor estaba detrás, abrazándome para que no pasara frío. Levanté su brazo pesado y cubierto por una fina capa de vello, me incorporé y bostecé. Me sentía de fábula y me pregunté si esa sensación de optimismo que me embargaba podía convertirse en algo permanente. Quizá una sola pastilla me había inmunizado contra el sentimiento general de culpa que me habían inculcado desde pequeña, de una vez por todas. ¿Acaso no sería maravilloso? O quizá aquello no era consecuencia de la pastilla. A lo mejor era el hecho de estar enamorada lo que lo cambiaba todo.

Eran casi las ocho y media y la música se había acabado. El escenario estaba vacío y solo quedaban algunos cientos de personas que se movían entre un mar de latas de cola, vasos de plástico y botellas de agua vacías.

—Tengo que encontrar a Abby —dije en voz baja.

—¿Cómo? —preguntó Conor, que se apoyó en un hombro y se frotó los ojos.

—Tengo que encontrar a mis amigos, son los que me llevarán a casa.

—Ah, vale. ¿Dónde vivías?

—En Hornchurch —respondí.

—¿En Londres?

—Sí, al este, cerca de Upminster.

—Si te sirve de algo, puedo acercarte al centro. Tengo que estar en Harrow a la hora de comer, así que...



Nos pusimos en marcha y, aunque la furgoneta Transit seguía aparcada detrás del escenario, no había ni rastro de Abby, Winston o Carl. Visto lo visto, pedí un bolígrafo y les dejé una nota en el parabrisas para avisarles de que había encontrado a alguien que podía llevarme a casa.

El coche de Conor estaba en un aparcamiento cercano. Era un BMW grande, bastante

llamativo y de color blanco. Tenía toda la pinta de ser el coche de un traficante, pero los asientos de cuero fueron como un regalo caído del cielo para mis músculos agotados y me sumí en una especie de trance mientras él pisaba el acelerador y el mundo se difuminaba al otro lado de las ventanillas.

—Me gustaría volver a verte —dijo de pronto Conor mientras avanzábamos por la M1. Me sujetaba una mano y solo la soltaba para cambiar de marcha.

—A mí también —admití.

—Genial. Mañana empiezo un trabajo en Gales, hasta el veintisiete. Y luego me he prometido a mí mismo que me tomaré un descanso en algún lugar donde haya sol, una semana o diez días, pero podríamos vernos luego, si quieres.

—¡Vaya! —exclamé—. Eso es mucho tiempo. —En ese momento me costaba incluso hacerme a la idea de que tendría que soltarle la mano a Conor. ¿Cómo iba a pasar un mes sin verlo? Así que le dije que yo también tenía vacaciones—. La última semana de agosto, y los primeros diez días de septiembre.

—Interesante. ¿Y has hecho planes?

Me encogí de hombros.

—Había pensado en ir a Ibiza —dije—, pero aún no he tomado una decisión.

—Ibiza... —repitió Conor—. Parece un lugar interesante.

Lancé un suspiro.

—Mi amiga Abby y su novio también van. Me invitaron a que los acompañara, pero no las tengo todas conmigo.

A decir verdad, no me entusiasmaba la idea de hacer de carabina durante dos semanas. Además, Abby y Winston saldrían a bailar todas las noches, de modo que probablemente volvería a Inglaterra más cansada de lo que estaba al irme.

—Oh —dijo Conor—. Bueno, Ibiza mola bastante, por lo que me han dicho. Siempre que te vaya la fiesta, claro.

—Digamos que no habría sido mi primera opción. Pero es el lugar que eligieron ellos, así que...

—¿Qué lugar elegirías tú? —preguntó Conor.

—¡Grecia! —exclamé con entusiasmo—. Santorini.

—¿Por?

Sonreí al caer en la cuenta de que había descubierto la manía de Conor de hacer preguntas con una sola palabra. En cierto sentido, era lo primero que sabía de él. «Así es como empiezan las relaciones», pensé.

—No sé —respondí. Y era la verdad. Aparte del hecho de que había tenido un póster de Santorini en mi habitación desde hacía tanto tiempo que ni siquiera recordaba de dónde había salido, y de que durante los últimos veinte años me había despertado viendo las bóvedas azules y el mar resplandeciente, no sabía nada más sobre aquella isla griega—. Supongo que es una especie de obsesión. Un sueño.

—Creo que Ibiza sería más divertido —dijo Conor—. ¿No te gustaría ir? ¿Conmigo?

—¿A Ibiza? Bueno, quizá... sí... a lo mejor.

A pesar de que los efectos del éxtasis no habían desaparecido por completo, de que aún podía hacer que todo pareciera maravilloso, de que lo improbable pareciera del todo posible, mi lado más racional y lógico empezaba a emerger de las profundidades. Y esa diminuta parte anestesiada de mí era consciente de que planificar unas vacaciones con alguien a quien acababa de conocer no era la decisión más sensata que podía tomar, a pesar de que cabía la

posibilidad de que estuviera enamorada de él.

—Supongo que podríamos ir con Abby y Winston —propuse, convencida de que me sentiría más segura acompañada de ellos. ¿Acaso mi subconsciente había empezado a percibir los indicios que Conor no había verbalizado pero sí enviado al éter?

Él frunció el ceño.

—Podría llevarte a tu lugar favorito —dijo—. Hacer tu sueño realidad. Sería una forma fantástica de conocernos un poco más, ¿no crees?

Me puse derecha y lo miré a los ojos.

—¿A Santorini? ¿Lo dices en serio?

Conor se encogió de hombros.

—¿Por qué no? —preguntó—. Solo se vive una vez, ¿no? Y es un sitio caluroso. Porque habrá playas y todo eso, ¿verdad?

—Ah, claro que sí. ¿Y tienes vacaciones en las mismas fechas que yo? —La emoción me provocó un nuevo subidón de optimismo alimentado por las drogas—. ¿La última semana de agosto y la primera de septiembre?

—Sí —respondió Conor—. Bueno, a partir del veintiocho, para ser exactos.

—¡Yo también! —exclamé entre risas—. En las mismas fechas. Bueno, empiezo el sábado antes, pero...

—Es el destino —dijo Conor, estrechándome la mano—. Yo soy tu destino.

«Y yo el tuyo», pensé. Pero, a diferencia de Conor, no podía decir esas cosas.

—¿De qué trabajas? —pregunté, y una vocecita en mi interior me recordó que no sabía nada de ese chico.

—Instalo tejados.

Observé de nuevo la opulencia de traficante de drogas que destilaba el coche de Conor, el chaleco y la camisa cara, los zapatos de cuero...

—Deben de irte muy bien las cosas —comenté.

Conor me soltó la mano y agarró el volante.

—¿Qué mierdas insinúas? —preguntó, y se puso un poco rojo.

—Oh, no pretendía... —balbuceé, y me di cuenta de que lo había disgustado—. Era... Solo quería que fuese un cumplido.

—Si crees que un instalador de tejados no es digno de alguien como tú, deberías buscarte a otro que te lleve a ese Santo no sé qué —soltó Conor, medio en broma, medio en serio.

—Solo quería decir que parece que te han ido muy bien las cosas en la vida —le expliqué al borde de las lágrimas, una reacción del todo inesperada para mí.

Estaba tan acostumbrada a que mamá perdiera los estribos por lo que yo pudiera decir, que siempre daba por sentado que era culpa mía.

Conor resopló como si estuviera a punto de estallar, pero entonces se quedó callado durante un minuto, intentando calmarse.

—No me quejo de cómo me ha ido —murmuró al final—, gracias por comentarlo.

—Se nota —seguí—. Tienes un coche muy bonito, ropa bonita... —Miré por la ventanilla y me estremecí al ver la gasolinera que acabábamos de dejar atrás.

—¿Y tú? —me preguntó Conor al cabo de unos minutos—. ¿A qué te dedicas?

—Nada del otro mundo —respondí, como una gata que se postra en un gesto de sumisión ante un macho dominante—. Trabajo de secretaria en el despacho de un contable. En realidad, solo soy mecanógrafa.

—Ya veo —dijo Conor, más tranquilo—. No está mal.

Al cabo de un minuto, me estrechó la mano y añadió:

—Está muy bien que tengas trabajo. Lo digo porque en estas fiestas he conocido a mucha gente que no valía para nada. Pero en cuanto te he conocido me he dado cuenta de que eras una chica lista.



Me dejó en Edgware Road para que pudiera tomar la línea District de metro y volver a casa, y aunque apuntó mi número de teléfono en su pequeña agenda, estaba convencida de que no volvería a tener noticias de él.

A medida que iba dejando atrás paradas de metro, mi estado de ánimo fue cayendo en picado. Los efectos de la droga estaban pasando y mi absurdo optimismo desembocaba en una sensación de vacío interior y desconfianza hacia mí misma. Había vuelto a pifiarla al abrir la boca. Lo había hecho enfadar. Había echado a perder toda posibilidad de que lo nuestro pasara a mayores. Conor era guapo, vestía bien y era divertido. Y yo lo había echado todo a perder. Por si eso fuera poco, ahora tenía que volver a casa sola y enfrentarme a la ira de mamá. Y si bien ella no tenía la menor idea de dónde había estado o qué había hecho, llegar tan tarde por sí solo ya resultaba aterrador.

Intenté elaborar una coartada sin fisuras y decidí que le diría que había dormido en casa de Abby. Me miré y, por primera vez, advertí las manchas de hierba que tenía en los pantalones rosa y el barro de mis zapatillas blancas.

Confiaba en que mi madre estuviera dormida cuando llegara a casa para poder meterlo todo en la lavadora sin que se diera cuenta.

Sí, a ver, había dormido en casa de Abby porque... porque habíamos ido al cine y... la película había durado mucho más de lo esperado. ¡Y había perdido el último metro para volver a casa!

Eso no evitaría que montara en cólera, claro, pero cuando despertara le prepararía la comida. También pondría una lavadora (para eliminar las pruebas incriminatorias de los pantalones rosa) y hasta pensaba pasar la aspiradora, algo que mi madre odiaba. Con un poco de suerte, al final podía librarme con una pequeña bronca y unos cuantos días de morros.

Y luego, cuando se fuera a trabajar, me pondría a dormir. Porque de repente me sentía muy muy cansada.



Conor me llamó dos veces esa semana y, gracias a Dios, mamá estaba trabajando en ambas ocasiones.

Una vez me llamó a las once de la noche para decirme, borracho como una cuba, que estaba enamorado de mí, algo que bastó para hacer que mi corazón latiera desbocado; la segunda vez me telefoneó por la mañana, cuando estaba a punto de irme al trabajo, para preguntarme si de verdad quería ir a Santa no sé qué con él.

Por entonces, las drogas ya eran un tema del pasado. Si acaso, los efectos secundarios me habían provocado cierta sensación de inseguridad y de tristeza por cómo había ido todo. No tanto por Conor, que aún me parecía un chico encantador, sino por mi propia capacidad para seducirlo. Quizá también temía no ser digna de su amor. Sin embargo, él me convenció de que nos viéramos en el centro de Londres el sábado siguiente para demostrarme que me equivocaba. El hecho de

que estuviera dispuesto a conducir desde Cardiff solo para hablar conmigo me pareció una auténtica locura, pero de las románticas. ¡A lo mejor le gustaba de verdad!

Quedamos en Oxford Street, a las dos de la tarde. Él llevaba un traje a cuadros azules muy elegante, y una corbata rosa, muy estilo dandi. Estaba guapísimo. Nos besamos y me pareció que olía un poco a cerveza, algo extraño para alguien que acababa de hacer un viaje desde Gales, de modo que lo descarté de inmediato.

Estuve a punto de preguntarle cómo era posible que un instalador de tejados pudiera vestir tan bien, pero en el último instante recordé lo mal que se había tomado mi comentario la última vez. De modo que me limité a decir:

—¡Vaya! ¡Qué elegante!

Conor se tocó la corbata, se puso derecho con orgullo y dijo:

—Sí, esa era la intención.

Nos metimos en un café. La timidez y la inseguridad se habían apoderado de mí, por lo que dejé que llevara las riendas de la conversación. No cabía duda de que era muy elocuente.

Me habló del pueblecito cerca de Cork donde se había criado, y me contó algunas anécdotas del trabajo que tenía entre manos, el tejado de una antigua iglesia de Gales para una pareja muy pija que quería reformarla. También hizo un par de bromas bastante desagradables sobre los galeses, relacionadas con el abuso de las ovejas. Entonces me llevó afuera y me tomó la mano de nuevo.

Era una sensación maravillosa, caminar agarrados de la mano. Debo confesar que me sentía muy orgullosa de pasear por la calle con un hombre tan guapo. Pero también me sentía un poco extraña porque la situación no dejaba de parecerme incongruente, como si fuéramos dos niños disfrazados de adultos que jugaban a las parejas. Pero ¿acaso ser adulto no es una especie de juego de roles? En ocasiones, a día de hoy aún me siento una impostora, me cuesta convencerme a mí misma de que soy una mujer plenamente adulta que hace cosas de adultos. Creo que ni el hecho de ir cumpliendo años ni las arrugas de la cara han logrado convencer a mi niña interior e inocente de que esto es la vida real, de que esto va en serio.

—Espera —dijo Conor al pasar frente a una agencia de viajes—. ¿Por qué no entramos?

—Oh, no... —respondí, intentando retroceder.

—¿No?

—O sea, no estoy segura de todo eso de las vacaciones.

—Solo quiero echar un vistazo, ¿qué tiene de malo?



La mujer, que llevaba una chapa que decía «Tracey», era muy amable. Nos dedicó la misma sonrisa que pone la gente al ver un bebé y ello me tranquilizó. Tenía que ser una buena señal que parecíamos una pareja, ¿no?

Nos mostró varios folletos de las islas griegas en general y de Santorini en particular; consultó varios horarios y calculó costes para dar respuesta a las preguntas de Conor. Los ocho días de vacaciones podían salir a más de cuatrocientas libras por persona, una cifra que estaba muy por encima de mi presupuesto.

—No puedo permitírmelo, cielo —dije, y me sorprendí a mí misma al usar esa palabra. También me pregunté por qué estaba interpretando el papel de una chica recién casada—. Lo siento, pero de verdad que no puedo.

—No encontrarán una oferta mejor que esta —nos informó Tracey—. Al menos a estas

alturas del año.

—Pero te gustaría ir, ¿verdad? —preguntó Conor.

—No importa lo que me gustaría —respondí, evitando su pregunta—, porque no me lo puedo permitir.

—Entonces, lo que te pasa es que no quieres ir conmigo, ¿no? —preguntó Conor, que empezaba a ruborizarse.

—No es eso, para nada. Mira, la verdad... es que me encantaría —le solté—. Pero es demasiado dinero para mí. También podríamos ir a algún lado un fin de semana.

Una escapada de fin de semana me parecía una opción mucho más sensata y me permitiría volver a casa en tren si Conor cambiaba de opinión sobre mí. Además, también disminuirían las posibilidades de que mi madre descubriera que le estaba mintiendo.

De repente Conor se puso muy tenso. Se desabrochó los puños de la camisa y se arremangó.

—Al diablo con todo —dijo—. Nos los quedamos.

—¡Fantástico! —exclamó Tracey, con una sonrisa de oreja a oreja—. Estoy convencida de que no lo lamentarán.

—Pero, Conor, yo no puedo, es demasiado caro —insistí.

—Yo sí que puedo permitírmelo —replicó, ladeando la cabeza a ambos lados para estirar el cuello—. ¿Dónde tengo que firmar?

Empecé a marearme cuando le vi firmar los papeles y entregar su tarjeta Amex, pero no dije nada. Había algo en su férrea voluntad que se había impuesto contundentemente a mi capacidad para elegir mi propio destino.

Al salir de la agencia de viajes, me dio la bolsa con los billetes, muy a mi pesar.

—Quédatelos tú —me dijo—. Ahora he de irme. Han dicho que lloverá y tengo que acabar de poner un montón de tapajuntas.

—¿De verdad que te vas? —pregunté, estupefacta—. ¿A Gales? Es una locura.

Conor se encogió de hombros.

—Lo siento, cielo, pero el deber me llama. Nos vemos el veintiocho. En la terminal sur de Gatwick. Ya te llamaré para ver cómo quedamos.

Entonces me besó, se arregló la corbata y se fue, dejando tras de sí la estela del repiqueteo de sus zapatos de cuero.



Me pasé dos semanas en ascuas, sin saber qué hacer. Cambiaba de opinión cada dos minutos. Hablé por teléfono con Abby infinidad de veces, analizando el tema, repitiendo la misma conversación una y otra vez. Pero no me ayudó en absoluto.

—Sí que parece estar un poco chalado —admitió—. Demasiado seguro de sí mismo.

—Esa es la cuestión —dije—. Pero apenas me conoce. ¿Y si cambia de opinión en mitad de las vacaciones?

—Yo diría que está muy seguro de lo que ha hecho. Tiene que estar muy colgado de ti si ha decidido llevarte a Grecia.

—Supongo. Pero ¿y si es un asesino en serie?

—Tienes razón —convino—. Se ajusta bastante a ese perfil.

—Entonces, ¿cancelo las vacaciones? Pero ¿cómo le devuelvo el billete sin que me degüelle?

—Sería estúpido que no fueras. Desde que te conozco no has parado de darme la tabarra con Santorini.

—Lo sé, pero...

—Son ocho días. Ocho noches de pasión en Santorini con un irlandés muy guapo.

—Lo sé.

—Porque es guapo, ¿no? Quiero decir, te gusta, ¿verdad? —me preguntó en determinado momento.

—Sí, es guapísimo, pero es que...

—¿Sí?

—Hay algo en él... No sé, tiene un punto de loco. Son sus ojos, creo... Pero sí, está para comérselo.

—De modo que el plan es pasar una semana de vacaciones en Santorini con un chico guapo. ¿Dónde está el problema?

—Con un chico guapo que podría ser un asesino en serie.

—Bueno, sí, hay un inconveniente potencial.

—Creo que debería ir —le dije. Me vino a la cabeza una imagen de Conor en bañador—. No, creo que debería anularlo —añadí—. Decidido.

—¿Qué alternativa tienes? —preguntó Abby—. Lo digo porque ya es demasiado tarde para que te apuntes con nosotros.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué harás si no vas con él?

—Imagino que me quedaré aquí.

—¿Con tu madre?

—Sí, con mi madre.

—¿Me estás diciendo que vas a quedarte en casa, encerrada en tu habitación, por el motivo que sea, y que te pasarás el día mirando el póster de Santorini?

—A lo mejor.

Abby se rio.

—Mira, sé que vas a ir y sé que tú sabes que vas a ir, así que no me vayas ahora de Virgen Valeria, ¿de acuerdo?

—No voy de nada —me quejé.

—No, pero quieres hacerme creer que quizá no vayas porque eso te hace sentir menos zorra que la idea de entregarte sin remordimientos a una semana de sexo bajo el sol con un desconocido, ¿tengo razón o no?

—Quizá... —admití—. Sí, quizá sea eso. Y no es solo... ya sabes... lo del sexo. Creo que me he enamorado de él.

—Humm. Me parece algo prematuro, pero no tardarás demasiado en averiguar si es cierto o no. Eso si vas, claro. Pero lo más importante es: ¿tomas la píldora?

—Ya sabes que no.

—Pues compra condones. Muchos, así no tendrás que preocuparte.



Llegué con retraso a Gatwick. Había sufrido un pequeño ataque de pánico en el momento en que se suponía que tenía que salir de casa: primero perdí las llaves, luego el pasaporte válido por un año (que había tenido que esconder para que no lo encontrara mi madre), luego los billetes,

y luego las llaves otra vez. Cuando salí de casa, tenía la frente empapada de sudor.

Conor estaba en el lugar donde habíamos quedado, el pub de la terminal sur de Gatwick. Tenía en las manos una pinta casi vacía de cerveza, y saltaba a la vista que no era la primera del día.

—¡Joder! —exclamó al verme—. ¿Quieres que me dé un infarto? Creía que me habías dejado plantado en el altar.

Llevaba unos pantalones chinos y un polo azul celeste ceñido que resaltaba sus bíceps y sus horribles tatuajes, dos detalles que hasta entonces me habían pasado desapercibidos.

—Lo siento —me disculpé—. No encontraba las llaves cuando ya estaba en la puerta de casa. Pero aún no hemos perdido el vuelo, ¿verdad? Falta una hora para el despegue.

Conor apuró la cerveza de un trago y se puso en marcha de inmediato. Agarró el tirador de la maleta con una mano y a mí de la muñeca con la otra.

—¿No es un poco pronto para beber cerveza? —le pregunté mientras intentaba seguir su paso acelerado.

—Si no hubieras tardado tanto, no habría tenido que beber nada, ¿no crees? —replicó Conor al tiempo que se dirigía al mostrador de facturación.

La chica de British Airways facturó primero a Conor e incluso a esas alturas se me pasó por la cabeza que aún estaba a tiempo de irme. Había guardias de seguridad y agentes de policía por todas partes. Conor no podría obligarme a acompañarlo. Y tampoco podría impedirme que me marchara.

—¿Me muestra su pasaporte, por favor? —me pidió la chica. Y cuando estaba a punto de abrir la boca aún no sabía si iba a responder «Sí, aquí lo tiene» o «Lo siento, pero he cambiado de opinión».

Conor se dio cuenta de que algo pasaba. Me miró y frunció el ceño fugazmente antes de dedicarme una sonrisa de oreja a oreja.

—Eh —me dijo—, que está hablando contigo, guapa. Tienes que enseñarle el pasaporte. Nos lo vamos a pasar en grande.

Me guiñó un ojo y, como si yo hubiera abandonado fugazmente mi cuerpo, me lo quitó de las manos y se lo dio.

—Gracias —dijo la chica de British Airways.

—De nada —respondió Conor, como si hablara por mí.

CAPÍTULO 3

BECKY

Hice los exámenes finales en mayo, fui a un montón de fiestas de despedida, rompí con Tom (solo llevábamos saliendo unas semanas, pero me bastó para saber que lo nuestro no iba a ningún lado) y metí todas mis cosas en el Corsa que había alquilado.

Mi madre, como ya he dicho, había pasado una muy mala racha en los últimos años: Brian la había abandonado, la abuela se había muerto y la habían despedido del trabajo. Había adelgazado bastante, algo que al principio no parecía malo, pero a medida que avanzó en el proceso, mi preocupación fue en aumento. Tenía un aspecto fantasmal, casi transparente, y aparentaba muchos más de los cuarenta y nueve años que en realidad tenía. Sin embargo, y aunque parezca incongruente, también me recordaba a cuando era más joven. Su tristeza, aquel aire de resignación... Me resultaba muy familiar.

Me costó horrores dejar atrás mi vida en Bristol. Me encantaba la ciudad y había formado un buen grupo de amigas. Los cuatro años de universidad me habían transformado. Sin embargo, todo el mundo había partido en busca de nuevos horizontes y ninguna de mis amigas se había quedado en la ciudad. Por eso Margate me parecía un lugar tan bueno como cualquier otro para planear mi siguiente paso.

Mi decisión también se vio motivada por cierto egoísmo, supongo. Tenía un descubierto de dos mil libras en el banco (una cantidad moderada en comparación con la mayoría de mis amigas, gracias a los diversos trabajillos que me había buscado), y veinticuatro mil libras en préstamos estudiantiles que tendría que devolver tarde o temprano en el futuro. Al menos, viviendo en casa de mi madre me ahorraba el alquiler.

Mamá se animó mucho cuando llegué y me pregunté si la única consecuencia de la marcha de Brian era aquella tristeza en la que se había sumido, o si había algo más. Aunque mi regreso le sentó muy bien, a mí me costó una barbaridad regresar a mi infancia después de cuatro años de independencia.

De pronto ahí estaba, en mi antigua habitación, con el Sr. D, el burro de peluche, sentado en un extremo de la cama y mirándome fijamente con su único ojo. Tenía que cenar a las seis y media porque era la hora que le gustaba a ella, y me agobiaba para que comiera más, o menos, según el día de la semana. Me regañaba para que ordenara mi habitación y me decía que la falda que llevaba era demasiado corta. Llegué a sentir un miedo real, como si poco a poco fuera haciendo mella en la confianza que tenía en mí misma, destruyendo la burbuja adulta que con tanto esfuerzo yo había construido en los últimos cuatro años para protegerme.

Si no había nadie que percibiera esa personalidad nueva, inteligente y con una gran confianza en mí, porque cuando mi madre me miraba aún veía al bebé al que había criado, ¿existía

de verdad esa persona?

Cuando te vas de casa olvidas el sinfín de pequeñas decisiones que tus padres tomaron por ti de pequeña. Lo que debías ponerte, lo que debías comer, lo que debías beber...

En ese tiempo, casi sin darme cuenta, había arraigado en mí la costumbre de tomar un par de copas de vino malo con la cena. Sin embargo, mi madre ponía un dedo de vino y volvía a guardar la botella en la nevera de inmediato después de hacerlo. No llegaba al extremo de poner un candado en el corcho, pero a juzgar por su aura sabía que la opción de una segunda copa le resultaba inconcebible. «¡Tengo veintitrés años! —me daban ganas de gritar—. ¡Puedo beber lo que quiera!»). Pero no lo hacía. Me limitaba a tomar un sorbo y sonreía para intentar convencerme a mí misma de que era una mujer adulta.

En cuanto a mi costumbre de fumar diez cigarrillos al día, ni siquiera me atrevía a dejar el paquete a la vista, sino que lo escondía en el fondo del armario. Fumaba asomada a la ventana de mi dormitorio, como hacía a los quince años, y cuando acababa, deshacía las colillas en trocitos y las tiraba por el retrete.

Un viernes de finales de junio, un viernes de esos grises y lluviosos, me puse a buscar una caja de cerillas. A las doce iban a publicarse las notas finales y se me había acabado el gas del encendedor. Había intentado encender una hoja de papel con la resistencia de la tostadora, pero solo había conseguido quemarme los dedos y activar la estruendosa alarma de humos.

Mamá estaba en el supermercado y aún tardaría una hora en volver, por lo que mi búsqueda frenética inicial se convirtió en una actividad más relajada y, por qué no decirlo, más indiscreta de lo que habría sido deseable.

Encontré fotos antiguas que examiné con detenimiento, recetas de medicamentos, que busqué en Google, y bisutería que nunca antes había visto: collares y pendientes que me probé ante el espejo de mamá.

Estaba husmeando en la mesita de noche (Valium, caramelos para la tos, preservativos con fecha de caducidad de 2012...) cuando encontré el sobre. En el interior había los billetes de ida y vuelta para finales de agosto con destino a Atenas.

Me resulta tremendamente difícil explicarle a alguien que no conozca a mi madre la sorpresa que me produjo encontrar esos billetes. Pero mi madre, con la excepción de aquellas vacaciones que hicimos cuando yo tenía siete años, tan peculiares e inverosímiles, nunca había ido a ningún lado. Y lo digo en sentido literal. Nunca había viajado, ni se había emborrachado, ni había fumado, ni siquiera se había ido a dormir después de medianoche. Era la madre más previsible y sensata que haya existido jamás. De hecho, estaba tan sorprendida que tuve que leer el nombre que aparecía en los billetes varias veces.

Cuando me hube convencido a mí misma de que no me engañaba la vista, volví a dejarlo todo tal y como estaba y, mientras pergeñaba un plan para que me hablara de los billetes sin revelar que había hurgado en su mesita de noche, volví al salón.

Quizá te hagas una idea de lo intrigada que estaba si te digo que me olvidé no solo de las ganas que tenía de fumar, sino de la inminente publicación de las notas finales. Durante unos minutos me quedé mirando el reloj del descodificador de Virgin, viendo cómo cambiaban los números, me pregunté por qué había decidido ir a Atenas mi madre, cómo diablos podía permitírselo y por qué no me lo había contado.

Cuando el reloj marcó las 12.00 me acordé, sobresaltada, de los resultados del examen. Cogí el portátil, me puse a hacer clic con el ratón como una loca y grité al ver la nota. ¡Sobresaliente!

La alegría fue inmensa, claro. Y me dio una idea.

Antes de que mi madre abriera la puerta del todo le di la noticia a gritos.
Ella dejó caer las bolsas de Aldi en el sofá y me abrazó.
—Sabía que lo lograrías —me dijo—. Siempre has sido una listilla. Por eso he comprado esto.
Metió la mano en una de las bolsas y sacó una botella de champán falso.



Mi intento de sonsacarle información no tuvo demasiado éxito. De hecho, supuso un duro regreso a mi infancia.

Estábamos tomando un sorbo del mejor vino espumoso de Aldi y comiendo las aceitunas rellenas de anchoa que mamá había comprado para acompañarlo, cuando dije en un tono muy despreocupado, o al menos eso confiaba yo:

—Estaba pensando que... A ver, como tenemos algo que celebrar y además las dos disponemos de unos días libres por primera vez desde hace una eternidad... bueno... ¿qué te parece si organizamos una escapada a algún lado, mamá?

—¿Qué quieres decir?, ¿un fin de semana? —preguntó ella.

—Sí —respondí—. O incluso... no sé... unas vacaciones de verdad. Que nos dé un poco el sol. En plan madre e hija. Creo que sería bonito.

—Vaya... —dijo mi madre, presa de las dudas.

—Pensaba que podíamos ir a España. O a Italia. O incluso a Grecia.

Mamá dejó la copa y me contempló fijamente. Era la misma mirada que me dirigía de niña, la que me lanzó al ver el jarrón roto escondido en el fondo del cubo de la basura. Estaba nerviosa y empezó a mover la lengua contra las mejillas.

—¿Qué? —pregunté. Me reí y noté que me sonrojaba.

—Dímelo tú —replicó enarcando una ceja.

Me encogí de hombros.

—No sé de qué me hablas —dije—. Yo solo... —Pero dejé la frase a medias. Me di cuenta de lo poco convincente que parecía. Intentar engañar a mi madre era como intentar engañar a la Gestapo.

—¿Y bien? —insistió.

Volví a encogerme de hombros.

—¿Quizá he encontrado unos billetes? —insinué con toda la dulzura del mundo.

—¿Los has encontrado? —repitió mi madre, con un tono de falsa alegría.

—Estaba buscando otra cosa —expliqué.

—Estabas buscando otra cosa.

—Un encendedor.

—Oh, un encendedor, vaya.

—Sí, quería encender esa vela —dije, señalando con la cabeza la vela roja que había en el alféizar de la ventana—. Pero no encontraba cerillas ni un encendedor.

—Querías encender la vela —repitió.

—¿Puedes dejar de repetir todo lo que digo?

—¿Crees que no sé que tienes escondido un paquete de Camel en el fondo del armario? —me preguntó—. ¿Crees que no noto el olor cuando fumas asomada a la ventana?

—Ah.

—Sí. Ah.

—De modo que has estado hurgando en mi armario —dije.
No estaba muy segura de si la ira que sentía era real o fingida.

—Imagino que no estarás hablando en serio, ¿verdad? Sobre todo después de haber hurgado en mi mesita de noche mientras yo salía a comprar champán.

—No, no creo que sea lo mejor.

—Ya me parecía.

—Bueno, ¿Atenas? ¿Cómo te ha dado por ahí?
Mamá se encogió de hombros.

—Tu abuela me dejó un poco de dinero. Al final resultó que tenía un rinconcito. De hecho, tendremos que hablar del tema en algún momento. Te he guardado un porcentaje para ti. La cuestión es que pensé, ¿por qué no? Hace años que no me tomo unas vacaciones. Y ahora no solo tengo el dinero, sino también el tiempo.

—Pero ¿no querías contármelo?

—No te pongas así, cielo. Sabía que no querrías ir de vacaciones con un vejstorio como yo.

—¿Y si resulta que sí quiero? —pregunté.

—Al menos podrías haberme dicho que no soy un vejstorio —replicó mi madre entre risas—. Pero no lo has hecho, ¿no?

—Pero si aún no tienes ni los cincuenta, mamá.

—Los cumpliré en septiembre.

—Ah, es eso. ¡Tu cincuenta cumpleaños! —exclamé—. Claro. Pero no quieres pasar el día de tu cumpleaños a solas, ¿verdad? A menos que pienses hacer un Shirley Valentine y montártelo con un machote heleno, de esos grandes y velludos.

Mamá pasó el comentario por alto.

—¿De verdad quieres venir?

—Quizá sí.

—¿En agosto, septiembre...? —preguntó mamá—. ¿No crees que por entonces te habrás hartado de mí?

—Podría ser, pero no creo que ocurra. Me gustaría mucho ir contigo a Atenas por tu cumpleaños. Nunca hemos ido a ningún lado juntas, ¿verdad?

—Fuimos a Bergen.

—Tenía seis años. Y lo único que recuerdo es que no parabas de insistir para que probara el marisco.

—Tenías siete años —me corrigió mi madre—. Pero sí, supongo que sería bonito. Aunque mi idea no era ir a Atenas, cielo. Es ahí de donde zarpa el barco.

—¿Barco?

—Sí, el barco a Santorini.

CAPÍTULO 4

LAURA

Aunque hoy en día hay vuelos directos de Londres a Santorini, en 1994, antes de la aparición de las líneas de bajo coste, las opciones eran mucho más limitadas.

La mejor ruta que pudo ofrecernos la agencia de viajes fue de Londres a Atenas con BA, luego de Atenas a Miconos con Aegean, la línea aérea griega, y el último tramo en barco, hasta Santorini.

Conor se pasó el viaje bebiendo porque resultó, menuda sorpresa, que no le gustaba mucho volar, y cuanto más bebía, más hablaba y más alzaba la voz, algo que lo alejaba de la imagen de aquel chico educado y bien vestido que había conocido en Inglaterra, y lo acercaba más al obrero que tenía sentado a mi lado.

Cuando llegamos a Atenas, yo sabía mucho más de lo que me habría gustado saber sobre la instalación de tejados, y también que sus padres habían muerto cuando él era pequeño, motivo por el que su hermano y él habían acabado en una institución de acogida. Esta última información despertó un sentimiento de compasión en mí y de pronto dejó de importarme tanto lo mucho que bebía y la vulgaridad que rezumaba. ¿Qué mujer puede resistirse a un niño abandonado que se deja la piel para deshacerse de los traumas de una infancia difícil? Menos aún una mujer con una infancia tan traumática como la mía.

Una vez en el aeropuerto de Atenas, logramos llegar a la puerta de embarque del siguiente vuelo que debíamos tomar gracias a mí, ya que Conor estaba muy borracho, y subimos a un avión de hélices mucho más pequeño.

Conor se había quejado de las turbulencias del primer vuelo, pero no tardamos en descubrir que no habían sido más que un suave balanceo en comparación con los tremendos bandazos y sacudidas del segundo avión; y aunque comprobé, para mi sorpresa, que disfrutaba de aquella impresión alocada, como si se tratara de una montaña rusa, que la sensación de emoción y peligro me hacía sentir viva, el pobre Conor estaba aterrado. De hecho, en un momento dado llegó a coger la bolsa para vomitar, pero, a diferencia del hombre mayor que había al otro lado del pasillo, logró contener las arcadas.

Cuando bajamos a tierra, donde nos recibió el calor balsámico del aeropuerto de Miconos, Conor anunció, sin venir a cuento, que además de dedicarse a la instalación de tejados, también era campeón de peso medio de boxeo.

Era obvio que únicamente intentaba compensar su lamentable comportamiento durante el viaje, de modo que no solo no lo creí, sino que aquella extraña afirmación hizo que a mis ojos sus temblores y plegarias de unos minutos antes resultaran aún más ridículos.

Tal y como habíamos acordado con la agencia, nos estaba esperando un chófer con un

cartel en el que aparecía el nombre de nuestro hotel. Cuando el minibús se puso en marcha y empezó a recorrer las carreteras de Miconos, plagadas de baches y mal iluminadas, fui yo la que se asustó.

—Tranquila —me dijo Conor, haciendo gala de una valentía que hasta entonces no había demostrado—. Todo saldrá bien. El conductor recorre estas carreteras a diario. —Me rodeó los hombros con su brazo musculoso y miró por la ventana antes de añadir—: Esto parece el culo del mundo, ¿verdad?

Al llegar al hotel, un imponente edificio azul y blanco en primera línea de mar, se animó un poco.

—Vaya, esto ya me gusta más —comentó.

Aunque no teníamos vistas al mar, la habitación era preciosa. Había una cama de matrimonio (algo que me asustó un poco porque, después de todo, aún no había dormido con Conor), un tocador y armarios empotrados con las puertas azules, que parecían los postigos de un apartamento de París.

—¿Nos damos una ducha y bajamos a cenar? —propuso Conor, dejando la maleta en la cama.

Le dije que me parecía una idea excelente.

Para no coincidir con él en el diminuto baño *en suite* mientras se duchaba, decidí colgar la ropa, aunque tuviera que volver a ponerla en la maleta por la mañana. Como los precios en Miconos eran el doble de caros que en Santorini, Conor solo había reservado una noche.

En cuanto apareció en la habitación, con una toalla en la cintura, me metí en el baño y cerré con el pestillo.

La idea de que Conor estuviera esperándome en la cama desnudo me aterrorizaba y excitaba a partes iguales, y por ello me di la ducha más larga posible, dentro de los límites de lo racional. Y mi plan funcionó a la perfección porque, cuando salí, no estaba en el dormitorio. Me senté durante unos segundos para disfrutar del aire acondicionado, vi el vapor que salía del baño y me pregunté si debía sentirme aliviada o decepcionada.

Me puse unos vaqueros nuevos lavados a la piedra que me había comprado especialmente para el viaje y una camiseta rosa de Calvin Klein, y tras una larga búsqueda de la llave de la habitación, que acabé encontrando en la ranura del interruptor de la luz, bajé al comedor.

El restaurante del hotel estaba en la planta baja del edificio y tenía vistas a la playa. Las enormes ventanas de cristal de la fachada estaban abiertas, por lo que el lugar se había convertido en una especie de balcón en primera línea de playa. Las mesas tenían velas y manteles blancos almidonados, y el mar rielaba con las luces de las barcas de pesca amarradas en la orilla. Los ventiladores del techo giraban lentamente sobre las cabezas de los comensales y de fondo sonaba música griega minimalista, con una melodía algo repetitiva, la misma que utilizaban para llenar los recopilatorios de música chill out del Buddha Bar. Creo que al llegar había estado demasiado cansada, sudada y asustada para apreciar la belleza del entorno, pero en ese momento, tras la ducha y cambiarme de ropa, me quedé boquiabierta al ver todo aquello.

Conor había reservado una mesa en primera línea. Se había puesto vaqueros y una camisa blanca. La verdad es que estaba muy guapo. Me hizo un gesto con la mano y sonrió, y recuerdo que, mientras avanzaba serpenteando entre las mesas, pensé que todo iba a salir bien. Cambiaba de opinión continuamente, pasaba de un extremo al otro, y así todo el rato.

—¡Caray! —exclamó cuando llegué a la mesa—. Creía que no ibas a bajar; ya estaba a punto de pedir solo para mí. Tengo tanta hambre que podría haberme comido a los doce apóstoles.

Respondí parpadeando varias veces y tomé asiento.

—Es un lugar precioso —dije.

—Sí, mola bastante, ¿eh? Estás muy guapa.

—Gracias —respondí, sonrojándome—. Tú tampoco estás nada mal.

—Pero espero que hayas traído alguna falda —añadió—. No irás a pasarte todos los días con vaqueros, ¿no?

Fruncí el ceño al oír su comentario. Estaba acostumbrada a que mi madre me criticara porque las faldas que llevaba eran demasiado cortas, pero era muy distinto que un hombre me dijera lo que tenía que ponerme.

—Sí que he traído, pero me gustan los vaqueros, gracias —repliqué.

—Bueno, supongo que de momento no pasa nada. Pero mañana ponte un vestido, ¿vale?

Asentí distraídamente.

—Quizá, ya veremos.

Conor tomó un sorbo de cerveza.

—Sí, ya veremos —dijo en un tono ligeramente amenazador, pero, como siempre, no supe si lo decía en serio o en broma. Entonces me dirigió una sonrisa y, como no se la devolví, añadió —: Tienes unas piernas preciosas. No querrás tenerlas todo el rato escondidas, ¿verdad? Tú que puedes, presume de cuerpo, nena.

Hice un gran esfuerzo para sonreír. Las piernas eran una de las pocas partes de mi anatomía de las que no me sentía insegura y me alegraba de que se hubiera fijado en ellas.

Conor hizo un gesto con la cabeza y dijo:

—¿Has visto todos esos homos?

—¿Cómo dices?

—Homosexuales. Maricas. Gais —dijo Conor en voz demasiado alta—. O como prefieras llamarlos. Fíjate.

Miré a nuestro alrededor y me di cuenta de que al menos la mitad de las mesas estaban ocupadas por parejas del mismo sexo, y al menos dos de ellas nos miraban fijamente.

—Sí, creo que Miconos es un lugar especial para ellos. Es muy tolerante con las parejas gays. No pasa nada, ¿no?

Conor se encogió de hombros.

—Supongo. Siempre que te gusten esas cosas. —Chasqueó los dedos con un gesto muy brusco y gritó—: *Garçon!* ¿Alguien nos atiende? *Garçon!*

—Creo que eso es francés —le dije, sonrojada.

—Da igual —replicó Conor—. Mientras funcione... y parece que sí.

Ví que un camarero bajito y algo nervioso se dirigía rápidamente hacia nosotros. Me estremecí.

—Tráenos una cerveza para mí —le dijo Conor—. Una pinta. Y para mi preciosa novia... lo que ella quiera.

«Novia —pensé, perdonándole sus modales tan bruscos—. ¡Me ha llamado novia!».



Siguiendo la línea de altibajos que caracterizaba mi relación con Conor hasta el momento, el resto de la velada transcurrió de la forma más agradable posible. El servicio fue perfecto (rápido, eficiente, amable) y la comida, deliciosa: yo tomé unos calamares exquisitos y Conor, una versión griega del tradicional *fish and chips* inglés. Con el estómago algo más lleno, Conor se calmó bastante e incluso me hizo preguntas sobre mí, mi madre y mi trabajo.

La cuenta ascendió a una cantidad astronómica de dracmas, creo que fueron quince o veinte mil, pero Conor insistió en que no había ningún problema y, con un gesto rápido de la muñeca, lo añadió a la cuenta del hotel. Por muchos defectos que pudiera tener, y no eran pocos, nadie podía acusarlo de ser tacaño.

Salimos al aire libre y nos fuimos a dar un paseo por la playa, donde ya había varias decenas de parejas, heteros y homosexuales, que habían tenido la misma idea. Conor me cogió la mano y me dejó arrastrar por el romanticismo del momento. Eran las once de la noche, pero aún hacía mucho calor y me di cuenta de que habría estado mucho más cómoda con mi falda vaquera. Después de todo, no iba a ser un suplicio satisfacer a Conor en ese aspecto.

A nuestra izquierda había bares con carteles de neón que se alternaban con tabernas más tradicionales, pero cada local tenía su propio equipo de sonido enzarzado en una batalla sin cuartel para invadir el silencio nocturno. A la derecha, las olas rompían en la estrecha playa de arena. Era un lugar precioso, pero muy ruidoso.

—Espero que Santorini sea más tranquilo —comenté cuando llegamos al punto donde convergían los dos bares más estruendosos. Desde el lugar donde nos encontrábamos, la música de ambos locales se fundía, formando un canto fúnebre irreconocible, con un nivel de decibelios que era casi imposible de soportar sin estremecerse.

—Bueno, pero que tampoco sea un funeral —dijo Conor—. Esta música no está nada mal. Vamos a tomar un trago y a ver qué se cuece.

Me agarró la mano y me arrastró hacia la puerta de un bar llamado Babylon.

En el interior sonaba música electrónica y en la pequeña pista de baile había unas veinte personas, cada una a lo suyo.

Conor se abrió paso hasta la barra y pidió, sin preguntarme, una de esas jarras alemanas de cerveza de un litro para él y una copa de vino blanco para mí. La música estaba demasiado alta para hablar, por lo que nos quedamos junto a la pista de baile, mirando a los demás. Me di cuenta entonces de que la mayoría debían de ser gais. Vestían demasiado a la moda y bailaban de un modo demasiado desinhibido para ser heteros, pensé.

Miré a Conor para comprobar si se había dado cuenta también y vi que estaba absorto, observando a dos mujeres preciosas que se estaban besando en un rincón. Tenían el pelo oscuro, la tez aceitunada. Debían de ser griegas.

—Quizá deberíamos ir a otro lado —le grité al oído—. Creo que estamos en un local gay.

Conor se encogió de hombros y me sonrió, por lo que deduje que no debía de ser homófobo. Quizá era solo su sentido del humor vulgar lo que me había causado esa impresión.

—Fíjate en esas dos de ahí —dijo, señalando con la cabeza a las dos mujeres—. ¿Crees que me dejarían mirar?

Respiré hondo y levanté la mano izquierda para masajearme el puente de la nariz. El péndulo se había inclinado hacia el otro extremo y de nuevo volvían a asaltarme las dudas sobre el futuro de nuestra relación.

Conor me agarró de la cintura y me atrajo con fuerza hacia él.

—Eh, que solo te estaba tomando el pelo —me dijo—. No te lo tomes tan a pecho. Sabes que solo tengo ojos para una chica y es la más guapa del bar.

Sentí una mezcla de halago y desconcierto, así que me tomé el vino de un trago e hice un gran esfuerzo para balancearme al ritmo de la música. Al cabo de unos minutos decidí que iba a estar con Conor durante el resto de las vacaciones, fueran como fueran, así que más me valía intentar aprovecharlas al máximo.

—¿Bailas? —me preguntó Conor cuandoapuró la cerveza.

—¿Me lo estás pidiendo? —repliqué.

—Te lo estoy pidiendo —confirmó. Me arrancó la copa vacía de la mano y la dejó en una mesa que teníamos al lado.

Mientras me arrastraba a la pista de baile, ambos tropezamos con el borde. Para entonces ya estábamos algo perjudicados por el alcohol. Y durante quince minutos, más o menos, bailamos.

Como ya he dicho, la música electrónica nunca me ha entusiasmado especialmente, pero como nos conocimos en una fiesta *rave*, me pareció un poco arriesgado explicárselo a esas alturas, por lo que intenté imitar sus movimientos, y cuando empezaron a ser demasiado extravagantes, algo que no tardó en suceder, pasé a imitar a una mujer que tenía al lado y que se movía con mucho estilo. Por suerte, al cabo de poco acudió a mi rescate una *drag queen* de metro ochenta, maquillada con purpurina, lápiz de ojos y enfundada en un traje que parecía inspirado en un personaje de Barry Humphries, que se interpuso entre Conor y yo.

Conor, siempre impredecible, se unió a la fiesta y siguió demostrando sus dotes de consumado bailarín con ella. Incluso recibió un par de ovaciones cuando se lució con aquel giro tan característico suyo. Sin embargo, el baile se interrumpió de forma brusca y Conor se precipitó hacia la puerta. Convencida de que se sentía indispuerto, pues no se me ocurría qué otra cosa podía haber ocurrido, lo seguí.

—¡Puto imbécil! —me dijo, casi a gritos, cuando lo alcancé en el paseo marítimo.

—¿Estás bien? —pregunté—. ¿Qué ha pasado?

—Que ha intentado meterme mano en las pelotas, eso es lo que ha pasado. Me ha tocado el paquete con sus asquerosas manos. Suerte que nos vamos mañana. Esto es Sodoma y Gomorra.

No me esperaba una reacción tan horrible, pero por desgracia mi madre le habría dado la razón, de modo que se acabó apoderando de mí una sensación de tristeza, más que de sorpresa.

Anduvimos un rato por el paseo, en silencio, hasta que llegamos a un bar donde sonaba «Losing My Religion» de REM. Ya hacía unos años que había sido un éxito y me encantaba.

—Me gusta mucho esta canción —le dije a Conor—. ¿Podemos entrar a bailarla?

—No —respondió él—, es una mierda.

Seguimos caminando en silencio hasta llegar al hotel. La decisión de retirarnos se había tomado de forma implícita, sin pronunciar una palabra. Yo estaba agotada y algo borracha, por lo que decidí que ya me estaba bien siempre que la única opción disponible fuera dormir y punto. Quizá no habría sido muy buena idea tomar una última copa en el bar de REM.

Cuando llegamos a la habitación, me di otra ducha. Estaba empapada en sudor e incómoda por el calor, y pensé que si tenía que pasar algo, prefería no tener que preocuparme de estar sudada.

Sin embargo, cuando salí de la ducha, y no me lo tomé con más calma de la necesaria, Conor dormía como un tronco, roncando, tirado en mitad de la cama, vestido.

Como no me atreví a despertarlo (al perro que duerme, no lo despiertes), me puse una camiseta y me metí bajo las sábanas, en el escaso espacio que quedaba. Era la primera vez que dormía con alguien que roncaba y esa noche descubrí lo molesto que puede ser.

Apenas pegué ojo hasta las tres de la madrugada, cuando Conor por fin se puso de lado y dejó de roncar. Fue entonces cuando me sumí en un sueño muy profundo.



A la mañana siguiente, me costó Dios y ayuda despertarme del precioso sueño que tenía: estaba tumbada en la playa, junto a la orilla, y las olas rompían entre mis piernas. Era el séptimo

cielo.

Me costó horrores salir del sopor, estaba en otro mundo, pero tenía que hacerlo, tenía que abrir los ojos porque allí, en el mundo real, había algo que no marchaba bien.

Durante unos segundos, o quizá un poco más, no pude distinguir el sueño de la realidad. Pero cuando por fin entendí que la playa formaba parte del sueño y que la cabeza de Conor entre mis muslos era la realidad, y que no lo eran las olas, solté un grito ahogado y me incorporé de golpe.

—¡Agh! —exclamé.

—Así me gusta —dijo Conor, que hizo una breve pausa para mirarme.

—¡Para! —exclamé, aunque la modorra de mi brusco despertar había dado al traste con mi intento de expresar la rabia que se acumulaba dentro de mí.

—¡Eh, que ya no estás con los maricas! —me soltó Conor—. Y no me digas que no te gusta. ¡Hace unos segundos te estabas riendo!

Se apoyó en los brazos y, con un rápido gesto, se inclinó hacia delante y me obligó a tumbarme, como si estuviera haciendo flexiones encima de mí.

—Yo... ¡Estaba dormida! Y tú...

—¡Ya lo sé! —Conor se rio y apoyó con cuidado el peso de su cuerpo musculoso sobre el mío. Entonces bajó una mano para colocarse bien y con un movimiento rápido y doloroso me penetró.

—¡Joder! —exclamé, incapaz de creer lo que estaba pasando—. ¡Conor!

—Eso es lo que quería: joder —replicó, como si le hicieran gracia mi indignación e incomodidad.

—¡Para! —repetí—. ¡Dios! ¡Qué peste tu aliento!

Aparté la cara para evitar el hedor a cerveza que exhalaba la boca de Conor.

—¡Cierra el pico! —dijo él, como si aquello le pareciera muy divertido, y empezó a moverse con suavidad.

Aunque mentalmente aún estaba indignada, a nivel biológico una parte de mí empezó a reaccionar a la sensación de sentir su cuerpo encima de mí, su vello pectoral rozándome los pechos (en algún momento me había levantado la camiseta) y a las agradables sensaciones, eso no podía negarlo, que estaban provocando sus movimientos acompasados.

Poco a poco, mis gemidos de indignación se fueron convirtiendo en jadeos, hasta dar paso a suspiros de placer.

Explico todo esto porque el consentimiento es un tema muy amplio y complejo. Y el sexo sin consentimiento es violación. Pero ¿me violó Conor esa primera vez? Aún no sé qué pensar.

Las mujeres más jóvenes que yo, con unos límites más claramente definidos, me dicen que hoy en día la cuestión es muy sencilla. Si dices «no», es más, si no has dicho «sí» de forma expresa, entonces es violación. Y me alegro mucho por ellas de que la situación haya evolucionado, de que exista un debate sobre estos temas, de que haya un esfuerzo común para definir de forma clara, para todos los involucrados, qué significa dar consentimiento.

Pero para mí, a los veinte años, todo me parecía mucho más complicado. En casa nunca se hablaba de sexo y, menos aún, de un tema tan espinoso como el del consentimiento. Y sí, yo había decidido irme de vacaciones con Conor con la intención de acostarme con él. Y sí, me gustaba que me considerase su novia, y me acosté en la cama con él sabiendo que tarde o temprano ocurriría. Y sí, mi cuerpo reaccionó a sus caricias con placer, el suficiente para dejar de lado temporalmente mi indignación, de modo que al final debo admitir que ya no decía «no», sino «¡Sí, sí, sí!». Me pregunto cuál sería el veredicto de un juez en este caso.

No fue hasta que acabó, cuando vi que Conor no había usado preservativo, cuando pensé en la cuestión de los anticonceptivos.

Me abrazó durante un rato y aquel gesto amable hizo que me convenciera a mí misma de que todo iba bien. Además, yo nunca me habría atrevido a dar el primer paso, me dije a mí misma cuando me besó la frente y se fue al baño.

Al menos ahora ya estaba hecho, lo que confirmaba mi categoría de novia. En ese punto solo me quedaba encontrar una farmacia en Grecia. Tenía que conseguir una píldora del día después durante las vacaciones, o una pastilla abortiva cuando volviera a casa. Estaba convencida de que Abby me había dicho que había una pastilla que podías tomar aunque hubieran pasado un par de semanas. De pronto la situación hizo que me sintiera muy adulta, lo que no hace sino demostrar lo infantil que era.

Desayunamos en el hotel, donde había un bufet pantagruélico que tenía desde cruasanes hasta beicon, huevos, papaya... A pesar de lo ocurrido, aún no sabía qué pensar exactamente de Conor y no dejaba de mirarlo con el rabillo del ojo, pero el sexo nos había abierto el apetito a los dos y nos dimos un buen banquete. Luego volvimos a la habitación para ponernos los bañadores y nos fuimos a la playa.

El agua era cristalina, muy cálida, y Conor estaba de lo más amable y divertido. Nos quedamos en la orilla, donde apenas cubría el agua, y él aprovechó para sumergirse entre mis piernas (otra vez) y retozamos sin importarnos las miradas de los demás. Nos lo estábamos pasando en grande. Cuando volvimos a la arena y nos tumbamos en las toallas, entre la multitud que abarrotaba la playa, apoyé la cabeza en el pecho de Conor y me dejé llevar por el dulce vaivén de su respiración. Entonces, sin venir a cuento de nada, me soltó:

—Me ha sorprendido que no seas virgen.

—¿Cómo dices? —pregunté, y me incorporé como un resorte.

—Que me ha sorprendido que no seas virgen —repitió Conor en el mismo tono dulce, como si fuera lo más normal del mundo—. Una chica buena y católica como tú... —añadió.

—¡Agh! —exclamé, llevada por la ira que se acumulaba en mi interior—. Aunque hubiera sido virgen, ya no lo sería ahora. ¡Has empezado a meterme mano mientras dormía, joder!

Él se limitó a reír, se puso en pie, me dio un cachete suave en plan jugueteón y dijo:

—El último que llegue es tonto. —Y se fue corriendo hacia el agua.

Era obvio que solo tenía ganas de jugar y no quería hacerme daño, pero me dolía la oreja del bofetón. Y su comentario sobre mi virginidad, o no virginidad, también me había dolido. De modo que no salí corriendo detrás de él. Me froté la oreja, me lo quedé mirando fijamente e ignoré sus gritos para que lo acompañara. Al final se encogió de hombros y, sin dejar de sonreír, se dio media vuelta y se puso a nadar. Tenía un estilo peculiar, parecía que lo hacía casi sin esfuerzo, mientras dejaba una estela que cruzaba la bahía.

De pronto cambié de opinión con respecto a él; volví al hotel e hice la maleta. Me dieron ganas de desaparecer antes de que volviera de la playa, pero ¿adónde podía ir? El billete de vuelta era para al cabo de una semana, pero desde Santorini, no desde Miconos. Quizá en Santorini, si la situación seguía tan mal como en ese momento, podría cambiarlo para volver a casa antes de tiempo. Pero desde Miconos era casi imposible.

Me senté en la cama, con la mirada fija en la maleta, y empecé a morderme las uñas. Seguía así cuando Conor volvió, con la bolsa en un hombro y la toalla colgada del cuello.

—He encontrado una concha preciosa —me dijo. Se agachó ante mí y me mostró una concha enorme, con el interior rosado y púrpura—. Toma, es para ti.

—No la quiero —le dije con aire sombrío.

—Mira, lo siento —se disculpó, intentando marearme, como hacía siempre—. A veces soy un cretino, lo sé.

El aliento le apestaba a alcohol.

—¿Has vuelto a beber? —pregunté, y me di cuenta de que ahí pasaba algo—. Solo son las diez y media.

—Solo una pinta —dijo Conor—. Para quitarme el mal sabor del agua del mar. He atravesado una mancha de diésel de una motora y sabía a rayos.

Me mostró de nuevo la concha.

—Toma —insistió—. Ya te he pedido perdón. Puedes cogerla sin remordimientos.

Lo miré a los ojos, que tenían algo hipnótico, y vi que me dirigía una sonrisa amable.

—Venga, aún quieres ser mi novia, ¿verdad? —preguntó.

Me encogí de hombros y procuré con todas mis fuerzas no ceder, pero para entonces ya empezaba a darme cuenta de que era una batalla perdida. Cuando Conor decidía recurrir a su encanto, yo siempre encontraba algo irresistible en él.

—Venga —insistió—. Como sigas así te saldrán arrugas y eso no estaría bien, ¿verdad? —Me acarició una mejilla—. Ya te he dicho que lo siento. ¿Qué más quieres que diga?

Incapaz de seguir de morros, acabé cediendo y cogí la concha, pero no sin antes decirle:

—Eres un cretino. A veces te pasas mucho.

—Ahora dime algo que no sepa.

—Son las diez y media y hemos pedido un taxi para las once.

—Pues supongo que es mejor que me ponga en marcha —dijo. Se levantó y se metió en el baño.



El viaje a Santorini fue maravilloso. El barco, un ferri bastante grande, nos llevó a Paros, Naxos e Íos... Paró en diversas islas para recoger y dejar a las hordas de turistas que arrastraban las maletas detrás de ellos. Pasamos incluso por algunas islas tan pequeñas que parecían deshabitadas.

El sol brillaba con fuerza, pero la brisa marina nos refrescaba con sus caricias. Y la luz... Nunca había visto otra igual: parecía un mar de mil bombillas halógenas. Todo tenía un brillo incomparable. El color de la ropa de la gente también adquiría un matiz especial en contraste con el azul predominante de la zona.

Conor y yo nos quedamos en la popa, agarrados a la barandilla, viendo la estela que dejaba el barco, acompañados por las gaviotas y disfrutando de las preciosas vistas de las islas que dejábamos atrás.

En un momento dado, cuando Conor me besó en la mejilla, me volví para mirarlo e intentar conocer de una vez por todas su auténtico yo. La brisa marina agitaba su camisa blanca y me alborotaba el pelo, y a pesar de todo lo que había pasado, me sentía intrépida como una aventurera, feliz como una amante enamorada. Él me guiñó un ojo y me sentí hasta guapa, algo que no me había ocurrido muchas veces a lo largo de mi vida.

Cuando desembarcamos en Santorini, tomamos un taxi a Oia, donde se encontraba nuestro hotel. Aunque tenía un edificio central que acogía el bar y el restaurante, las habitaciones propiamente dichas eran casas de un blanco cegador, con tejado en forma de cúpula, construidas en una ladera y unidas por un enrevesado laberinto de escalones.

Mientras el mozo del hotel nos abría la puerta del bungalow y le enseñaba a Conor el

dormitorio y el baño, yo me quedé en la pequeña terraza, embelesada. Nunca había disfrutado de unas vistas más espectaculares. De hecho, es muy probable que nunca más haya contemplado algo parecido: una perspectiva panorámica maravillosa de Santorini, que se extendía a nuestros pies.

La isla, si nunca la has visto, tiene forma de C al revés. En la bahía hay varias islas diminutas protegidas por la franja de tierra, y en torno a ellas se extiende el azul infinito del mar y el cielo. Era una escena imponente.

Las paredes escarpadas de los acantilados eran de un gris oscuro, casi negro en algunos lugares, mientras que las casas, sin excepción, eran de un blanco immaculado, con las puertas y marcos de las ventanas de color azul marino. Algunas, imagino que las iglesias, destacaban por sus cúpulas azules, como en el póster que tenía en mi habitación desde hacía tantos años.

—Vaya —murmuré.

Cuando Conor salió a la terraza, no tuve más remedio que repetirlo.

—Vaya... Es alucinante.

—Es bonito, no está mal —admitió—. Pero a saber dónde queda la playa.

Estábamos a unos doscientos metros por encima del nivel del mar.

—La más cercana es la de Baxedes —le dijo el mozo—. A diez minutos.

—¿En coche o a pie? —preguntó Conor.

—¿Cómo dice?

—¿Está a diez minutos en coche? —repitió Conor en tono pedante e imitando los gestos de alguien al volante—. O a pie... —añadió, reproduciendo el gesto de caminar con los dedos.

—En autobús —dijo el mozo en un inglés perfecto—. Puede comprar los billetes en el vestíbulo.

En cuanto se fue, Conor decidió ir a alquilar un coche después de explicarme, de forma muy tajante, que él no iba en autobús a ningún lado.

Le llevó dos horas, pero no me importó demasiado. Desplegué una de las tumbonas que nos había dado el hotel, abrí la sombrilla y me eché para disfrutar de las vistas. Vi el continuo ir y venir de ferris en el puerto. Vi las barcas de pescadores y a un hombre en moto de agua que dejaba tras de sí una estela de líneas blancas sobre el lienzo azul del mar. Observé el sol que surcaba un cielo límpido y pensé: «¡Vaya! ¡Voy a estar una semana aquí!».

Me había enamorado perdidamente de Santorini, algo que ya sabía que iba a pasar. Y decidí que los cambios de humor de Conor no eran más que el pequeño precio que debía pagar para disfrutar de aquello.



Eran casi las cuatro cuando volvió y, aunque yo había comido un sándwich en el barco, ya tenía hambre. Sin embargo, Conor ya había comido.

—Esos cabrones no abrían hasta las tres —me dijo—. Pero ahora ya podemos movernos, así que vámonos para aprovechar el sol.

Tenía una forma de conducir algo errática y me pregunté si el problema era que le costaba acostumbrarse al coche, un Fiat rojo pequeño y destartado, o que había vuelto a beber. Pero no me atreví a preguntárselo. Creo que poco a poco, de un modo inconsciente, empezaba a tener miedo de él. Más vale tarde que nunca, supongo.

La playa era una amplia extensión de arena de grava fina, de un tono gris oscuro. Hacía tanto calor que cuando las chanclas se hundían en la arena, te quemaba los pies.

Había una zona pequeña y privada, una hilera de sombrillas blancas que se mecían por el

abrazo de la brisa, y un chico de no más de catorce años que vendía cerveza, cola y cacahuets.

—¿Hay algún sitio donde conseguir comida? —le pregunté.

—¿Cacahuets? —respondió, señalando la cesta que llevaba, y se encogió de hombros.

De modo que mientras Conor se ponía hasta arriba de cerveza griega, yo tuve que conformarme con los refrescos y los cacahuets.

Pasé un par de horas entre chapuzones (el agua estaba tan caliente que ni me inmutaba cuando me zambullía bajo las olas), sorbos de refresco y las inevitables siestas cuando me tumbaba boca arriba, hasta que me despertaban unos ronquidos.

Al final, Conor me soltó sin venir a cuento que se estaba aburriendo y se puso en pie.

Por primera vez intenté pagar la cuenta, pero no me dejó.

—Esto es una mierda —me dijo mientras cruzábamos la playa—. Tendríamos que haber ido a España.

—¿De verdad? —le pregunté, sorprendida al comprobar que teníamos opiniones tan distintas. ¿Me estaba tomando el pelo?—. A mí me parece un lugar precioso.

—Precioso pero aburrido.

—¿Qué otra cosa habrías hecho en España? —le pregunté mientras intentaba seguir su ritmo—. Aparte de tomar el sol en la playa y bañarte en el mar.

—No lo sé —admitió—. Pero sí sé que pasarse el día tumbado en la arena es aburridísimo.

—Si quieres, te presto uno de mis libros —le propuse.

Había traído tres novelas de mi madre para tener lectura en la playa.

—Sí —contestó entre risas—. ¡Seguro que sirve de mucho!

De nuevo no supe si lo decía con sarcasmo o no.



Al volver a Oia, dejamos el coche en un aparcamiento polvoriento y tuvimos que bajar unos cien escalones para llegar a nuestra casita de hobbits.

Nos duchamos, pero esta vez, al salir de la ducha, descubrí que Conor estaba esperándome, con todo a punto para un segundo asalto.

—Tengo un problemita, ¿crees que podrías ayudarme a aliviar esta tensión que no me deja vivir? —preguntó Conor.

Y como lo dijo entre risas, y además me había enamorado de Santorini, y a su vez de Conor por llevarme allí, sin mencionar que después de una tarde en la playa me sentía relajada y, sí, sexy, eso fue justamente lo que hice.

Cuando acabamos Conor me dijo que iba a echarse un rato. Yo estaba tan emocionada con las vistas que me duché de nuevo y me instalé en la tumbona.

Empecé a darle vueltas a mi relación con Conor. Tenía miedo de que todo se fuera a la porra y me viera obligada a cambiar el billete. Sin embargo, si todo seguía como hasta el momento, lo más probable era que no ocurriera nada grave. La solución más fácil era aguantar sus cambios de humor hasta que volviéramos a casa, donde podría tomar una decisión bien razonada y basada en su comportamiento errático.

Quizá parezca una mala decisión y, considerándolo ahora, casi seguro que lo fue. Pero, como ya he dicho, apenas tenía experiencia en estas lides. No sabía cómo gestionar las relaciones sexuales, ni siquiera las personales. No tenía ningún punto de referencia, era inocente a más no poder. También me faltaba confianza en mí misma para enfrentarme a situaciones como cambiar las fechas de un billete de avión en otro país... A fin de cuentas, era la primera vez que viajaba al

extranjero.

También me preocupaba un poco el tema de los anticonceptivos. Pero, de nuevo, la idea de tener que pedir algo en una farmacia griega me aterrorizaba. ¿Cómo podía saber cuál era su postura ante un tema como ese? Mi madre se ponía a gritar hecha una furia cada vez que alguien hablaba de métodos anticonceptivos en televisión, de modo que sabía que había gente que podía reaccionar mal. Además, ¿qué sentido tenía a estas alturas? Ya nos habíamos acostado dos veces sin protección, así que tampoco podía pedirle que empezara a usar preservativos ahora, ¿no? Decidí apechugar con ello y solucionarlo al volver a casa.

Pensé en mamá, claro, que creía que estaba en un camping de Cornualles con Abby, y me pregunté lo que diría si supiera lo que estaba haciendo en realidad su hija. De pronto sentí una punzada de orgullo por mi audacia, que fue engullida casi de inmediato por un muy católico sentimiento de culpa por el pecado que había cometido, y luego por el miedo al darme cuenta de lo que podría pasar si alguna vez lo averiguaba. Sin embargo, la espectacular vista que tenía ante mí logró calmarme. Desterró mis pensamientos y aplacó mis inquietudes y temores.

El sol avanzaba implacable hacia el horizonte y el cielo empezaba a teñirse de un azul más oscuro. Sentada en la terraza, asistí embelesada a aquel cambio de escenario en un estado que podría definir como de meditación y fui consciente de cómo se apaciguaban mis pensamientos. En cuanto a mis preocupaciones, se transformaron en nubes arrastradas por el viento.

A un lado de nuestra terraza había unas escaleras algo irregulares, de hormigón, que bajaban por la ladera de la montaña. Los escalones tenían el borde pintado de blanco, probablemente para que la gente pudiera ver dónde pisaba cuando empezaba a oscurecer.

De vez en cuando pasaba alguien, y entonces vi aparecer a un hombre rubio y alto de mi edad, más o menos. Era uno de esos chicos jóvenes y deportistas que llevaba unos pantalones con muchos bolsillos. Cargaba una mochila y al pasar junto a la terraza me saludó con un gesto de la cabeza y sonrió. Yo le devolví la sonrisa y le pregunté qué había ahí abajo, algo que me rondaba en la cabeza desde hacía un buen rato.

—Un puerto pequeño —me dijo en un inglés perfecto, pero con un curioso acento que no supe identificar—. Y una playa diminuta. —Hizo una pausa y se secó la frente con un pañuelo—. En realidad, es de piedras —prosiguió—. Pero es fácil nadar. Y también hay un par o tres de restaurantes de pescado. Pero pescan el pescado... Se dice así, ¿no? Lo pescan ellos mismos.

—Qué buena pinta —le dije—. Quizá vayamos esta noche.

—Es muy bonito —me aseguró—, pero hay que bajar un millón de escalones, así que... Que vaya bien.

Se tocó la visera de la gorra azul en un gesto que me sorprendió por demasiado formal para alguien de mi edad, y siguió su camino, subiendo escalones hasta que desapareció detrás de nuestra casa. Cuando Conor despertó ya eran las siete y media y el sol había empezado a ponerse. El cielo presentaba una paleta de colores de diversas tonalidades: el naranja intenso del horizonte, también amarillo y rosa, todo ello rematado con un degradado azul que iba desde el turquesa de la base hasta el negro azabache del cielo salpicado de estrellas.

—Hola, dormilón —le dije sin apartar los ojos de la fascinante puesta de sol.

—¡Vaya, mira eso! —exclamó.

—Lo sé —concedí, y casi sin darme cuenta añadí—: Es la primera vez que estoy en un lugar que hace que sea consciente de que vivimos en una roca gigante que se mueve en el espacio. ¿Entiendes a lo que me refiero?

—Sí —dijo Conor sin prestar demasiada atención. Se acercó a la barandilla de la terraza y dirigió la mirada al cielo—. Es muy bonito.

—Me han dicho que hay un restaurante al final de esas escaleras —le dije, señalándolas—. Y es muy bonito. Preparan el pescado que capturan ellos mismos.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Conor.

—Un chico que ha pasado por aquí.

—¿Un chico? —añadió—. ¿De modo que a eso te dedicas en cuanto me doy la vuelta un momento?!

—¿Cómo dices?

—A flirtear con desconocidos.

Como ya me había sucedido en otras ocasiones, no supe si hablaba en serio o en broma. A veces me preguntaba si de verdad era consciente de su comportamiento.

—Era un chico que pasaba por aquí, eso es todo. Pero también me ha dicho que hay que bajar un montón de escalones.

—Y luego volver a subirlos. A la mierda.

—Pero es que me ha asegurado que es un lugar precioso y que vale mucho la pena —añadí sin darme por vencida.

—Deja de darme la paliza con ese tío —dijo Conor—. Y arréglate de una vez, que me muero de hambre.



El restaurante del hotel era muy bonito y se parecía al de Miconos en muchos aspectos.

Tenía los mismos manteles almidonados, las mismas velas y hasta sonaba la misma música minimalista. La única diferencia era que las ventanas no daban a la playa, sino al maravilloso paisaje nocturno de Santorini, un lugar tan bonito de noche como de día. La luz de la luna rielaba en las aguas profundas y oscuras de la bahía, y las luces de las miles de casas esparcidas por la colina parpadeaban con la misma belleza que las estrellas que iluminaban el cielo.

La carta también era muy parecida a la de Miconos, aunque Conor me aseguró que los precios eran mucho más asequibles.

Pedimos otra jarra de cerveza Mythos para Conor, y una pequeña garrafa de vino blanco afrutado para mí. Conor pidió una bandeja de marisco y yo me puse las botas con una musaka. Después de tanto tiempo muriéndome de ganas de ir a Grecia, tomé la decisión de pedir un plato distinto en cada comida.

Conor parecía algo más relajado y decidí preguntarle si se encontraba bien mientras esperábamos a que nos trajeran los platos.

—Estoy bien, pero me has dejado dormir más de la cuenta y ahora estoy un poco grogui.

—Vale —dije, y añadí por si acaso, porque no me parecía que fuera culpa mía—: Lo siento, no sabía...

Conor se encogió de hombros.

—No pasa nada.

—Dime, ¿no te parece el lugar más bonito que has visto jamás?

Se encogió de hombros otra vez.

—No está mal. Es verdad que las vistas son espectaculares, pero creo que me gustan más los lugares con playa, bares y esas cosas. Ya sabes.

—Fira está en el centro de la isla y tiene muchas cosas que ver —dije, señalando el lugar—. Está ahí. Lo he leído en la guía que nos dejaron en la habitación. A lo mejor podríamos ir después de cenar. Siempre que no hayas bebido más de la cuenta.

Conor se rio y tomó otro sorbo de cerveza. Ya había bebido más de medio litro.

—Deduzco que no tienes el carné —comentó.

Negué con la cabeza.

—Lo siento.

—Como siempre, todo depende de Conor.

—Podríamos ir en autobús —propuse—. Si no recuerdo mal, hay cada...

—Ya te dije que no voy en autobús a ningún lado —me interrumpió él.

—O en taxi —sugerí.

Y pensé: «O por una vez podrías no emborracharte».

—¡Oye, que no me sobra el dinero!

—Yo también puedo pagar algo —me ofrecí—. Aún no me has dejado hacerlo.

—¿Quieres que me sienta incómodo? ¿Lo haces a propósito?

—No... —respondí, con un nudo en la garganta. De repente tenía ganas de llorar—. No,

yo...

Por suerte me salvé gracias al camarero que nos traía la comida.

Mi musaka estaba deliciosa, lo cual fue una suerte porque cuando le propuse a Conor, convencida de que lo consideraría un gesto romántico, que intercambiáramos un trozo de mi musaka por unos cuantos calamares, se limitó a responderme con un no tajante.

—¿No? —repetí entre risas, aunque sorprendida.

—Si querías calamares, haberlos pedido —replicó.

Acabamos de cenar en silencio.



Me había dado cuenta de que existían muchas posibilidades de que la situación se me fuera de las manos y de que ya no hubiera marcha atrás si eso sucedía. Así que con el fin de mantener la frágil tregua el máximo de tiempo posible, intenté echarme atrás y descartar la visita a Fira.

—Estoy un poco cansada —le dije a Conor mientras nos dirigíamos al coche—. Creo que me acostaré temprano. Pero tú sal y disfruta, si te apetece.

—Venga, métete en el coche, ¿quieres? —me dijo.

Me agarró de la muñeca y me arrastró por el aparcamiento.

No abrí la boca en todo el trayecto. Tenía miedo. Miedo de su estilo de conducción, aunque, para ser sincera, esa noche condujo muy bien, sobre todo teniendo en cuenta que había engullido dos litros de cerveza en el transcurso de una hora.

También tenía miedo, a pesar de que no acertaba a definir con demasiada precisión el sentimiento que se había apoderado de mí, por lo que podía depararnos la velada.

Sin embargo, cuando llegamos a Fira las cosas se calmaron un poco.

Era, y aún es, un pueblo precioso formado por un entramado laberíntico de edificios blancos encaramado en lo alto de una colina que descendía sin orden ni concierto hasta el mar.

En 1994 ya tenía un aire a Saint-Tropez, y durante una hora paseamos por las callejuelas, abriéndonos paso entre otras parejas después de pararnos a curiosear en una tienda o a tomar algo en una terraza. Gracias a mi insistencia, Conor pidió media pinta y durante el trayecto de vuelta al hotel parecía muy sobrio a pesar de todo lo que había bebido. En una de las tiendas se compró una camiseta graciosa en la que aparecía un gato fluorescente con auriculares, y en otra, después de un cordial tira y afloja, dejé que me comprara una pulsera.

—Unas manos tan bonitas tienen que lucir joyas a su altura —insistió Conor.

Cuando me puse la pulsera de colgantes de cromo y turquesa, dejé que me cogiera de nuevo la mano. Al principio me pareció que sería feo negarme y acepté con resignación, pero al cabo de unos minutos volví a disfrutar de la experiencia de tener un novio que quisiera ir conmigo de la mano. Vi que una chica miraba a Conor con descaro al pasar junto a nosotros y, por un momento, me sentí orgullosa de que fuera mío. Creo que por entonces se me daba muy bien convencerme a mí misma de que las cosas no podían irme mejor.

De camino al coche, que habíamos dejado aparcado a las afueras del pueblo, pensé que la noche había sido todo un éxito, a pesar de lo mal que había pintado todo al principio. Me sentía muy satisfecha conmigo misma y, por extraño que parezca, nuevamente enamorada de Conor.

Pero al pasar junto a una taberna, uno de aquellos locales típicos griegos, con mesas pintadas de color azul, hules de cuadros y parras, oímos una explosión de carcajadas.

—La última para el camino —sugirió Conor, que me agarró de la mano con la misma fuerza que ejercía sobre él la idea de tomar otro trago.

—Eso siempre es una mala idea —dije, forzando un tono desenfadado—. Sobre todo en estas carreteras. Si de verdad te apetece, tómate la última en el hotel.

De repente una voz destacó entre las demás, en un inglés con acento del East End.

—¡No lo sé! —exclamó alguien entre carcajadas—. ¡Pregúntaselo a Stavros!

—Mira, paisanos tuyos —replicó Conor, que me arrastró con más fuerza—. Será divertido.

Lancé un gruñido para mí y lo seguí hasta el local del que procedían las voces. En el interior del restaurante sonaba música buzuki y había un grupo de una docena de británicos, entre hombres y mujeres, que habían juntado cuatro mesas en una terraza que tenían solo para ellos.

—¡Hola! —los saludó Conor cuando llegamos a su mesa—. ¿Os importa que nos unamos? ¡Desde ahí fuera parecía que os lo estabais pasando en grande!

Un hombre de unos cincuenta años, con la cara roja, nos hizo un gesto para que nos sentáramos.

—¡Por favor! —exclamó, imitando en tono burlón el acento irlandés de Conor—. ¡Tened la bondad de acompañarnos!

Conor pidió al camarero, que no andaba muy lejos de ahí, que sirviera una ronda para todos, y una vez hechas las presentaciones de rigor, se sentó junto al rubicundo Mike y me dejó sola en la cabeza de la mesa.

Sheila, una de las mujeres que estaba en el centro de un grupo en el otro extremo, me guiñó un ojo y me hizo un gesto con la mano.

—Hola —dije con timidez cuando me acerqué hasta ellas.

—¿Es tu novio? —me preguntó—. Parece todo un personaje.

—Lo es. Pero llevamos poco tiempo... ya sabes.

—Una aventura de vacaciones, ¿verdad?

—Algo así. ¿También has venido acompañada?

—Sí —respondió—. Con Mike, ese de ahí. Y creo que tu Conor acaba de convertirse en su mejor amigo.

Dirigí la mirada al otro extremo de la mesa y vi que Mike le había echado el brazo sobre los hombros a Conor.

—Sí —admití con un deje vacilante.

—Espero que sepa dónde se ha metido —dijo Sheila, comentario que provocó las risas de Mads y Terri, que estaban sentadas a su derecha y su izquierda, respectivamente.

—Yo también espero que tu Mike sepa dónde se ha metido —repliqué, y todas se rieron.



El grupo de mujeres estuvimos de cháchara durante casi dos horas. Eran todas muy simpáticas y también habían bebido algo más de la cuenta, por lo que la conversación fluyó con gran naturalidad. Sheila y Mike vivían en Southend y Mads era de Londres, como yo. Estaban en la cuarta isla de su viaje y la tercera visita a Santorini, así que me dieron algunas recomendaciones sobre los mejores restaurantes de la zona o la crema solar que debía comprar si no quería «acabar como una gamba». Y como estábamos entre chicas, también me informaron, entre risas, de las playas donde iban los hombres más guapos.

En el otro extremo de la mesa, los hombres cada vez armaban más jaleo, pero como me lo estaba pasando en grande con Sheila, Mads y Terri no me di cuenta hasta el final de lo mucho que habían bebido. Sin embargo, hacia las doce y media, Conor se levantó para ir al baño a trompicones y fue entonces cuando vi las decenas de botellas vacías que había en la mesa.

—Ha llegado el momento de irnos —dijo Sheila, que miró el reloj y se levantó—. Y te sugiero queagas lo mismo.

—Conor tiene que conducir —dije— y estamos en el otro extremo de la isla.

—¿Conducir? Pues buena suerte —me deseó Terri entre risas.

Entonces, Sheila, Mads y ella se agarraron del brazo, cruzaron el patio y me dejaron ahí, a solas con los hombres y celosa de la relación fraternal que habían forjado entre ellas.

Sin embargo, la mayoría de los chicos también decidieron dar la velada por concluida, de modo que cuando volvió Conor solo quedaban Mike y un joven español que se llamaba Pablo.

Conor iba como una cuba, tropezó con tres mesas vacías y estuvo a punto de caerse por culpa de una silla antes de llegar a donde nos encontrábamos. Cuando se acercaba vi que había tenido un accidente: se había mojado los pantalones y yo esperaba que solo fuera cerveza.

Ante tal situación, me armé de valor y me levanté para interceptarlo.

—Venga, Conor —le dije—, tendríamos que coger un taxi para volver a casa.

Me apartó de un empujón sin dirigirme la palabra y, como buenamente pudo, logró llegar hasta una silla que había delante de Mike.

—¿Otra cerveza? —preguntó este, con un gesto grotesco deformado por la embriaguez.

—¿Otra cerveza! —exclamó Conor, arrastrando las palabras. Cogió una botella vacía y la puso del revés para demostrar que se había quedado sin gasolina. Las pocas gotas que quedaban se derramaron sobre la mesa.

—¡Camarero! —gritó Mike, intentando chasquear los dedos, pero al darse cuenta de que no podía, se puso a dar palmadas.

—Di «garçon» —le sugirió Conor entre risas—. Se ponen como una moto.

—*Garçon! Garçon!*

Pablo se levantó y dijo:

—A mí ya me llega. ¡Voy muy borracho! —Y se fue haciendo zigzag en la misma dirección que habían tomado las mujeres cinco minutos antes.

Yo me acerqué a Conor y me agaché a su lado.

—Conor —le dije, poniéndole una mano en el hombro—, ¿por qué no nos vamos a casa?

Me señaló con el pulgar sin volverse y, a pesar de que era incapaz de enfocar la mirada para ver a Mike, dijo:

—Esta se piensa que me voy a ir a casa ahora.

Ambos estallaron en carcajadas y cuando Mike recuperó el aliento, me dirigió una mirada vidriosa y añadió:

—¡Es verdad! ¡Tienes toda la razón, tío!

—¡Conor! —le dije con brusquedad. Cogió la botella medio vacía que había encontrado en

aquel mar de cristal y la levanté, fuera de su alcance—. Ya basta. Venga. ¡Vámonos, por favor!

Se revolvió de forma tan rápida que no pude agacharme para esquivar el golpe. Me dio en toda la mejilla, con tanta fuerza que salí despedida y choqué contra un tamarindo que tenía detrás.

Durante unos segundos, a Mike se le demudó el gesto y puso cara de preocupación. Por un momento logró despertar de su sopor etílico y se dio cuenta de que aquello no estaba bien. Pero entonces Conor estalló en carcajadas.

—¿Por dónde iba antes de que cierta persona cometiera la grosería de interrumpirme? Ah, sí, más cerveza, ¿no? *Garçon!* Necesitamos más cerveza.

Vi que Mike cambiaba de bando y se ponía a reír. Eligió de forma consciente olvidarse de la mujer que estaba tirada en el suelo.



Logré mantener la compostura con cierta dignidad. El subidón de adrenalina me permitió salir de la taberna, encontrar un taxi y señalarle en el mapa al chófer el lugar donde me alojaba. Me senté y me dejé llevar por las oscuras carreteras. Y solo por un momento fugaz, me sentí orgullosa de mí misma.

Pagué al conductor varios miles de dracmas. No sabía si me había estafado, pero me daba igual, y crucé la carretera hasta las escaleras que llevaban a nuestro hotel.

Había bajado unos veinte escalones cuando recuperé la conciencia, por decirlo de alguna manera. La hormona que me había ayudado a salir de aquel trance se había desvanecido y me di cuenta de que tenía sangre en el codo, debido al golpe que me había dado al caer, y de que aún me escocía la mejilla. Me detuve y fijé la mirada en la espectacular vista para intentar asimilar lo sucedido: Conor me había pegado. De verdad. Logré dar diez pasos más hasta que se desbordaron las lágrimas que había intentado contener, me senté en un escalón y rompí a llorar. Fue como un viaje al pasado, a mi infancia; de pronto quise estar en casa, en mi cama, con mi osito Barney. Quería que Abby, o incluso mi madre, cuidara de mí, que me dijera qué debía hacer. Me sentía asustada, abandonada y sola. No sabía cómo enfrentarme a semejante situación.

—Disculpa.

La voz venía de atrás. Me sequé las lágrimas con la manga y me di la vuelta. Había dos hombres que intentaban llegar a su habitación, pero yo les estaba cortando el paso.

—Lo siento —balbuceé, haciéndome a un lado.

—¡Ah, hola! —dijo el más delgado de los dos—. Eres tú. Nos hemos conocido hoy por la mañana...

Pero me puse en pie y eché a correr por las escaleras. La vergüenza de la situación había logrado que dejara a un lado el sentimiento de autocompasión que me había embargado.

Cuando llegué a mi terraza, me di cuenta de que no tenía la llave de la puerta. La llevaba Conor. Así que me sequé los ojos con una toalla que habíamos dejado en una tumbona y después de sollozar unas cuantas veces para intentar recuperar la compostura, regresé al hotel.

Al pasar junto a una casa que estaba un poco más allá, vi al senderista de la mañana, sentado en una tumbona idéntica a la nuestra, disfrutando de las hermosas vistas nocturnas.

—Me he olvidado la llave de mi habitación —le expliqué al ver su mirada curiosa y su gesto amable—. Espero que tengan una copia en recepción.

—Sí que tienen —me aseguró, y añadió con una mirada de preocupación—: ¿Estás bien?

Me mordí el labio para intentar contener un nuevo torrente de lágrimas. No hay nada peor que encontrarte con alguien amable cuando lo que intentas es justamente reprimir algo, ¿verdad?

Se levantó y se acercó hasta mí. Era mucho más alto que yo, pero como estaba en las escaleras, nuestras miradas se encontraron casi a la misma altura.

—No estás bien, ¿verdad? —me preguntó, y estiró una mano para acariciarme el antebrazo.

Negué con la cabeza y me quedé mirando el suelo, cerrando los ojos con todas mis fuerzas. Pero ya era tarde. Llevaba varios días reprimiendo todo aquello, a pesar de que hasta ese momento no me había dado cuenta. Las lágrimas empezaron a derramarse en el suelo y a manchar el hormigón.

CAPÍTULO 5

BECKY

Era una suerte que hubiera descubierto los planes de viaje de mamá. O sea, no pretendo decir que ella no hubiera sido capaz de organizarlo por su cuenta, pero creo que le habría costado bastante. De hecho, tan solo había reservado los billetes de avión a Atenas, nada más.

A pesar de los años que había trabajado como secretaria, nunca había tenido mucha mano para manejarse en la red. Sabía utilizar el sitio de internet del banco para pagar la factura de la electricidad y ver películas en Netflix. Pero cada vez que la veía enfrentarse a un nuevo reto, como buscar información en Google, o buscar precios de hoteles o vuelos, me daban ganas de arrancarme el pelo. Siempre hacía clic en el enlace menos útil de la página. Y por muy buenas intenciones que tuviera yo al principio, lo más habitual es que acabara apartándola para hacerlo yo.

—Podrías haber tomado un vuelo directo a Santorini —le dije—, si es ahí donde quieres ir.

—Eso ya lo sé, pero me apetecía hacer una parte del viaje en barco.
No sabía si creerla.

Si bien mamá decía que los horarios de los barcos siempre eran muy complicados, y resultó que tenía razón, al cabo de un par de semanas ya habíamos elaborado un plan de viaje. Íbamos a pasar una noche en Atenas (¡qué emoción!), visitaríamos la pequeña isla de Serifos (una amiga me había dicho que era espectacular) y luego iríamos hasta Santorini. Fuimos reservando los billetes para cada trayecto, y después de una pequeña discusión sobre qué era mejor, un hotel o un apartamento con cocina, también reservamos el alojamiento.

—Es que me preocupa que esté sucio —insistía mi madre.



El 23 de agosto tomamos el avión a Atenas. En Londres lloviznaba y estábamos a quince grados, ¡pero en Atenas hacía un calor abrasador!

A mamá le daba pánico que nos perdieran el equipaje, pero enseguida vimos aparecer las maletas en la cinta transportadora. En cuanto las recuperamos, nos dirigimos al metro para emprender la siguiente fase de nuestro minucioso plan.

—¿Por qué no cogemos un taxi? —me preguntó mamá, agarrándome del brazo cuando pasamos junto a la parada de taxis.

—Decidimos que tomaríamos el metro —le recordé—. Hemos planificado la ruta y todo lo

demás. Es más barato y probablemente también rápido.

—Pero así no veremos nada —esgrimió ella—. O sea... Estamos en Atenas, ¿no? Quiero mirar por la ventanilla y ver... bueno, Atenas.

Tuve que darle la razón. Era una buena idea y, aunque hicimos gran parte del viaje por autopista, cuando llegamos a la ciudad me alegré no solo de haber elegido un taxi, sino justamente el que habíamos tomado. Porque el chófer, un chico bastante mono de mi edad que hablaba un inglés perfecto, nos hizo una visita guiada y nos enseñó la universidad, los parques, las mejores zonas para comer, los monumentos históricos y la Acrópolis que dominaba la ciudad.

Llegamos a nuestro apartamento de Airbnb poco después de las cuatro y, por suerte, estaba immaculado. Nos dejamos caer en el gran sofá de piel. Llevábamos desde las seis en pie.

—Es muy bonito —dijo mamá—. Buena elección.

—Lo es —admití—. Mejor que un hotel, ¿no?

—Sí, de acuerdo, tenías razón.

Nos dimos una ducha y volvimos a salir. Solo teníamos una noche para explorar Atenas y ambas estábamos demasiado emocionadas para descansar. Nuestro barco zarpaba al día siguiente.

Paseamos por las calles durante un buen rato y, arrastradas de un modo casi magnético, nos dirigimos hacia la Acrópolis. Sin embargo, no tardamos en desviarnos de la ruta, o en perdernos, diría mejor, en una amplia zona peatonal, un precioso laberinto de callejuelas y plazas rodeadas de bares. Todas las mesas estaban llenas de jóvenes atenienses que bebían, charlaban y reían. El ambiente era mágico.

—No sé por qué, pero me imaginaba que sería un lugar más triste —dijo mamá—, con todo el tema de la crisis bancaria y el rescate...

—Yo también —admití—. Pensaba lo mismo, pero imagino que al ser la capital es distinto. Quiero decir que si vas al centro de Londres casi puedes ver cómo fluye el dinero por las calles. Pero en la calle principal de Margate aún hay muchos locales comerciales vacíos. Seguro que en Grecia hay muchas zonas que están pasando por lo mismo.

—Es horrible, ¿no crees? Tendrían que hacer algo con la calle principal.

—Lo que necesitamos —le dije— es un cambio de gobierno.

Mamá se encogió de hombros y frunció los labios. Cree que todos los políticos son iguales, un hatajo de inútiles, mientras que yo me aferro a la esperanza de que algunos sean menos inútiles que los demás.

Al final elegimos un lugar que no parecía demasiado turístico (casi todos los clientes eran griegos), pero que tenía un menú en inglés.

—¡Oh, nos hemos olvidado de la Acrópolis! —exclamé.

—Hace demasiado calor para ir hasta ahí, ¿no crees? —dijo mi madre—. ¿Tal vez mañana?

—Claro —respondí—. Además, este lugar es precioso.

—Lo es. Ya empiezo a tener la sensación de estar de vacaciones de verdad.

—Y pensar que querías hacerlo sola —dije, mirando a nuestro alrededor—. Ahora mismo me cuesta creerlo.

—A mí también. Me alegro mucho de que hayas venido.

En ese instante el camarero nos trajo las bebidas: dos copas de vino blanco y un cuenco de aceitunas con dados de queso feta.

—Salud —dije. Entrechocamos las copas y tomamos el primer sorbo. Habíamos pedido un vino seco y helado. Estaba buenísimo. Miré de nuevo a nuestro alrededor y me di cuenta de que todo el mundo sonreía—. Debe de ser mucho más fácil vivir en un país cálido —añadí.

—Sí —concedió mi madre—. Siempre pensé que con el tiempo me iría a vivir a un lugar más cálido, pero al final no surgió.

—¿En serio? —le pregunté—. ¿Cuándo? —Por algún motivo no acababa de creérmela. Mi madre tenía la costumbre de apropiarse y expresar las opiniones de los demás, en lugar de la suya propia. Poco importaba que fueran verdad o no. Era la forma que tenía de entablar conversación. Yo ya estaba acostumbrada a ello.

—Ah, ya sabes... —respondió, como eludiendo la cuestión—. De joven pensaba a menudo en esa opción. Siempre que llovía.

—Pues no tenía ni idea.

—Bueno, imagino que a tu edad resultará difícil de creer, pero hay muchas cosas que no sabes de mí.

Me reí.

—¿Como por ejemplo?

—Aaah... —dijo con una sonrisa—. Entonces ya no sería un secreto.

Acabamos comiendo en el local donde habíamos parado a tomar algo: mi madre pidió una ensalada y yo una musaka. Después de cenar, del madrugón que nos habíamos pegado y de pasarnos el día caminando, decidimos volver al apartamento, entre bostezos.

Cuando salimos del restaurante, mamá dijo:

—Antes del euro, el cambio entre la libra y la moneda griega, dracma creo que se llamaba, era una pesadilla, porque una libra equivalía a varios cientos de dracmas. Ahora es mucho más fácil... supongo.

—Sí. En Italia pasaba lo mismo. Lo estudiamos en Economía. En cierto momento, una libra llegó a valer varias decenas de miles de liras.

Después de responder, me pareció que había algo extraño en su comentario, aunque no supe exactamente qué era. La miré de soslayo mientras seguíamos paseando y me dedicó una sonrisa forzada antes de volverse.



A la mañana siguiente madrugamos, hicimos las maletas y nos pusimos en marcha de inmediato para visitar la Acrópolis.

Recorrimos las calles a buen paso, sorteando los repartidores que hacían sus entregas y viendo a las abuelas de la ciudad que salían a pasear con sus perros. No era nada difícil encontrar la Acrópolis. De hecho, no necesitamos ni mapa. Cada vez que doblábamos una esquina, la veíamos en lo alto de la colina. Cuando nos aproximamos al parque que la rodeaba, las calles empezaron a empinarse y empezamos a sudar.

—¡Qué calor hace ya a estas horas! —exclamó mi madre, que se detuvo para secarse la frente.

—He visto un termómetro y decía que estamos a veintinueve. ¡A la sombra!

El parque que rodeaba el monumento no era muy lozano, pero sí bonito, y tenía unas vistas magníficas de la ciudad. Hasta nos cruzamos con un grupito de tortugas que abandonó su escondite entre los arbustos, algo que me emocionó sorprendentemente. Siempre me han gustado las tortugas y ya tendría una si no fuera tan difícil comprarlas. Lo más parecido que había tenido era una tortuga diminuta en una pecera redonda, pero una noche intenté abrazarla y la maté. De modo que quizá no sea tan mala idea que nunca haya tenido una tortuga de las grandes.

Cuando llegamos a las puertas del edificio, estábamos acaloradas, cansadas y sedientas. La

cola de la taquilla era una monstruosidad que serpenteaba por la colina, y las entradas de las dos ascendían a cuarenta euros. Al final, cuando solo teníamos que salvar la última valla, todo nuestro valor se desvaneció.

—Me temo que me pasaré el resto de la vida contándole a la gente que estuve a punto de ver la Acrópolis, pero que al final no quise hacer la cola —le confesé a mi madre cuando nos íbamos.

—Yo no se lo contaré a nadie si tú tampoco lo haces —me aseguró, con una sonrisa astuta—. Además, verla la puedes ver desde aquí. Fíjate.

Me detuve y miré hacia atrás para observar las majestuosas columnas, la cuna de la democracia, tal y como afirmaba el cartel, y lancé un suspiro.

—Mira, sé que voy a quedar como una inculta ignorante, pero ¿sabes qué? Me conformo con verla desde aquí.

—De tal palo, tal astilla —dijo mamá entre risas—. Y ahora centrémonos en cosas más importantes. Como, por ejemplo, ¿encontrar un sitio donde hagan buen café!

—O mejor aún, uno de esos cafés helados que bebe la gente de aquí —propuse.



Después de comer, dejamos nuestro precioso apartamento y tomamos otro taxi al puerto, lo que nos permitió saltarnos una cola considerable, algo del todo inesperado.

Al llegar al muelle, había miles de personas buscando el mejor lugar para embarcar, pero nuestro chófer, Nick, logró abrirse paso entre la multitud, a pesar de que estuvo a punto de atropellar a un perro. Nos dejó al principio de la cola y como nos pareció que nadie se daba cuenta, o no le importaba, nos quedamos ahí, aunque con un inevitable sentimiento de culpa.

El proceso de embarque fue muy agobiante. Había varios hombres que utilizaban silbatos y gritaban una serie de instrucciones incomprensibles, y la multitud se dirigió como un solo ente hacia la gran abertura que apareció en la popa del barco. Alguien me aplastó los pies con su maleta y no pude reprimir un grito de dolor.

La escena parecía digna de un éxodo bíblico o una deportación a gran escala. Me pregunté, por primera vez, si no hay ciertas situaciones que producen más miedo del que deberían en buena lógica porque apelan a un recuerdo colectivo del pasado. Esa tarde tuve mucho miedo, como si ya hubiera pasado por aquel trance, como si supiera exactamente qué significaba que miles de personas corrieran hacia un barco mientras un grupo de hombres intentaba organizar a la muchedumbre a toque de silbato. Y a juzgar por lo que intentaba decirme mi alma, aquello era el presagio de un peligro inminente y aterrador.

El interior del barco era enorme: hilera tras hilera de asientos incómodos, como los de un cine, que en algunas zonas llegaban a los veinte o treinta de ancho. Mamá se llevó un buen chasco, algo del todo comprensible, al darse cuenta de que no podríamos salir a cubierta, ya que íbamos a bordo de un hidroala y las ventanas no podían abrirse. Nos habían asignado los asientos 26K y 26J, justo en medio de una familia griega muy escandalosa, por lo que decidimos hacernos las despistadas y nos apropiamos de un par de asientos vacíos junto a las ventanas. Fue todo idea de mi madre y debo admitir que yo estaba con el alma en vilo, por miedo a que viniera alguien a reclamar su asiento o a comprobar nuestros billetes.

El mar estaba en calma como un lago y el trayecto de tres horas transcurrió sin sobresaltos. Mamá echó una cabezadita y yo me dediqué a mirar por las ventanillas manchadas de sal, mientras Atenas se desvanecía en el horizonte y aparecían las primeras islas.

Aquel paisaje tuvo un efecto hipnótico y empecé a soñar despierta, proyectando en la pantalla de mi cabeza los acontecimientos que se habían producido en los últimos días, hasta que me acordé del comentario que me había hecho mamá, cuando me dijo que no la conocía tan bien como creía. Esas palabras me hicieron pensar en mi padre. Porque, por lo que sabía, aquella era la única laguna de mi vida.

Cuando mamá se despertó, fui a buscar dos cafés bien cargados (esa era la mejor forma de darle un poco de jabón), y después de respirar hondo un par de veces, le solté:

—¿Sabes todas esas cosas que decías que yo ignoraba sobre ti?

Mamá estaba sentada de lado, con las piernas dobladas, y me miró por encima de la taza de café.

—Solo era una broma —aseguró—. Lo sabes todo sobre mí. Durante dieciocho años hemos vivido en la misma habitación. Imposible ocultarte algo.

—Me refería a antes —señalé tímidamente—. O sea, ya sé que no te gusta hablar del tema, pero no sé nada de ti antes de que yo naciera.

—Bueno, conociste a la abuela Eiléan —dijo mamá—. También has dormido en la casa donde me crie. No llegué a conocer a ninguno de mis abuelos, que murieron antes de que yo naciera. Así que ya estás al corriente de todo mi árbol genealógico.

La miré a los ojos y me pareció ver que sabía perfectamente a qué me refería, pero, como siempre, prefirió eludir la cuestión. Me observó perpleja, como si le estuviera hablando en un idioma desconocido.

—Ya, pero ¿y lo demás? —pregunté con toda la naturalidad—. No sé nada de eso.

—¿A qué te refieres con «lo demás»? —preguntó mamá.

—Al accidente y todo eso —respondí.

Aún no era capaz de pronunciar las palabras prohibidas. Padre. Papá. Progenitor. Habían sido inenunciabables durante tanto tiempo que ni siquiera recordaba cuándo me enseñaron que eran tabú.

—Ah, eso —dijo mamá—. Bueno, no hay mucho que contar. Ya lo sabes.

Debí de lanzar un suspiro de frustración, porque mamá saltó enseguida.

—¡Pero es que no lo hay! Yo... ya sabes... conocí a un chico. Tuvimos una aventura. Y murió. Lo siento, cielo. Sé que... puede parecer una historia muy vulgar, pero es la verdad. Voy a quedar mal, pero lo cierto es que apenas conservo recuerdos de él.

—Vale —contesté en voz baja—. Como tú digas.

Me volví hacia la ventanilla. Estábamos pasando junto a otro grupo de islas, esta vez aún más cerca, acaso demasiado. Vi a un hombre pescando desde un peñasco y me pregunté si eso era normal.

—Mira —insistió mi madre al cabo de un rato—. Me fui de vacaciones con una amiga, ¿vale? Conocí a un chico y tuvimos una aventura. No pongas esa mala cara.

—No pongo ninguna cara —repliqué, y me volví para mirarla.

Era verdad. Me había acostumbrado tanto a no hablar de mi padre, que apenas me afectaba que ella siguiera esquivando la cuestión. Pero como era la primera vez que ella me ofrecía más información por voluntad propia, su gesto me había despertado la curiosidad.

—¿Una amiga? —le pregunté—. ¿Te refieres a la tía Abby?

Abby era amiga de mamá desde hacía muchísimos años, y en realidad no era mi tía, pero venía de visita una o dos veces al año desde que yo tenía uso de razón.

Mamá asintió y se lamió los labios.

—Y lo conocí... Quiero decir... Sé que sonará fatal, pero recuerda que yo solo tenía

veinticinco años...

—Un poco mayor que yo ahora.

—Sí, pero mentalmente era mucho más joven que tú. No sé si tiene mucho sentido esto que acabo de decir, pero yo no había ido a la universidad como tú. No había estado con ningún chico... Bueno, con muy pocos. Ni siquiera había tenido un novio de verdad. Tu abuela estaba muy chapada a la antigua. No te lo imaginas.

—Sí, ya sé que era muy tradicional. Entonces, ¿fue una aventura de verano y ya está?

Mamá asintió.

—Pero él... ya sabes... sufrió el accidente de coche. Y ahí acabó todo. No sé si habríamos durado demasiado, pero tampoco tuvimos la oportunidad de averiguarlo.

—¿Cuándo se produjo el accidente?

—Al cabo de un par de días —respondió mamá.

—¿Después de las vacaciones o de cuando os conocisteis?

—Aún estábamos de vacaciones. Fue horrible.

—Me lo imagino —le dije, pero no era verdad. En ese momento tuve una especie de iluminación y me di cuenta de que mi madre era una persona compleja que había tenido una vida muy dura. Y a mí nunca me había ocurrido nada horrible—. ¿De modo que apenas tuviste la ocasión de conocerlo?

—No demasiado. Quiero decir, lo conocí lo suficiente para... ya sabes... No es que me metiera en la cama con el primero que pasaba por ahí. Así que lo conocí lo bastante para saber que era encantador. Y lo conocí lo bastante... para saber, cuando me di cuenta de que estaba embarazada, que tú también serías encantadora. Por eso no... ya sabes. Pero, bueno, basta del tema, ¿no?

—¿Pensaste en la posibilidad de abortar? —pregunté, presa de una especie de crisis existencial al caer en la cuenta de que mi propia existencia había pendido de un hilo.

—¡No! —exclamó mamá—. En ningún momento. Mi madre, tu abuela... da igual. Pero no. Nunca se me pasó por la cabeza. Sabía que serías encantadora. Y quería tenerte. Nunca sentí la menor duda al respecto.

—Imagino que la abuela no debía de estar muy entusiasmada.

—No —admitió mamá—. No lo estaba. Ya sabes lo creyente que era.

—Sí, muchísimo. Pero ¿él...?

—¿Te importaría que cambiáramos de tema? —me interrumpió—. ¿Podría ser? Porque la experiencia no fue... no fue muy agradable que digamos. Además, no sé si te habrás dado cuenta, pero estoy intentando disfrutar de mis primeras vacaciones desde hace varias décadas.

Por ello, a pesar de que la información que había logrado sonsacarle había dado pie a que mi mente formulara mil preguntas más, decidí hacerle caso y cambiar de tema. De momento.

—Bueno, ¿y tú? —me preguntó—. Nunca me cuentas nada de tu vida personal.

—¿Mi vida personal? —repetí, algo incómoda.

Aunque teníamos una relación estrecha, nunca había sido una «madre-amiga».

—Sí. Cuando volviste en Pascua estabas saliendo con alguien. Cada dos por tres te escondías con el teléfono para hablar con él. No estoy ciega. Ni sorda.

—Humm... Vale. Sí, era Tom —respondí pensativa.

—¿Y qué pasó con Tom?

Me encogí de hombros.

—Que al final resultó no ser tan majo como me había parecido.

—Entiendo. En fin, hay que besar a muchos sapos antes de encontrar un príncipe.

—Sí, y a mí lo que me gustan son las ancas de rana. Así que no hay nada que hacer — repliqué muy seria.

—¿A qué viene eso? ¿No estábamos hablando de chicos? —Como era habitual, mi madre no pillaba ni uno de mis chistes malos.

Me volví para mirar de nuevo por la ventana. Estábamos pasando junto a un peñasco rojo y árido, y me pregunté si podía ser Serifos. Según mi reloj, faltaban veinte minutos para que desembarcáramos. Pero al final dejamos atrás la isla, que estaba deshabitada, y seguí observando el inmenso mar azul, que abarcaba hasta el horizonte. No lo pude evitar, pero acabé pensando en Tom.

Me pregunté, como me había preguntado mil veces antes, si debería haberme esforzado un poco más para sacar adelante nuestra relación. Porque Tom, a pesar de sus defectos, era un chico atractivo, deportista y, cuando estaba de buenas, también divertido. Jen, mi mejor amiga de la universidad, creía que si tenías que hacer un gran esfuerzo para que algo funcionara, significaba que estaba condenado de antemano. Sin embargo, cada vez estaba más convencida de que los amigos de la universidad que tenían una relación estable hacían unos sacrificios constantes y, en ocasiones, abrumadores para mantenerla viva. De modo que empezaba a dudar de la posibilidad de que existieran las relaciones estables sin altibajos y sin problemas. Al menos fuera de Hollywood.

Las rocas rojas que habíamos dejado atrás no eran Serifos, pero cuando el barco empezó a maniobrar para entrar en el puerto, vi que la isla tenía la misma composición geológica. Era un peñón rojo sin apenas árboles o vegetación. Parecía la parte superior de un enorme asteroide que hubiera aterrizado y se hubiera hundido en las profundidades del mar.

El dueño de nuestro alojamiento, un agricultor anciano que vestía pantalones de peto, vino a buscarnos al puerto con su destartalado Peugeot familiar. Sujetaba un pedazo de papel que decía: SRA. LAURA Y SRA. ROBEECA.

—Sra. Robeeca —le señalé a mamá—. ¡Esa soy yo!

—No hablo inglés —nos dijo el hombre al estrecharnos la mano.

Y no tardamos en comprobar que así era. Sin embargo, compensaba sus carencias de vocabulario con sonrisas.

Nos llevó colina arriba, por carreteras rojas, construidas en la roca roja. Hasta el polvo que cubría el coche era rojo. Cuando llegamos a la pequeña meseta de la cima (un lugar que bien podría servir de escenario para grabar un aterrizaje en Marte), vimos que la carretera descendía en zigzag casi de inmediato hacia el otro lado. Y yo, que iba detrás, empecé a marearme.

A medida que el coche bajaba por la colina (recta, curva muy cerrada, recta, curva muy cerrada...) comenzamos a ver la bahía: un mar turquesa increíble, una franja anaranjada de arena y luego arbustos, árboles... Un vibrante oasis en medio de la árida desolación marciana. Había incluso algunas palmeras, por lo que la escena tenía cierto aire bíblico, como un cuadro clásico de la antigua Babilonia.

La casa estaba formada por una serie de cubos de suaves aristas, que parecían montados unos sobre otros y encalados, como era de rigor. El agricultor y su esposa vivían en la primera planta —unas enormes bragas estaban colgadas de un tendedero rotatorio, ondeando al viento— y nuestro apartamento vacacional se encontraba en la planta baja, toda entera a nuestra disposición.

La mujer apenas hablaba algo más de inglés que su marido, pero había aprendido el nombre de los detalles que nos habían dejado en la casa, de modo que mientras nos mostraba con una mezcla de orgullo y timidez las habitaciones, señalaba ciertas cosas con gestos algo teatrales y decía: «Pan, hago yo» o «Uvas, nosotros cultivamos» o «Vino, de las uvas» o «Queso, de

Alpina, nuestra cabra». Al final nos hizo una reverencia como si fuéramos miembros de la familia real, salió por la puerta y nos dejó a solas.

—¡Este lugar es increíble! —exclamó mamá.

Las habitaciones estaban decoradas de forma austera, pero inmaculada, y eran frescas a pesar del calor sofocante.

Oímos el balido de una cabra y señalé hacia fuera.

—Alpina, ¡nuestra cabra! —exclamé.

Mamá puso cara seria y me miró.

—No te burles —me dijo—. Esa señora ha sido muy amable.

—Es verdad. Los dos lo han sido —admití.

Cogí una uva del cuenco y sentí cierto remordimiento. Solo quería hacer reír a mamá, no tenía la más remota intención de hacer ningún comentario negativo sobre nuestros generosos y atentos anfitriones.

Fuimos a ver el dormitorio, que tenía dos camas individuales con sábanas planchadas y limpias, y el baño, equipado con una de esas duchas empotradas y abiertas tan de moda hoy en día. Ya sabes, de esas en las que no puedes ducharte sin mojar el rollo de papel higiénico...

Luego salimos a disfrutar de las vistas. Estábamos en la mitad de la ladera, a unos doscientos metros de la orilla. A la izquierda, un afloramiento rojo se sumergía en el mar y enmarcaba la vista; y a la derecha, la colina descendía en terrazas, cubiertas de vegetación. Supuse que eran viñas. En el centro, justo delante de nosotras, entre las dos colinas, se encontraba el vibrante oasis verde y, más allá, el manto azul eléctrico del mar.

—Es imponente —dije.

—¿Has visto la playa cuando bajábamos? —preguntó mamá. Desde el lugar en que nos encontrábamos quedaba oculta tras los árboles.

—Sí. Y creo que es solo para nosotras.

Mamá miró a izquierda y derecha.

—No veo más casas por aquí.

—¿Te apetece comer y beber algo, o vamos a darnos un chapuzón? —pregunté.

Mamá frunció la nariz.

—Tengo un poco de hambre —admitió—, pero me muero de ganas de bañarme en esas aguas. Deberíamos haber comido algo en el barco.

—También podríamos llevarnos el pan con queso y hacer un pícnic en la playa.

Mamá sonrió y asintió.

—Sí —dijo—, buena idea.



Los dos días que pasamos en Serifos transcurrieron en un ambiente paradisíaco.

Si hubiéramos planeado quedarnos algo más (y a mí me habría encantado, fue una auténtica pena tener que irnos), la falta de transporte habría sido un problema. Pero para dos días y tres noches, era un lugar perfecto.

Al despertarnos por la mañana, saludábamos a Alpina, le dábamos las sobras de la cena de la noche y luego bajábamos andando a la playa, donde nos dábamos un baño en las cálidas aguas de la bahía, o echábamos una siesta, o leíamos a la sombra de los árboles que bordeaban nuestra playa privada. Luego subíamos a casa para almorzar, acompañadas de un variopinto grupo de gatos.

Cada dos por tres recibíamos regalos; básicamente, cada vez que salíamos de casa. A mediodía encontramos tomates y pimientos rojos pequeñitos. A la hora de la cena, una musaka casera y un par de yogures de sabor fuerte. Para desayunar, apareció en nuestra puerta un bizcocho, algo del todo inesperado. Estaba tan seco que tuvimos que ayudarnos del café por miedo a atragantarnos. Pero aun así, el deseo de satisfacernos era tan obvio que no importaba. Y teniendo en cuenta que solo habíamos pagado cuarenta y cinco euros por noche, no dábamos crédito de la suerte que habíamos tenido.

El vino fue lo único que no pudimos acabar (qué áspero era, por Dios), y mantuvimos un interesante debate sobre si era mejor tirar un poco para que creyeran que nos había gustado, o dejar la botella intacta, ya que era obvio que no les sobraba el dinero, y no les haría ninguna gracia que lo hubiéramos malgastado.

Al final decidimos mezclarlo con un poco de agua porque apenas lo habíamos probado.

—Así creerán que somos abstemias —dijo mamá.

Era nuestra última noche en Serifos, y mientras el cielo se teñía de un rojo intenso y el hombre daba de comer a Alpina, que no se cansaba de balar, me puse a pensar de nuevo en Tom.

—¿Cómo sabes si alguien es alcohólico? —le pregunté a mamá, a punto de darle un nuevo bocado a la musaka.

—¿Por qué lo preguntas? ¿De repente sientes la tentación de darte a ese aguarrás que llaman vino? —dijo entre risas.

—No —respondí—, ni hablar.

—Entonces no tienes de qué preocuparte.

—Estaba pensando en Tom —le confesé—. Era encantador cuando estaba sobrio, pero insoportable en cuanto probaba el alcohol.

Mamá lanzó un suspiro.

—Pues yo diría que, en ese caso, es una suerte que ya no estés con él.

—¿De verdad lo crees?

—La mayoría de la gente bebe para pasarlo bien. Pero los que lo pasan mal y siguen bebiendo a pesar de todo... esos son los peligrosos.

—No puedo evitar preguntarme si no hubiese tenido que esforzarme más —dije entre bocado y bocado—. Dios, esta musaka está buenísima, ¿verdad? Todavía mejor que la del restaurante.

—Tienes razón. Pero ¿a qué te refieres con eso del esfuerzo?

—Bueno, se emborrachó unas cuantas veces y se puso bastante agresivo. Terminé por cansarme. Llegó el final del semestre y tampoco llevábamos mucho tiempo saliendo, así que... Pero me pregunto si no debería haberme esforzado un poco más para lograr que dejara de beber o que cambiara de actitud.

—Tomaste la mejor decisión posible, cielo —dijo—: huir cuanto antes.

—Cualquiera diría que hablas por experiencia propia.

Mamá se encogió de hombros.

—¿Es así? —le pregunté—. Brian no daba problemas cuando bebía, ¿verdad?

—No, con él no tenía problemas. Solo se quedaba dormido. Lo que pasa es que vi un documental en la tele sobre el tema y decían que la única persona que puede ayudar a un alcohólico es él mismo. Los demás solo pueden aspirar a salvarse.

CAPÍTULO 6

LAURA

Poca cosa le conté al senderista, aparte de que había discutido con mi novio. Pero cuando me dirigía hacia la recepción para pedir una copia de la llave, me dijo:

—Si tienes problemas, grita con todas tus fuerzas, ¿vale? Estamos lo bastante cerca para oírte.

—Lo haré —le aseguré con una sonrisa forzada en los labios, y me pregunté en qué tipo de problemas debía de estar pensando. A fin de cuentas, no le había explicado gran cosa. Pero sus palabras lograron calmarme un poco.

A pesar de todo, apenas pude conciliar el sueño esa noche, y cuando logré abandonar el miserable estado de conciencia en el que me hallaba durante veinte minutos, fue un sueño tan ligero que apenas pude descansar.

Aunque supiera que mi amable vecino estaría atento, me daba miedo que Conor volviera. Aun así, dudaba que fuera a hacerlo, ya que estaba demasiado borracho para conducir e incluso para pedir un taxi o recordar en qué hotel se alojaba. Sin embargo, el pánico que yo sentía era muy real.

En torno a las siete, me cansé de intentar dormir. Cuanto más tiempo me quedara acostada, más posibilidades había de que Conor volviera y me encontrara en la cama, durmiendo, lo que no me hacía sino más vulnerable.

De modo que me levanté, me duché y me arreglé. Solo tenía un par de moratones en los pómulos y pude ocultarlos con maquillaje. En el codo tenía una cicatriz por el golpe que me había dado al caer y un moratón en la espalda provocado por la maceta de cerámica del árbol, pero aparte de eso, y teniendo en cuenta lo mal que podría haber acabado todo, casi me consideraba afortunada.

Aún no había decidido cómo actuar, pero una cosa tenía clara: iba a hacer la maleta. Así que me puse manos a la obra. Cuando acabé, me senté fuera a disfrutar de las vistas mientras evaluaba las opciones que se me presentaban. Hacía un día espectacular, pero en esta ocasión no me provocó placer alguno. Lo único que quería era irme.

Podía tomar un taxi para dirigirme al aeropuerto y, una vez allí, intentar cambiar el billete. Pero el aeropuerto de Miconos era muy pequeño y no había visto ningún mostrador de la compañía aérea. Probablemente el de Santorini aún sería más pequeño. Además, tenía que cambiar no uno, sino dos billetes para volver a casa: el de Aegean hasta Atenas y el de British Airways hasta Londres. Sé que en el fondo parecerá una tontería, porque hoy en día es algo muy fácil de hacer, pero en esa época era algo que entrañaba una complejidad tan grande que solo me daban ganas de llorar.

Podía tomar un taxi y pedirle al conductor que me llevara a un hotel en otra ciudad, e intentar disfrutar del resto de las vacaciones, pero tampoco estaba segura de que pudiera permitírmelo económicamente. Aún no había probado mi tarjeta de débito en Grecia y las setenta libras que había cambiado a dracmas en la oficina de Correos no me permitirían llegar muy lejos. Además, tendría que ver a Conor en el vuelo de vuelta.

Pensé en la posibilidad de llamar a mamá y preguntarle qué debía hacer, pero sabía que se pondría hecha una furia, que era poco probable que se le ocurriera una idea que yo hubiera pasado por alto, y que me impondría un buen castigo cuando volviera a casa. Ojalá hubiese podido llamar a Abby, pero estaba en Ibiza. Oh, ¿por qué no me había ido con ella?

—¡Buenos días!

Di un respingo al oír la voz, me di la vuelta y vi a Conor, que estaba detrás de mí. Tenía que ser valiente, decidí en ese instante. Le comunicaría mi decisión y le exigiría que me ayudara a organizarlo todo. Eso me lo debía, al menos. ¡Menuda feminista de medio pelo estaba hecha por aquel entonces!

—Buenos días —respondí con frialdad.

—Me he despertado en un banco —dijo entre risas, como si fuera algo divertido—. Menuda borrachera pillé anoche...

—Lo sé, estaba ahí.

—¿Ya has comido? —preguntó Conor, que intentó ignorar mi mirada fulminante.

—No tengo hambre —repliqué.

—Estás muy guapa hoy —dijo.

Me encogí de hombros y me volví para observar el mar.

—¿Estás enfadada conmigo por algo? —me preguntó.

Me mordí el labio, procurando canalizar la ira que bullía en mi interior para intentar convertirla en una réplica concisa y constructiva.

—No, Conor —respondí con frialdad, y le di la espalda—. No, no es que esté enfadada contigo. Estoy tan... tan furiosa que no me lo puedo ni creer. Me voy. Ya he hecho la maleta. Solo necesito que cambies las fechas de mis vuelos.

—Ah —murmuró, y se le borró la estúpida sonrisa de la cara—. ¿Te vas? ¿Puedo preguntar por qué? No recuerdo muchos detalles de anoche.

—Porque me pegaste. Me diste un puñetazo en la cara.

—¿De verdad?

—Sí.

Me miró en busca de pruebas que corroboraran mi acusación y se encogió de hombros.

—Me he tapado los cardenales con maquillaje. Es una de las pocas ventajas de ser mujer.

—No digas tonterías —me soltó—. Yo no te pegué. Nunca lo haría.

—Pues ayer sí que lo hiciste. Intenté evitar que siguieras bebiendo y me golpeaste.

Conor soltó una carcajada.

—No te pegué. Si lo hubiera hecho, no podrías haberlo tapado con un poco de maquillaje, eso está claro.

Pensé en lo que acababa de decirme y me estremecí.

—Sí que me pegaste —insistí con frialdad.

Conor arrugó la nariz.

—¿Me estás diciendo que lo hice sin querer? —preguntó.

Se había puesto pálido. La situación ya no tenía ninguna gracia.

Negué con la cabeza.

—Mira, no tengo por qué convencerte, Conor. De hecho, me importa una mierda que no recuerdes nada. Lo único que necesito es cambiar la fecha del billete para largarme de aquí.

Conor entornó los ojos y se puso en cuclillas para quedar a mi altura.

—¿Me dejas que me dé una ducha? —me pidió con voz suave—. Estoy hecho un asco, deja que me lave y hablamos del tema durante el desayuno.

—No pienso hablar de nada contigo. Quiero irme a casa.

—De acuerdo. Pues déjame ducharme y cambiarme de ropa y hacemos lo que tú quieras, ¿vale?

Lanzó un suspiro triste e intentó acariciarme la mejilla, pero me aparté. Él negó con la cabeza, se levantó y desapareció en el interior.

—Te espero en el restaurante —le dije.

De pronto tenía hambre y también pensé que me sentiría más segura en compañía de más gente.

Me serví dos cruasanes, un vaso de zumo de naranja y me senté en el rincón más alejado del restaurante, donde había menos probabilidades de que el resto de los comensales pudieran oír nuestra conversación. Entonces apareció el camarero y me llenó la taza de café.

—Hace un día espléndido —dijo, y no pude reprimir un sentimiento de ira hacia él.

El sol estaba ya lo bastante alto para causarme un leve escozor en la piel y el cielo se había teñido de un azul muy intenso. Pero el horizonte era de un color desvaído, tan bonito como siempre y de un tono que parecía cambiar cada vez que lo miraba. Vi dos ferris cuyas estelas se cruzaron en la bahía. Un gato apareció de la nada y cuando le di un trozo de mi cruasán aparecieron también dos crías.

Al cabo de unos diez minutos, bajó Conor. Se había puesto una camisa azul del mismo color que el horizonte. Cogió una silla y se sentó a la mesa.

—Me he comportado como un imbécil —dijo, convertido en corderito, y se estremeció como si le dolieran los dientes.

—De verdad que no quiero hablar del tema. Pero sí. Y que sepas que «imbécil» se queda corto.

Conor asintió y tragó saliva. Llamó con señas al camarero e intentó pedirle cruasanes, pero este le recordó que el bufet era de *self-service*.

—¿Te lo vas a comer? —preguntó Conor, señalando el medio cruasán que quedaba en mi plato. Los escasos diez metros que lo separaban del bufet debían de parecerle una distancia insalvable.

Parpadeé lentamente y negué con la cabeza.

—Mira, lo siento —dijo mientras devoraba las sobras de mi desayuno.

—Bien, me alegro de que lo sientas.

—Lo siento mucho, de verdad.

—Vale, queda entendido que lo sientes.

—Entonces, ¿estamos en paz? —preguntó, enarcando las cejas en un gesto de esperanza.

Me tapé los ojos con las manos un instante y respiré hondo antes de responder:

—No, no estamos en paz. Para nada. Me pegaste, hostia puta.

Conor miró a su alrededor, nervioso. Seguí su mirada y vi que una pareja que estaba tres mesas más allá se había vuelto para mirarnos, lo que provocó que me sonrojara.

—Mira —prosiguió Conor bajando la voz—. No digo que no sea verdad, ¿vale? No digo que no te crea...

—Bien —repliqué, intentando no alzar el tono—. Es una alegría que no digas nada de eso.

—Pero tuvo que ser un accidente. De verdad. Yo nunca... ya sabes... nunca pegaría a una mujer.

—Pues lo hiciste. Pegaste a una mujer, ni más ni menos.

—Lo siento. ¿Qué más puedo decir?

—Por desgracia, no te servirá de nada decir que lo sientes. No me basta. Esta vez no.

—¿Y entonces? —preguntó—. Dime qué tengo que hacer.

Negué con la cabeza, lo miré a los ojos y me encogí de hombros.

—Lo siento, pero no creo que...

—Te cambiaré el billete, si es lo que quieres. Iré a hacerlo ahora mismo, si es lo que de verdad necesitas —me dijo.

—Lo es.

—Pero al menos dame una oportunidad más.

—No puedo. Lo siento.

—Hay una playa —insistió Conor—. Me lo dijo anoche Mike. Está a media hora en coche. Es preciosa. Una de las más...

—No puedo —repetí—. Es que no me escuchas.

—Déjame que te lleve. —Intentó cogerme la mano, pero la aparté con un gesto brusco—. Dame otra oportunidad para compensarte. Quiero que disfrutes del mejor día de tu vida. ¿Qué me dices? Luego puedes irte.

—Pero es que no me escuchas. No puedo.

—¿Por qué no? —me preguntó con un deje de desesperación muy real. De pronto, sus ojos castaños y grandes estaban anegados en lágrimas muy sinceras. Mi determinación empezaba a desmoronarse.

—Porque me das miedo —le solté a bocajarro—. Cuando bebes te conviertes en otro. Me das mucho miedo.

—Bueno, pues eso es fácil de solucionar —respondió Conor—. No bebo y listos.

Lo miré fijamente, de un ojo al otro, para intentar vislumbrar su alma. Y me pareció ver a un niño asustado escondido en su interior. Y me pareció que la niña asustada que había en mí podía reconocerlo.

—Por favor —prosiguió—. Sé que Santorini te encanta. Llevabas años soñando con venir aquí, tú misma me lo dijiste. Y tú... tú me gustas mucho. Te prometo que no probaré una gota de alcohol. Me portaré bien, te lo juro. No dejes que un inútil como yo te estropee las vacaciones.

Exhalé un profundo suspiro.

—¿Me lo prometes? —le pregunté—. ¿Me prometes que no volverás a beber?

—Sí —respondió con entusiasmo—. Sí, te lo prometo. Gracias a Dios que has dicho que sí.

—Y si cambio de opinión en cualquier momento, ¿me ayudarás a cambiar el billete? Sin peros.

—Si cambias de opinión en cualquier momento, te ayudaré a cambiar el billete —repitió Conor, que asintió con fuerza—. Sin ningún pero.

Lancé un suspiro y negué con la cabeza, abatida por la increíble decisión que acababa de tomar.

—Esta es la última oportunidad, Conor.

—Lo sé —me aseguró—. Sabes que lo sé, ¿verdad?



Estuve a punto de cambiar de opinión mientras sacaba de la maleta las cosas de la playa. Me quedé paralizada, con la crema solar en una mano, el bikini en la otra, y pensé: «Aún estás a tiempo de irte. Aún puedes decir que no y salir de esta ahora que Conor está de buen humor».

Pero entonces me dijo desde el baño:

—Esta playa roja es alucinante. —Parecía muy emocionado, con un tono casi infantil—. Y el trayecto que hay que hacer nos permitirá ver gran parte de la isla.

Y al igual que un jugador que no puede abandonar la partida, como un jugador que pone las fichas en la mesa, pensé: «¡¿Qué diablos?!».

Era cierto que soñaba con visitar la isla desde que tenía uso de razón. Y era cierto que quería ver la playa roja. Había leído un artículo sobre ese lugar en la revista del avión.

Sin embargo, quizá lo más difícil de admitir es que mi frágil ego, maltrecho por las críticas constantes de mi madre, hallaba un alivio inmediato en los cumplidos de Conor. Y en ese momento no paraba de halagarme. Además, a mí me gustaba el concepto (aunque no la realidad) de tener novio. Me gustaba de un modo extraño, que rayaba en lo perverso, la imprevisibilidad, el peligro, el riesgo de mi situación... Tenía ganas de comprobar si Conor iba a ser fiel a su promesa y cómo reaccionaría en caso de que no cumpliera con su palabra... Estoy segura de que parecerá una locura. Pero ¿acaso no sufrimos todos momentos de locura?



El trayecto hasta la playa resultó increíble. Fue un no parar de subir y bajar colinas.

Durante la primera mitad del viaje apenas abrí la boca, en parte porque quería entender qué proceso mental me había llevado hasta ahí y también porque quería vengarme de Conor. Visto ahora, fue una reacción infantil, pero es que por entonces yo era como una niña.

Al final, el asombroso paisaje y el obstinado sentido del humor de Conor acabaron derribando mis defensas. Le pedí que parara para tomar una fotografía y me puse a reír, casi sin darme cuenta, al verlo correr como un payaso para llegar hasta mí, antes de que el autodisparador hiciera la foto.

Dejamos el coche en un aparcamiento polvoriento y bajamos hasta la playa por entre las rocas. Era tan bonita como decía todo el mundo.

Y no la llamaban «la playa roja» porque sí. Las rocas, la arena e incluso la orilla eran de un ocre rojizo muy intenso. Cuando las aguas turquesa se mezclaban con el rojo de la playa, la combinación de colores era preciosa.

Alquilamos un par de tumbonas y sombrillas, y Conor no tardó en ir a darse un baño. Yo entré con cautela. No solo no quería jugar con él en la orilla, sino que el agua estaba mucho más fría que en los días anteriores.

Conor se acercó para animarme a que entrara sin miedo.

—¡Voy a contar hasta diez y luego te salpico! —me amenazó.

Yo intenté apartarlo con una mano.

—¿Por qué no te vas... a nadar un rato? —le pedí, algo molesta.

—¿Aún estás enfadada?

—Sí —contesté sin pestañear—. Aún estoy enfadada.

—Pues tarde o temprano tendrás que perdonarme —replicó, y se puso a reír. Entonces se dio la vuelta y se alejó nadando.

A la una, el sol caía a plomo y todas las partes de mi cuerpo que no quedaban protegidas por la escasa sombra que proporcionaba el parasol corrían un grave riesgo de sufrir quemaduras,

así que decidimos irnos. Mientras subíamos por las rocas, miré hacia atrás, apesadumbrada. Era un lugar precioso.

Comimos en Megalochori, un pueblo típico formado por miles de casas de hobbits e iglesias de cúpula azul.

El restaurante que elegimos estaba en una plazoleta preciosa, a la sombra de las enredaderas que habían trepado por los cables de acero tendidos entre los edificios. Los camareros con chaleco entraban y salían de la tripa oscura del restaurante y traían consigo coloridas ensaladas griegas y garrafas rosa de vino. Cuando nos llegó el turno, yo pedí un saganaki de gambas y Conor una langosta flambeada al ouzo. Durante unos instantes me planteé si el ouzo de su plato infringía las condiciones de nuestro acuerdo, pero como pidió una coca cola para beber, decidí no decir nada. El saganaki que me trajeron, un plato de gambas con salsa de tomate y cubos de feta fundido, estaba delicioso. Y Conor también parecía contento con su elección.

Después de sudar la gota gorda dando un paseo por el pueblo, volvimos al coche y nos dirigimos a la parte oriental de la isla, una enorme extensión de arena casi negra llamada playa de Perissa, que estaba cubierta de sombrillas. Volvimos a alquilar tumbonas y Conor pidió otra coca cola.

—Sé que aún no me has perdonado del todo —me dijo al volver de darse un baño.

Lo miré por encima de la novela que estaba leyendo y tuve que hacer un gran esfuerzo para mantener un gesto serio.

—Pero ¿lo estoy haciendo bien? —me preguntó.

—Lo estás haciendo bien —respondí con voz inexpresiva—. Pero aún te queda un largo camino que recorrer.

¿Era posible que empezara a disfrutar con aquella venganza? ¿Había logrado hacerme con el poder de la relación? Probablemente sí.

—Gracias —dijo Conor, que se inclinó sobre mí, empapado después del baño que se había dado, y me dio un beso en la mejilla. Tuve que hacer un esfuerzo para no estremecerme, pero todo formaba parte de mi demostración de poder.

Nos quedamos toda la tarde y cenamos en el restaurante de la playa, con los pies enterrados en la arena. Conor mantuvo el buen humor, no bebió y condujo con calma en el trayecto de vuelta. Me dije a mí misma que todo iba a salir bien, a pesar de que ya entonces sabía que no sería así.

Cuando llegamos al hotel, el sol ya se había puesto y los últimos vestigios de luz desaparecían del cielo.

—Imagino que no hay ninguna posibilidad de... ya sabes... —preguntó Conor al abrir la puerta.

Yo me senté en la tumbona para disfrutar del paisaje.

—¿Alguna posibilidad de q...? ¡Ah! ¡No! Ni hablar.

—Vale. Me parece justo. Me apetece un pitillo.

—¿Fumar? —pregunté, sorprendida. Nunca lo había visto fumar.

—Sí, de vez en cuando me da por ahí. Me gusta fumar, sobre todo cuando no puedo beber.

Me acerco al hotel a ver si tienen.

Me encogí de hombros.

—Haz lo que quieras. Yo no fumo, así que... Pero tú adelante, lo que te apetezca.

—Vale —dijo Conor—. Bueno, seguidura vuelvo.

Con la mirada fija en el horizonte, aguanté hasta que los últimos haces púrpura se

desvanecieron, hasta que el cielo se tiñó de un azul uniforme y las estrellas empezaron a refulgir. Y fue entonces, solo entonces, cuando comprendí que Conor no iba a volver.



—¿Por qué coño lo has hecho?

Su voz me despertó con un sobresalto.

Me incorporé parpadeando por culpa de la luz que había encendido, pero entonces logré enfocar la mirada y lo vi. Estaba sentado en el borde de la cama, a mi lado. Me miraba con ojos de loco.

—Estás borracho —me limité a decir.

—¡Has cerrado la puerta con llave! —replicó, fuera de sí—. ¡Joder!

—No... no me he dado cuenta —mentí. Esperaba que me despertaran sus golpes en la puerta. Quería estar despierta cuando volviera, nada más—. Lo siento. Pero estás borracho. Me lo habías prometido.

Me di cuenta de que aún estaba vestida, en previsión de que se produjera una situación como esa. Me aparté de él y me levanté. Miré el reloj de la mesita de noche. Era la una y media de la madrugada.

Conor se puso en pie como buenamente pudo e intentó rodear la cama para acercarse hasta mí. Retrocedí y me dirigí a la puerta.

—Me has dejado fuera de mi propia habitación —insistió Conor—. Tuve que pedirle la llave al imbécil de recepción.

—Lo siento —repetí—. Ahora cálmate y...

—Dame un beso y quizá te perdone —dijo Conor arrastrando las palabras, cada vez más cerca—. Solo un besito —añadió—, porque yo no soy como tú, a mí me gusta perdonar a la gente.

—No voy a besarte —le dije, apartando la cara. Apestaba a ouzo y a tabaco. Intenté abrir la puerta sin volverme.

Por un momento se me pasó por la cabeza la posibilidad de que todo aquello fuera un sueño, porque reunía todos los elementos clásicos de una pesadilla. El acosador. El miedo. La imposibilidad de huir. Miré a mi alrededor, buscando otros detalles. Vi la maleta abierta a mi lado y deseé con todas mis fuerzas ver algo que me confirmara que todo aquello era una pesadilla... Algo como, no lo sé, un leopardo, o una mano que me saludara o una puerta secreta. Pero la maleta seguía tal y como la había dejado. La ropa estaba ordenada, en ambas partes. Entonces mis dedos encontraron la manija, pero cuando intenté abrirla no se movió. La puerta estaba cerrada y Conor tenía la llave.

—Tú no vas a ningún lado —me dijo, y miró también mi maleta—. Tú te quedas aquí.

—Yo no... no quería... —balbuceé, debatiéndome entre la sumisión o la ira como mejor opción—. Para, Conor —supliqué.

Sin embargo, era demasiado tarde. Lanzó la maleta al otro extremo de la habitación sin el menor esfuerzo. Mis pertenencias quedaron esparcidas por el suelo.

Me volví para mirar hacia la puerta, pero mis dedos no me habían mentido. No había ni rastro de la llave.

—Dame la llave —le exigí. Me di la vuelta y vi que estaba a escasos centímetros de mí—. Déjame salir.

Me agarró de las muñecas y, con un movimiento de cadera, me empujó contra la puerta con tanta fuerza que me hice daño en la espalda al golpearme con el pomo. No me podía creer que me

estuviera agarrando con tanta fuerza. Tenía miedo de que me rompiera las muñecas.

—Un beso —dijo con una calma impostada—. ¿Es demasiado pedir?

—Déjame salir —le pedí, forcejeando en vano para soltarme.

—Bésame —dijo Conor. Estaba tan cerca que lo veía desenfocado. Entonces me agarró de la barbilla con fuerza y me obligó a mirarlo. Me estaba haciendo tanto daño con el pomo que apenas podía soportarlo.

—Como no pares, me pondré a gritar —le amenacé, y pensé en el senderista y su amigo, que estaban solo un par de casas más allá.

—¿Gritarás? —repitió Conor, que soltó una carcajada horrible.

Me miró con gesto de desprecio y sus ojos eran tan oscuros, que parecía poseído. Sé que es un cliché, pero es la verdad. Los miré y me pregunté si el mal, si el propio diablo, habitaba en ellos. Siempre había supuesto que Abby tenía razón y que este tipo de expresiones no eran más que metáforas.

—Apártate... de... mí... —dije, y rompí a llorar de pura desesperación.

—Pobrecilla —se burló Conor en un tono de voz repelente—. Está llorando.

Empezó a desabrocharse el cinturón con una mano, por lo que intenté aprovechar el hecho de que solo pudiera agarrarme de una.

Sin embargo, tiró de mí tan rápido y fuerte que me quedé sin aliento. Me empujó contra la puerta con toda el alma y me pregunté, por un segundo, si me había partido la cabeza.

Me quedé sin fuerzas. Nació en mi interior un instinto de supervivencia y supe que, para seguir adelante con vida, debía dejar de oponer resistencia. Dicen que los hombres suelen tener una reacción de lucha o huida. Las mujeres la tienen de lucha o huida, o de parálisis. Porque, enfrentadas a una fuerza física muy superior, nuestro instinto nos empuja a sobrevivir, no a morir en el acto. Me quedé aturdida, con la conciencia suspendida. Era una técnica que había perfeccionado de pequeña cuando me daban una paliza.

Aun así, recuerdo los dos pensamientos que me vinieron a la cabeza: «Así es como violan a las mujeres» y «Ahora es cuando Conor me viola». Lucha, huye, o si todo lo demás falla, quédate quieta.

Me desabrochó los vaqueros y me los bajó.

—Prepárate, porque después de esto no podrás andar durante una semana —me dijo.

—Conor —gimoteé—. No, por favor...

Me puse a temblar, incapaz de contener las lágrimas y los mocos que me corrían por la nariz.

Cuando menos me lo esperaba, Conor se detuvo, agachó la mirada, perdió el equilibrio y retrocedió unos cuantos pasos.

—Joder —exclamó, y se dejó caer en la cama que tenía detrás, con los pantalones en los tobillos—. Se me ha bajado por culpa tuya.

Fue entonces cuando me di cuenta de que me había salvado, de momento; no podía violarme, al menos esa noche, ya que estaba demasiado borracho.

Se desplomó en la cama y se quedó mirando el techo. Yo me dejé caer poco a poco hasta el suelo, apoyada en la puerta, hasta desaparecer de su campo de visión. Lo hice todo en silencio, aterrada ante la posibilidad de que recordara que aún estaba ahí. Me senté en el suelo frío de baldosas y esperé.

Cuando no había pasado ni un minuto, oí sus ronquidos.

A pesar de todo, esperé un buen rato. Me quedé quieta hasta estar segura de que no iba a despertarse. Luego me puse en pie sin hacer ruido, me enfundé los vaqueros y me puse a buscar la

llave de la habitación. Mientras la sacaba del bolsillo de los pantalones de Conor, él movió el pie izquierdo y murmuró:

—Lo siento, señor. Lo siento. La próxima vez lo haré mejor.

No sabía ni me importaba con qué soñaba.

Me sequé la cara con una camiseta que encontré en el suelo, abrí la puerta sin hacer ruido y me dirigí al vestíbulo, donde hice sonar el timbre del mostrador. Apareció el portero del turno de noche y me sonrió. Oí el sonido de la televisión griega: una mujer que gritaba, los ladridos de un perro, risas enlatadas...

—Hola —dije—. Siento molestarlo.

—No pasa nada —me aseguró con un bostezo—. Es mi trabajo.

—Necesito otra habitación —le expliqué con un gesto transido de dolor—. ¿Cree que sería posible?

—¿No le gusta la que tiene?

—No, no es eso. Es que he tenido ciertos problemas con mi... con la persona con la que comparto la habitación. Él... bueno... digamos que ha bebido mucho. Y necesito un lugar donde dormir. Sé que es...

—¿Habitación 43? —preguntó. Su sonrisa se había desvanecido.

Asentí, presa de un sentimiento de vergüenza que no lograba entender.

—Su marido es un hombre muy grosero —me dijo.

Asentí y me mordí el labio.

—Lo sé —dije—. Pero no es mi marido.

No quería ni imaginar el mal trago que debía de haberle hecho pasar Conor.

—Creo que es mejor que se vayan del hotel. Ambos. Mañana hablo con el jefe.

—Lo entiendo, pero no es culpa mía. No somos familia.

—Él ha pagado su habitación y se alojan juntos.

—Lo sé. Lo siento. Sé que es una persona horrible —me disculpé, intentando contener las lágrimas—. Por eso necesito otra habitación.

—Imposible —respondió—. Están todas ocupadas. Estamos en agosto.

Miré a mi alrededor para comprobar si había alguien que pudiera echarme una mano, pero solo vi a una pareja joven, besándose en un sofá.

—Por favor —insistí.

—Lo siento.

—¿Puedo quedarme aquí? —pregunté, señalando con la mirada el sofá vacío que había en el otro extremo.

—No —dijo—. No puede dormir en recepción.

—¿Puede prestarme una manta o algo? Creo que así podría dormir fuera.

Las lágrimas me corrían por las mejillas.

—Hace demasiado frío. Debería volver a su habitación —me dijo, con un tono de voz algo más suave.

—No puedo —respondí entre sollozos—. Tengo miedo.

A menudo pienso que si los hombres fueran conscientes del tiempo que dedicamos las mujeres a suplicarles (que dejen de hacer lo que están haciendo, o que nos permitan hacer lo necesario) entenderían un poco mejor la vida que nos toca vivir.

El hombre se mordió el labio.

—Tengo una habitación, pero está sucia. Hasta mañana no haremos la limpieza.

—¡Perfecto! —exclamé. Enderecé la espalda y me sequé las lágrimas—. No me importa,

se lo aseguro. Por mí ningún problema.

—Puedo darle unas sábanas, pero nada más.

—Perfecto —insistí—. Gracias. Muchísimas gracias.

Desapareció en la oficina y volvió con las sábanas y una toalla doblada. Entonces cogió una llave que colgaba de un gancho y salió de detrás del mostrador.

—Venga —se limitó a decirme.

Tuvimos que bajar las escaleras y pasar frente a la habitación del tipo alto y de la nuestra.

La nueva, la número 73, estaba tres filas más abajo que la de Conor, lo bastante lejos para que no pudiera verme desde la terraza. Me alegré al ver dónde se hallaba situada, ya que era poco probable que Conor decidiera pasar por ahí.

—Gracias —repetí mientras el hombre abría la puerta y me entregaba la ropa de cama limpia—. Gracias, es usted maravilloso. —Tuve que hacer un gran esfuerzo para contener el nuevo torrente de lágrimas que se había desatado ante aquella muestra de bondad—. Y, por favor, no le diga en qué habitación estoy, ¿de acuerdo?

—¿A su marido? —preguntó.

—No es mi marido.

—No. Lo siento. Y no. No le diré nada. No me cae muy bien.

—¡Gracias! —le dije, y me volví para entrar en la habitación.

—Debería dejar de beber —añadió el hombre en tono severo, como si me estuviera lanzando una reprimenda, para asegurarse de que yo entendía el mensaje.

—Sí —admití en voz baja—. Sí, lo sé. Gracias.

La habitación estaba sucia. Había basura en la papelera, el lavamanos tenía manchas de pasta de dientes y las sábanas estaban amontonadas en la cama.

Sin embargo, los efectos del subidón de adrenalina empezaban a remitir y apenas tenía fuerzas para quitar las sábanas sucias y poner las limpias.

Comprobé por enésima vez que la puerta estuviera cerrada con llave. Tras unos segundos de reflexión, me acerqué de nuevo a la puerta y le di medio giro a la llave, convencida de que así estaría más segura. Entonces me quité los pantalones y me metí en la cama. Al cabo de muy poco ya dormía.



Me desperté a las siete y media al oír que alguien intentaba abrir la puerta, sin conseguirlo.

—¿Quién es? —pregunté cuando me quedó claro que la persona que estaba al otro lado no iba a cejar en su empeño.

—¡Mujer limpieza! —dijo una voz, de modo que saqué fuerzas de flaqueza y entreabrí la puerta para comprobar que era cierto.

—Lo siento —dijo, con una fregona y un cubo en una mano—. Nadie esta habitación.

—Era una emergencia —expliqué—. El recepcionista del turno de noche me dejó quedarme.

—Vale —dijo, y se dio la vuelta.

Enseguida me di cuenta de que no había entendido mis palabras.

Decidí darme una ducha rápida por miedo a que me echaran, y me puse los vaqueros y la camiseta del día anterior. Entonces me senté junto a la puerta para intentar disfrutar de las vistas, casi idénticas a las que teníamos desde nuestra habitación. Tenía que decidir cuál sería mi siguiente paso.

Esa mañana soplaba una brisa marina fresca y las sombrillas se mecían por el viento. Me alegré de no haber tenido que dormir a la intemperie.

De pronto me di cuenta de que estaba hambrienta, pero tenía miedo de bajar al restaurante a desayunar y encontrarme con Conor. De hecho, tenía miedo hasta de pasar frente a la puerta de nuestra habitación.

Estaba enfrascada intentando calcular las probabilidades de que Conor ya estuviera en pie a las ocho cuando oí una voz.

—¿Te has cambiado de habitación? —Levanté la mirada y vi al hombre alto, que me sonreía desde las escaleras—. Mis ronquidos no te han dejado dormir, ¿verdad? —me preguntó con una sonrisa por su propia broma.

—Ah, hola —lo saludé.

—Buenos días. Habitación nueva —repitió, señalándola con el mentón.

—Sí... Yo... Hemos tenido ciertos problemas —le dije—. No me ha quedado más remedio que cambiar de habitación.

Asintió y me sonrió, como si mi vaga respuesta le hubiera permitido deducir lo que había ocurrido.

—Me voy a nadar —dijo, enarcando las cejas y tirando de la toalla que llevaba al cuello.

—¿Ahí abajo? —pregunté señalando el mar, y asintió.

—Deberías venir. Va muy bien.

Fruncí la nariz y negué con la cabeza.

—No, gracias. Hace un poco de frío para mi gusto y antes necesito desayunar algo.

—Sí, ha refrescado. Se nota que se acerca septiembre.

—Pero disfruta del baño —le deseé.

—Gracias. Y tú del desayuno.

Se despidió con un gesto tímido de la mano y se dio la vuelta para seguir con su camino, pero entonces me levanté de un salto y lo llamé. Se me había ocurrido una idea.

—¿Hacen desayunos ahí abajo? —pregunté.

Frunció el ceño, confundido.

—Lo siento, me refería al restaurante del que me hablaste. El que hay al final de las escaleras. ¿Sirven desayunos?

Negó con la cabeza.

—Solo café —me dijo—. Y quizá tengan algo de pan.

—¿Puedes esperarme? —le pedí.

—Claro.

—Voy a por la toalla y enseguida vuelvo.

Pero al entrar de nuevo en la habitación, caí en la cuenta de que no tenía la ropa de baño.

—Pensándolo bien, creo que tomaré el desayuno y ya está —le dije al cerrar la puerta detrás de mí—. Hace demasiado frío para nadar.

Bajamos las empinadas escaleras juntos, pasamos junto a cinco hileras de habitaciones, descendiendo por la escarpada ladera de roca desnuda. Nos cruzamos con una pareja que subía y que se había detenido para recuperar el aliento. El hombre agitó una mano de un lado al otro, en un gesto que supuse que pretendía transmitir el gran esfuerzo que exigía el camino de vuelta.

—*C'est dur, eh?* —dijo el tipo alto.

El hombre se rio y asintió.

—¿En qué idioma le has hablado? —le pregunté cuando retomamos nuestro sinuoso camino.

—En francés —respondió—. Son muy simpáticos. Bajan a nadar todas las mañanas.

Al cabo de poco la escalera desembocaba en un camino zigzagueante y nos cruzamos con otra pareja montada a lomos de dos burros que no tenían cara de estar pasándolo muy bien.

—Han elegido la opción más fácil —le dije.

—Sí, pero poco deben de gustarles esos animales para hacerlos sufrir de tal manera, ¿no crees?

El camino terminaba en un puerto precioso: había tres restaurantes cerrados junto al muelle y una playa pequeñita, de apenas ocho o diez metros de ancho. A ambos lados se alzaban dos acantilados de roca gris que se sumergían en el mar. Al final del muelle había un embarcadero de hormigón, con un solo bote de pesca de color verde amarrado. En el extremo del embarcadero destacaba una destartalada caseta de madera con cuatro mesas de plástico, cobijadas bajo sombrillas enormes desteñidas por el sol. Ese local al menos parecía abierto.

—¿Estás segura de que no te apetece darte un baño? —me preguntó el hombre alto, que se había descalzado. Al quitarse la camiseta dejó al descubierto un cuerpo pálido y enjuto, que parecía el polo opuesto del cuerpo musculoso de Conor.

Negué con la cabeza.

—Necesito un café —le aseguré.

—Pues nos vemos ahí dentro de un rato —me dijo, señalando la caseta con un gesto de la cabeza.

Eché a andar por las rocas y me senté en la primera silla que encontré. Cuando dirigí de nuevo la mirada hacia el mar, vi que ya estaba nadando, chapoteando y gritando como un niño.

Cuando me trajeron el café, estaba tan fuerte que apenas podía beberlo, pero le puse mucho azúcar e hice un esfuerzo para sorberlo poco a poco entre los dientes.

La mujer que me atendió, que debía de estar a punto de cumplir los sesenta años si no los tenía ya, me preguntó algo complicado en griego, pero no entendí nada. Sin embargo, cuando reapareció con un pedazo de bizcocho comprendí lo que quería decirme.

Asentí muy agradecida.

—Gracias —le dije.

—*Parakalo* —respondió con una sonrisa amable y un leve gesto de la cabeza.

Durante diez minutos me dediqué a observar las zambullidas de mi nuevo amigo, a los peces que mordisqueaban las algas que habían crecido en el muelle, debajo de mí, y un avión que arrastraba una pancarta publicitaria. Procuré concentrarme en los detalles del aquí y el ahora. Intentaba no pensar en lo que debía hacer a continuación porque el mero hecho de considerar las distintas opciones que se me presentaban me causaba pánico.

Entonces apareció junto a mí el hombre alto, su cuerpo pálido y depilado perlado de gotas de agua. Saludó a la mujer que regentaba el restaurante, señaló mi café y le hizo un gesto de aprobación con el pulgar.

—Está bueno el café, ¿verdad? —me preguntó mientras se secaba y se sentaba.

—Es fuerte, eso lo admito, pero tiene poso.

—Tienes que dejarlo...

—¿Reposar? —apunté.

—Reposar, sí. Por cierto, me llamo Leif.

Me tendió la mano.

Sonreí ante su extraño gesto. Me parecía un poco tarde para las presentaciones.

—Yo soy Laura —contesté, y le estreché la mano, fría y húmeda después del baño que se había dado—. ¿Leaf, has dicho que te llamas?

—Más o menos.
Corté un pedazo de bizcocho y me lo llevé a la boca.
—Es un nombre bonito. Como «hoja de árbol» en inglés. Me gustan los árboles.
Leif asintió. Se sonrojó un poco y me preocupó que creyera que estaba intentando flirtear con él, cuando en realidad solo había dicho lo primero que se me había pasado por la cabeza para romper el silencio.
—Entonces, ¿has venido con un amigo? —le pregunté—. Os vi juntos el otro día.
—Somos ocho. Un grupo de senderistas, de Noruega.
Asentí. El acento, el pelo rubio, los ojos azules... Era lógico que fuera noruego.
—Al principio creía que eras francés, cuando te vi hablar con esa pareja...
Leif negó con la cabeza y se rio.
—Sabré un centenar de palabras en francés, eso es todo.
—Pues dominas bastante bien el inglés.
—Algo mejor que el francés —admitió—. Por suerte.
—Así que eres senderista —repetí, intentando desesperadamente que la conversación no cayera en un punto muerto, aunque no sabía por qué de pronto me parecía algo tan importante—. Debe de ser una afición muy bonita, sobre todo aquí.
—Lo es, pero a veces el sol aprieta demasiado. No hay muchos árboles.
—No —admití—, es cierto.
La mujer le sirvió el café a Leif.
—*Efharisto* —dijo Leif.
—*Parakalo* —respondió ella.
—*Efharisto* —repetí cuando se hubo ido—. ¿Significa «gracias»?
—Sí, y *parakalo*, «de nada».
—Ah, vale. Se te dan muy bien los idiomas.
—Me parecería de mala educación no intentar aprender al menos unas palabras —dijo Leif—. Estamos en su país. Los turistas somos nosotros.
—Es verdad —concedí, y me vino a la cabeza el «Garçon!» de Conor.
—Bueno... —dijo Leif, que tomó un sorbo del café.
—Bueno... —contesté. Ya no sabía qué más añadir.
—Vi a tu amigo —dijo Leif—. Anoche.
Observé su rostro, pero no pude intuir por dónde iban los tiros.
—¿Era tarde o temprano? —le pregunté.
—Tarde. Hacia la una.
¿Era posible que le hubiera temblado la ceja?
—¿Hizo algo desagradable? —pregunté.
—Estaba muy borracho.
—Oh, Dios. Sí, lo sé. También discutió con los empleados del hotel.
Leif asintió pensativo.
—Lo vi. Estaba presente.
—Lo siento. ¿Fue muy horrible?
—Sí, horrible. Pero no es culpa tuya.
—Ya lo sé. También discutió conmigo.
Leif lanzó un suspiro.
—Solo te lo digo porque quiero ser sincero. No pretendo que te sientas mal, pero tampoco me gusta fingir que no he visto nada. ¿Me entiendes?

—Claro, claro, tienes razón.

—De este modo, si te apetece hablar, puedes hacerlo. Y si no quieres decir nada, también. Tragué saliva con dificultad.

—No lo tengo muy claro, pero gracias de todos modos.

Leif se encogió de hombros y sonrió.

—Tómate tu tiempo —me aconsejó—. Y respira hondo.

—¡Ya respiro! —exclamé entre risas.

Sin embargo, me di cuenta de que últimamente tenía una respiración muy superficial. Me concentré para inspirar hondo, pero mi intento se quedó en un aliento entrecortado.

Leif miró el reloj enorme de submarinista que llevaba en su huesuda muñeca.

—¿Tienes que irte?

—No lo sé. Depende.

—¿No lo sabes?

—Hoy hemos quedado a las nueve —me explicó, dirigiendo la mirada hacia las habitaciones—. Ahí arriba. De modo que si voy, debería ponerme en marcha.

Asentí y me sorprendí al darme cuenta de que no quería que se marchara.

—Pero si quieres que me quede, me quedo —prosiguió como si me hubiera leído el pensamiento, y esbocé una sonrisa triste.

—No creo que sea necesario, estoy bien.

—¿No lo crees? —repitió.

Fruncí el ceño.

Leif se rascó la cabeza.

—No lo sé —dijo—. Quizá solo sea un presentimiento, pero me parece que necesitas hablar con alguien.

Asentí y me humedecí los labios. De pronto ahí estaba, intentando contener de nuevo las lágrimas. Notaba una gran presión en la cabeza que amenazaba con estallar si no decía algo.

—¿Es verdad? —preguntó Leif.

—¿El qué?

—Que necesitas hablar. Me da la sensación de que te hace falta.

Me mordí el labio inferior para que dejara de temblar y asentí rápidamente.

—Creo que sí. Sí, sin duda.

—De acuerdo —dijo Leif con naturalidad—. Pues hoy me quedo y así hablamos.

Tardé un poco en arrancar, pero cuando empecé a contarle lo que me había pasado, no pude parar. Más tarde me reveló que con frecuencia la gente le contaba sus problemas, de modo que quizá tenía una de esas caras que suscita confianza. De hecho, no creo que fuera su cara, sino su alma. Un alma que te invitaba a despojarte de la tuya.

Fui incapaz de relatarle mi historia de forma lineal. Le expuse los detalles de cómo nos habíamos conocido Conor y yo, en un intento de justificar mis desastrosas decisiones, saltando al presente para exponerle la falta de opciones que tenía, a fin de que comprendiera por qué seguía ahí.

Leif esbozó una sonrisa de preocupación y asintió todo el rato. No me interrumpió y no me hizo preguntas difíciles. Cuando yo perdía el hilo de mi historia o no sabía por dónde seguir, permanecía sentado pacientemente, con una mano sobre la otra, esperando a que continuara.

—Y ahora aquí estoy, contándote mi vida —le dije al llegar al final.

—Vaya.

—Soy una estúpida.

—Eres fuerte —respondió él, y me reí—. Lo digo en serio. Quizá no hayas tomado siempre la mejor decisión, pero sigues adelante. No te has rendido. Creo que vas por el buen camino.

—Gracias —murmuré, con un nudo en la garganta ante aquella muestra de bondad. Era lo que necesitaba escuchar en ese momento.

—¿Y ahora qué harás? —me preguntó.

—¿Pedir más café? —propuse con una sonrisa. Necesitaba algo de tiempo para dar con la respuesta.

—Me parece una buena idea, pero tarde o temprano tendrás que tomar una decisión importante.

—Lo sé. Lo sé perfectamente. El problema es que no sé qué opciones tengo.

—Bueno —dijo. Se inclinó hacia delante, pero de pronto enderezó la espalda, como si hubiera cambiado de opinión—. ¿Puedo? —me preguntó.

—Por supuesto. Adelante.

—Pues creo que deberías llamar a tu madre. Al menos eso es lo que yo haría. Mi madre suele dar consejos excelentes.

—Ya veo que tu madre no es como la mía. Si lo fuera, no opinarías lo mismo.

—Comprendo —dijo Leif, pensativo—. Solo tú puedes decidir. Pero, sea como sea, creo que te quiere, ¿no es verdad?

Asentí.

—Y creo que vas a necesitar ayuda.

—Pero ¿cómo va a ayudarme, Leif? Está a miles de kilómetros de aquí.

—Bueno, para empezar supongo que necesitarás dinero. Me has dicho que no tenías mucho, ¿verdad?

—Es cierto. Me quedan unas setenta libras en dracmas y tengo unas quinientas más en el banco, pero no sé si mi tarjeta funcionará aquí.

—Si has de cambiar el vuelo de vuelta y reservar otro hotel, quizá ella pueda echarte una mano.

—Sí, supongo que tienes razón. Aunque no sé cómo me hará llegar el dinero hasta aquí.

—Yo sí, hay varios métodos.

—Y crees que debería cambiar de hotel.

—Vete a Fira. Oia es muy pequeño. Si te quedas aquí, volverás a cruzarte con él.

—Conor también va a Fira —objeté—, es donde se alojan sus amigos de borrachera. Ahí también tendría miedo.

—Pues inténtalo en otro lugar. Quizá en Megalochori. O en una playa como Monolithos o algo por el estilo.

—No sé conducir, así que tiene que estar bien comunicado, con autobús, quizá.

—Si quieres, puedo llevarte —se ofreció Leif.

—Oh, no quiero...

Leif se encogió de hombros.

—También he de cambiar el vuelo de vuelta.

—¿Ah, sí? Si te alojas en un hotel distinto...

—Pero tendría que sentarme a su lado en el avión y sería aterrador.

—Ah, claro. Entonces también debemos solucionar eso.

Las lágrimas anegaron de nuevo mis ojos al oír que usaba el plural. Porque ese «debemos» hacía que nada me pareciera imposible. No era consciente de lo sola que me había sentido hasta entonces.

—También necesito recuperar mis pertenencias, que aún están en la habitación.

—¿Tienes la llave?

Busqué en el bolsillo y asentí.

—Entonces yo me encargaré de ello cuando él se vaya. Creo que el recepcionista me ayudará si lo necesitamos. Luego podemos ponerlo todo en mi habitación. Vamos a Fira, a la agencia de viajes, e intentamos cambiar tu billete. Y luego... si tienes que quedarte alguna noche más, reservaremos una habitación en Monolithos. Así podrás ir andando a la playa. Aún te quedan algunos días de vacaciones, ¿no?

Asentí. No daba crédito a lo inteligente que era y me pregunté si no sería mayor de lo que aparentaba.

—¿Estás seguro de que no te importa ayudarme con todo esto? Me parece mucho trabajo...

—Para nada —me aseguré.

—Pero entonces no podrás hacer senderismo.

Consulté de nuevo su aparatoso reloj.

—Son más de las nueve, así que ya han empezado. Tengo el resto del día libre.

—Lo siento, he echado a perder tus vacaciones.

—En absoluto. Para mí esto es como una aventura. Como en un libro de aventuras juvenil. —De pronto le cambió la cara—. Lo siento, no pretendía... Ya sé que para ti esto es muy serio, por eso quiero ayudarte.

—Gracias —dije, haciendo un gran esfuerzo por contener de nuevo las lágrimas—. No sé qué haría sin...

Pero no pude acabar la frase.

—No sigas. —Leif estiró la mano y apoyó las yemas de los dedos en mi antebrazo—. No pasa nada. Todo saldrá bien, ¿de acuerdo?

Asentí con un gesto leve.

Pedimos dos cafés más y, por suerte, Leif me invitó. Con el agobio de la situación no me había dado cuenta de que me había dejado el dinero en la habitación.

Emprendimos el camino de vuelta hacia el hotel. El sendero era tan empinado que resultaba imposible hablar y andar al mismo tiempo.

Habían limpiado la habitación en la que había dormido esa noche. La cama estaba hecha y el suelo relucía. Había una fregona apoyada en el marco de la puerta que me cortaba el paso, por lo que me senté en el murete y esperé.

Leif volvió casi de inmediato.

—Está ahí —me dijo—. Se ha enfadado cuando lo he despertado, pero está ahí.

—¿Qué le has dicho? —le pregunté.

—Que me había equivocado de habitación porque todas son iguales. Me ha creído.

—Bien hecho. ¿Y ahora qué?

—Creo que deberías esperar en nuestra habitación —me sugirió—. Olav, mi amigo, ha salido a andar, así que estará vacía. Yo puedo sentarme en la terraza a leer y, si sale, lo veré. Entonces podemos ir a recuperar tu maleta.

Asentí.

—Es un buen plan, ¿no?

Asentí de nuevo.

—Es un plan muy bueno. Gracias.

—Pues ven rápido, antes de que se despierte.

El corazón me latía con fuerza mientras subíamos las escaleras. Decidí que si Conor

aparecía, me iría corriendo hasta el hotel, el único lugar seguro. Pero al final, a pesar de que no había ni rastro de él, me tapé la cabeza con la toalla de Leif y me puse a correr con todas mis fuerzas.

Leif me dejó entrar en su habitación, que era idéntica a la nuestra a excepción de que las dos camas estaban pegadas en paredes opuestas, mientras que las nuestras estaban juntas para formar una de matrimonio. A pesar de mi insistencia de que no me importaba, él se apresuró a ordenarla un poco, un gesto que me pareció de lo más considerado. Cuando acabó, cogió un libro y se acercó a la puerta.

—Puedes cerrarla, si te sientes más segura.

—Estoy bien así —le aseguré—. Nunca se le pasaría por la cabeza que estoy aquí.

Leif asintió, salió en silencio y cerró la puerta detrás de él.

Me senté en su cama un rato esperando a que mis ojos se acostumbraran a la penumbra. Luego me levanté y recorrí la habitación.

Había un montón de libros en la mesita de noche, todos escritos en un idioma incomprensible que supuse que debía de ser noruego. Había un mapa, una brújula y un pequeño reproductor de CD, junto a cinco o seis discos. Algunos parecían noruegos, pero también tenía un álbum de George Michael y el *Out of Time* de REM. Recuerdo esos dos porque yo los tenía en casa.

Al cabo de un rato, me senté en la cama de Leif y me tumbé boca arriba, con la mirada fija en el techo, donde la luz que se filtraba por los postigos formaba una cenefa. Me dolían las muñecas y entonces me di cuenta de que me habían salido cardenales.

Pensé en lo extraño que era que estuviera tumbada en la cama de un desconocido. Noté el leve aroma a almizcle del desodorante de Leif, impregnado en las sábanas.

Me sentía a salvo, al menos de momento. Aunque Conor estaba a pocos metros de mí, yo permanecía escondida en las sombras y Leif montaba guardia fuera. No dejaba de maravillarme que me sintiera tan segura en su compañía, cuando la mera presencia de la persona con la que había decidido irme de vacaciones me inspiraba un terror tan grande. Y entonces me quedé dormida.

CAPÍTULO 7

BECKY

Nuestro ferri salía a las nueve de la mañana, por eso nos levantamos un poco antes de las siete.

Alpina balaba y el granjero, que había de llevarnos al puerto, ya estaba cuidando del huerto. Hacía fresco, pero el aire traía consigo la promesa de un día cálido. Bajamos a la playa para darnos un último baño, luego nos duchamos e hicimos las maletas. Debo admitir que estaba muy triste cuando las metimos en el coche. No me habría importado nada quedarme a vivir ahí.

El demencial proceso de embarque fue bastante estresante, aunque no tan horrible como la primera vez. Imagino que nos estábamos acostumbrando al tema. Los motores empezaron a rugir, el muelle se alejó lentamente y me embargó una emoción que no había sentido jamás. Siempre es un momento mágico cuando un barco zarpa y abandona el puerto.

Esta vez el ferri tenía una pequeña cubierta en la popa, por lo que dejamos las maletas bajo la supervisión de nuestros vecinos ancianos y salimos al aire libre. Me quedé fuera las cuatro horas y media del trayecto, solo entré a por comida.

El ferri paró en Sifnos y Folegandros, lugares que parecían idénticos a Serifos, al menos desde el puerto. Solo el color de la roca cambiaba ligeramente: Sifnos era de un gris oscuro y Folegandros, de un beis claro. Fue una pena no poder desembarcar y pensé en todas las playas, gatitos y cabras que no podríamos conocer.

—Deberíamos haber visitado más islas —dije al final, cuando Folegandros desaparecía de nuestra vista en el horizonte.

—¿Por qué? —preguntó mamá.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué no? Si, total, hemos parado en varias. Podríamos haber dormido un par de noches en cada una.

Mamá torció el gesto.

—Es muy cansado hacer las maletas cada dos días. Y estoy segura de que te gustará Santorini.

—Es que no puedo dejar de pensar en todas las cosas que no veremos. En todas las aventuras que nos habremos perdido. No sé si me explico...

Mamá asintió.

—Aun así, insisto en que te gustará Santorini. Todo el mundo dice que es preciosa, ¿no?

Noté un deje extraño en su voz, como si no estuviera muy convencida de lo que decía. La conocía muy bien y siempre había tenido la sensación de que podía percibir cuándo se callaba algo. La miré de soslayo y creo que se dio cuenta de lo que pensaba.

—Voy al baño —me dijo, y se fue.

Entonces me vino a la cabeza la conversación sobre los dracmas y el modo en que evitó mirarme a los ojos, tal y como acababa de hacer.

—¿Estás dispuesta a defender nuestro sitio con tu vida? —me preguntó, ya que los espacios en cubierta iban muy buscados.

—Lo haré —le aseguré.

Cuando volvió, yo había adivinado lo que no me había dicho. O al menos eso creía.

—¿Has estado aquí antes? —le pregunté.

Mamá me dio un té en una taza de plástico.

—¿Aquí? —preguntó como si me estuviera refiriendo a ese barco en concreto, en mitad del mar Egeo.

—En Santorini —puntalicé—. Has estado antes, ¿verdad que sí?

Mamá tomó un sorbo de té. Necesitaba ganar tiempo.

—Ya te lo dije, estuve aquí con tu tía Abby.

—No me dijiste que hubieseis ido a Santorini. O a Grecia. Nunca me lo has dicho. En toda mi vida.

Mamá asintió y suspiró.

—Juraría que sí te lo había dicho, pero probablemente no me escuchabas.

—Nunca —insistí de forma tajante—. Ni una sola vez.

—Bueno, pues acabo de decírtelo, así que ahora ya lo sabes. Creo que voy a entrar para sentarme. ¿Cuánto falta para que lleguemos?

Miré el teléfono.

—Una hora y media, creo.

—¿Vienes? —me preguntó.

Fruncí la nariz.

—No, prefiero quedarme un rato más.

Observé a mamá mientras se alejaba y luego me volví para mirar al mar. Tomé un sorbo de té y pensé que probablemente Santorini era el lugar donde me habían concebido. Ese era también nuestro destino y tenía que haber algún motivo para que mamá lo hubiera elegido. ¿Se trataba de una especie de peregrinaje, me pregunté? ¿Un viaje a la tumba de mi padre?

—¿Tienes fuego?

Me volví y me encontré frente a un hombre guapísimo. Era alto, con la tez oscura y unos ojos de color avellana. Nunca había visto a un hombre con el pelo tan brillante, aparte de en los anuncios de champús. De repente me di cuenta de que el sol, el mar y la placidez de las vacaciones me habían sumido en un estado de ánimo muy... romántico. A fin de cuentas, ya habían pasado varios meses desde lo de Tom.

—Sí —dije—. ¿Me la sujetas un momento? —Le di mi taza de té y me puse a hurgar en mi bolso hasta que encontré el encendedor y los cigarrillos.

—Hace un día precioso, ¿verdad? —me preguntó cuando ambos encendimos el cigarrillo—. Y con este aire tan fresco y salado...

Asentí.

—Sí, es muy bonito... si no fuera por el diésel. —Y señalé un ferri que navegaba en dirección contraria, dejando tras de sí una estela de humo negro.

—¿Cómo dices?

—¿Eres norteamericano? —le pregunté.

—Canadiense.

—Disculpa.

El tipo se encogió de hombros.

—No pasa nada —me dijo—. Y lo mejor es que Donald Trump no es mi presidente.

—Hay muchas islas —comenté mientras pasábamos junto a una—. No tenía ni idea.

—Lo sé —dijo—. Te dan ganas de visitarlas todas, ¿verdad?

—Ya lo creo. ¿También vas a Santorini? —le pregunté, con ciertas esperanzas, debo admitir.

Sin embargo, negó con la cabeza.

—A Miconos —respondió—. Con mi novio, que se ha quedado dentro porque está mareado.

—Ah, vale —dije, intentando disimular el deje de decepción.



El puerto de Santorini no se parecía demasiado a los demás. Las colinas que había detrás, o montañas, más bien dicho, se alzaban hacia el cielo, y mientras que en las otras islas las poblaciones se extendían en torno al puerto, allí solo había una carretera en zigzag que se encaramaba a lo alto de la colina, donde se encontraba la ciudad. De lejos, las casas blancas parecían la cima nevada de un pico, o el glaseado de un pastel.

Rodeadas de cientos de turistas más, bajamos al muelle arrastrando nuestras maletas y esperamos a que llegara el taxi que debía llevarnos a Oia.

De repente me di cuenta de que ciertos fragmentos de conversaciones que había tenido con mi madre en el pasado empezaban a cobrar sentido por primera vez.

—¿Habías estado en Oia alguna vez? —le pregunté después de enseñarle al taxista la dirección que llevaba apuntada en el iPhone.

Mamá, que estaba mirando por la ventanilla, se volvió hacia mí y asintió.

—La recordaba como una ciudad más bonita, aunque por entonces el centro ya estaba bastante explotado.

Nos habían dado un número de teléfono al que debíamos llamar al llegar, pero Baruch, nuestra persona de contacto, no respondía, de modo que seguimos sus detalladas instrucciones y bajamos los setenta y siete escalones, ni uno más, ni uno menos, hasta el supermercado.

Y ahí, como en la foto, se encontraba nuestra cueva. La puerta estaba abierta de par en par y la llave, en la cerradura.

Las habitaciones estaban excavadas en la montaña y tenían el techo abovedado e irregular. Cada una llevaba a la siguiente, siempre más pequeña, como si fuera una guirnalda de margaritas, hasta que al final, en las profundidades de la montaña, llegamos a un baño de azulejos azules. Todo estaba labrado en roca viva: la ducha, el lavamanos, las estanterías. Solo el inodoro era de porcelana. Parecía la casa de los Picapiedra, pero diseñada por Martha Stewart. Me encantaba.

—No sabía que había que pasar por un dormitorio para llegar al otro —dijo mamá, que no sabía cuál elegir.

—Yo tampoco —admití—, pero da igual, ¿verdad? Creo que deberías quedarte el grande porque sueles despertarte antes.

—Pero entonces te molestaré si tengo que ir al baño —dijo mamá.

—A mí no me despierta nada —le aseguré—. Ya lo sabes.

Dejamos las maletas sobre las camas y, atraídas por las vistas, salimos de nuevo al aire libre. Había dos sillas plegables, que abrimos de inmediato para contemplar el mar. Teníamos

ante nosotras un panorama espectacular formado por peñascos e islas esparcidas por las aguas.

—Qué bonito es esto —dije.

—Sabía que te gustaría. Es increíble, ¿verdad?

Asentí.

—¿Es aquí donde te alojaste con la tía Abby? ¿Estamos en el mismo hotel?

—No exactamente —respondió mamá—. El nuestro estaba un poco más hacia allá, creo. —

Señaló hacia la izquierda.

—¿Me lo enseñarás? —le pedí—. Pero no ahora, sino luego.

Mamá asintió.

—Si aún existe... Había unas escaleras que bajaban hasta el mar, si mal no recuerdo. Podríamos buscarlas. Era una cala muy pequeña, pero podías darte un buen baño.

—Aquí también hay playas enormes. Las he visto en la guía.

—Sí, pero necesitas un medio de transporte para desplazarte. Imagino que habrá algún autobús.

—O podríamos alquilar un coche —le sugerí.

—¡No sé si me apetece conducir en Grecia!

—También podríamos alquilar uno de esos ciclomotores.

Los habíamos visto por toda la isla.

—Te aseguro yo que nunca podría llevar uno de esos trastos.

—Yo sí que puedo. Sin problema.

Mamá se rio.

—No, no lo creo —dijo como si fuera la idea más absurda que hubiera oído jamás.

Al final decidí posponer esa batalla y dejarla para otro momento más propicio. Me levanté y entré en la casa. Abrí la nevera, pero estaba vacía.

—¿Necesitamos hacer la compra? —preguntó mamá, que me había seguido y se encontraba en la puerta.

—Bueno, solo quería una taza de té —dije—, pero no hay ni una triste bolsa. Creo que me acercaré a la tienda.

Mamá asintió.

—¿No te importa ir sola? Prefiero quedarme aquí por si aparece Barak, o como se llame.

—Baruch, creo —dije, mirando la hoja de papel en la que había imprimido las instrucciones—. Sí, Baruch, acabado en U-C-H. ¿Necesitas algo más?

—No, no. Solo té y algo de leche.

Parecía algo alicaída desde que habíamos llegado. Supuse que le apetecía pasar un rato a solas para pensar en las vacaciones de su juventud.

—Vale, ¿solo té y leche?

—Y un tubo de pasta de dientes, ¿sí?

—Té, leche y pasta de dientes.

—Y quizá también un poco de pan y queso. O unas patatas. Algo para picar, ya sabes.

Al final lancé un gruñido. Las listas de la compra interminables eran una de las especialidades de mamá.

—Té, leche, pasta de dientes, pan y queso. ¿Sí?

—Y un poco de chocolate. Y... ¿una botella de vino? Ah, y café, claro.

—Calma, calma —dije, y saqué el teléfono del bolsillo—. A ver, empieza de nuevo.

Cuando tomé nota de la lista de la compra en el móvil, subí las escaleras. A decir verdad, Santorini me había decepcionado un poco. Las vistas eran maravillosas, sí, pero la playa de

Serifos me había enamorado. No me quedaba más remedio que convencer a mamá para encontrar algún medio de transporte.

Me pregunté otra vez por qué estábamos allí. La elección de Santorini, de Oia, no era producto del azar. Eso estaba claro. Quizá, solo quizá, mamá me había llevado hasta allí para contarme la historia de mi padre. En tal caso, ya era hora.

El supermercado estaba abierto, pero vacío. No había nadie en la caja, así que empecé a recorrer los pasillos, llenando la cesta con productos que parecían pasta de dientes, chocolate y té. La mayoría de las etiquetas solo estaban en griego, por lo que no podía estar del todo segura.

Cuando acabé seguía sin haber nadie. «Qué confiados son», pensé. Entonces asomó la cabeza un niño de unos ocho años.

—¡Espera! ¡Voy a buscar a Baruch!

Al cabo de un minuto, cuando aún no había aparecido nadie, decidí echar otro vistazo en la tienda por si me había olvidado de algo, y cuando volví a la caja, ahí estaba, sentado en su silla, como si no se hubiera movido de su puesto en ningún momento.

—Hola —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. Eres Becky, ¿verdad?

Abrí la boca para responder, pero fui incapaz de articular palabra alguna durante varios segundos. Baruch era tan guapo, que no podía creer lo que estaba viendo. Era la versión con ojos azules del chico que había visto en el barco, pero más moreno y menos engominado. Y deseé con toda mi alma que también fuera hetero.

—Pues sí —logré decir al final.

—Había ido a conocer a tu madre, por eso no estaba aquí —me explicó.

—Claro, claro —dije, sonrojándome.

—Bienvenida a Santorini. ¿Has encontrado todo lo que necesitabas?

Cogió el primer artículo de mi cesta.

—Oh, sí, sí; he encontrado todo lo que quería.

Cuando salí, ya estaba pensando en qué otras cosas podría comprar... qué otras excusas podría encontrar para volver a la tienda y hablar un rato con él.



—Deduzco que ya has conocido a Baruch —me dijo mamá desde el dormitorio en cuanto crucé la puerta.

Dejé las bolsas en la encimera y asomé la cabeza en su habitación.

—¡Ya lo creo! —contesté.

—Es guapo, ¿verdad? —me preguntó entre risas. Se puso de costado y me miró.

—¡Mucho!

—Ya sabía yo que te gustaría. Lo he sabido nada más verlo.

—Es como Javier Bardem de joven.

—¿Ese es el de *Anatomía de Grey*? —me preguntó—. Denny, se llamaba, ¿no?

—No, pero tienes razón. Se parece mucho a él. Bueno, ¿estás bien?

—¿Yo? Ah... sí... Estoy bien. Creo que tanto viaje me ha dejado un poco agotada. Solo necesito una siesta de media hora para volver a estar como nueva.

—Buena idea. Yo también, pero me tumbaré fuera, a la sombra.

Mamá durmió algo más de una hora, y aunque yo solo eché una cabezadita, logré resistir la tentación de volver a ir al supermercado. Me estaba comportando como una colegiala y lo sabía. Baruch debía de estar cansado de quitarse a las turistas de encima, y aunque no fuera así, no tenía

ningún sentido que me hiciera ilusiones. Íbamos a estar menos de una semana en Santorini. Además, ¿qué podía tener yo en común con un cajero de supermercado griego? No obstante, debo admitir que por mucho que lo intentara, no podía evitar pensar en la posibilidad de tener una aventura de verano. Y tampoco podía dejar de preguntarme si era eso lo que le había pasado a mi madre hace años.



Cuando dieron las cinco, salimos a dar una vuelta por la ciudad. Todo parecía immaculado y los edificios eran de un blanco cegador. Las calles estaban llenas de tiendas caras.

—¿Ya era así cuando viniste? —le pregunté.

Después de haber estado en Serifos, me sorprendía un poco la opulencia de Santorini.

—Oh, no. Ahora es mucho más pijo. En el noventa y cuatro era un lugar muy pintoresco, ahora se ha vuelto muy turístico. Y de más categoría.

Las calles eran todas iguales, todas encantadoras. Y las vistas, interminables y espectaculares.

—Cuando estuve aquí —me dijo mamá, que se paró para tomar una fotografía de la bahía—, me pareció que era el lugar más bonito del planeta.

Asentí.

—Es precioso.

—Sí, creo que aún es verdad —dijo, y bajó el teléfono para disfrutar de la vista—. No he estado en un lugar más bonito. Aunque tampoco es que haya viajado demasiado.

Tomamos un par de capuchinos *freddos* en un café y dos helados en otro.

—Los precios son como los de Londres —dije después de pagar los helados.

Mamá asintió.

—Sí, eso también ha cambiado. Aunque, a decir verdad, todo costaba varios miles de dracmas, por lo que tampoco sabía exactamente cuánto gastaba.

—De modo que por eso lo mencionaste.

Mamá asintió y movió la cabeza de un lado a otro, como queriendo decir: «Eso parece».

—Vaya, cuánta gente —exclamé mientras intentábamos abrirnos paso entre un grupo de turistas alemanes.

—Sí, la gente acude por la puesta de sol —me dijo mamá—. Viene de todos los rincones de la isla. Ya lo había olvidado. Dicen que es una de las mejores puestas de sol de la Tierra. Creo que hasta se organizan viajes en autobús para verla.

—¿Y lo es?

—¿A qué te refieres?

—La mejor puesta de sol de la Tierra.

—Es muy bonita, si no recuerdo mal.

A pesar de que no me gustan las multitudes, decidimos que en este caso era mejor seguir al rebaño. Al día siguiente me apetecía visitar otra parte de la isla, algún lugar con playa, por lo que no era una idea tan descabellada aprovechar la ocasión. De hecho, era mejor ver la puesta de sol de Santorini cuanto antes, para que no acabara en la misma lista que la Acrópolis, de cosas que no había podido hacer.

Recorrimos las callejuelas abarrotadas de turistas, hasta que llegamos al extremo más occidental de Oia. Y debo admitir que, a pesar de la multitud, o quizá gracias a ella, fue un espectáculo muy emotivo.

El cielo nos ofreció un espectáculo polícromo que parecía reunir todos los colores del espectro. Las nubes del horizonte reposaban sobre unos destellos anaranjados que tendían hacia el púrpura. Había una franja azul turquesa y bandas amarillas y rojas. Había incluso una nube teñida de un verde grisáceo hacia el este, y luego el azul intenso e infinito del cielo.

Y nosotros, los espectadores de aquella gala que tiene lugar todos los días, pero de la que apenas nos acordamos, disfrutamos del baño de luz dorada. Observamos y sonreímos al ver la bola de fuego e hicimos comentarios vacíos como «¡Guau, qué bonito!» en varios idiomas.

Ya fuera por la magia del espectáculo de luz o por respeto a los demás, todo el mundo hablaba en voz baja, y tuve la curiosa sensación de que aquel agradable murmullo nos protegía del mal que acechaba en el mundo. Fue un momento compartido de felicidad con desconocidos y lo disfruté hasta el último segundo.

—¿Tienes hambre? —me preguntó mamá cuando el sol desapareció por completo tras una isla lejana. La multitud se había puesto en marcha.

—Ya lo creo. ¿Recuerdas algún lugar que valga la pena?

Mamá negó con la cabeza.

—Aunque lo recordara, no creo que siguiera existiendo.

—Nunca se sabe... —contesté—. ¿Quieres que busque en TripAdvisor?

—¿Por qué no probamos suerte y ya está?

—¡De acuerdo!

Seguimos al rebaño hasta el centro, y al ver que en todos los restaurantes de la calle principal ya había cola para conseguir una mesa, nos dirigimos al laberinto de callejuelas hasta que encontramos un pequeño restaurante, precioso, en un patio interior, a la luz de las velas.

—¿Aquí? —preguntó mamá.

—Parece caro —dije, consultando la carta.

—Es nuestra primera noche en Oia —replicó ella—. Además, recuerda que a esta cena invita la abuela.

—¿Mesa para dos? —nos preguntó una voz, y cuando me di la vuelta vi el rostro sonriente de Baruch.

—¡Ah, hola! —exclamó mamá—. ¡Estás en todas partes! Aunque no es una queja...

Baruch se rio.

—Es de mi tía —dijo, señalando el local—. Mi tío está enfermo, así que...

—Mientras no haya sido por una intoxicación alimentaria —dijo mamá en broma, algo poco habitual en ella.

—¿Intoxicación...? ¡Ah, no! —respondió Baruch, mirando a su alrededor para comprobar que no nos hubiera oído nadie—. No, tiene problemas de rodilla. A veces le duele mucho, así que...

Nos acompañó hasta la mesa.

—Solo me queda esta. Me temo que las demás están reservadas.

—Te has puesto como un tomate —me dijo mamá cuando nos sentamos—. ¿Te encuentras bien? —Asentí e intenté esconderme detrás de la carta—. Al principio pensé que era por el calor, pero no, te has ruborizado.

Puse los ojos en blanco.

—Gracias, mamá. Ayuda mucho que te lo digan así.

—¿Es por él? —me preguntó, señalando a Baruch con la cabeza—. ¿Te gusta?

—¡Ya vale! ¡Caray!

—Vaya, vaya, mira qué bien... —Observó a Baruch, que estaba acompañando a un grupo

de clientes a las mesas que les había reservado—. Es muy guapo, la verdad. Y esos vaqueros marcan un culito... Pero es que...

—¡Para ya! ¡Por favor! —supliqué.

—Pues sí que te gusta...

—A veces te pones insoportable, ¿lo sabías? —le dije.

—Sí, pero en el fondo sé que te gusta. ¿A que sí?

—No, nada de eso.

—Ya... Seguro que cambias de opinión.



Al día siguiente, mientras desayunábamos en el restaurante del hotel, intenté convencer a mamá otra vez de que me dejara alquilar un ciclomotor.

—¡En Bristol tuve uno durante un año! —le aseguré—. No es tan peligroso como crees.

—Pero es que en Bristol no hay tantos conductores griegos como aquí, ¿verdad? —repliqué.

—Quiero moverme por la isla, quiero ver todo lo demás. Quiero ir a la playa.

—Aquí cerca hay una playa —me dijo. Apuró el café y se levantó—. Si eso es lo que te preocupa, podemos ir ahora mismo. Voy a coger la ropa de playa.

Me la quedé mirando mientras se dirigía a la habitación y lancé un suspiro. Sabía que al final acabaría saliéndome con la mía, pero antes debía dejar que mamá agotara todas sus opciones. Lo de siempre.

En ese momento Baruch pasó junto a mí. Me saludó con la mano y yo respondí con un gesto serio de la cabeza. Me sentía algo ridícula, como si la noche anterior me hubiera dado plantón. A ver, fue muy simpático y en algún momento hasta me pareció que intentaba coquetear conmigo, pero en el fondo no me dedicó más atención que a los demás clientes. Al final llegué a la conclusión de que era una de esas personas que intenta complacer a todo el mundo, que quiere que los demás tengan la sensación de haber establecido un vínculo especial con él. ¡El camarero perfecto!

Como no podía ser de otra manera, comprobé lo acertado de mis suposiciones cuando vi que una chica que estaba en la mesa de al lado (estaba desayunando con sus padres y no debía de tener más de trece años) también saludaba a Baruch con la mano. Era obvio que pensaba que él había hecho lo propio, y quizá no se equivocaba.

El camino hasta la «playa», y utilizo las comillas por un motivo, nos obligó a subir hasta el nivel de la calle, recorrer unos doscientos metros a la derecha y luego volver a bajar unas escaleras casi idénticas.

—¿Estás segura de que es por ahí? —pregunté, aterrorizada ante la idea de bajar mil escalones para al final tener que dar media vuelta y volver a subirlos.

—Sí. Cuando vine la primera vez me alojé en una de estas habitaciones.

—¿En cuál? —pregunté, con la esperanza de ver el lugar donde me habían concebido.

Mamá se detuvo para meditar la respuesta.

—No estoy muy segura. Fue hace mucho.

Sin embargo, por algún motivo, no la creí.

Las escaleras bajaban más y más y más. Dejamos atrás el último edificio y avanzamos por un tramo que discurría entre la roca viva. Y yo no paraba de sudar a pesar de que estábamos bajando. El termómetro ya rozaba los treinta grados y el sol picaba tanto que tenía la sensación de que me ardía la piel, a pesar de la crema de factor cincuenta que me había puesto. Al final, nuestro

estrecho camino desembocó en uno más ancho. Vimos que unos burros, con aspecto de estar agotados, subían acompañados de un campesino anciano griego con el rostro surcado de arrugas. A lomos de los animales, dos americanos obesos se quejaban del calor.

—Pobres burros —comenté cuando hubieron pasado de largo.

—Lo sé —admitió mamá—. Me han dado ganas de arrancarle la fusta de las manos y darle unos cuantos azotes en el trasero a él. Poco deben de gustarte los animales para hacer algo así.

Al final del camino había una pequeña bahía con un muelle de hormigón en el que había cinco restaurantes diminutos. La «playa» consistía en una franja de dos metros de rocas al final del muelle.

—Oh —dijo mamá cuando la vio—. Antes era más grande.

—Vaya —exclamé—. Bueno, no importa. Aun así podemos darnos un chapuzón, ¿no?

A decir verdad, me llevé una gran alegría al comprobar el tamaño de la playa. El ciclomotor había abandonado el reino de lo posible para adentrarse en el de lo probable.

El agua, a pesar de todo, estaba deliciosa. Lo bastante caliente para bañarte sin que se te helara la sangre, cristalina y llena de peces increíbles. Era como nadar en un acuario.

Al cabo de un rato, nos sentamos en uno de los restaurantes y pedimos café helado. Ninguna de las dos tenía especial prisa por emprender la escalada de vuelta a casa.

—Supongo que si me prometes que irás muy despacito... —dijo mamá de repente.

—¿Cómo dices?

—Supongo que podríamos alquilar uno. Pero que no tenga mucha potencia. Y has de prometerme que irás despacito.

—No pasará nada, mamá —le aseguré—. Será divertido, ya verás. Y si nunca has montado en moto...

—Claro que he ido en moto —replicó—. Y fue aquí mismo. Precisamente por eso tienes que hacerme caso con lo de los conductores griegos.

CAPÍTULO 8

LAURA

Me encontraba en esa tierra media entre el sueño y la vigilia, cuando Leif me despertó. En circunstancias normales me resulta muy agradable ese estado de duermevela, pero ese día estaba demasiado angustiada.

—Despierta —me susurró Leif, agachado a la derecha de la cama—. Se ha ido.

—¿Está aquí cerca? —pregunté en voz baja—. ¿Por qué susurras?

Se encogió de hombros y sonrió.

—No —me dijo—. No, se ha ido. Y no sé por qué susurro.

Deslicé las piernas por el borde de la cama y bostecé. Me lavé la cara en el baño y a continuación me acerqué a la puerta.

—¿Se ha ido de verdad? —pregunté, intentando mirar fuera a pesar de la calima.

—Sí, he visto que se marchaba.

—Pero ¿y si solo ha ido a desayunar? O a comer. ¿Y si se ha dejado la cartera y vuelve? —pregunté con la voz rota y un deje histérico que debía dominar como fuera.

—Se ha ido en coche. Lo he seguido hasta arriba y he visto que se iba. Puedes estar tranquila.

Presa de los nervios, salí y miré a derecha e izquierda.

—¿Quieres que me adelante yo? —preguntó Leif, con una mano en la jamba de la puerta.

—No —respondí, intentando recuperar la compostura—. Estoy bien.

Bajamos dos tramos de escaleras y abrí la puerta de la habitación de Conor.

—¿Quieres que me quede aquí a montar guardia?

—Sí. De hecho, prefiero que subas un poco para que tengas una visión general de las escaleras. Si lo ves, haz como que llamas a una amiga. Grita «Mary» o algo parecido.

—¿Mary? —repitió Leif, algo confundido.

—Lo que sea, da igual. Pero no digas «Laura» ni «Conor».

—Ah, vale —dijo Leif, con un deje de excitación—. Como si fuera una contraseña.

—Sí, más o menos.

—Entonces diré «Mary».

—Vale —asentí con impaciencia—. Mary me parece perfecto.

Aun con las luces encendidas, al principio me costó un poco ver algo. La pintura blanca de fuera era tan deslumbrante que mis ojos tardaron una eternidad en acostumbrarse a la penumbra interior. Pero poco a poco empecé a enfocar la mirada: vi las sábanas revueltas, mi ropa esparcida por el suelo; la maleta en un rincón... También distinguí una botella de ouzo vacía, junto a la mesita de noche, algo que no había visto la noche anterior.

Recogí mis cosas tan rápido como pude y las metí en la maleta. Y después de echar un último vistazo rápido al dormitorio y al baño, salí al sol.

—¿Lo tienes todo? —me preguntó Leif cuando me reuní con él.

—Eso creo.

—¿No quieres ir a comprobarlo? —me sugirió—. Es mejor que no tengas que volver.

De modo que le dejé la maleta, entré en la habitación y di un último repaso. No vi nada.

De vuelta en la habitación de Leif, abrí la maleta sobre su cama y me puse a doblar bien la ropa. Fue entonces cuando me di cuenta de que me faltaba algo. Algo imprescindible.

—Mi riñonera —dije, hurgando en la maleta—. Mierda, la riñonera no está.

—¿Es importante? —me preguntó Leif.

Asentí con gesto serio.

—Sí, es donde tengo todo el dinero, la tarjeta del banco y el pasaporte —le expliqué—.

¡Joder!

Llevada por el subidón de adrenalina, decidí volver a la habitación. Esta vez la registré de forma muy meticulosa, todos los cajones y el armario, hasta la maleta y los bolsillos de los pantalones de Conor.

—¡Será cabrón! —exclamé, con los brazos en jarras, mientras observaba la habitación para asegurarme de que no me había dejado ningún rincón sin registrar.

Leif, que me había acompañado para echarme una mano, parecía tan asombrado que me disculpé.

—No tienes que disculparte por nada —me dijo con su acento cantarín—. Creo que «cabrón» lo define muy bien.

Regresamos a la habitación de Leif y valoramos las distintas opciones.

—No tengo dinero —le expliqué—. Ni siquiera tengo tarjeta de crédito para sacar dinero.

—Creo que sin el pasaporte tu madre tampoco puede mandarte dinero —dijo Leif.

—No. Estoy jodida, ¿verdad?

—Bueno, el dinero no es problema —repuso Leif sin alterarse—. Puedo prestártelo y... —Levantó una mano para acallar mis quejas—. Te prestaré el dinero, lo que necesites, y ya me lo devolverás cuando llegues a casa. Eso es fácil. Lo que me preocupa es el tema del pasaporte.

Durante un rato albergó la esperanza de que Conor hubiera dejado mi pasaporte en recepción ya que, a fin de cuentas, había tenido que dejar el suyo al registrarse en el hotel. Sin embargo, el empleado de recepción, el mismo que me había dado la habitación para pasar la noche, negó con la cabeza.

—No, solo necesitamos uno —dijo—. Tenemos el de su marido.

—¿Sabe dónde está? —pregunté, y decidí pasar por alto la referencia a mi «marido» por el simple motivo de que me había cansado de tener que andar corrigiéndolo.

Se encogió de hombros.

—¿Por qué? ¿Ya han hecho las paces? —preguntó.

—No —contesté—. De ninguna de las maneras.

Volvió a encogerse de hombros.

—Ha recibido la llamada de un amigo. De un hombre llamado... ¿Mac? Era inglés.

—¿Mike? —pregunté.

El hombre asintió.

—Entonces no volverá hasta tarde —aventuré.

—Ha dicho que vendría a cenar. Ha reservado mesa para dos en la terraza. ¿Quiere que le dé algún recado?

Miré a Leif, que negó con un gesto apenas perceptible de la cabeza.



Nos sentamos en el restaurante del hotel e intentamos pensar en un plan mientras comíamos. Leif pidió pescado al horno con salsa de tomate; yo apenas probé mi ensalada. No tenía hambre.

Llegamos a la conclusión de que no tenía sentido cambiar mi vuelo de vuelta hasta que hubiera recuperado el pasaporte, y mientras no lo tuviera, no me atrevía a cambiar de hotel, y menos aún a irme a otro pueblo. Leif me miraba y se mordía una uña mientras yo intentaba hallar una solución. Pero me había quedado en blanco. No sabía qué hacer.

—Lo siento —dije al final—, pero no se me ocurre nada.

Leif asintió.

—Lo siento, a mí tampoco se me ocurre nada. ¿Tampoco no se me ocurre nada?

—Se me ocurre. Lo has dicho bien la primera vez.

—¿Estás segura de que no quieres llamar a tu madre?

—No lo sé —respondí. Se me partía el alma solo de pensar que tendría que hacerlo—.

Quizá. —Si no me quedaba más remedio...

Salimos a la calle y recorrimos el medio kilómetro que había hasta la cabina telefónica más cercana. Leif tenía una tarjeta que, según dijo, era más barata que el teléfono del hotel.

A pesar de que era la opción más probable, no se me ocurrió la posibilidad de que mi madre no estuviera en casa. Supongo que estaba tan aterrada por lo que iba a contarle y por su potencial reacción que pasé por alto lo más obvio.

Cuando colgué, tarde unos segundos en encontrar a Leif. Estaba sentado a una distancia considerable, en un muro, mirando el mar.

—Qué rápido has ido —me dijo cuando me encaramé y me senté a su lado.

—No estaba en casa —le expliqué, y le devolví la tarjeta.

Entonces ya no pude contener más las lágrimas, las malditas lágrimas. No sabría decir si eran lágrimas de alivio por no haberle tenido que explicar a mi madre que no estaba en Cornualles con Abby, sino en Grecia con un hombre, un monstruo, o si se debían al hecho de que no había podido hablar con ella, lo cual hacía que me sintiera aún más sola que antes. A buen seguro era una mezcla de ambas cosas. Porque estuve un buen rato llorando.

Leif me abrazó, algo incómodo.

—Ya verás como todo saldrá bien —me dijo una y otra vez—. Ya lo verás, todo saldrá bien. Leif está contigo. Leif está aquí.

Cuando paré de llorar, me preguntó qué quería hacer. Le respondí que no lo sabía, que me sentía como si el cerebro me hubiera dejado de funcionar.

—A lo mejor deberíamos ir a la playa —propuso—. Estos días me he cansado de andar, pero apenas he nadado. No he ido mucho a la playa.

—Pero ¿y si no coincidimos con Conor? —pregunté.

—Volverá esta noche. Ha reservado una mesa. Tenemos seis horas. Además, es mejor nadar que quedarnos sentados, ¿no?

—Claro —admití, aunque no estaba del todo segura—. ¿Tienes coche para ir a la playa? ¿O hay algún autobús?

—Tengo un ciclomotor. Es muy *loco*, ya verás.

Me gustaban esos pequeños errores que cometía de vez en cuando al hablar. Nos levantamos y emprendimos el camino de vuelta al hotel.

—Según he oído, hay una playa roja que está muy bien —dijo Leif—. Podríamos ir. Creo que es muy bonita.

—Sí que lo es. He ido.

—Pues elijamos otra —propuso—. Hay muchas. Preguntaré en el hotel.



La moto de Leif era un ciclomotor de color verde grisáceo. Me dio el casco y se puso unas gafas de sol para protegerse los ojos. Casi nadie de la gente con la que nos cruzamos usaba casco, pero a mí me daba demasiado miedo ir sin él.

Me agarré a su cintura porque era la única opción posible. Al principio me sentí muy incómoda porque me parecía algo demasiado íntimo, pero en cuanto empezaron las curvas y los repechos ya me había acostumbrado. Había sido tan sumamente considerado conmigo que, en cierto sentido, había empezado a quererlo, pero no estaba enamorada de él. Aunque no fue hasta más adelante, demasiado tarde, cuando comprendí que la atracción que sentía por Conor no era amor romántico, por entonces no tenía ni la menor idea de lo que era el amor verdadero. Pero Leif era majo y divertido. Siempre lucía una sonrisa en los labios. Hacía que todo pareciera coser y cantar y había sido amabilísimo conmigo. De modo que era difícil no quererlo. Me pregunté entonces por qué había decidido venir con Conor. ¿Por qué no había podido conocer a alguien tan bueno como Leif?

No paraba de pensar en Conor, en el pasaporte, en la tarjeta de débito... y vuelta a empezar con Conor, en un bucle sin fin. Sin embargo, poco a poco me fui dejando llevar por el entorno que nos rodeaba y empecé a ser consciente, aunque fuera solo a fogonazos, que aún estaba en un lugar precioso y que era agradable poder pasear en moto por las carreteras polvorientas de Santorini.

Aparcamos en lo alto de una colina y bajamos a pie por un camino de tierra, hasta playa Caldera, una pequeña bahía rodeada por rocas rojizas y con una arena casi negra.

También había sombrillas y tumbonas, pero Leif ni se planteó alquilarlas, y como yo no tenía dinero, no iba a ser quien lo propusiera. En lugar de ello, nos dirigimos al extremo más alejado de la playa, donde la ladera de la colina arrojaba algo de sombra, y tendimos las toallas en la arena abrasadora.

—¿Sabes nadar? —me preguntó Leif, que sacó una botella de agua de la bolsa y me la ofreció.

Asentí y acepté el agua.

—No soy una sirena, pero floto bastante bien.

—Yo tampoco soy un gran nadador —me aseguró.

—Lo sé. ¡Te he visto!

Nos remojamos en la orilla y dejamos que los pececitos nos mordisquearan los dedos de los pies. Luego decidimos adentrarnos y nos pusimos a nadar, sorteando las barcas amarradas. Cuando salimos, nos quedamos en la orilla, donde las olas rompían a nuestros pies.

—Háblame de Laura —me pidió Leif—. No sé nada de ti.

Le conté que trabajaba de secretaria y que vivía con mi madre.

—Vale, pero solo me has dicho a qué te dedicas y dónde vives. ¿No piensas contarme nada sobre ti?

—Me parece que no te entiendo...

—A ver, ¿cuál es tu comida favorita?

—Ah, eso es fácil. Me gusta el marisco sobre todo: las gambas, los calamares, las vieiras,

los berberechos, las caracolas. Básicamente, cualquier cosa que venga del mar.

—En Grecia los calamares son deliciosos —me aseguró Leif—. Creo que los preparan como en ningún otro país del mundo. ¿Y qué música te gusta?

—El britpop, sobre todo.

—O sea, Blur, Oasis...

—Sí. Soy más de Blur que de Oasis —le dije. En los noventa solo podías ser de uno o de otro—. The Verve. The Stone Roses...

—A mí también me gustan. Y Radiohead. ¿Los conoces?

—«Creep» es una canción maravillosa —comenté.

—Sí, maravillosa.

—También tengo tu disco de George Michael —añadí—. El que he visto en tu habitación.

—¿*Listen Without Prejudice*? De hecho, es de Olav, pero sí, me gusta.

—Aunque la canción que más me gusta ahora, la que no puedo quitarme de la cabeza, es una de Blur. En Inglaterra la ponían en todas partes. Creo que aquí aún no ha llegado.

—¿«Girls and Boys»? —preguntó Leif.

Asentí.

—Me encanta —me dijo—. Cada vez que la escucho me dan ganas de ponerme a saltar y a hacer locuras.

Canté los primeros compases y Leif se puso a reír.

—Hasta sabes imitar bien el acento —me dijo.

—Bueno, son de Essex, ¿no, tío? —repliqué en tono burlón—. Se parece bastante al acento de East London, que es de donde soy yo.

—Tienes una voz muy bonita cuando cantas. Yo, en cambio, canto como... no sé... como *El grito* —dijo Leif.

—¿*El grito*?

—Es un cuadro de Edvard Munch, bastante famoso. Es así. —Se incorporó, se llevó las manos a los oídos e hizo una mueca grotesca.

Me reí por primera vez desde hacía varios días.

—Lo conozco, sé a cuál te refieres.

—Pues así canto yo —admitió con una sonrisa—. O a lo mejor esa es la reacción de la gente al oírme cantar.



A las siete volvimos al hotel. Cuando el recepcionista nos confirmó que Conor aún no había llegado, decidimos sentarnos en el restaurante y pedimos algo de beber.

—¿Qué harás? —me preguntó Leif.

El recepcionista me había dicho que no le quedaba ninguna habitación vacía, ni siquiera sucia.

—No lo sé —confesé—. Tengo que pensar.

Una de las mesas del restaurante tenía un pequeño cartel de «reservada» y me pregunté si sería la de Conor. ¿De verdad creía que íbamos a compartir una cena juntos a la luz de las velas? Conociéndolo como lo conocía, era probable que sí. Debía de pensar que podría volver a salirse con la suya gracias a su piquito de oro. Además, tenía mi pasaporte como rehén.

Aunque la mesa de Conor estaba vacía, no nos atrevimos a irnos por miedo a no coincidir con él. Nos sentamos a una mesa que había al fondo de la sala y pedimos algo de comer.

Leif eligió los mejillones con salsa saganaki y yo los calamares, porque no me los había podido quitar de la cabeza en todo el día.

El camarero volvió y nos ofreció la mesa de Conor, que tenía unas vistas más bonitas, pero tras unos instantes de reflexión, rechacé la oferta. No quería que considerase la presencia de Leif como una provocación, sobre todo si estaba sentado conmigo. Además, también me preocupaba la posibilidad de que le diera un puñetazo de buenas a primeras.

Durante la cena solo hablamos para ofrecernos mutuamente nuestra comida, algo que ambos aceptamos encantados. Creo que los dos estábamos algo nerviosos por el inminente enfrentamiento.

Cuando llegamos al café y los postres, a medida que la noche se hizo más oscura y bajó la temperatura, se desvanecieron las probabilidades de que llegara Conor, por lo que tuve que empezar a pensar en dónde iba a pasar la noche.

Aún conservaba la llave de nuestra habitación, claro, pero me daba mucho miedo usarla. Sin embargo, después de un par de copas de vino y a falta de otras alternativas más convincentes, decidí que debía ser valiente. Si dejaba la llave en la cerradura, al menos Conor no podría entrar.

Al final de la cena descubrí que podía añadirla a «nuestra» cuenta, y eso fue exactamente lo que hice.

Leif insistió en que no se sentía nada cómodo con esa opción, pero le recordé que Conor me había robado todo el dinero.

—De modo que soy yo quien te ha invitado, no él —expuse—. Es lo mínimo que puedo hacer.

—De acuerdo —accedió Leif—, si insistes...

A las once, Leif se armó de valor y llamó a la puerta de nuestra habitación. Cuando quedó claro que estaba vacía, registré de nuevo el dormitorio para comprobar si la riñonera había reaparecido como por arte de magia durante nuestra ausencia, pero fue en vano.

Cuando acabé salí afuera, a la luz de la luna, y me reuní con Leif, en el lugar donde montaba guardia.

—Voy a dormir aquí, creo —le dije.

—¿Vas a quedarte aquí?! —preguntó él, estupefacto.

—No creo que tenga mucho más donde elegir. Ya has oído lo que nos ha dicho el recepcionista.

—¿Y no te da miedo?

Asentí con un movimiento rápido y tragué saliva, no sin cierta dificultad.

—Pero dejaré la llave puesta, así no podrá entrar. Y si grito, Olav y tú vendréis a rescatarme, ¿verdad?

Leif se rascó detrás de la oreja.

—No —se limitó a responder—. No me parece bien.

—¿No vendréis a ayudarme si os necesito?

—No, quiero decir que no creo que debas quedarte aquí.

—No me pasará nada. Si dejo la llave puesta... —insistí.

—Romperá una ventana —objetó Leif—. O derribará la puerta. He visto cómo se comporta y sé que es alguien demasiado peligroso.

—No me pasará nada, Leif —insistí—. Él...

Pero se me quebró la voz porque sabía que tenía razón. Conor era perfectamente capaz de echar la puerta abajo si aparecía borracho y se encontraba la habitación cerrada con llave.

—Ven —me dijo, y me cogió de la mano.

—¿Adónde? —le pregunté.
—Tenemos que hablar con Olav.



Olav se encontraba en la habitación. Estaba escuchando música con los auriculares puestos y fumando un porro a oscuras.

Leif se puso a hablar en noruego atropelladamente y empezó agitar las manos para disipar las nubes de humo, hasta que Olav, perplejo ante la situación, apagó el porro y abrió las ventanas y la puerta.

—No me molesta el humo —le dije a Leif.

—A mí sí —replicó él—. Mucho. Es mi habitación.

Después de abrir las ventanas, Olav, un vikingo enorme, se volvió hacia mí.

—Esta es Laura —dijo Leif—. Olav.

Nos dimos la mano y nos saludamos con un tímido «hola».

Leif siguió con la conversación en noruego, que aumentó en velocidad y volumen hasta adquirir un tono que la mayoría de la gente definiría como tenso. La cosa se alargó tanto que al final me senté en el sillón. Intenté interrumpirlos un par de veces para averiguar si discutían por mi culpa, pero Leif me hizo callar con un gesto de la mano.

—Espera —me dijo—. Por favor.

Al final las aguas regresaron a su cauce y ambos acordaron una especie de tregua.

—Ya hemos tomado una decisión —anunció Leif.

—¿Y cuál es?

—Vas a dormir en mi cama, y yo compartiré con Olav la suya.

Me negué. No entendía cómo iban a compartir una cama individual dos chicos de metro ochenta, uno de los cuales tenía la envergadura de un armario. Sin embargo, su resolución parecía irrevocable.

—Por favor —dijo Olav—. No quiero seguir hablando del tema. Hemos tomado una decisión.

—Puedo dormir en el sofá —les propuse en un último intento por hacerles cambiar de opinión.

—Dormirás en la cama de Leif —insistió Olav—. ¡Y ahora basta de discutir, por favor!

Mis intentos de ser agradable parecían enfurecerlo aún más, y por aquel entonces la gente furiosa me daba pánico, de modo que acabé cediendo ante lo inevitable.

—De acuerdo, gracias —dije—. Sois muy amables.

Decidieron que cada uno dormiría en un extremo de la cama, algo que los hizo estallar en carcajadas y alivió el ambiente tenso de la habitación.

—¿De qué os reís? —pregunté.

—No te lo puedo decir —dijo Leif, intentando contener la risa—. Es demasiado vulgar.

—Oh, venga, por favor —insistí—. No me importa.

—Leif dice que tengo los pies demasiado grandes y que le tocan la nariz —dijo Olav—. Yo le he dicho que no son mis pies, sino mi p...

—¡Olav! —exclamó Leif—. Por favor.

—No pasa nada, Olav. Ya lo he entendido —dije entre risas.

—Lo siento —se disculpó Leif—. Ahora ya sabes por qué no quiero traducir las palabras de mi amigo el poeta.

Olav dijo algo en voz baja con una cadencia rítmica muy bonita.

—¿Qué ha dicho? —pregunté.

—Es mejor que no lo sepas —insistió Leif.

Olav soltó una estruendosa carcajada.

—Eh, al menos rima —señaló.

—Sí, pero es mejor que no se lo traduzca.

—Confío en tu buen juicio —dije—. Buenas noches, chicos.

—Buenas noches, John Boy —dijo Leif.

Permanecí un buen rato en silencio, escuchando la respiración de los dos, y maravillada de que hubieran emitido *Los Walton* en Noruega. Cuando uno de ellos empezó a roncar, agucé el oído, atenta al posible regreso de Conor, y me pregunté si me devolvería el pasaporte por la mañana. Supuse que Olav siempre podía encontrar una forma de que atendiera a razones. Entonces pensé en la posibilidad de que el recepcionista le dijera que estaba con Leif, de que se presentara borracho como una cuba, y me desvelé. Iba a ser una noche muy larga.

CAPÍTULO 9

BECKY

A la mañana siguiente me levanté muy temprano. Habíamos pasado un día de relax en Oia, pero para mí lo más emocionante fue que mamá había acabado cediendo a mi deseo de ir en moto. Yo me moría de ganas de salir a la calle para alquilar una. Apenas eran las ocho cuando me levanté, pero mamá ya estaba en pie, sentada en nuestra pequeña terraza con vistas al mar.

—¿En qué piensas? —Mi pregunta la sobresaltó.

—Ah, pues... en nada en concreto. De hecho, no estaba pensando. Solo intento permanecer despierta.

—Hoy hace más fresco —dije.

Crucé la terraza y apoyé una mano en su hombro. Mi madre destilaba melancolía, un estado de ánimo muy habitual en ella cuando yo era pequeña, casi siempre sin un motivo claro.

Levantó el brazo y me dio una palmada en la mano.

—No, por la mañana a esta hora siempre hace la misma temperatura —me aseguró—. Pero dentro de poco empezará a subir.

Después de desayunar, fui a ver a Baruch para preguntarle por los ciclomotores.

Estaba en plena forma esa mañana y, al igual que mamá, me advirtió que tuviera cuidado con los conductores griegos. Me dijo qué playa era su preferida y me dio la tarjeta de una empresa llamada NICK'S BIKES.

—¿Es que en Grecia todo el mundo se llama Nick? —le pregunté. Hasta el momento había conocido a un campesino, dos taxistas y ahora el dueño de una empresa de alquiler de ciclomotores que se llamaban Nick.

—No todos, solo la mayoría.

Cogí la tarjeta, le di las gracias y me di la vuelta. Estaba satisfecha conmigo misma por haber conseguido mantener la calma en su presencia. Por fin había logrado clasificarlo en una caja con la etiqueta de «Cajero de supermercado supermono». Nada más y nada menos.

Sin embargo, cuando llegué al umbral de la puerta, me llamó.

—Ojalá pudiera acompañarte a la playa.

Me detuve y me volví. Examiné su expresión para decidir si hablaba en serio o si simplemente era incapaz de dejar de ser encantador.

Se encogió de hombros en un gesto adorable.

—Maldita tienda —dijo, señalando los pasillos de estantes.

—Ciérrala por una vez —le dije, como si fuera lo más natural del mundo—. ¡Ven!

Baruch sonrió.

—Mi tío me mataría —me aseguró.

—Pues vaya —respondí con una sonrisa y me di la vuelta de nuevo.

—Mañana —añadió.

¿Era una pregunta o una afirmación?

Me quedé paralizada y me volví otra vez.

—¿Mañana qué? —pregunté, atenazada por los nervios.

—Mañana acabo a las once.

Nos miramos a los ojos. No supe qué decir.

En ese momento llegó a la caja un inglés rojo como una gamba. En la cesta tenía un bote de crema con factor de protección siete. A juzgar por el aspecto de su cara, pensé que necesitaba como mínimo un factor cincuenta. El hombre miró a Baruch para intentar comprender por qué no le hacía caso, y entonces se fijó en mí.

Baruch despertó de su estado de ensoñación, algo avergonzado, y empezó a pasar por el lector los artículos de la cesta de aquel tipo.

—Que disfrutes de la playa —me dijo con voz monótona, sin mirarme—. Si quieres, mañana me cuentas cómo te ha ido.

Me despedí con la mano y salí.

—Vaya —dije en voz baja, ya en la calle—. ¡Qué pasada!



A Nick solo le quedaba un ciclomotor, un Honda C90 destartado con un carenado blanco cuyo principal objetivo debía de ser proteger las piernas de la lluvia. Al verlo me pregunté si en Santorini llovía alguna vez.

Di un par de vueltas por la calle polvorienta, pero tenía mis dudas. Las marchas iban un poco raras, porque el ciclomotor daba un tirón cuando cambiaba, y el freno trasero era un pedal que había que pisar con fuerza. Sin embargo, Nick insistió en que era una opción mucho mejor para dos que los ciclomotores aerodinámicos que había visto por toda la isla. Algo relacionado con el motor de cuatro tiempos, me dijo. Yo no tenía ni idea de lo que significaba, pero acabé cediendo cuando me ofreció un descuento del diez por ciento y, a pesar de que tenía la impresión de que me estaba timando, firmé todos los papeles y le pagué en efectivo.

Al final resultó que Nick tenía razón. En cuanto mamá y yo metimos las toallas de playa en la maleta, pudimos comprobar que la pequeña Honda podía transportarnos con gran comodidad por las irregulares carreteras de Santorini y en varias ocasiones adelantamos a otras parejas que iban en motos más modernas, pero ruidosas.

Nos perdimos un par de veces al salir de Oia ya que las señales no eran muy claras, pero al final tomamos la larga carretera que conducía a Fira.

—No vayas tan rápido —me dijo mamá casi de inmediato.

—¡No voy rápido! —grité.

—Vas a más de cincuenta. Es demasiado.

—¡Son kilómetros, mamá! Debemos de ir como a unas treinta millas por hora.

Habíamos elegido como destino la playa favorita de Baruch. Su principal atractivo era que se encontraba en el extremo opuesto de la isla. Además, mamá nunca la había visitado. La carretera pasaba por Fira, que estaba lleno a reventar de turistas (y donde tuvimos que parar por culpa de un atasco); luego por Megalochori, que decidimos visitar en el trayecto de vuelta. Poco después pasamos por Emporio y llegamos a la playa de Perivolos.

Atravesamos aldeas dejadas de la mano de Dios, en las que vimos varias cabras cruzando

la carretera. Parecía que el pastor les había atado dos patas para que no fueran más rápido de la cuenta, algo que me pareció tan cruel que estuve a punto de parar para desatárselas. Sin embargo, al final no me atreví. Intenté convencerme de que eran más felices cojeando de aquel modo en Santorini que encerradas en una granja industrial y mugrienta, como la mayoría de las vacas de Inglaterra.

En algunos tramos, cuando llegábamos a lo alto de una colina y la carretera iniciaba el descenso, pudimos disfrutar de unas vistas espectaculares: un cielo azul infinito sobre un mar cristalino salpicado con pequeñas islas que flotaban entre la neblina. Paramos tantas veces para hacernos selfis que tardamos dos horas en hacer el viaje, en lugar de los cuarenta y cinco minutos que nos había dicho Baruch. Pero nos lo pasamos en grande.

Cuando nos detuvimos en el aparcamiento de la playa de Perivolos, comprendí que el consejo de Baruch no podría haber sido más acertado, porque con aquella vasta extensión de arena suave y negra, las hileras de sombrillas y aquel mar turquesa cristalino, Perivolos se me presentó como la auténtica imagen del paraíso.

Nos quitamos los cascos y los guardamos en la maleta de la moto. A mamá le corrían las lágrimas por las mejillas.

—¡Ja! Parece como si hubieras llorado —le dije entre risas, mientras ella se las secaba con una mano.

—No digas tonterías, es por el viento.

Sin embargo, al oír su tono de voz me pregunté si eso era verdad.

Nos quitamos las zapatillas y echamos a andar por la orilla, hasta que llegamos a uno de los extremos. Era la zona donde las sombrillas estaban más separadas y el ambiente era más tranquilo. Después de elegir sitio (dos tumbonas al borde del agua), nos detuvimos.

—¿Cómo crees que funciona esto? —le pregunté a mamá—. ¿Se paga por adelantado? ¿Lo recuerdas?

—Creo que te tumbas y ya está; luego ya viene alguien a cobrarte.

Entonces apareció un chico joven corriendo hacia nosotras.

—Siéntense donde quieran —dijo al llegar—. Es gratis.

—¿Gratis? ¿No se paga nada? —pregunté con cierto recelo. Por algún motivo, siempre estaba a la defensiva por temor a que los griegos intentaran timarme, pero no sucedió ni una sola vez.

El chico asintió.

—Nunca está de más que pidan algo de beber, pero aunque no lo hagan, es gratis.



—Dios, este lugar me encanta —dije.

Acababa de volver de darme un baño y el agua salada aún me corría por la espalda. Era casi mediodía y hacía tanto sol que tenía la sensación de que el aire rielaba debido al calor.

Mamá levantó los ojos de la novela que estaba leyendo.

—Hace un día maravilloso, ¿verdad?

—Es fantástico —confirmé—. Es como en esas fotografías que ponen en los folletos de las agencias de viajes, de lugares que crees que, en realidad, no existen. Yo siempre sospecho que los han creado con Photoshop.

Mamá me guiñó un ojo.

—Me alegro de que te guste —me dijo.

—¿Recuerdas cuando fuimos a Bergen? —le pregunté. Por algún motivo, no había dejado de pensar en ese viaje mientras nadaba.

Mamá dejó la novela sobre su pecho y me miró desconcertada.

—Creía que no recordabas esas vacaciones —comentó—. Al menos eso me has dicho siempre.

—Bueno, no recuerdo gran cosa, solo que me obligaste a comer gambas. Pero es que me preguntaba el motivo.

—¿El motivo por el que te obligué a comer gambas?

—No, tonta. Me refiero a por qué elegiste Bergen. No debieron de ser unas vacaciones muy baratas.

—No. Me costaron un ojo de la cara.

—Pero podríamos haber ido a cualquier otro lado. Aquí, por ejemplo.

—Supongo.

—Entonces, ¿por qué elegiste Bergen?

Mamá se encogió de hombros.

—Me pareció que podía ser un cambio interesante.

—En comparación con todas esas escapadas a playas paradisíacas que nunca habíamos hecho, ¿no?

—Mira, siento que no te gustara...

—No me refería a eso —la interrumpí—. Perdona, no me he expresado bien. Lo que quería decir es... ¿cómo lo decidiste? ¿Te tapaste los ojos y señalaste un lugar en el mapa al azar? Porque nunca he conocido a nadie que haya estado en Bergen.

—De pequeña, en mi habitación tenía una foto de Bergen, ya que tanto te interesa. Es un lugar famoso por los fiordos. Y ya sabes lo mucho que me gustan.

—Pues la verdad es que no lo sabía. ¿Era una lugar bonito?

—Sí... —dijo mi madre sin demasiada convicción—. Pero llovió mucho, por desgracia. De hecho, llovió todos los días. Pero sí, fue muy bonito.

—¿Puede ser que me compraras un impermeable de plástico? —le pregunté.

De pronto, sin habérmelo propuesto, evoqué la sensación física del plástico y el sudor.

Mamá asintió.

—Y también uno de esos paraguas transparentes. Te encantaba. Lloraste a mares cuando nos dimos cuenta de que no cabía en la maleta y no podríamos traerlo a casa.

—Ojalá recordara algo más de esas vacaciones, es una pena.

—Bueno, como ya te he dicho, llovió a cántaros toda la semana, de modo que no me sorprende que no recuerdes gran cosa. Aparte de la habitación del hotel y de los paseos bajo la lluvia, no hay mucho que recordar.

—Entonces, ¿te arrepientes? —le pregunté—. Quiero decir, es la única vez que nos fuimos de vacaciones, ¿no? ¿No te arrepientes de no haber venido aquí en lugar de ir a Noruega?

—Intento no arrepentirme demasiado de las cosas —contestó mamá—. A menos que seas Dios y tengas el don de la omnisciencia, incluidos el pasado y el futuro, la vida consiste en gran parte en cerrar los ojos y señalar un lugar en el mapa. Hay que intentar no ser demasiado dura con una misma cuando las cosas no salen como esperabas.

Lancé un profundo suspiro.

—Sí, supongo que tienes razón. Me parece un consejo muy sabio.

—¿Les apetece comer algo? —El joven empleado había regresado y se encontraba detrás de nosotras—. ¿Les gustaría ver la carta?

Mamá se volvió en la tumbona y miró hacia el restaurante, donde ya había varias personas comiendo.

—¿Tenemos que ir hasta ahí? —preguntó—. ¿O podemos comer aquí?

—Pueden comer donde prefieran —nos aseguró el chico.

Mamá se volvió hacia mí.

—Eso sería una opción muy... ¿cómo podría decirlo? No me viene la palabra correcta a la mente.

—¿Extravagante? ¿Holgazana?

—Opulenta —dijo mi madre con un tono de regocijo—. Comer en la playa... Sí, me gusta la idea.

CAPÍTULO 10

LAURA

A la mañana siguiente me desperté hecha un guiñapo. A pesar de que en algún momento de la noche había logrado conciliar el sueño, dormí tan mal que seguía sintiéndome agotada. Me arrastré hasta el baño, donde un rápido vistazo en el espejo me permitió confirmar que esa sensación quedaba corroborada por mi aspecto físico.

Al volver a la habitación para coger el maquillaje y la ropa, me sorprendió comprobar que la cama de Olav se encontraba vacía. Había dado por sentado que los chicos aún estarían durmiendo.

Aunque tenía que ver a Conor para recuperar mis cosas, me aterraba la idea de coincidir con él, sobre todo a solas. Por eso, mientras subía las escaleras que conducían al edificio principal del hotel, me debatía entre el deseo de verlo y el de evitarlo. Sin embargo, al final resultó que no estaba en el restaurante. Sí que vi a Leif, en el otro extremo del comedor, por lo que avancé entre las mesas y me acerqué hasta él.

—¡Hola! —me saludó—. ¡Me has encontrado! Quería dejarte una nota, pero no encontré un bolígrafo a oscuras.

—No pasa nada —dije, mirando con inquietud a mi alrededor.

—No está aquí —me aseguró al ver lo nerviosa que estaba—. He preguntado en recepción y anoche no volvió.

Cogí un par de cruasanes y un yogur y regresé a la mesa. Un atento camarero me sirvió un café. Leif estaba dando buena cuenta de una tabla de quesos y salmón ahumado, lo que me pareció un desayuno algo raro, pero cuando se lo mencioné me aseguró que en Noruega era muy típico.

—¿Dónde está Olav? —le pregunté después de tomar un sorbo de café y comprobar que quemaba—. ¿Ya ha salido a triscar por la naturaleza?

Leif asintió.

—Hoy hacen la ruta de Perissa a Megalochori —me explicó—. Es bastante larga, pero muy bonita.

—Lo dices con un deje de tristeza. Estás un poco harto de tener que hacerme compañía, ¿no?

—No es eso, solo estoy cansado porque no he dormido muy bien.

—¿Olav ha roncado mucho? —le pregunté.

Asintió y se encogió de hombros al mismo tiempo.

—No paraba de darme patadas. En la cara.

—Lo siento mucho. No volverá a ocurrir. Esta noche tenemos que encontrar una solución. Pero podrías haber ido de excursión con ellos. No es necesario que te quedes todo el día conmigo.

—Hoy tenemos que recuperar el pasaporte —expuso Leif—. Así mañana podré ir de excursión.

—A lo mejor hasta te acompaño. Si no te has hartado de mí.

—No creo que eso sea posible —contestó él.

No sabía si no era posible que se hartara de mí o que yo fuera a caminar con ellos, pero me daba demasiada vergüenza preguntárselo.

Tras disfrutar de un desayuno relajado, volvimos a su terraza, donde nos sentamos a la sombra del parasol y nos pusimos a charlar. Esa mañana soplaba un viento algo molesto y hacía más frío que en los días anteriores. La sombrilla ondeaba agitada por el aire y estuvo a punto de salir volando en un par de ocasiones.

Leif me habló un poco de sí mismo. Me contó que estaba estudiando Ingeniería.

—Soy un poco friki —explicó—. Ya sabes, me van los ordenadores, la física y todo eso.

Me describió Bergen, la ciudad donde vivía en Noruega, y me aseguró que era preciosa.

Cuando ya no supimos de qué hablar, Leif fue a buscar un libro que tenía en la habitación y le pedí que me leyera en noruego. No pude reprimir la risa al oírlo.

—¿Tan gracioso te parece? —me preguntó.

—Lo siento, pero sí. Bastante. Hablas como el cocinero sueco de *Los Teleñecos*.

Me dijo que era un ensayo histórico sobre Grecia durante la Segunda Guerra Mundial.

—Lo pasaron muy mal —me aseguró.

—Creo que todo el mundo lo pasó muy mal.

—Sí, pero aquí, en estas islas, la situación fue especialmente dramática. Los griegos plantaron cara y los alemanes mataron a muchos.

Asentí con la cabeza mientras intentaba imaginarme estas preciosas islas en época de guerra, pero fue en vano.

Al final cogí mi novela y nos pasamos toda la mañana leyendo, uno junto al otro, hasta la hora de comer. De vez en cuando Leif me miraba; si yo hacía una pausa y le devolvía el gesto, cuando no estaba demasiado absorta, me contaba algo de su libro: por ejemplo, que Churchill prometió que defendería Grecia hasta que Roosevelt se lo impidió, o que los alemanes habían fusilado a varias personas como represalia por el aterrizaje británico en Santorini.

Yo intentaba imaginar todo lo que me contaba, sumida en un estado extraño y agradable al mismo tiempo, como si fuéramos un viejo matrimonio sentado junto a la chimenea en lugar de una pareja de semidesconocidos en una remota isla griega, antes de volver a sumergirme en la lectura de mi libro.

Conor no volvió en todo el día. Para cuando empezó a anochecer yo ya me estaba mordiendo las uñas, angustiada ante la posibilidad de no recuperar mi pasaporte. Leif se negó a valorar lo que ocurriría si no lo recuperaba antes de regresar a casa. No dejaba de insistir en que todo saldría bien.

—Tarde o temprano tendrá que volver al hotel —expuso—. Aunque solo sea para coger su pasaporte, pagar la habitación y llevarse la maleta.

Sin embargo, me aterraba la idea de no verlo, que una mañana el recepcionista me dijera que había vuelto y se había ido, y que se llevara mi pasaporte con él.

Leif me convenció de que no era muy buena idea seguir cargando nuestras visitas al restaurante en la cuenta de Conor, y comprendí que tenía razón a pesar de lo furiosa que estaba. No tenía ningún sentido provocarlo cuando necesitaba algo esencial de él.

De modo que después de mucho insistir (porque me avergonzaba que él tuviera que gastar su dinero), comimos y cenamos de pícnic en la terraza de Leif. Y una vez más, aquel gesto tan

cotidiano de ir juntos a la tienda, lavar la lechuga y cortar los tomates... despertó en mí una extraña sensación de complicidad. Empezaba a tener la sensación de que lo conocía de toda la vida.

Cuando Olav volvió a las once y se dejó caer en la cama sin decir ni una palabra (ni pasar por la ducha), insistí en que iba a dormir en el sofá, con una manta. Y tras un breve tira y afloja, Leif acabó dando su brazo a torcer.

A la mañana siguiente me sentía muy mal. La cabeza me daba vueltas cuando me levantaba, me sentaba o me inclinaba hacia delante, y tenía unas ojeras que no podía disimular ni con el maquillaje.

—¿Dónde está ese tal Mike? —preguntó Olav mientras desayunábamos.

—En Fira —le expliqué—. Sé dónde bebe, pero no dónde se aloja.

Olav asintió.

—¿Crees que Conor aún está con él? —le pregunté.

El grandullón se encogió de hombros y arrugó la nariz.

—Quizá sepa dónde podemos encontrarlo —dijo—. Porque de momento no parece que nos haya servido de gran cosa esperarlo aquí. —Parecía contrariado y supuse que se sentía frustrado porque Leif lo había abandonado para cuidar de mí. De repente pensé en la posibilidad de que Leif y Olav fueran gais. A lo mejor eran pareja. Pero entonces, ¿por qué habían dormido del revés? ¿Lo habían hecho por mí? No tenía sentido, ¿no?

—¿Dónde vives? —le pregunté a Olav para intentar confirmar mi teoría.

—¿Cómo dices? —respondió, confundido por el giro inesperado que había tomado nuestra conversación.

—Me estaba preguntando dónde vives —le dije.

—¡En Bergen con Leif! —me dijo, como si fuera una obviedad.

—Vale, lo siento.



Después de despedirnos de Olav, que iba a hacer la ruta de Emporio a Kamari, Leif dijo:

—Esperaremos hasta la hora de comer y luego probaremos suerte en Fira, ¿de acuerdo?

Asentí. Tenía billete de vuelta para al cabo de cuatro días y empezaba a estar tan nerviosa que cada vez era más egoísta. No intenté convencer a Leif de que fuera a hacer senderismo. Ni siquiera intenté fingir que no necesitaba su ayuda.

Salimos del hotel a la una y media. Estaba claro que Conor no iba a volver a comer y pensé que quizá podíamos encontrarlo en la taberna si nos dábamos un poco de prisa. Así pues, monté de nuevo en el pequeño ciclomotor de Leif y salimos disparados hacia la cima de la colina. Las ráfagas de viento bandeaban el ciclomotor de un lado a otro y creo que debí de soltar más de un grito.

La taberna de Fira estaba llena hasta los topes, pero no había ni rastro de Mike o de Conor.

Entré a ver si encontraba al camarero que nos había atendido la última vez, pero tampoco estaba. Intenté preguntarle al anciano de la caja si se acordaba de Conor o de mí, pero me miró con aire impasible. Ni siquiera supe si me había entendido.

Mientras volvíamos al ciclomotor, Leif me preguntó qué quería hacer. En ese instante reparé en un hombre y, cuando pasó a mi lado, me volví para mirarlo y vi que él hacía lo mismo.

—¿No nos...? —dije, pero decidí alzar la voz y me acerqué hasta él—. ¡Perdone! ¿No nos conocemos?

—¿Sí?

—¿No lo vi aquí hace un par de noches? —le pregunté cuando se detuvo—. ¿No estaba con Mike?

—Humm —murmuró el hombre, moviendo la cabeza de un lado al otro, con un gesto extraño—. No, con Mike no.

—Pero usted es Paolo, ¿no?

—Pablo —me corrigió.

—Lo siento. ¿Sabe dónde está Mike? ¿O Conor? Estamos buscándolos, pero no los hemos visto. —Señalé hacia el restaurante.

Pablo enarcó una ceja.

—No me sorprende, les han prohibido la entrada en el local.

—¿No pueden entrar en el restaurante?

Pablo negó con la cabeza.

—Una pelea —dijo—. Mike agredió a un hombre con una silla y Conor le partió la nariz a otro.

—Dios. ¿Cuándo? ¿Cuándo ocurrió?

—Anoche. Bueno, en realidad ha sido en la madrugada de hoy.

Leif nos alcanzó y cuando Pablo le lanzó una mirada socarrona, él le tendió la mano.

—Me llamo Leif —le dijo.

—Es Pablo —le expliqué—. Estuvo con Conor y conmigo la otra noche.

—¿Sabes dónde se aloja Mike? —preguntó Leif.

Pablo negó con la cabeza en un gesto apenas perceptible.

—Está en un apartamento por ahí —dijo, señalando con un gesto vago en la dirección que habían tomado las mujeres la otra noche, cuando se fueron a dormir—. Es lo único que sé. No es amigo mío.

—No —le dije—, tampoco mío. ¿Ha visto a alguien de aquel grupo? ¿A Sheila, quizá? ¿A su mujer?

Pablo volvió a negar con la cabeza.

—Se han ido —dijo—. A Miconos, creo.

—Pero ¿Conor y Mike siguen aquí?

Pablo se encogió de hombros.

—Anoche estaban aquí.

Lancé un profundo suspiro.

—¿Había alguien más? —preguntó Leif—. ¿Alguien a quien podamos preguntar?

Pablo carraspeó y empezó a moverse incómodo, cargando el peso del cuerpo en un pie y luego en el otro.

—Creo que no.

—¿Solo lo cree?

—Por favor —intervino Leif. Al igual que yo, se había dado cuenta de que Pablo nos ocultaba algo.

—Dos... mujeres —respondió al final—. Dos... chicas.

—¿Dos chicas?

—Lo siento —dijo Pablo.

—¿Sabes cómo se llaman? —le pregunté—. ¿Dónde viven? Cualquier información nos vale.

—¿Candy? —dijo Pablo como si fuera una pregunta—. Candy era la rubia. La otra... era

Althea o Anthea o algo por el estilo.

Asentí lentamente, asimilando la información.

—Lo siento pero creo que son... *putas*... —dijo esta palabra en español, sin levantar la mirada de los pies.

—¿Eran prostitutas? —repetí.

—Sí, es posible —respondió Pablo—. Sí, lo siento, pero sí. Creo que sí.



Después de despedirnos de Pablo, tomamos la calle principal, que cruzaba Fira de un extremo a otro. Era un pueblo bonito, aunque bastante turístico, con muchos rincones interesantes. Sin embargo, aunque caminamos una media hora bien buena, no recuerdo gran cosa. Estaba demasiado ocupada buscando la cara de Conor entre la multitud.

Cuando volvimos al ciclomotor de Leif, le propuse ir a comer algo a la taberna con la esperanza de encontrar a Conor, pero Leif me dijo que no era la mejor opción, porque si Conor había tenido una pelea en ese local la noche anterior, era el último sitio donde se dejaría ver.

—Debe de estar escondido en algún lugar con Candy —dije con amargura.

Leif esbozó una mueca, pero no hizo ningún comentario al respecto; se limitó a decir que su grupo de senderismo había quedado para comer en Exo Gonia y me propuso que fuéramos con ellos.

Estaba a punto de rechazar la invitación, porque no me apetecía socializar con nadie, pero entonces me di cuenta de que Leif tenía ganas de ver a sus amigos. Yo había echado a perder la mitad de sus excursiones y lo había aislado de su grupo, de modo que me pareció que lo mínimo que podía hacer por él era ir a comer con sus amigos.

El trayecto en moto por las ondulantes colinas de Santorini, el roce del viento en la cara y las increíbles vistas, además de la agradable sensación de agarrarme a Leif en las curvas, me permitió despejar un poco la cabeza y me sentí algo mejor.

El pueblo, en la cima de unas colinas, tenía unas vistas maravillosas de unos valles verdes y, a lo lejos, del mar y el cielo azules. A un lado se encontraba Pyrgos, el pueblo más alto de la isla.

Mientras guardábamos los cascos en la maleta, Leif señaló Pyrgos y preguntó:

—¿Te apetecería dar un paseo después de comer?

—¿Hasta ahí arriba? —pregunté con incredulidad.

—Sí —confirmó Leif—. Seguro que hay unas vistas impresionantes.

—Ah, claro —respondí entre risas, convencida de que era una broma—. Es lo que más me apetece.

Caminamos por las preciosas callejuelas de Exo Gonia durante unos veinte minutos. Era un pueblo mucho más tranquilo y el que menos se había visto afectado por el turismo de todos los que había visitado hasta el momento. Aunque el lugar era pequeño, no logramos encontrar al grupo de senderistas de Leif, por lo que al final decidimos comer en una taberna.

Leif pidió una especie de estofado de cordero y yo una ensalada de granada. Lo recuerdo perfectamente, porque era la primera vez que probaba esa fruta y me molestaron un poco las pepitas. De postre compartimos algo delicioso y dulce que parecía una baklavá rellena de queso, acompañada de más pepitas por culpa de la mermelada de granada. Cuando acabamos, tomé la decisión de que había tragado suficientes pepitas para el resto de mi vida.

Después de comer, fuimos a buscar el ciclomotor. Leif dirigió la mirada hacia las colinas

para ver si localizaba a sus amigos, y me sentí culpable de que no los hubiéramos encontrado. Sin embargo, cuando llegamos al ciclomotor Leif no se detuvo y siguió andando.

—¡Leif, la moto está ahí! —le advertí.

—¿Qué? —dijo, ausente—. Ah, ya lo sé, pero ¿no íbamos a subir a lo alto de la colina?

—Ah —murmuré al darme cuenta de que no bromeaba—. Pero ¿no hace demasiado calor para una excursión como esta?

Aunque soplaba una brisa agradable, debíamos de estar a casi treinta grados.

—No —dijo Leif, que aceleró el paso—, ningún problema.

Y como se había dejado la piel por mí en los últimos días y, además, no habíamos encontrado a sus amigos a la hora de comer, no dije nada.

Los primeros quince minutos fueron un auténtico suplicio. Algo insoportable. En ciertos sentidos aún me comportaba como una niña, y uno de ellos era que aún no me había dado cuenta de que cualquier tipo de ejercicio podía ser agradable. Si de pequeña no te encanta hacer deporte, es algo que cuesta asimilar. Y yo siempre había creído que el único motivo para ir andando a algún lado era si no había autobús.

Sin embargo, ese día, mientras caminaba con Leif, pasamos junto a granjas y rebaños de cabras, junto a unos niños que jugaban en un jardín y una mujer que regaba las plantas, y enfilamos una carretera que a medida que subía nos ofrecía unas vistas más hermosas... Ese día empecé a comprender el sentido de todo aquello. Porque sí, estaba sudada, y sí, nunca habría decidido subir hasta ahí arriba con el sol que hacía. Pero también ocurrió algo curioso, porque a pesar de que no dejaba de pensar en Conor y en mi pasaporte, de repente se me despejó la cabeza y regresé al presente. Empecé a disfrutar, aunque solo fuera temporalmente, de que estaba en lo alto de una isla griega maravillosa, acompañada de un chico tan agradable y deportista como Leif.



Pyrgos era un pueblo encantador, un laberinto de calles medievales que ofrecían unas vistas espectaculares de todo Santorini.

Había una iglesia preciosa con cúpula, que pudimos visitar sin levantar la voz, y en el punto más elevado se encontraban las ruinas de un castillo que, según me dijo Leif, databa del siglo XV. Paramos a descansar en un café, tomamos dos colas y seguimos caminando para llegar hasta arriba.

Luego recorrimos las murallas, deteniéndonos de vez en cuando para tomar fotos de cada uno de los lugares con mejores vistas, siempre con la cámara de Leif. Cuando me preguntó si quería volver, me di cuenta de que, por extraño que pareciera, no me apetecía.

—Pero tu pasaporte... Tenemos que recuperarlo, ¿no?

Lancé un suspiro. No me parecía el día más apropiado para enfrentarme a ese monstruo, aunque no sabía exactamente por qué. Quizá me había hartado de intentar recuperar el documento, o quizá tenía un presentimiento de lo que iba a ocurrir. Quizá se debía únicamente a lo mucho que había disfrutado pensando en algo distinto para variar.

—Es fácil —me dijo Leif, que confundió mis recelos con holgazanería—, ahora es todo cuesta abajo.

—Hay tanta calma aquí que no podría irme...

Ambos nos quedamos quietos, observando una lejana isla que flotaba en el horizonte, rodeada por un mar azul cristalino. Encima de nosotros, una bandera griega ondeaba al viento.

—Pues quedémonos un poco más —propuso Leif, que se sentó, apoyando la espalda en la

muralla del castillo.

—Contigo todo resulta muy fácil... —comenté, observando su rostro sonriente.

Me miró con un gesto de desconcierto.

—Les das demasiadas vueltas a las cosas. Si te apetece quedarte un poco más, nos quedamos un poco más, ¿no?

No pude contener la risa.

—Tienes razón —convine—. A veces pienso demasiado.

Y me senté en la hierba, a su lado.

Al cabo de unos minutos me vino todo el cansancio de golpe. Apenas había dormido en las dos últimas noches, de modo que decidí tumbarme en la hierba y Leif no tardó en hacer lo mismo.

—Toma —dijo, ofreciéndome su mochila—. Úsala de cojín.

—No, quédatela tú.

—No, tú.

—Por favor —insistí, por lo que acabó cediendo y se la puso bajo la cabeza.

—Si quieres, puedes utilizarme a mí de cojín —sugirió.

—No, gracias, estoy bien.

Sin embargo, tardé menos de un minuto en dejar a un lado mi vergüenza. Porque no, no estaba bien. El suelo era duro y había muchas piedras.

—¿Seguro que no te importa? —le pregunté, mirándolo.

—En absoluto —me aseguró—. Creo que voy a quedarme dormido.

—Yo también. Estoy agotada.

Cerré los ojos y escuché el sonido de la bandera que ondeaba al viento sobre nosotros y el trino de un pájaro y el murmullo del viento hasta que, al final, relajada por la respiración acompañada de Leif, me sumí en un sueño profundo.

Me desperté sobresaltada. El sol se había desplazado tanto que ya no estábamos a la sombra, sino bajo la cálida caricia de los rayos del atardecer.

—¿Estás despierto? —pregunté en voz baja.

—Sí —respondió Leif, y su voz resonó en su pecho y en mi nuca.

Me incorporé.

—Creo que mientras dormía me he dado cuenta de algo.

—¿Mientras dormías? —repitió con una brizna de hierba entre los labios, que oscilaba al hablar. Se puso de lado y me miró desconcertado.

—¿Hoy es día uno o dos? —pregunté.

—Es dos de septiembre. ¿Por qué?

—¿Estás seguro?

—Sí, es dos de septiembre. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Me reí.

—Pues es mi cumpleaños. Y se me había olvidado. ¿No te parece increíble?

—¿Es tu cumpleaños? —repitió.

Asentí.

—Hoy cumplo veintiséis.

—Vaya, pues entonces me has atrapado.

—¿También tienes veintiséis?

Leif asintió.

—Pero dentro de poco cumpliré veintisiete.

—Tenía ganas de celebrarlo aquí en Santorini —añadí con un deje pensativo—. Pero no

creo que Conor se acuerde de que es mi cumpleaños. Debe de estar muy ocupado con Candy.

—Bueno, pues tenemos que celebrarlo de algún modo —declaró Leif, que se incorporó.

—No, no es necesario —dije con una sonrisa—. Pero, por algún motivo, creo que preferiría dejar lo de Conor para mañana.

—Bien hecho. Además, no creo que se deje ver. Así, hoy podemos hacer algo especial. Tengo una idea, si me das permiso.

—Permiso concedido siempre que no implique a Conor —contesté.

—Claro que no. —Leif se puso en pie—. Ya verás como no. —Me ayudó a levantarme—. Venga, te encantará. Vámonos.

Si el camino de ida había supuesto un desafío, el de vuelta fue una auténtica gozada.

Apenas tuve que esforzarme, claro, pero había algo más que había cambiado, algo que no acertaba a definir. Quizá era el hecho de que ambos habíamos dormido, o tal vez se debía a que había tomado la decisión de no ver a Conor. Fuera lo que fuese, me sentía muy animada y experimenté un momento de júbilo poco habitual en mí. Simplemente, era feliz.

Leif, que también parecía haberlo percibido, me cantó el «Cumpleaños feliz», primero en inglés y después en noruego.

—¿Tú no haces esto? —preguntó luego, imitando de nuevo *El grito*.

—No tienes una voz tan horrible —dije entre risas, a pesar de que cantaba fatal.

Y entonces, imagino que al ver que aún no me sangraban los oídos, intentó no solo cantar el «Girls and Boys» de Blur, sino hacerlo con acento de Essex.

Tuve que corregirlo un par de veces, así que volvió a intentarlo.

Cuando le pareció que ya dominaba el acento de Damon Albarn, volvimos a cantarla juntos. Pasamos junto a una mujer que estaba tendiendo la colada y, cuando nos miró como si estuviéramos para encerrarnos en un manicomio, rompimos a cantar aún más fuerte.

Recuerdo que miraba a Leif mientras caminábamos, que me reía y cantaba, y por primera vez me fijé en lo guapo que era. No tenía ese atractivo de macho descarado de Conor. No llamaba la atención de los demás, y quizá por ello no me había fijado en él hasta entonces. Sin embargo, era muy agradable e íntegro, algo que destacaba aún más a medida que lo iba conociendo. Pero ahí, a pesar de lo mal que cantaba y entre las risas del momento, me pareció que tenía ante mí a un chico muy guapo.

Teníamos que pasar por el hotel a recoger la ropa de baño. Era la primera pista de la sorpresa de Leif. Cogió una linterna, una de esas pequeñas que se sujetan en la frente.

—Por si volvemos tarde —me explicó.

Sin embargo, a medida que nos aproximábamos al hotel, la posible proximidad de Conor y de mi pasaporte se convirtieron en una tentación demasiado grande, de modo que Leif volvió a asumir el papel de guardaespaldas, nos armamos de valor y llamamos de nuevo a la puerta de Conor. Y, una vez más, no obtuvimos respuesta alguna, por lo que decidí entrar. No solo no había ni rastro de mi bolsa, sino que no vi ninguna señal de que Conor hubiera pasado por el hotel. La habitación se encontraba en el mismo estado en el que la había dejado.

Así pues, metimos las toallas en la maleta de la moto de Leif y la arrancó.

—¿Adónde vamos? —le pregunté mientras me ponía el casco.

—Ya lo verás —respondió, guiñándome un ojo—. ¡Súbete!

CAPÍTULO 11

BECKY

Esa noche no dormí muy bien. Estaba demasiado emocionada por la cita que iba a tener con Baruch al día siguiente.

Cuando llegamos a la habitación, el supermercado ya estaba cerrado. Eso me provocó un pequeño ataque de pánico sobre si la cita seguía en pie, porque en el caso de que, por algún motivo, Baruch no se presentara en la tienda, no tenía forma de contactar con él.

Mamá, que, como siempre, había detectado mi cambio de humor, me preguntó varias veces si estaba bien. Sentí la tentación de contárselo todo, pero como tenía miedo de quedar en ridículo si al final la cosa fallaba, preferí no decirle nada.

A la mañana siguiente me desperté a las ocho. Mamá, como venía siendo habitual, ya estaba sentada fuera, bebiendo un té.

—Has madrugado —me dijo.

—Lo sé, es que me muero de hambre. Me acerco un momento al supermercado. ¿Quieres algo?

Mamá negó con la cabeza.

—Tenemos pan y mermelada, y ese muesli que compraste.

Estaba pensando en qué otra cosa podía comprar para desayunar y que me sirviera de excusa ante mamá, cuando le sonó el teléfono. Lo cogió de la mesa y miró la pantalla antes de volver a dejarlo.

—¿Quién es? —le pregunté. Yo acababa de recordar que ella había llamado a Baruch el día que llegamos, que tenía su número y, por lo tanto, él también tenía el nuestro.

Mamá se encogió de hombros.

—Un número extranjero desconocido.

—¿Griego? —pregunté.

—No lo sé.

Me abalancé sobre el teléfono y contesté.

—¿Diga?

—¿Becky? —Era la voz de Baruch.

—Sí —respondí, intentando aparentar calma.

—¿Aún te apetece que vayamos juntos a algún sitio?

—Ajá —respondí, y levanté un dedo para pedirle a mamá que tuviera paciencia. Saltaba a la vista que estaba a punto de preguntarme con quién hablaba.

—Pues quedamos en el supermercado —dijo Baruch—. ¿Te va bien a las once?

—Vale. Genial. ¿Vamos...?

Pero ya había colgado.

—¿Quién diablos era? —me preguntó mamá en cuanto le devolví el teléfono.

—Ese —le dije con aire teatral— era el adorable Baruch, que me ha invitado a ir a la playa con él y unos amigos. ¿Te importa?

Mamá puso los ojos en blanco y lanzó un suspiro.

—¿Pasaría algo si me importara? —me preguntó.

—Oh, venga, mamá. Solo esta tarde. Me apetece pasar un rato con gente de mi edad. Así tendré la oportunidad de conocer a griegos de verdad. No te pasará nada si te dejo una tarde sola, ¿no?

—No —dijo con resignación—. No, puedes ir tranquila.

—Gracias.

—Pero una cosa.

—¿Sí?

—Tienes suerte de haber respondido tú.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Le habrías dicho que no?

—No. Le habría dicho que sí... que sí iba yo.

Me reí.

—Se habría llevado una buena sorpresa al darse cuenta de que había quedado con una vieja...

—¿Eh, un respeto! —exclamó entre risas—. Así que tienes una cita, ¿no?

—Ni hablar. Solo vamos a la playa y ya está. Una cita en la playa, si quieres.

—Bueno, pero ten cuidado. No hagas nada que yo no haría. Y no dejes que beba si tiene que conducir.

—No —le prometí—, claro que no.



Eran las once menos cinco cuando salí a la calle y Baruch ya estaba hablando con su sustituta en el supermercado. Era una mujer guapa, de unos cincuenta años, con una melena cuyas raíces oscuras pedían a gritos una sesión de tinte. Me miró de arriba abajo y se despidió con un curioso gesto, como si estuviera haciendo un esfuerzo para contener una sonrisa.

Cuando cruzamos la carretera, le pregunté a Baruch quién era. Supuse que sería un miembro más de su extensa familia.

—Cora —dijo—, la encargada de sustituirme cuando tengo el día libre.

Baruch tenía una Yamaha de trial vieja, pero potente. Se montó y me lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Y el casco? —le pregunté.

Por algún extraño motivo, mis palabras le provocaron una sonrisa.

—¿De verdad? —me dijo al darse cuenta de que se lo preguntaba en serio.

—Mi madre me matará si me ve yendo en moto sin casco —le dije a modo de excusa.

Al parecer, mis ansias de seguir con vida me convertían en una llorica.

Baruch se encogió de hombros y bajó de la moto para que pudiera sacar un casco de la maleta. Era viejo, tipo jet, dos tallas más grande de lo que necesitaba, y me pregunté si no sería mejor que volviera a bajar a nuestro apartamento, a coger las llaves del ciclomotor para poder usar el mío. Dudaba que el que me ofrecía Baruch me sirviera de protección contra algo que no fuera la ira de mi madre.

—Me va un poco grande —le dije, mostrándole cómo se movía de un lado al otro.

Pero Baruch ya estaba sentado de nuevo en la moto y la había arrancado, de modo que me monté y cuando nos pusimos en marcha, me caí hacia atrás, me di un golpe en la espalda con la maleta y levanté las piernas, en un gesto de lo más cómico.

—¡Caray! —exclamé cuando frenó y me lanzó una mirada dubitativa.

—Tienes que agarrarte —me indicó, y me cogió una mano para que le rodeara la cintura.

Tomó la misma ruta que habíamos seguido el día anterior, pero diez veces más rápido que yo. Fue todo muy emocionante. Enseguida sospeché que quería llevarme a la misma playa, algo que no me sorprendió ya que fue él mismo quien me habló de ella. Aun así, me daba igual.

Ir de paquete era fantástico. Podía disfrutar del paisaje, notaba la vibración del motor y, al ir más alta, las vistas eran fantásticas.

Cuando llegamos a Perivolos, Baruch me llevó al chiringuito de playa más elegante que había visto jamás. Era el polo opuesto del que yo y mi madre habíamos elegido el día anterior, pero fue muy divertido.

El lugar era fantástico: había unas camas enormes que parecían hechas para gigantes, con un dosel que protegía de los rayos del sol, todo ello acompañado de la música chill out que emitía un moderno y lujoso equipo de sonido.

Unos amigos de Baruch nos vieron llegar y nos saludaron con la mano. Nos acercamos hasta el lugar donde se encontraban y nos acomodamos entre unos cojines enormes. Quedé gratamente impresionada por la precisión de la mentira que le había contado a mamá, ya que resultó que estábamos haciendo justo lo que le había dicho.

Los amigos de Baruch, dos chicas muy guapas que se llamaban Iona y Agatha, y un chico regordete llamado Damon, me acogieron con los brazos abiertos. Nadie me preguntó qué hacía ahí o dónde había conocido a Baruch. Supongo que como Santorini era un lugar tan turístico estaban acostumbrados a la aparición de espontáneas como yo.

Damon sacó un porro, gesto que me sorprendió un poco, ya que ni siquiera parecía tener la edad suficiente para comprar cigarrillos, y los cinco pedimos algo de beber al camarero, que iba con el pecho desnudo. Fui la única que pidió una bebida con alcohol, lo cual me resultó algo extraño, y cuando le pregunté a Baruch por qué ellos habían pedido solo café helado, me dijo que no podían permitirse nada más.

—Cobramos un sueldo típico de Grecia —dijo, y señaló mi piña colada con la cabeza—. Eso cuesta lo mismo que gano yo.

No sabía si se refería a su sueldo por hora, al día o a la semana, pero presa de un gran sentimiento de culpa por mi gesto tan extravagante, me prometí que los invitaría a una ronda antes de irme.

Disfruté de un día delicioso. Fumamos, bebimos, charlamos (todos hablaban un inglés perfecto) y comimos lo que Baruch había traído del supermercado: bolsas de patatas fritas y sándwiches caducados porque, de nuevo, la comida que servían allí era demasiado cara.

Cuando el calor apretaba demasiado, nos dábamos un baño. Y fue tras uno de estos chapuzones cuando Baruch y yo acabamos sentados juntos, en la orilla.

—¿Te gusta Santorini? —me preguntó mientras hundía los dedos en la arena negra, cogía un puñado y la dejaba caer lentamente sobre sus bellísimos pies. Al verlo en bañador, pude comprobar que no había nada en él que pudiera decepcionarme en ningún sentido.

—Y que lo digas. Es un lugar precioso. Tienes mucha suerte de poder vivir aquí.

Baruch se rio.

—Vivo en Atenas —puntualizó—. Solo vengo aquí en verano para trabajar con mi tío.

—Ah. Pues tienes mucha suerte de vivir aquí en verano. ¿A qué te dedicas en Atenas?

Se encogió de hombros.

—A lo que salga —respondió—. En estos momentos la cosa está un poco difícil. He trabajado de repartidor, de mensajero, de taxista... El año pasado me gradué en Filosofía, pero digamos que no abundan las ofertas de trabajo para filósofos.

Asentí.

—Vaya —dije—. Debe de haber sido duro.

Baruch se encogió de hombros.

—Me lo tomo con filosofía —me dijo, y no pude contener la risa.

—¡Muy bueno! ¿Crees que la situación mejorará a corto plazo? Ahora que el rescate ya se ha acabado...

—Vete a saber...

Guardamos silencio un rato y me pregunté si no se habría ofendido por algo de lo que yo había dicho. Pero entonces me preguntó:

—¿Es la primera vez que vienes a la isla?

—Sí. Bueno, más o menos.

—¿Más o menos?

—Me concibieron en Oia —le dije, enarcando una ceja, en plan indirecta—. Hace veinticuatro años, mi madre tuvo una aventura de verano aquí y se quedó embarazada. De modo que podría decirse que he estado aquí. Pero aún no había nacido.

Creo que era mi forma de introducir sibilinamente el concepto de la aventura de verano porque, hasta el momento, el día no había ido más allá de lo platónico.

—¡Vaya! —exclamó Baruch—. ¿Y tu padre?

—No lo sé. Quizá fue alguien de aquí. No conozco todos los detalles.

Baruch se rio.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Mi tío podría ser tu padre. Era... ya sabes... ¿Cómo se dice? Que le gustaban mucho las chicas.

—¿Un donjuán?

Baruch se rio de nuevo.

—Sí, sí, era todo un donjuán.

—Pues no —le dije—. Por desgracia no. Murió. No sé quién fue mi padre, pero murió poco después de conocer a mi madre. Creo que tuvo una especie de accidente de coche cuando aún estaban en Santorini. Así que no somos familia.

Quería descartar esa opción de inmediato para que no pensara que cabía la posibilidad de que fuéramos primos.

—Vaya, qué historia tan triste.

Me encogí de hombros.

—Me lo tomo con filosofía.

Me rodeó los hombros con un brazo y como me sentí tan bien, y además era la primera vez que me tocaba ese día, me mordí el labio inferior y moví la cabeza con gesto apesadumbrado. Me sentí un poco mal por sacar provecho de ese tema, pero tampoco es que el hecho de ser huérfana de padre ofrezca muchas ventajas. De modo que si podía robarle un abrazo a Baruch gracias a ello, ¿por qué no aprovecharlo?

Mi gran actuación logró el efecto deseado, porque me atrajo hacia sí para que apoyara la cabeza en su hombro. En ese momento empezó a acariciarme el brazo y lanzó un suspiro.

—¿Sabes...? —dijo.

—¿Sí?

Carraspeó.

—Creo que...

Pero dejó la frase a medias porque en ese preciso instante nos cayó un cubo de agua encima. Baruch se levantó de inmediato y echó a correr para atrapar al culpable, Damon, que se reía como una hiena.

—Maldito seas, Damon —murmuré.



Cuando nos fuimos de la playa a las cinco, apenas había tenido la posibilidad de poner en práctica mi Plan Morreo. Debido a la presencia constante de los amigos de Baruch, no habían surgido demasiadas oportunidades de propiciar que ocurriera algo. Pero al menos estaba segura de que quería intentarlo. Él se había mostrado cariñoso y atento todo el día, y lo encontraba aún más guapo que cuando nos conocimos, algo muy poco habitual en mí. Normalmente, los más guapos se van afeando cuanto más los conoces.

Baruch me había dicho que tenía que volver pronto a casa para llevar a su abuela al médico. Y aunque era algo que no hacía sino confirmar que su vida se regía por unos principios cabales, fue un palo tener que regresar al supermercado a las seis de la tarde.

—¿Cuándo volverás a tener un día libre? —le pregunté, después de devolverle el casco.

—Dentro de una semana. Me temo que solo libro un día a la semana.

—Pero por entonces ya me habré ido —me lamenté, como si fuera una niña pequeña y malcriada.

Baruch se encogió de hombros.

—Así es la vida, ¿no? —dijo.

Lo miré a los ojos. Hice un gran esfuerzo para transmitirle telepáticamente las esperanzas que había depositado en nuestra relación. Y al parecer surtió efecto, porque me dijo:

—Podría ir a verte más tarde. ¿Te parece bien a las diez?

—Estará mi madre —le recordé.

—Claro.

—¿Y en tu casa?

—En Santorini vivo en casa de mi tío. En Atenas tengo mi piso, pero aquí me toca estar con mi tío, su mujer y sus hijos.

—Qué bien.

—Mañana podría salir un poco antes. ¿Te apetecería ir a tomar un helado?

—¿Un helado?

—Sí, ¿qué pasa? ¿No te gusta el helado?

—Claro, me encanta.

—¿A las ocho? —preguntó.

—Sí. Bueno, ¿podría ser a las nueve? Así ceno con mi madre. No quiero que se sienta abandonada.

—Perfecto, a las nueve pues. ¿Quedamos aquí? —Se inclinó hacia delante para besarme. Fue solo un pico en los labios, pero su sonrisa me prometió mucho más—. Muy bien —dijo, y miró su reloj—. Ahora tengo que irme o mi abuela perderá la cita. Tenemos que estar en Fira a las seis y media.

—No irás a llevarla en eso, ¿no? —pregunté, señalando la moto con la cabeza.

—Claro —respondió él con toda naturalidad—. ¿Por qué no?

Mientras bajaba las escaleras que conducían a nuestra habitación, me planteé por primera vez qué estaba haciendo. Porque estaba claro que lo mío con Baruch no tenía ningún futuro, dado que yo tenía que volver a Margate y él a Atenas. ¿Era una fresca por querer una aventura de verano? ¿O era una chica liberada? ¿O era tonta? ¿Estaba siguiendo una especie de predisposición genética: la misma que había llevado a mi concepción? ¿O quizá solo intentaba comprender qué había ocurrido y estaba utilizando la idea de un idilio de verano con Baruch para averiguar cuál era el proceso que había seguido mi madre? ¿O acaso era algo más sencillo? ¿Era solo que Baruch era un chico guapísimo y estaba para comérselo?

Porque una cosa estaba clara: la intensidad de lo que yo había sentido por él no había disminuido lo más mínimo. Es más, cuando estaba con él, mis piernas se transformaban en gelatina.

Al llegar a nuestro apartamento, vi que estaba cerrado con llave. Abrí la puerta con la mía y encontré una nota de mamá en la que me decía que había bajado las Escaleras del Horror para darse un baño y que fuera a hacerle compañía si volvía temprano a casa. De modo que cogí de nuevo la bolsa con el bañador y salí de casa.

CAPÍTULO 12

LAURA

Nos encontrábamos en el lado oeste de la isla, recorriendo cabos escarpados, y más adelante tomamos una ruta en dirección sur. Me moría de ganas de averiguar qué planes tenía Leif para mi cumpleaños. Cuando llegamos a una señal destartalada que indicaba el camino hasta un bar restaurante, tomó el desvío, un camino de grava, hasta que llegamos a un aparcamiento. Le puso la cadena al ciclomotor y tomamos unas escaleras que bajaban hacia el mar.

El bar estaba construido en lo que parecía un balcón natural, una amplia extensión abierta en el acantilado. Solo había tres personas más en el establecimiento, todos empleados, y se sobresaltaron al vernos aparecer.

Incómoda por seguir sin dinero, y sin importarme que fuera mi cumpleaños, decidí pedir una cerveza Mythos y Leif me imitó.

—Es un lugar precioso —le dije—. ¿Cómo lo descubriste?

—Fue Olav quien me habló de él. Vinieron aquí la otra noche.

Me apoyé en la barandilla y vi el mar que batía contra las rocas del acantilado. Cuando nos sirvieron las cervezas, decidí volver a la silla de tela y disfrutar de las vistas. El sol empezaba a ponerse en el horizonte y el cielo se teñía de un rojo intenso.

El camarero nos trajo un plato de aceitunas y unos cacahuets saladísimos. Durante una hora disfrutamos del modesto aperitivo y de las cervezas mientras charlábamos.

—¿Sabes qué isla es esa? —le pregunté a Leif, y señalé una masa de tierra que había a la izquierda.

—Creo que es Íos —respondió—, aunque no estoy muy seguro. A Olav se le dan mejor estas cosas, pero solo porque es quien tiene la brújula.

—Siento haberos arruinado las vacaciones —le dije.

Leif se rio.

—¿Te parece que me lo estoy pasando mal? —me preguntó.

Arrugué la nariz.

—No —admití—, pero aun así...

Leif señaló una casa que se veía a lo lejos. Al igual que el bar, parecía como si hubiera nacido de forma espontánea de las rocas.

—Imagínate vivir ahí —comentó.

—Sí —admití—. Te dan ganas de no volver a casa, ¿verdad? Hace que te preguntes por qué sigues viviendo donde vives.

Empezaron a llegar más clientes: una pareja que parecía italiana y dos mujeres norteamericanas. Y cuando los camareros empezaron a sacar los platos que habían pedido los

demás, Leif intentó convencerme de que cenáramos allí.

Me resistí durante un buen rato, aún preocupada por el tema del dinero, pero al final Leif jugó la baza de mi cumpleaños y, aferrada a la idea de que podría devolverle el dinero en el futuro, acabé cediendo y le dejé pedir un plato que tenía el pintoresco nombre de «Bandeja de la abuela para dos».

Cuando llegó, comprobamos que era enorme y delicioso. Era un plato formado por hojas de vid rellenas de arroz y tomates rellenos de queso. También había croquetas de queso, calamares con aceite de oliva, caviar de berenjena, sardinas y oca frita... Fue, sin duda, la comida más deliciosa que había probado jamás. De hecho, me atrevería a decir que, a día de hoy, está entre las tres mejores que he saboreado en toda mi vida.

Sin una triste nube que empañara el espectáculo, disfrutamos de una puesta de sol gloriosa, y al acabar de cenar me dieron ganas de llorar por el esfuerzo que había hecho Leif para darle la vuelta a un día que había empezado de forma tan poco propicia y convertirlo en un momento tan agradable. Hasta entonces no había disfrutado de muchos momentos tan bonitos como aquel.

Leif pagó la cuenta, cuyo importe me aseguró que ascendía a una cantidad muy modesta, y empezamos a subir las escaleras que conducían al aparcamiento.

—Ha sido la mejor sorpresa de cumpleaños de toda mi vida —le dije—. ¡Gracias!

Leif se rio.

—Te equivocas, la sorpresa es el lugar al que vamos ahora.

Cuando llegamos arriba, montamos en el ciclomotor y recorrimos la sinuosa costa. No soplaba ni una gota de viento, por lo que no tenía frío a pesar de ir en pantalones cortos.

Luego Leif tomó otro camino de tierra y llegamos hasta el final.

—Ahora tendremos que andar un poco —me dijo, y me dio la bolsa de la maleta.

Caminamos durante unos diez minutos por la accidentada costa. Por entonces el sol ya había desaparecido en el horizonte, pero el cielo rojo proporcionaba suficiente luz para saber dónde pisaba.

Unos pájaros graznaron y levantaron el vuelo cuando pasamos junto a ellos. Me asusté y no pude reprimir un grito, pero Leif me agarró de la mano fugazmente para calmarme.

Al cabo de unos minutos, llegamos a una playa diminuta y aislada del resto del mundo.

No había bares ni restaurantes. No había nadie más. La única luz que iluminaba la arena era la que nos ofrecía la luna, aún medio escondida tras la cima de la colina, y los vestigios del día, que alumbraban el horizonte con una franja de color miel.

—Nunca he nadado de noche —le dije a Leif cuando nos quitamos los zapatos y empezamos a andar por la arena.

—Es genial —me dijo—. Te encantará.

Nos pusimos el bañador, cada uno de espaldas al otro, y en cuanto estuve lista crucé la arena húmeda para reunirme con Leif en la orilla. Miré hacia atrás, hacia el punto donde nuestras pisadas se unían, y me volví hacia el mar. No había ni una ola. El agua parecía un espejo ondulante, viscoso, como si estuviera hecho de algo mucho más denso que el agua, y con el reflejo de aquel curioso cielo pensé que parecía de miel.

—Es precioso —comenté en voz baja.

—Las estrellas —dijo Leif, señalando hacia el cielo.

Levanté la cabeza para mirarlas.

—Dios, ya lo creo —dije—. Es increíble.

—Ven —me pidió Leif, adentrándose en la oscuridad.

—Tengo miedo —admití—. Miedo de que haya monstruos ahí dentro.

Leif soltó una carcajada.

—No hay monstruos, solo peces.

—¿Peces que muerden?

—No, pero a lo mejor te chupan los pies —dijo Leif.

Tendió el brazo para cogerme la mano, se la ofrecí y avanzamos lentamente. El agua estaba caliente y, como empezaba a refrescar, el contraste era aún mayor. Convencido de que aún estaba asustada, Leif me tiró de la mano para que fuéramos más adentro, pero lo que ocurría era que estaba fascinada con las pequeñas olas que se formaban contra mis rodillas y con el modo en que rielaba el mar bajo el cielo nocturno.

—Espera —le dije—. Entro enseguida. Solo quiero disfrutar de esto un poco más.

—Solo faltaría.

Leif se dejó caer de lado y se sumergió bajo el agua.

Esperé, inmóvil, hasta que se hubo alejado, hasta que el mar recuperó su ondulante calma. Miré hacia el horizonte, teñido de un negro casi absoluto salvo por una leve franja de azul zafiro.

Agucé el oído para escuchar el silencio de la noche que me rodeaba, y descubrí que no era un silencio total. Además de mi propia respiración, capté el rumor de las olas que rompían en la playa. Se oían unos pajaritos a lo lejos que piaban desgañitándose para llamar a su madre, y el chapoteo acompasado de Leif, mientras exhibía su peculiar estilo de natación.

En algún lugar a mi derecha, un pez asomó fugazmente a la superficie para desvanecerse de nuevo inmediatamente en las profundidades.

—¡Ven! —me llamó Leif—. Está muy buena.

Apenas veía su cabeza, que asomaba a lo lejos en el agua.

—Espera —le dije—, es que...

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

—Es que... lo estoy asimilando, eso es todo.

No sabía cómo explicar lo que me estaba pasando: algo en mi interior se estaba rompiendo, pero también notaba el inicio de otra cosa. Bajo el cielo nocturno, me sentía tan vulnerable como aquellos polluelos en su nido, pero en lo más profundo de mi ser intuí también los albores de algo muy parecido al optimismo, acaso por primera vez en mi vida.

Me miré de nuevo las rodillas y noté la arena suave entre los dedos, el agua que me lamía las piernas. Y cuando alcé la mirada, ese sentimiento, aún sin nombre, se apoderó de nuevo de todo mi ser.

Era como si yo hubiera vivido en el interior de mi cabeza desde que nací; como si hubiera sido esa pequeña persona sentada ante la mesa de control de mi vida, en lugar de ocupar mi cuerpo. Había vivido la vida como una concatenación de pensamientos, miedos y expectativas. No había dejado de preocuparme por mi madre, por el pecado, por mi carrera, por pagar las facturas, por Conor, por mi pasaporte... La lista era interminable.

Sin embargo, de repente, en aquel mar aparentemente infinito de Santorini y bajo aquel cielo literalmente infinito, todo se derrumbó y me sentí frágil y desnuda, asustada, presa de un amor extático con todo y con todos, con la esencia de la vida en sí.

De repente me di cuenta de que Conor no importaba. El pasaporte no importaba. El dinero no importaba.

En ese instante yo no era más que un diminuto grano de vida que poseía el don de ser consciente de la inexplicable inconmensurabilidad del universo, y lo único que contaba era la belleza atroz de estar ahí. De estar ahí para vivir toda esa experiencia.

Por primera vez me sentí plenamente consciente de mi situación, algo precioso,

monumental y aterrador al mismo tiempo. Sentía que estaba en el lugar que me correspondía, algo emocionante y conmovedor. Fue un momento extraordinario.

De pronto solté un grito ahogado porque hasta entonces, sin darme cuenta, había contenido el aliento, cautivada por la enorme sacudida que acababa de recibir. Y en ese instante, Leif apareció ante mí. Permaneció allí de pie, con su suave piel bañada por el agua del mar y la luz de la luna. Me sonrió.

—Oh... Leif... —murmuré. No sabía ni por dónde empezar a explicarle lo que sentía.

—Estás llorando —comentó con voz inexpressiva.

—Es que todo esto es tan... grande —le dije de modo incomprensible—. Es tan grande, tanto, que me supera.

Se volvió para mirar en la misma dirección que yo, para ver lo que yo estaba viendo, y observó la incommensurabilidad del mar, la infinitud panorámica del cielo surcado de estrellas.

—Lo sé —asintió—. Por eso estamos aquí.

Y no sabía si me estaba diciendo que ese era el motivo por el que me había llevado a esa playa, o si era el motivo por el que estábamos aquí, en este planeta... para observar toda esa belleza. Quizá se refería a ambas cosas.

Me cogió la mano y esa sensación de estar unida a él fue maravillosa. Hasta ese momento yo había tenido miedo de alejarme, de desintegrarme por la emoción de todo lo que me rodeaba y de desvanecerme como polvo en el espacio.

—¿Puedes abrazarme? —le pregunté antes de ser siquiera consciente de lo que quería—. ¿Te importaría?

Sin decir nada, se volvió hacia mí y me rodeó con sus brazos fríos y mojados.

—Estoy aquí —dije al borde de las lágrimas, mirando por encima de su hombro, incapaz de hilvanar más de tres o cuatro palabras para convertirlas en una frase con un mínimo de sentido—. Estoy aquí, observando este maravilloso espectáculo.

Y por increíble que pueda parecer, Leif me entendió.

—Lo sé. Yo también estoy aquí. Es maravilloso.



Nadamos durante media hora: nos zambullíamos en la viscosa oscuridad para emerger al cabo de poco, al aire fresco de la noche. También floté de espaldas y contemplé las estrellas que brillaban en el cielo, y grité y me reí cuando, tal y como había predicho Leif, un pez me rozó el dedo grande del pie.

Cuando ya hacía demasiado frío, salimos y nos secamos.

Nos quedamos en la orilla, en silencio, durante un buen rato, con la mirada perdida en la inmensidad de la noche e intuyendo que estaba pasando algo más. Yo no quería ponerle nombre o pensar en ello con demasiado detenimiento. Quizá tenía miedo de que el mero hecho de etiquetarlo pudiera acabar con ello.

—Deberíamos irnos —sugirió Leif al ver que había tenido mi primer escalofrío—. Empieza a refrescar.

—Lo sé, pero no quiero. Esto es precioso.

—Hace demasiado frío para dormir en la playa —insistió—. Quizá si hubiéramos traído sacos de dormir, pero...

Tras alcanzar un acuerdo tácito, salimos del agua y tímidamente, otra vez de espaldas, nos cambiamos y nos pusimos ropa seca.

Mientras cruzábamos la arena, sentí el deseo abrumador de cogerle de la mano, pero logré resistirme. Aún no estábamos en ese punto. No sabía en qué fase nos encontrábamos, pero no habíamos llegado tan lejos.

Leif se puso la linterna en la cabeza y empezamos a subir por el camino que se abría paso por la colina, hasta el lugar donde habíamos dejado el ciclomotor. Montamos en silencio y nos pusimos en marcha.

Cada vez hacía más frío y la brisa soplaba con más fuerza, por lo que me abracé a la espalda de Leif para aprovechar el calor que desprendía y volví la cabeza para observar la luna, que brillaba en lo alto del cielo y rielaba en la superficie especular del mar.

Recuerdo que pensé que era el mejor cumpleaños que había tenido jamás y que nunca olvidaría el día que cumplí veintiséis años. Y entonces fui consciente de lo que estaba sucediendo de verdad.

¿Habían florecido mis sentimientos esa noche debido al momento mágico que había vivido en la playa? ¿O tal vez la magia de la playa se había producido por lo que yo sentía por Leif? Me gusta pensar que fue un poco por ambas cosas, que en cierto sentido todo lo que ocurrió fue el producto de lo demás, como una suerte de multiplicación mágica y mística.

Me gusta creer que por primera vez en mi vida me encontraba (debido a un cúmulo de circunstancias del todo improbables) en el lugar adecuado, en el momento adecuado y con la persona adecuada. Al menos eso es lo que sentía en ese momento, como si todas las cosas horribles que me habían ocurrido hasta entonces se hubieran producido por un motivo. Y el motivo no era otro que conducirme hasta ese lugar y ese momento con esa persona en concreto.

Aún estaba aferrada a la espalda de Leif, observando la luna, embelesada, cuando de pronto tomó un desvío.

—¿Qué pasa? —le pregunté, pero no respondió.

Habíamos enfilado un camino de gravilla y me asaltó el temor de que hubiera ocurrido algo, pero entonces nos detuvimos frente a una casa grande de color blanco. La placa de madera que había en el buzón decía: HOSTAL LENA.

—¿Qué haces? —insistí.

—Espera un momento. Tengo una idea. Tú quédate aquí con la moto, enseguida vuelvo.

Se fue y tardó casi diez minutos, mucho más de lo que imaginaba. Cuando reapareció, lucía una sonrisa de oreja a oreja y tenía una llave en una mano.

—La última sorpresa de tu cumpleaños —anunció—. Anda, ven.

Cruzamos el jardín de rocalla de Lena. El camino se abría paso entre cactus y un tamarindo, y conducía hasta un edificio de estuco blanco, construido al borde de un acantilado. Era del tamaño de una cabaña grande.

Leif abrió la puerta y encendió una luz que nos deslumbró.

—¡Tachán! —exclamó.

—Dios. ¿La has alquilado para nosotros?

Asintió.

—¿Todo esto ya lo tenías planeado?

—No. He visto el cartel y hemos tenido suerte. Solo le quedaba esta.

Entré en la habitación y miré a mi alrededor. No había muchos muebles, pero el lugar estaba limpio. Había dos camas individuales separadas, con las sábanas blancas. En la cómoda vi dos mantas azules dobladas.

Crucé la habitación y abrí los postigos. Fuera, el mar relucía a la luz de la luna.

—Vaya —murmuré—. Menuda vista. Te habrá costado un ojo de la cara.

—Qué va, como ya estamos en septiembre...

Me apoyé en el alféizar y vi que había una pequeña terraza de madera a la que se podía acceder por un lado. Luego alcé la mirada para observar de nuevo la cautivadora luna.

—¿Te parece una buena idea? —me preguntó Leif, que se acercó hasta la ventana y se apoyó en el alféizar como yo—. ¿No te importa?

Resoplé y me volví hacia él.

—¿Que si me importa? —dije—. ¿Estás loco?

En toda la noche no había dejado de pensar en las pocas ganas que tenía de regresar al hotel.

—Solo un poco —respondió—. Lo suficiente, creo. ¿No te parece?

Salimos por la puerta y rodeamos el edificio para llegar a la terraza, donde había una mesa pequeña y un par de sillas. Leif sacó una tableta de chocolate y la comimos lentamente, para saborearla y alargar al máximo el momento.

—Si lo hubiera planeado, habría traído champán —me dijo.

—No lo necesitamos. Así es perfecto.

A medida que avanzaba la noche, el viento soplaba con más fuerza y en torno a las diez y media tuvimos que entrar en la habitación por culpa del frío. En cualquier caso, yo ya no podía contener los bostezos después del cansancio y las emociones acumuladas durante todo el día.

Nos duchamos por separado, con timidez, para limpiarnos la arena de la playa. Cuando salí del baño *en suite*, Leif ya estaba metido en la cama.

Creo que mis experiencias traumáticas con Conor habían exacerbado todos mis miedos hacia los hombres, por lo que fue un alivio comprobar que no iba a intentar seducirme.

Me acosté en mi cama y le dije:

—Buenas noches, Leif. Y muchas gracias. Ha sido un día perfecto.

—De nada —me dijo él tras un largo bostezo—. Buenas noches. Y feliz cumpleaños.

Apagó la luz de la mesita de noche y me quedé observando la habitación, bañada por la singular luz de la luna.

Al principio se hizo el silencio, pero a medida que mis oídos se fueron ajustando a la nueva situación, empecé a oír la respiración de Leif y el sonido de las olas que rompían en la playa; y las similitudes entre ambos eran sorprendentes. Las ráfagas de viento también se filtraban de vez en cuando entre los postigos.

Había sido un día esplendoroso y durante diez minutos permanecí inmóvil bajo las sábanas blancas immaculadas, optimista y saciada por todo lo que había pasado. Sin embargo, el viento soplaba cada vez más fuerte y oí a lo lejos el grito estremecedor de un animal, como si lo estuvieran matando, y de pronto la noche empezó a cambiar. Las sensaciones eran cada vez más desagradables y me sentí más sola. Era como si el viento me dijera que el día había sido precioso, pero que de noche solo podía contar conmigo misma.

Abrí la boca tres o cuatro veces hasta que logré susurrar:

—¿Ya duermes?

—No —respondió Leif—. Tengo un poco de frío. Creo que voy a cerrar la ventana y me taparé con la manta.

Agucé el oído: se levantó, oí que posaba su pie enorme en las baldosas del suelo, cerró la ventana y cruzó la habitación para acercarse a la cómoda.

—Yo también tengo frío —dije.

—¿Sí? ¿Quieres que te traiga la manta?

—Yo...

—¿Sí?

Oí sus pasos que se acercaban. Su rostro apareció ante mí cuando se agachó a mi lado. Al igual que yo, iba en camiseta y ropa interior.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí... yo... —balbuceé.

—Te traeré la manta.

—Oh, métete de una vez, venga ya —le dije, con más impaciencia de lo que pretendía—. Si no te importa —añadí para suavizar la invitación. Sabía que aquella brusquedad se debía a mi incapacidad para decir, qué diablos, para admitir lo que quería.

Leif esbozó una sonrisa dubitativa.

—¿Quieres que me meta en la cama contigo? —me preguntó.

—¡Sí! Si no te importa...

Leif sonrió de oreja a oreja bajo la luz de la luna.

—Menos mal —dijo. Apartó las sábanas y se acostó a mi lado—. Creía que no me lo ibas a pedir nunca.

Permanecimos inmóviles, rígidos como dos tablas de madera durante al menos diez minutos. Los únicos puntos de contacto eran nuestros hombros, pero una agradable sensación de calor empezaba a abrirse paso a través de las dos capas de ropa.

—¿Y ahora? —preguntó él al final.

—¿No podemos dormir así? —pregunté, a pesar de que hasta la última célula de mi cuerpo anhelaba ampliar el área de contacto entre ambos—. Si no te importa.

—Claro —dijo él con naturalidad, pero lanzó un profundo suspiro que reveló sus auténticos sentimientos cuando se giró y me dio la espalda.

Yo me di la vuelta hacia él, porque nunca he podido dormir boca arriba, pero la cama era tan estrecha que era imposible evitar el roce de su espalda.

Como no era factible ninguna de las otras dos opciones, pedirle que volviera a su cama o darme la vuelta, acabé cediendo a lo inevitable, me arrimé a él y apoyé un brazo en su cintura.

—¿Te parece bien así? —pregunté.

Leif me agarró del brazo y me atrajo aún más.

—Me parece muy bien —dijo.



Esa noche no dormí muy bien. El deseo me aceleraba el pulso y la respiración, me provocaba una sensación de cosquilleo. La situación ideal para no conciliar el sueño. Además, no paraba de darle vueltas a lo que iba a suceder a continuación: en mi cama, en mi vida y con Conor. Sin embargo, en algún momento debí de quedarme dormida, porque cuando me desperté a la mañana siguiente descubrí, consternada, que Leif había vuelto a su cama.

Me metí en el baño sin hacer ruido, hice mis necesidades y me cepillé los dientes. Cuando volví a la habitación, Leif tenía los ojos abiertos y me miró, aunque medio adormilado.

—¿Estás bien? —le pregunté, y me respondió con una sonrisa.

—Mejor que bien —dijo con cara de felicidad.

—Pero has vuelto a tu cama —comenté—. ¿No podías dormir? No habré roncado, ¿verdad?

Leif se incorporó y se apoyó en la almohada para poder verme bien.

—Digamos que no es una situación fácil para un hombre. Dormir así cuando...

Me reí.

—¿Cuando qué? —pregunté, a pesar de que sabía perfectamente a qué se refería.

—Cuando... te mueres de ganas de besar a alguien.

Lo miré fijamente, embelesada por sus ojos azules, y me mordí el labio inferior.

—Lo siento —se disculpó Leif—. No debería habértelo dicho.

—No —le aseguré—, no pasa nada... En realidad, siento lo mismo. Tampoco he dormido muy bien.

—¿Es verdad?

—Sí.

—Ven aquí, por favor —dijo, dando unas palmaditas en la cama, a su lado.

Asentí hecha un manojo de nervios. Había algo nuevo en su actitud que me hacía sentir incómoda. Por algún motivo, tenía la sensación de que me estaba preparando para besar por primera vez a un chico, como si no supiera comportarme en este tipo de situaciones.

Los pocos chicos con los que me había acostado, o a los que había besado, se habían abalanzado sobre mí como un tren de mercancías, de modo que lo único que había tenido que hacer era entregarme, no resistirme. Sin embargo, con Leif debía decidir si era eso lo que quería y, aunque la situación me resultaba agradable y me hacía sentir fuerte, y aunque no hacía sino que lo deseara aún más, no me allanaba las cosas.

Me acerqué hasta él y me senté en el borde de la cama, de espaldas. Entonces me acarició los hombros.

—No estás preparada —observó—. Es demasiado pronto después de... Pero no pasa nada.

Me encogí de hombros.

—Creo que sí estoy preparada —dije, tragando saliva e intentando armarme de valor—. Pero es que no sé cómo hacerlo.

Leif me agarró de un costado con un gesto firme pero suave, así que me volví y me tumbé a su lado.

—No tenemos que hacer nada que no... —dijo.

Pero yo me había puesto de lado y acerqué un dedo a sus labios para que dejara de hablar.

—Bésame —le pedí—. Antes de que cambie de opinión.

Y noté en la yema del dedo que estaba haciendo un esfuerzo para contener una sonrisa.

Nos dimos un beso muy casto y luego, a medida que empezamos a explorar el cuerpo del otro, la pasión fue aumentando. Leif me sonrió como el proverbial Gato de Cheshire y yo, desarmada, le sonreí como una tonta.

Leif tenía una piel más fría que la mía, y más suave de lo que me había imaginado, como si se hubiera echado polvos de talco. Me hallaba en una situación tan agradable y delicada como arrogante y brutal había sido Conor. Leif parecía un antídoto personalizado para ayudarme a recuperar la fe en los hombres.

Cuando el deseo acabó imponiéndose a mis temores, me tumbé de espaldas e intenté que Leif se pusiera encima. Sin embargo, se resistió.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—No podemos.

—¿Por qué? —le pregunté, con miedo de que de pronto fuera a lanzarme una bomba, como que estaba casado, que tenía alguna enfermedad o que no me deseaba en ese sentido.

—No tengo... ya sabes... no tengo profilácticos.

Solté una carcajada. No había oído a nadie usar la palabra «profiláctico» en lugar de «preservativo» o «condón» desde que Abby me había enseñado uno en la escuela a los trece años.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Leif, que parecía ofendido y se apartó de mí.

—No es... —murmuré, todavía entre risas—. Es por esa palabra que has usado, «profiláctico». Lo siento.

—¿No se dice?

—Bueno, es muy formal. Hoy en día todo el mundo los llama «preservativos» o «condones».

—Vale. —Parecía que ya no estaba tan enfadado—. Bueno, no tengo ninguno, así que...

Pensé en aquello durante unos instantes. Pensé en el hecho de que ya me había acostado con Conor y que tendría que enfrentarme a las consecuencias a mi regreso a Inglaterra. No pude evitar comparar la dulce inquietud de Leif con el perverso narcisismo de Conor y me pregunté si iba a rechazar a Leif cuando no había rechazado a Conor. Analicé el nivel de deseo que estaba experimentando mi cuerpo. Porque a pesar de haber sentido el roce de la piel del otro, no podía dejar de lado la abrumadora sensación de que necesitábamos más.

Estiré el brazo para tocar a Leif por debajo de la cintura y lo que encontré me hizo estremecer de placer.

—No pasa nada —le dije, y lo atraje hacia mí—. Por favor... solo...

Una vez más, me regaló una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Estás segura? —me preguntó, pero ya estaba a las puertas del paraíso...



Esa mañana hicimos el amor dos veces, y fue tal y como siempre había imaginado que sería el sexo, una experiencia que en nada se parecía a todas las que había tenido hasta entonces.

Leif fue el amante más dulce, atento y generoso, con diferencia, que había tenido hasta el momento, y recuerdo que, cuando acabamos la segunda vez y ambos descansábamos tumbados en la cama, pensé que ya entendía por qué lo llamaban «hacer el amor». A pesar de que quizá había aceptado que me estaba enamorando de Leif, cuando terminamos, mis sentimientos eran tan intensos que sabía que no saldría viva de aquello.

Nos interrumpió alguien que llamó a la puerta.

—Mierda —exclamó Leif, que cogió el reloj de la mesita de noche para mirar la hora—. Son más de las once.

—¿Qué pasa a las once? —pregunté, estirándome como un gato al sol mientras Leif intentaba ponerse los pantalones, procurando no perder el equilibrio de un modo cómico.

—Que tenemos que dejar la habitación. Eso es lo que pasa.

CAPÍTULO 13

BECKY

A la mañana siguiente, mamá y yo recorrimos toda la isla, de punta a punta, a lomos de nuestra C90. Fuimos a Akrotiri, el yacimiento arqueológico de la Edad del Bronce que fue destruido por un volcán en 1627 a. C. Damon nos había dado la idea, y como mamá y yo estábamos un poco saturadas de playa (yo sospechaba que mi pálida piel no podía soportar más sesiones al sol, a pesar de la crema de factor cincuenta que me había aplicado en cantidades industriales), y además teníamos remordimientos de conciencia por el tema de la Acrópolis, decidimos que había llegado el momento de culturizarnos un poco.

Las entradas de las dos nos costaron veinticuatro euros y aunque solo eran las diez y media de la mañana, el sol caía a plomo y el calor era insoportable. Creo sinceramente que de no haber sido por el fiasco de la Acrópolis, ambas habríamos preferido ir a la playa. No obstante, ni ella ni yo estábamos dispuestas a admitirlo, de modo que pagamos la entrada y accedimos al recinto.

Al final nos alegramos de nuestro gesto de valentía, porque la experiencia de caminar por unas calles y visitar dormitorios, cocinas y baños que llevaban deshabitados desde el siglo XVII a. C. resultó extrañamente conmovedora.

—No volvería a hacerlo —fue el veredicto de mamá cuando salimos—, pero me alegro de haber venido.

—Es un poco abrumador lo antiguo que es todo esto —dije—. Aún me cuesta asimilar que los antiguos griegos hicieran esas vasijas tan preciosas hace más de tres mil años. Eran muy bonitas. ¡La gente ya creaba arte hace tres mil setecientos años!

—Supongo que se debe a que nuestro calendario empieza con el nacimiento de Cristo —dijo mamá—, de modo que solemos pensar que fue entonces cuando se inició todo. Pero no es así, ¿verdad?

—No —admití—. Es raro.

—¿Todo el mundo utiliza la misma fecha para empezar a contar los años? ¿Qué pasa con los musulmanes, los budistas y otras religiones? —preguntó mamá—. No cuentan los años a partir del nacimiento de Cristo, ¿verdad?

—No, siguen otro sistema. Leí algo sobre el tema hace un tiempo. Hay un calendario sánscrito que empieza unos tres mil años antes de Cristo. Y creo que el islámico empieza un poco más tarde.

—Vaya, menudo cerebritito estás hecha.

—No es para tanto —dije entre risas—. Lo leí en alguna página de internet.



Comimos dos ensaladas bastante normalitas en Akrotiri acosadas por un grupo de gatitos monísimos, pero hambrientos, y luego, a falta de alguna idea mejor para soportar el calor, decidimos ir a bañarnos. Tras consultar el mapa, comprobamos que había una playa roja muy famosa a solo diez minutos, y como mamá la recordaba de su primera visita de hacía más de veinte años, llegamos a la conclusión de que tenía que valer la pena por fuerza.

Ir en moto a mediodía era como ponerte bajo el chorro de un secador de pelo gigante a toda potencia, y el aparcamiento, cuando llegamos a nuestro destino, parecía una especie de espejismo debido al calor. Aparcamos el ciclomotor y, empapadas en sudor, empezamos a bajar entre unas rocas hasta que la playa apareció ante nosotras.

Entonces comprendí por qué había permanecido grabado en la memoria de mamá aquel lugar. La arena era de un rojo ocre increíble y el mar cristalino parecía teñido de turquesa. El contraste entre ambos colores parecía de otro mundo. Alquilamos una sombrilla, pero como el calor era igual de insoportable a la sombra, nos pusimos el bikini y nos metimos en el agua de inmediato.

Mamá había sido muy discreta en lo relativo a mi cita con Baruch y prácticamente se había limitado a preguntarme si me lo había pasado bien. Ninguna de las dos poseíamos un vocabulario muy amplio para abordar experiencias tan íntimas, de modo que no me sorprendió. Aun así, esperaba que quisiera conocer algún detalle más, porque se me había ocurrido una estrategia para volver a sacar el tema de mi padre.

Al final, sentadas en la arena, pero con los pies en el agua, ya no pudo aguantar más la curiosidad.

—¿Qué tal te fue ayer? No me has contado gran cosa.

—Ya te he dicho que fue bien.

—¿Eso es todo? —insistió. Cogió una piedrecita y la tiró al agua—. ¿Bien?

Entonces le conté, con pelos y señales, todo lo que habíamos hecho. A fin de cuentas, no tenía nada que ocultar.

Le dije que Baruch había quedado con unos amigos y le conté de lo que habíamos hablado, de lo bajo que era el salario mínimo griego. Cuando estábamos a punto de llegar al fin lógico de la conversación, añadí:

—Baruch me dijo que su tío era todo un donjuán. Que tenía una lista interminable de conquistas. Sobre todo turistas.

—No me sorprende demasiado —dijo mamá.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—Pues a que por poco que se pareciera a Baruch, seguro que tuvo mucho éxito con las mujeres.

—Ah, vale. Bueno, no es como Baruch.

—¿Ah, no?

—No. Pero la cuestión es que eso me dejó con la intriga... ¿Mi padre era griego?

Llevaba toda la tarde dándole vueltas a la pregunta, pero tenía demasiado miedo de hacérsela. Ahora que se la había planteado, me sentía como si hubiera lanzado una granada en la playa. Quería taparme la cabeza con las manos por temor a que explotara.

Mamá frunció el ceño, lanzó un suspiro y hundió los pies en la arena húmeda.

—¿Por qué quieres saberlo?

Me encogí de hombros.

—No es tan raro que me intrigue algo así, ¿no crees? De qué nacionalidad es tu padre. Era.

—No, pero es que nunca habías mostrado un gran interés por el tema —contestó mamá.

—¿Que nunca había mostrado interés? —repetí, incrédula, presa de un sentimiento de ira cada vez más grande.

—Nunca me habías hecho una pregunta parecida —insistió mamá.

—El hecho de que no me haya atrevido a preguntártelo no significa que no me interese —le aseguré—. Como ya te he dicho, no me parece que sea una pregunta tan rara.

—Bueno, a lo mejor sí —dijo mamá. Cada vez le costaba más disimular su enfado—. No quiero hablar de ello. Además, a lo mejor no es tan raro que no me apetezca.

Me di cuenta de que esa había sido siempre su estrategia. Desde una edad muy temprana me había inculcado que no estaba bien hablar del tema. Y al enseñarme que mencionar a mi padre provocaba una situación de incomodidad, había logrado que dejara de hacerlo.

—Bueno, ¿era griego o no? —insistí, cerrando los puños con fuerza debido al esfuerzo sobrehumano que estaba haciendo para no desistir del tema como había hecho siempre hasta entonces para evitar el malestar de mamá—. ¿Cabe la posibilidad de que mi padre fuera el tío de Baruch, por ejemplo?

—¿Cómo? —preguntó mi madre, furiosa—. ¿Eso es absurdo! ¿Cómo se te ocurre semejante cosa? Sabes de sobra que murió.

—Sí, pero...

—¿Cómo quieres que sea el tío de Baruch?

Me encogí de hombros.

—A lo mejor el tío de Baruch también está muerto —le mentí—. No lo sé, no se lo pregunté.

—No se lo preguntaste... —repitió mi madre en tono burlón.

—¿Por qué te cuesta tanto darme una respuesta? —insistí. Habíamos llegado tan lejos que me parecía una lástima rendirme en ese punto—. ¿Por qué no me dices de una vez de dónde era? ¿Por qué no me lo dices de una vez?

Mamá se levantó.

—Sabía que no debería haberte traído conmigo —me espetó, evitando mirarme a los ojos. Y sin mediar palabra, se fue a andar por la orilla.

El día se había ido al traste, claro. Y todo por culpa mía. Sabía perfectamente que era mi castigo por haberle preguntado sin rodeos por mi padre.

Mamá llegó hasta el extremo de la playa y se sentó en una roca, mirando al mar. Tardó más de una hora en volver y, cuando lo hizo, se sumergió en la lectura de su libro.

Yo fingí que también leía el mío, pero no podía concentrarme. Estaba demasiado ocupada recreándome en mi enfado; demasiado ocupada pensando en lo que había dicho, que se arrepentía de haberme traído con ella, repitiendo una y otra vez sus palabras, echando sal en la herida; demasiado ocupada pensando en cómo era posible que algo tan sencillo fuera tan complicado, que prefiriera todo aquel dramatismo en lugar de ofrecerme una respuesta.

Apenas intercambiamos un par de palabras el resto de la tarde, de modo que cuando llegamos al apartamento llamé a Baruch para decirle que podíamos quedar antes de lo previsto.

Me contestó que fuera a recogerlo al supermercado a las ocho y me pregunté cómo iba a sobrevivir una hora más en compañía de mi enfurruñada e irascible madre. Sin embargo, cuando colgué, descubrí que se había ido.



Mamá no volvió, y cuando llegó la hora de irme y cerrar el apartamento con llave, tampoco

me cogía el teléfono. Aunque habíamos tenido discusiones más acaloradas en el pasado (sobre todo cuando yo era adolescente), mientras subía las escaleras para reunirme con Baruch me di cuenta de que esta me había afectado mucho más que las anteriores. Sin embargo, debo de ser muy superficial, porque en cuanto vi el rostro bronceado de mi nuevo amigo, se me pasó el enfado. Llevaba una camisa medio desabotonada, arremangada, y unos vaqueros que marcaban un trasero delicioso. De pronto recordé que iba a pasar la noche con él. Me había afectado tanto la conversación con mamá que casi había olvidado por completo el fantástico plan que tenía.

Baruch cerró el supermercado y me preguntó si me apetecía comer un bocado. Le conté la verdad, que me moría de hambre, y me ofrecí a invitarlo a cenar, consciente de la miseria que debía de cobrar.

Creo que el orgullo le impidió siquiera valorar tal posibilidad.

—Hay un restaurante especial aquí cerca que además es muy barato. Si te apetece, te llevo —me dijo.

—¿Por qué es especial? —le pregunté, aterrada ante la posibilidad de que hubiera un McDonald's en la isla.

—Solo van griegos —me dijo.

—Pero ¿me dejarán entrar?

Baruch soltó una carcajada.

—¡Claro! Vas conmigo.

Medio ruborizada por el hecho de poder disfrutar de su compañía, subí a su moto y enfilamos la carretera principal en dirección a Fira. Antes de llegar a las afueras del pueblo, tomé un camino de tierra tortuoso.

Al final resultó que el restaurante especial de Baruch se encontraba en una casa particular. Tenía una distribución de lo más curiosa. El edificio estaba al final del camino de tierra y no había ningún tipo de señal o cartel que anunciara su existencia. Aparte de los diez coches que había aparcados en la cuneta, y cuatro o cinco ciclomotores, no había nada que indicara que era un establecimiento público. Sin embargo, al doblar la esquina de la fachada, apareció ante nosotros la terraza posterior, convertida en un comedor. Había una docena de mesas de plástico con cabida para unos treinta o cuarenta comensales. La mitad de las mesas ya estaban ocupadas, tal y como había dicho Baruch, por una clientela exclusivamente griega, muchos de los cuales debían de tener nuestra edad.

El «restaurante» era propiedad de un matrimonio mayor, de pelo canoso, que a juzgar por su aspecto debería haberse jubilado ya varios años atrás.

—¿Puedo hablar? —susurré cuando el marido nos acompañó a la mesa.

Baruch se rio.

—¿Qué te hace pensar que no puedes hablar? —me preguntó.

—Porque se darán cuenta de que no soy de aquí.

—No pasa nada. Ya lo saben, créeme. No te preocupes. Estás conmigo.

Tal vez le había hecho esa pregunta solo para oírle pronunciar esas palabras de nuevo.

—¿Por qué es tan secreto este lugar? —pregunté—. ¿Por qué no quieren turistas?

—Bueno, es que no es muy legal —me explicó—. Con la crisis, todo el mundo es un poco más pobre.

—¿Incluso aquí, en Santorini?

Baruch asintió.

—No parece un lugar pobre, está lleno de turistas con dinero.

—Bueno, este matrimonio —dijo, señalando la casa— está jubilado. Y el dinero que

reciben del Estado... ¿Cómo se llama?

—¿La pensión?

—Sí, la pensión, se la han reducido a la mitad. Menos de la mitad. Y las facturas, la electricidad, los impuestos, todo ha subido. Así que...

—Ya veo. Por eso han abierto un restaurante secreto.

Baruch asintió.

—Sus hijos están en Atenas e imagino que de esta manera pueden enviarles algo de dinero.

—Es una buena idea —dijo—. Pero ¿no ganarían más dinero con un restaurante dirigido a turistas?

—Sí, pero aquí cobran siempre en efectivo, ya sabes —dijo Baruch, enarcando una ceja—. Así que no pagan impuestos. Si intentaran hacer la competencia a los otros locales, la gente se quejaría. Pero los que trabajan ahí también tienen que comer en algún lado, el personal de los hoteles, los de limpieza, los policías... De modo que este lugar es especial para ellos, es un sitio donde tienen comida griega a precios griegos.

—Para gente griega.

—Sí.

—Pues es todo un honor que me hayas traído, así que gracias.

—De nada —me dijo, guiñándome un ojo.



El restaurante no tenía carta ni una lista de precios fija. Había un menú de tres platos y podías pedir vino blanco o tinto, pero nada más. Al irte, dejabas lo que te parecía, un regalo libre de impuestos para los dueños, pero Baruch me dijo que todo el mundo sabía que la cantidad correcta era de diez euros por persona. Una auténtica ganga.

Decidí preguntarle a Baruch, con cierta timidez por miedo a avergonzarlo, cuál era el salario mínimo en Grecia. Sin embargo, mis temores estaban infundados ya que habló del tema con franqueza y me dijo que rondaba los seiscientos euros, mientras que la pensión media no llegaba a los quinientos. Como su tío le ofrecía alojamiento gratis, Baruch ganaba aún menos, unos cuatrocientos euros.

No me atreví a calcular cuánto debía de ganar por hora, pero hacía turnos de doce horas, seis días a la semana. No obstante, comprendí un poco mejor por qué quedaba fuera de su alcance una piña colada de quince euros.

Al cabo de poco llegó nuestro primer plato: un tzatziki y una ensalada de berenjena y ajo, servidas con triangulitos de una especie de pan de pita.

—¿Qué tal en Akrotiri? —me preguntó Baruch mientras servía los platos—. ¿Fuisteis?

Le conté nuestra visita al museo. Intenté dárme las de inteligente y le hablé de los otros calendarios más antiguos que existían, pero él ya los conocía y me habló de varios filósofos griegos que habían escrito largos discursos en torno al 400 a. C.

—¿Y tu madre? —me preguntó cuando la conversación llegó a su fin natural—. ¿Dónde está?

—No lo sé —admití—, y no me importa demasiado.

Baruch torció el gesto y me di cuenta de que para un chico griego como él, que quería mucho a su familia, mi comentario debía de haberle sonado muy brusco. Por ello me apresuré a decirle que quería a mi madre, pero que habíamos discutido.

—Nos pasa de vez en cuando —expliqué.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó.

Asentí.

—Sí, creo que sí.

Y le conté, entre bocado y bocado del segundo plato (unos espaguetis con berenjena un poco raros, pero deliciosos, y alubias con queso feta), todo lo que nos había pasado.

Al llegar al final, vi que me miraba de un modo extraño. Hacía un buen rato que había acabado su plato y tenía las manos juntas sobre la mesa.

—¿Qué? —solté al darme cuenta de que me había retrasado un poco con la comida, e intenté apurar lo que me quedaba.

—No sé.

—¿Qué es lo que no sabes? —le pregunté con la boca llena.

—No sé qué decir.

Fruncí el ceño y cuando logré engullir todo lo que tenía en la boca, proseguí:

—¿En qué sentido?

Baruch carraspeó.

—Mira... Sabes que ayer llevé a mi abuela al médico, ¿verdad?

—Oh, Dios, lo siento. ¿Está bien? —quise saber, y me sonrojé al darme cuenta de lo egoísta que había sido por no preguntarle.

—Sí, sí, está bien. De vez en cuando le gusta ir, le da cierta tranquilidad. Ya sabes cómo es la gente mayor...

—Vaya, me alegro... Me alegro de que esté bien.

—Pero tuvimos que esperar mucho rato, siempre pasa lo mismo en la consulta del médico, de modo que le conté tu historia. Y resulta que recuerda un accidente. Creo que podría tratarse del mismo.

—¿En serio? —Me limpié los dientes con la lengua y me incliné hacia delante—. ¡Pero eso fue hace muchos años!

—Lo sé —me dijo Baruch—. A mí también me sorprendió un poco, pero Santorini no es muy grande. Y tampoco es que abunden los sucesos. En esa época mi madre estaba embarazada de mí. Ocurrió unas semanas antes de darme a luz. Imagino que por eso lo recuerda.

Me quedé boquiabierta. No podía creer lo que me estaba contando.

—¿Cuándo ocurrió? ¿Cuándo es tu cumpleaños? —pregunté.

—Dentro de dos semanas. El quince.

—¿En qué año naciste?

—En 1994. El quince de septiembre de 1994.

—Dios, es increíble. La fecha encaja. Yo nací en 1995.

Baruch contó con los dedos.

—¿En mayo? —me preguntó.

—El veintiuno de abril —le corregí—. Fui un poco prematura.

—Pues ya ves, ¿quién necesita Google cuando tienes una abuela tan curiosa como la mía?

—¿Recordaba algo más? —le pregunté, y noté que empezaba a ponerme pálida—. ¿Su nombre? ¿Su nacionalidad? ¿Qué ocurrió exactamente?

Baruch negó poco a poco con la cabeza.

—Es la historia que se contaba en la isla, una especie de rumor. Pero me dijo que era inglés. Que cayó por un acantilado, cerca de Oia.

—Vaya. Es alucinante.

—Me dijo... —Dejó la frase a medias—. No, eso fue todo.

—Por favor —insistí—. Ibas a decir algo más. ¿Qué es?

—No lo sé —dijo, algo incómodo.

—Por favor —repetí—. Llevo veintitrés años esperando a averiguarlo y mi madre no quiere contarme nada.

Baruch puso cara de pena y se rascó la oreja.

—Bueno, cabe la posibilidad de que no sea el mismo tipo.

—Las fechas encajan.

En ese momento el marido salió de la casa. Miró mi plato y le dijo algo en griego a Baruch antes de volver dentro. Me pareció que estaba enfadado.

—Tienes que comer —me dijo Baruch—. Cree que no te gusta la comida.

Mientras yo engullía el resto de la pasta, Baruch me expuso lo que sabía, es decir, que mi padre era un desgraciado. Que tuvieron que echarlo entre cinco personas de la taberna en la que había organizado una buena pelea. Me contó que a nadie le había sorprendido que tuviera un accidente con el coche, que se había pasado casi todas las vacaciones borracho y que la gente de Santorini consideraba que era un matón. Y mientras me contaba todo eso, me vinieron a la cabeza los comentarios de mamá sobre el alcoholismo, y todo empezó a encajar un poco mejor que antes.

Sin embargo, aquella degradación de mi padre, de astronauta a borracho de bar pendenciero, me revolvió por dentro.



Cuando acabamos de cenar, Baruch insistió en pagar. Nos dirigimos a la parte delantera de la casa, donde estaba el ciclomotor. Había oscurecido casi por completo y la única luz provenía de la farola cuyo leve resplandor quedaba parcialmente empañado por los miles de insectos que atraía.

—¿Me merezco un beso? —me preguntó Baruch, en el momento en que un murciélago se lanzó en vuelo rasante por encima de nuestras cabezas para darse un atracón de bichos—. ¿Por la cena?

—Claro —respondí, y me incliné hacia él. Y aunque fue un beso maravilloso, lo cierto es que yo tenía la cabeza en otra parte. Estaba intentando pensar en cómo podía volver a sacar el tema de mi padre cuando viera a mi madre. No se me ocurría ninguna estrategia que no fuera a desembocar irremediamente en una pelea.

Baruch me rodeó con un brazo e intentó besarme con lengua, algo que, para mi sorpresa, no me produjo una sensación especialmente agradable. Cuando introdujo una mano por debajo de mi camiseta, reaccioné de forma instintiva.

—¡Alto ahí! —exclamé, y rompí nuestro momento mágico.

—Lo siento —dijo, herido—. Creía que yo te gustaba.

—Y me gustas. Lo digo en serio.

—Entonces, ¿qué pasa? —me preguntó, sacando las llaves del bolsillo.

—No lo sé... —dije, intentando comprender lo que estaba ocurriendo. Al final llegué a la conclusión de que la mejor solución era mentir—. Es que no me gusta hacerlo aquí —dije, mirando la casa—. ¿Y si viene alguien?

—Hay una habitación... —expuso Baruch—. No quiero ser... ya sabes... pero hay una habitación.

—¿Una habitación?

—En el hotel. Hay una habitación vacía. De hecho, hay un par. Podría intentar conseguir la

llave. Si quieres, nos quedamos ahí. ¿Cogemos un par de cervezas en la tienda y las tomamos ahí...?

—Ah —dije mientras procuraba imaginarme la escena, pero acabé enfadándome conmigo misma al darme cuenta de que era incapaz de recrearla. Soñaba con pasar la noche con él desde el primer momento en que lo había visto, pero justo cuando se presentaba la oportunidad, el deseo y la pasión se habían desvanecido. Lo único que quería, lo único en lo que podía pensar, era en volver a mi apartamento para hablar con mi madre y contarle todo lo que había averiguado. Y si aquello no era posible, me atraía más la opción de estar un rato a solas para meditar sobre lo que había descubierto, mucho más que un revolcón rápido con Baruch.

¡Qué complejo es el deseo! Al menos para mí. Quizá, como las mujeres estamos acostumbradas a hacer varias cosas a la vez, es inevitable que otros pensamientos acaben imponiéndose. En mi experiencia, en el caso de los hombres, el deseo siempre anula cualquier otro pensamiento. Dudo que ningún hombre, a lo largo de la historia de la humanidad, haya tenido que hacer un gran esfuerzo para concentrarse en el sexo.

—Hoy no puedo —expuse después de tomar la decisión de que era mejor mentir—. Tengo que ver a mi madre por lo de la discusión.

—Vale —dijo Baruch, que montó en la moto y la arrancó con algo más de intensidad de lo que era habitual en él.

—De verdad que me gustaría —le aseguré levantando la voz para que me oyera a pesar del estruendo del motor—, pero esta noche no puede ser. Lo siento.

—No pasa nada.

Sin embargo, a juzgar por la falta de contacto visual y la velocidad a la que nos pusimos en marcha, yo sabía que algo sí pasaba.



Eran solo las once cuando me dejó en casa, pero mamá ya estaba en la cama.

Le pregunté con un susurro si dormía, y me respondió con un leve ronquido que me pareció de lo más falso que había oído en mucho tiempo.

Cuando ya me había puesto el pijama y estaba preparada para acostarme, decidí hacer un último intento y asomé la cabeza. Sin embargo, tampoco obtuve respuesta alguna, por lo que tras admitir que la conversación tendría que esperar hasta la mañana siguiente, cerré la puerta y me senté en mi cama.

Pensé en Baruch durante un rato y me pregunté qué diablos me pasaba, por qué mi deseo se había desvanecido en el preciso instante en que él había intentado seducirme. Tras una serie de complejas operaciones mentales, me arrepentí de no haber aceptado su oferta, pese a saber que me habría resultado imposible hacerlo.

Fue entonces cuando aparté la sábana y encontré la nota de mamá. Estaba escrita en la parte posterior de un folleto de viajes en barco por la isla y decía: «Siento haberme comportado como una vieja cascarrabias. Si quieres, pregúntamelo otra vez mañana y te lo cuento. Te quiero mucho. Mamá».

Se me pasó por la cabeza la posibilidad de llamar a Baruch. Porque lo único que tenía claro en ese instante era que no iba a poder pegar ojo. Sin embargo, la idea de usarlo como distracción porque no podía dormir me pareció un poco egoísta, supongo.

CAPÍTULO 14

LAURA

En cuanto abrimos la puerta, Lena nos informó, fregona en ristre, de que teníamos que irnos de inmediato porque a las doce iban a llegar nuevos huéspedes. Así pues, cuando aún no habían pasado diez minutos, estábamos junto al ciclomotor de Leif, preguntándonos cuál iba a ser nuestro siguiente paso.

—Bueno —dijo él, con una sonrisa en los labios.

Esa mañana no había nada en el mundo que pudiera borrarlos la dicha de la cara a ninguno de los dos.

—Bueno... —repetí, cogiendo el casco que me había ofrecido.

—¿Estás preparada para enfrentarte a Conor? —me preguntó—. ¿O prefieres ir a comer algo antes?

—Quiero comer —respondí sin pensármelo dos veces. Las últimas doce horas habían sido mágicas y no podía soportar la idea de que acabaran—. Pero también tengo que cambiarme de ropa. Esta camiseta empieza a oler.

Leif asintió con gesto pensativo.

—Podríamos ir de pícnic a la playa —propuso—. Así no necesitamos más *ropas*.

No pude contener la risa al oír aquel extraño plural.

—Claro, podemos cambiarnos de *ropas* por la noche.

No tuvo que esforzarse demasiado para convencerme.

Llegamos a las afueras de Oia y paramos en la primera tienda que encontramos. Sin embargo, estábamos demasiado cerca para sentirme cómoda. Hasta el momento yo me había sentido en una burbuja de felicidad y estaba como medio ida por la falta de sueño, pero sabía que en cuanto viera a Conor, si eso llegaba a suceder, mi burbuja desaparecería.

A pesar de todo, la visita a la tienda transcurrió sin problemas y a las doce ya estábamos en la playa, que parecía un lugar muy distinto a plena luz del día, pero no por ello menos bonito. Y lo mejor de todo es que volvíamos a estar solos.

Comimos queso con pan, unos tomates dulcísimos, como no los había probado jamás, y luego nos bañamos en la orilla. Más tarde nos sentamos a la sombra en un extremo de la playa, junto al acantilado, y lanzamos un suspiro de alivio al comprobar que la pareja que había aparecido en el camino que había más arriba daba media vuelta y regresaba por donde había llegado.

La conversación fluyó plácidamente: yo le hablé de mi época en el colegio y de Abby, y él de sus estudios y de cómo era la vida en general en Noruega. Fue entonces cuando se apoderó otra vez de mí esa sensación de encontrarme en el lugar correcto, en el momento correcto. Una

sensación que no me abandonó en todo el día.

Creo que hasta entonces nunca había reparado en ello, pero esa tarde comprendí que yo era una persona que vivía en un estado de nerviosismo constante, siempre estaba alerta. No era habitual que me sintiera cómoda conmigo misma o con mi entorno. Siempre estaba alerta, atenta a cualquier tipo de amenaza o peligro, y los hechos y la gente me habían demostrado que hacía bien en guiarme por esa actitud porque, supongo, no tenía muy buen juicio. Sospecho que una gran parte de esto se debía a la educación que había recibido, que no podía definir como relajada o feliz. A buen seguro, no había ayudado demasiado el hecho de que mi madre me hubiera criado sola durante tanto tiempo. Sin embargo, no fui consciente de ello hasta que pude abordar mi vida desde la perspectiva que me ofrecía aquel nuevo estado de relajación total y absoluta, casi infantil, acompañada de alguien en quien podía confiar ciegamente.

Nadamos juntos, cogimos piedras de colores del mar y exploramos ambos extremos de la playa. Nos sentamos uno al lado del otro, en la orilla, observando a los peces que nos mordisqueaban los dedos de los pies y nos sentimos, creo, como dos seres inocentes que estaban descubriendo el mundo juntos.

En dos o tres momentos nos dijimos que debíamos ponernos en marcha. No había duda de que cada vez apremiaba más la necesidad de recuperar el pasaporte, de que había llegado el momento de irme de la playa y enfrentarme a mi problema. Pero siempre acabábamos fracasando en nuestro intento. «Un último baño», decía uno de los dos, y el chapuzón daba paso a más juegos en la arena, a un abrazo o un beso, y luego a una siestecita.

Ya habían dado las seis cuando por fin nos pusimos en marcha. Metimos la ropa mojada en la mochila de Leif, nos cogimos de la mano y cruzamos «nuestra» playa por última vez.

En el trayecto de vuelta pasamos por delante de las habitaciones de Lena y me pregunté quién debía de alojarse allí ahora. Ojalá disfrutaran de una experiencia maravillosa como la que habíamos vivido nosotros. Un poco más adelante se encontraba la taberna con terraza que también habíamos visitado, y al pasar por ahí Leif aminoró la marcha y se detuvo en la cuneta.

—Tenemos que hablar —me expuso muy serio—. Debemos acordar lo que le vamos a decir a Conor.

Asentí. Yo también había estado pensando en ello, pero como cualquier discusión con Conor acabaría derivando en una discusión sobre todo lo demás, el mero hecho de pensar en ello me daba náuseas. Sin embargo, sabía que Leif tenía razón.

El bar estaba casi vacío otra vez. Había las mismas tres personas, pero en esta ocasión solo nos saludó el camarero. El cocinero y el dueño parecían demasiado absortos en su partida de backgammon.

—Bueno, ¿qué le diremos? —preguntó Leif.

Tomé un sorbo de mi bebida. Me estaba costando una barbaridad concentrarme un poco para pensar en Conor, en mi pasaporte o en todo lo demás. Lo único que deseaba era perderme en los ojos azules de Leif.

—Si está ahí, le pediré que me devuelva mis cosas.

—Si está ahí —repitió Leif—. ¿Qué día tienes el vuelo de vuelta a Inglaterra?

Aquella pregunta me cayó como un mazazo. Hasta entonces me había negado a pensar en el viaje de regreso porque el simple concepto de que aquellos días llegaran a su fin me resultaba de una crueldad indecible.

—El cinco. Pasado mañana, ¿no? —pregunté.

Leif asintió.

—No tenemos mucho margen, así que habría que solucionarlo hoy mismo. Si no está ahí,

deberíamos ir a la policía.

—¿La policía?

—Quizá puedan requisarle el pasaporte que dejó en el hotel y devolvérselo cuando hayamos recuperado el tuyo.

Lo que Leif decía tenía todo el sentido del mundo, pero aun así me horrorizaba la posibilidad de involucrar a la policía.

—¿Crees que hay comisaría en Santorini? —pregunté—. No he visto ninguna.

—Yo tampoco no he visto ninguna —admitió él.

—«Tampoco he visto» —lo corregí.

Estiré el brazo y le cogí la mano sobre la mesa. Incluso la separación que nos imponía el mobiliario me resultaba insoportable. El viaje de vuelta a casa sería una tragedia.

—Vaya, creo que nunca aprenderé eso de la doble negación —dijo Leif entre risas.

—No le des más vueltas. Si dices «tampoco», luego no puedes añadir un «no».

—¿Y qué hay de lo nuestro? —preguntó, sin prestar demasiada atención a mis explicaciones gramaticales—. ¿Se lo vamos a contar a Conor?

El corazón me dio un vuelco al oír ese «nuestro» en boca de Leif.

—No —respondí, estrechándole la mano entre las mías. No quería que la burbuja mágica en la que vivíamos estallara por culpa de la opinión de Conor—. No es asunto suyo.

—Me parece bien.

—¿Y qué...? —intenté preguntar, pero no pude acabar la frase. Me aterraba la posibilidad de no ver a Leif otra vez cuando nos fuéramos de Grecia y por eso prefería no saber la respuesta.

—¿Qué pasará con nosotros luego? —dijo él, como si me hubiera leído el pensamiento.

Asentí con la cabeza y me mordí el labio.

—Nos escribiremos —expuso Leif—. Hablaremos por teléfono. Y siempre podemos tomar un avión, supongo.

—¿Eso crees?

—No lo creo. Lo sé. Yo te enseñaré Noruega y tú, Inglaterra.

Durante unos segundos me pregunté cómo iba a explicárselo a mi madre, pero preferí no darle más vueltas al asunto. Todo lo que pudiera complicar mi futuro con Leif, que ya era bastante complicado de por sí, me provocaba un intenso dolor de cabeza. Era como una de esas migrañas que notas en torno a un ojo, y la única forma que tenía de enfrentarme a ello pasaba por ignorar la causa del dolor.

—Me encanta este lugar —comenté mirando al sol, que había iniciado el descenso hacia el horizonte para agasajarnos con el maravilloso espectáculo de luz y colores que nos ofrecía cada atardecer.

—Lo sé —dijo Leif, que me cogió de la mano—. A mí también me gusta mucho, pero tenemos que ponernos en marcha.

Regresamos lentamente hacia el ciclomotor, no sin antes echar un último vistazo al mar. El sol se estaba transformando en una enorme bola roja.

Permanecimos inmóviles, disfrutando del espectáculo.

—Qué rápido avanza —comenté—. Da la sensación de que casi puedes ver cómo se mueve.

—¿Crees que hará un ruido de «fssss» al entrar en contacto con el mar? —preguntó Leif.

—Tiene toda la pinta. Y de ser así, freirá unos cuantos peces.

—Mmm, sopa de pescado —dijo Leif.

Nos miramos a los ojos y nos besamos. Cuando nuestros labios se separaron, el sol ya

había perdido una parte de la base, sumergida bajo el horizonte.

A medida que nos aproximábamos a Oia, una asombrosa paleta de tonos púrpura y rojo se extendía en el cielo. Una de las cosas más increíbles de Santorini era su capacidad de mejora constante. Cada vez que creías que habías visto la escena más bonita, te esperaba una mejor a la vuelta de la esquina.

Cuando llegamos a las afueras del pueblo, le señalé la puesta de sol a Leif. No quería que se la perdiera.

—¿La has visto? —le grité.

—Sí, es preciosa —contestó.

Al llegar al siguiente cruce, Leif se paró.

—Es por ahí —le dije, convencida, como una tonta, de que se había perdido.

—Lo sé —dijo—. Es que me estaba preguntando... ¿Crees que tenemos tiempo para ir un poco más allá, hacia el norte? Me gustaría tomar una foto de este momento. Quiero una foto tuya de este día.

—Vamos, pero date prisa.

El sol estaba a punto de desaparecer y me pareció que sería una pena dejar escapar ese momento final, el más glorioso del día.

Leif aceleró y nos dirigimos hacia el norte de Oia a toda velocidad.

Cuando llegamos al extremo más septentrional de la isla, se detuvo en un cruce. A la izquierda había una pista de tierra.

—Creo que dejaré la moto aquí. El camino está en muy mal estado.

Me quité el casco y Leif lo guardó en la maleta después de sacar la cámara.

—Ven —me dijo—. No queda mucho tiempo.

Cuando le cogí la mano apareció un buggy de playa que frenó bruscamente junto a nosotros, en la carretera.

—¡Vaya, así que aquí estás! —gritó una voz, y cuando me di la vuelta vi a Mike—. Conor te ha estado buscando por todas partes.

—Ah, hola, Mike —dije, más que nada para que Leif supiera quién era—. Y no, no me ha estado buscando por todas partes. Porque hace días que no lo veo.

—Está preocupado por ti.

Solté una carcajada amarga al oír sus palabras.

—Pues es verdad —insistió Mike.

—¿También estaba preocupado por Candy, Anthea o como se llamara? —pregunté.

Mike hizo una mueca como si de pronto tuviera dolor de muelas.

—Bueno, no sé de qué te quejas, creo que tú también has encontrado a alguien con quien pasar el rato, ¿no? —adujo, señalando a Leif con la cabeza.

—Es Leif —le dije—. Un amigo.

Leif dio un paso al frente y le tendió la mano, pero Mike no le hizo ni caso y dirigió la mirada hacia la carretera.

—He de verlo, Mike. Tiene mi pasaporte. ¿Sabes dónde está?

—¿En serio? —preguntó Mike como si no lo supiera—. No me digas que tiene tu pasaporte. Vaya. Pues la última vez que lo vi estaba en tu hotel.

—¿Cuándo?

Mike se encogió de hombros.

—Hará una hora, quizá dos.

—Si lo ves, dile que me espere, que voy hacia ahí —le pedí.

Mike asintió.

—Sí, ya lo creo que le diré que te he visto.

—Gracias.

—Bueno, será mejor que me ponga en marcha —dijo Mike—. Tengo que devolver el buggy y tomar el barco nocturno, porque como lo vuelva a perder, mi mujer me pedirá el divorcio.

Cuando se fue, guardamos silencio durante un rato.

—¿Quieres ir directa al hotel? —preguntó Leif al cabo de unos segundos.

—No. Primero tomamos la foto y luego nos vamos.

El hecho de saber que Conor estaba en el hotel había despertado todos mis temores y ahora tenía aún menos ganas de volver. Pero como no tenía pasaporte, no podía separarme de Leif, algo que ahora me parecía más positivo que negativo.

El camino de tierra se abrió paso entre dos casas a medio construir. La planta baja estaba hecha, pero no había ventanas ni puertas. En los tejados vi que asomaban unos puntales de acero y Leif me explicó que eran para construir otra planta en el futuro.

—No pagan impuestos hasta que no se acaba —me dijo—, por eso siempre dejan otro piso a medias.

El borde del acantilado estaba más lejos de lo que parecía en un principio, y no tardamos en empezar a lamentar haber ido a pie, sobre todo porque después de dejar atrás los dos edificios en construcción, el camino de grava mejoraba considerablemente.

Caminamos en silencio, con la cabeza ladeada a la izquierda para disfrutar del increíble cielo.

—¿Quieres que vuelva a por la moto? —se ofreció Leif—. A este paso, cuando lleguemos...

—No, no pasa nada —dije, y le estreché la mano—. Este lugar es precioso.

De hecho, era más que precioso, pero tenía miedo de expresar lo que sentía para no echar a perder el perfecto equilibrio del momento. Por primera vez en la vida, sentía una esperanza pura y auténtica. Era un sentimiento nuevo que se había apoderado de todo mi ser.

Supongo que hasta ese momento mi vida había sido más bien lamentable. En la actualidad, a mi madre le habrían diagnosticado algún tipo de enfermedad mental, quizá hasta estaría sometida a un tratamiento especial, pero por aquel entonces sus constantes cambios de humor, sus arrebatos de ira nunca me habían parecido algo anormal. Sí, era consciente de que había tenido una infancia algo dura, quizá, pero no me había sentido maltratada. Al ser lo único que había conocido, para mí era lo normal. Sin embargo, en ese entorno, nunca había albergado demasiadas esperanzas de llegar a ser feliz. Y tan solo veinticuatro horas antes, me había parecido poco menos que imposible imaginar una vía de escape, un futuro que me resultara mínimamente atractivo.

Pese a ello, ahí estaba, caminando de la mano con el hombre más bondadoso de la Tierra, un hombre guapo, amable, atractivo y protector al que, por algún motivo que no alcanzaba a comprender, yo también le gustaba.

De pronto se abrió un gran abanico de posibilidades ante mí, podía albergar esperanzas de cara al futuro y tenía ganas de gritar al mundo lo feliz que era. Tenía ganas de dar saltos de alegría. Pero me contuve. Me limité a estrecharle la mano a Leif y parpadeé con fuerza para contener las lágrimas.

—¿De verdad tienes que volver a casa el cinco? —me preguntó cuando debíamos de haber caminado unos cien metros. Intentaba fingir que era capaz de mantener la calma, pero había un deje de apremio en su voz que lo delataba.

—Me temo que sí.

—¿Te temes?

—Tengo ciertas obligaciones.

—¿Tu trabajo?

—Bueno, no empiezo a trabajar hasta el nueve —admití—, pero los vuelos y todo lo demás... no sé cómo cambiarlos. O cuánto me costaría.

—A lo mejor yo podría echarte una mano —dijo Leif.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Cuándo tienes el vuelo de regreso a Noruega?

—Me voy en barco —me dijo—. Mañana.

—¿Mañana! —exclamé horrorizada al conocer la noticia—. ¿A qué hora?

—Por la mañana —respondió—. A las diez. Pero no me apetece nada tomar ese barco.

—¿Ah, no?

—No. Creo que quiero quedarme más tiempo aquí.

—¿De verdad?

—Me he enamorado de ti —dijo Leif—. De modo que sí, de verdad.

Me detuve y le cogí de las manos. Lo miré a la luz crepuscular y pensé, por un instante, que iba a ponerme a llorar. Porque era la primera vez que alguien me decía esas palabras. O que me las decía y era creíble.

—De modo que si me quedara... —prosiguió—, ¿tú podrías?

—No lo sé —contesté y, resistiendo el deseo de ponerme a dar saltos de alegría, seguí andando—. Supongo que podría quedarme un poco más. Siempre que pueda cambiar el vuelo.

—¿Un poco?

—Unos cuantos días, sí.

—¿Unos cuantos días es más que un poco? —preguntó.

—Sí —respondí—. Imagino que sí.

—Pues entonces me alegro —concluyó. Se dio la vuelta y me miró con una amplia sonrisa.

Miró la hora y me preguntó si no estábamos tardando demasiado, si no quería irme.

—No, tengo miedo —admití—. Tengo miedo de volver. Tengo miedo de Conor. Tengo miedo de que este momento llegue a su fin. Así que todo lo que me sirva para retrasar ese momento me vale.

—No tengas miedo de Conor —declaró Leif—. Nunca permitiré que te haga daño, ¿de acuerdo? No permitiré que nadie te haga daño.

—Gracias —dije, aunque me pregunté si alguien tan flaco como Leif, por muy valiente que fuera, podría pararle los pies a Conor, que tenía la fuerza de un toro.

—¡Vaya! —exclamó Leif.

Habíamos llegado al final del camino, donde la grava desaparecía entre la maleza. Solo Dios sabía adónde había conducido ese sendero en el pasado, porque en ese momento llevaba a algún punto que quedaba bajo el mar. El acantilado había sufrido un desprendimiento y ahora la pista terminaba abruptamente.

Nos cogimos de la mano para sentirnos más seguros, nos acercamos hasta el borde y miramos abajo, a las olas que rompían contra las rocas, antes de retirarnos a una distancia prudencial para que Leif pudiera tomar sus fotos. Sacó dos o tres de mí con la puesta de sol a mi derecha y luego yo saqué una de él. Después pusimos la cámara sobre una roca y activamos el temporizador para sacarnos un divertido selfi. Recuerdo que me pregunté si sería esa la foto que tendríamos en la repisa de la chimenea, la foto que perdería el color a medida que envejeciéramos juntos. Era el pensamiento más feliz que había tenido jamás y, en ese momento, me parecía del todo factible. Mi vida entera parecía haberse transformado.

El sol se había puesto casi por completo, solo asomaba la corona en el horizonte, pero el cielo se había teñido de un color increíble. Era como si alguien hubiera colgado una paleta de colores y luego la hubiera rociado con disolvente para mezclarlos. Parecía que tenía ante mí todas las tonalidades concebibles, dispuestas en el firmamento en franjas horizontales que tendían al azul añil del cielo nocturno.

—Me recuerda a los fiordos de Noruega —comentó Leif, que levantó una mano y la movió imitando el vaivén de una ola para señalar el perfil irregular de la costa.

—Es precioso —dije—. Me gusta la costa cuando es así.

—Entonces viviremos en un lugar con vistas a un fiordo —declaró Leif—. Creo que te gustaría una casita en la orilla.

Le confesé que no sabía qué significaba exactamente la palabra «fiordo», y él me explicó que era un lugar en el que el mar se adentraba en la irregular costa noruega, a veces cientos de kilómetros, lo que creaba un vastísimo lago de agua salada.

Mi corazón empezó a latir desbocado cuando oí aquel «viviremos», pero todo aquello casi me superaba, demasiadas esperanzas que asimilar, por ello decidí responder con ironía, para quitarle un poco de hierro a la situación.

—Humm, no sé yo. Me dijiste que hacía mucho frío, que llueve cada día, y yo necesito el sol, soy un lagarto. No sé si podré conformarme con tus fiordos.

—Entonces viviremos donde tú quieras —contestó Leif, que me dio un suave golpe con la cadera. Yo apoyé la cabeza en su pecho y él me rodeó con un brazo para estrecharme con más fuerza.

—Quiero quedarme aquí para siempre —le dije, entregada al suave vaivén de sus brazos.

—Pues viviremos aquí —propuso entre risas—. Viviremos en un lugar con vistas a los fiordos de Santorini.

Y aunque yo sabía que eso era imposible, aunque sabía que no era más que una fantasía, señalé una casa que se veía a lo lejos.

—Ahí. Quiero vivir ahí.

—Pues ahí es donde viviremos.

—Vale —dije, intentando volver a la realidad de nuestro presente—. Empieza a oscurecer.

—Sí —concedió Leif con un deje de tristeza.

—Tenemos que ponernos en marcha.

Cuando ya nos habíamos dado la vuelta para irnos, lancé una última mirada atrás, pero el sol ya se había puesto y los colores se habían difuminado casi por completo. Me embargó una sensación de melancolía y pensé con gran tristeza en el hecho de que no podría revivir ese día.

De repente un destello de luz me llamó la atención, algo que avanzaba entre la maleza, y cuando me di la vuelta para mirar, Leif me estrechó la mano. Aún no entiendo cómo o por qué, pero ambos notamos que había algo raro en el coche que se dirigía hacia nosotros por el camino de grava.

Ya casi había oscurecido, solo el resplandor de los últimos rayos de sol iluminaba el paisaje, y los faros del coche que circulaba por el camino irregular se movían de un lado a otro como un reflector.

De pronto el ambiente, quizá por las connotaciones de los faros, ninguna buena, se había vuelto siniestro.

—¿Mike? —me pregunté.

—Es un coche, no un buggy —adujo Leif.

Oíamos el motor, que pegaba un acelerón cada vez que salía de una curva.

—¿Pueden ser unos ladrones de coches que se estén divirtiendo?

—No lo sé —respondió Leif, muy serio—, pero esto no me gusta nada.

—Van muy rápido... —dije. El coche había dejado atrás las casas en construcción y podíamos oír perfectamente el ruido de la grava aplastada por los neumáticos—. ¿Deberíamos escondernos? —pregunté, observando el paisaje desolador. El árbol más cercano estaba a treinta o cuarenta metros y era tan pequeño que no nos permitiría ocultarnos.

—No —respondió Leif—. No es necesario. Pero me preocupa que el coche...

—¿Caiga por el acantilado? —pregunté en el preciso momento en que Leif decía «Caiga al mar».

Estaba a menos de cien metros y no mostraba ninguna señal de que fuera a parar, de modo que me situé en el centro de la pista y empecé a agitar los brazos. Al cabo de unos segundos, Leif me siguió y se puso a dar saltos de un lado a otro, intentando situarse en el haz de luz de los faros.

El coche no frenaba. Daba la sensación de que el conductor no nos veía a nosotros ni el acantilado, por lo que nos pusimos a gritar.

—¡Para! ¡Para! ¡Para!

Al final nos vio. Dio un volantazo y derrapó los últimos veinte metros.

Leif me apartó y yo me llevé las manos a la boca, observando aterrorizada cómo avanzaba inexorablemente hacia el borde.

¿Sabes cuando la gente dice que ha sido testigo de un hecho que se ha producido a cámara lenta? Pues es verdad. Es la sensación que tuve yo. Contuve la respiración, vi que el coche derrapaba hacia el borde y entorné los ojos, ya que no quería ver lo que estaba a punto de ocurrir.

Cuando pasó frente a nosotros, algo más lento, reconocí el coche de alquiler de Conor, que era quien iba al volante.

El vehículo se detuvo, literalmente, en el borde del acantilado. Creo que fue el último arbusto lo que lo detuvo, lo que posibilitó que los neumáticos tuvieran algo más de agarre. Y a pesar de todo lo que sentía por Conor, eché a correr y di un grito ahogado.

—¡Conor! —dije cuando salió del coche. Vi enseguida que estaba borracho.

—¡Joder! —exclamó él, frotándose la nariz y resoplando. Observó el vacío que se abría ante el coche y se volvió hacia mí—. ¡¿Qué diablos haces aquí?!

—Has estado a punto de caer al mar —intervino Leif, que se había situado a mi lado con un gesto protector—. Teníamos miedo de que no pudieras parar a tiempo.

—¿Y tú quién coño eres? —preguntó Conor, que se puso en guardia al verlo—. ¿Eres el amiguito del que me ha hablado Mike?

—Soy Leif —respondió, y le tendió la mano.

Conor rechazó el gesto con una mueca de asco y miró hacia el coche, como si se hubiera olvidado algo dentro.

Seguí su mirada, creo que ambos lo hicimos, y vimos el interior del vehículo, una auténtica pocilga: estaba lleno de bolsas de patatas fritas, envoltorios de sándwiches y cervezas vacías por todas partes. La luz interior emitía un cálido brillo.

Entonces Conor le dio un puñetazo. Ni Leif ni yo lo vimos venir, ninguno de los dos se imaginó que esa pudiera ser su reacción, un gesto del todo incongruente después de haber mirado el coche. Pero eso es lo que ocurrió. Se volvió hacia el vehículo y cuando se dio la vuelta para mirarnos de nuevo, le soltó un puñetazo a Leif que lo alcanzó en el pómulo y lo tiró al suelo.

—¡Conor! —grité, pero él ya me había agarrado de la mano y me arrastraba en dirección a la puerta del acompañante.

—Tú te vienes conmigo —me dijo en tono amenazador—, zorra.

—Pero... ¡Conor! —grité, pugnando por zafarme de él mientras intentaba ver si Leif se encontraba bien, pero descubrí que aún no había logrado ponerse en pie—. ¿Qué... qué... haces? —pregunté entrecortadamente mientras me arrastraba a la parte posterior del coche—. ¡CONOR! Suéltame... —grité al ver que quería abrir la puerta. Frustrada, le di un bofetón, pero no se dio ni cuenta. Fue como si una mosca hubiera chocado contra un elefante.

Di un salto y de una patada logré cerrar la puerta que había logrado entreabrir. Su reacción fue zarandearme del brazo, igual que un padre zarandea a un hijo que no se comporta al cruzar la calle, aunque él lo hizo con tanta fuerza que por un momento pensé que me había dislocado el hombro. Perdí el equilibrio, pero Conor me obligó a levantarme y abrió la puerta al mismo tiempo. Desesperada, le di una patada en la espinilla y me sentí muy orgullosa de mi gesto, ya que había logrado que permaneciera inmóvil durante un segundo. De hecho, lanzó un grito y se inclinó hacia delante. Cuando se irguió, su boca había formado una mueca que no presagiaba nada bueno.

—¡Maldita zorra estúpida! —masculló en voz baja.

Soltó la puerta para agarrarme del pelo cómodamente con la mano izquierda. Y en el momento en que me dio un sonoro bofetón, Leif reapareció detrás de él.

—Déjala en paz —exigió, aunque con su acento escandinavo la orden sonó como una pregunta.

Conor se detuvo, algo que no me esperaba. Me miró fijamente a los ojos. Con la respiración agitada y una sonrisa amarga en los labios, se volvió hacia Leif.

—¿Quién... coño... eres? —le preguntó.

—Soy Leif —repitió, con un tono que sonaba total e incongruentemente razonable—. Estoy enamorado de Laura. Ya no te quiere, así que puedes irte a casa. Esto se ha acabado.

A Conor le pareció una respuesta hilarante, pero su risa me heló el alma.

—Vaya, de modo que estáis enamorados —soltó en tono burlón—. Estás enamorado de esta... de esta... —Me levantó la muñeca para presentar al objeto de la conversación—. Pero eso es una historia muy distinta, ¿no crees?

Leif asintió.

—Aquí nadie quiere peleas, Conor. Podemos hablar del tema como adultos, ¿no es cierto? —Leif se acercó a Conor con aire intrépido, convencido de que los miles de años de civilización humana servirían para poner fin a aquel malentendido intrascendente. Levantó las manos como un negociador que se aproximara a un hombre armado—. Vamos a mantener la calma, ¿vale? —¿Sabes qué? —dijo Conor—. Me gustaría charlar contigo de todo esto.

Me apartó a un lado con tanta fuerza que me tiró al suelo.

—Vete, Conor —le dije mientras intentaba ponerme en pie—. Vete, por favor.

Sin embargo, él volvió a responder a mis súplicas con más risas.

—Así que Leif, ¿no? —añadió, y dio un paso al frente para situarse ante él—. ¿Qué mierda de nombre es ese? —preguntó con un tono falsamente amistoso, casi jovial.

Leif se encogió de hombros.

—El mío.

Conor me miró y me dirigió una sonrisa tan amplia que vi el brillo de sus dientes a la luz de la luna. Entonces, echando mano del mismo truco que había utilizado hacía unos minutos, se volvió hacia Leif y, con un movimiento brusco y del todo inesperado, le dio un cabezazo en la nariz que lo hizo retroceder varios pasos.

—¿Es verdad? —preguntó, y aprovechó el momento de desconcierto para situarse sobre Leif, que estaba tirado en el suelo tapándose la nariz, intentando frenar la hemorragia. Se inclinó hacia delante y lo agarró del cuello de la camiseta. Entonces me miró—. ¿Es verdad? —preguntó

a gritos.

—¿Qué es verdad? —dije yo con un hilo de voz, intentando hacerme oír a pesar de las lágrimas.

—Que sois pareja. Que estás saliendo con este idiota.

—No —mentí, con la esperanza de que sirviera para ayudar a Leif. Pero Conor le dio un puñetazo en el pómulo.

—Sí —dijo Leif con valentía y, quizá, estupidez—. Sí, es verdad.

Conor hizo una mueca, como si las palabras de Leif le hubieran provocado una punzada de dolor en la mandíbula.

—¿Qué te hace pensar que estoy hablando contigo? —espetó, y le asestó otro fuerte puñetazo.

Me miró y me preguntó con una calma escalofriante:

—Te lo vuelvo a preguntar. ¿Es verdad?

—Sí —dije, probando suerte con otra respuesta—. Sí, le quiero. Déjalo en paz, por favor, y vete antes de que llamemos a la policía.

—¿A la policía? —dijo Conor, con una mueca horrible. Miró alrededor para dejar en evidencia lo solos que estábamos e hizo un ruido con los labios—. La policía —repitió—. Claro, adelante.

Se volvió hacia Leif y, cuando vi que levantaba de nuevo el brazo, me abalancé sobre él. Lo agarré del cuello con todas mis fuerzas, pero no logré detenerlo. Lo golpeó de nuevo y esta vez sentí el impacto, que reverberó en el cuerpo de Conor y llegó hasta el mío.

Intenté darle patadas en las piernas, repetir el éxito de la anterior patada en la espinilla, pero Conor siguió como si yo no estuviera ahí, o más exactamente, como si la situación le resultara de lo más divertida, como si fuera el padre en una fiesta de cumpleaños infantil y jugara con todos los niños dejando que se le colgaran del cuello.

Cuando se cansó de darle puñetazos a Leif en el suelo, lo puso en pie y se inclinó hacia atrás para golpearlo de nuevo. En ese momento lo agarré del brazo y lo desequilibré con todo el peso de mi cuerpo.

Conor trastabilló, soltó a Leif, pero recuperó el equilibrio y me dio un fuerte golpe con el dorso de la mano.

Creo que perdí el conocimiento durante unos minutos. Al caer al suelo me había golpeado en la nuca y cuando alcé la mirada, Conor había agarrado a Leif de nuevo del cuello y le estaba dando la vuelta para verle bien la cara a la luz de la luna.

Leif tenía un aspecto horrible y rompí a llorar desconsoladamente. Le había destrozado la cara. Le sangraba la nariz y le había abierto el pómulo.

—No te tengo miedo —dijo Leif, y vi que también tenía los dientes ensangrentados.

Para mi sorpresa, Leif logró darle un puñetazo en el ojo, pero aunque le sacaba sus buenos veinticinco centímetros de altura, el golpe fue tan efectivo como mis manotazos. Cuando Conor estaba fuera de sí, se convertía en una bestia. Era como enfrentarse a un rinoceronte.

—¡Déjalo! —supliqué—. Me iré contigo, Conor. Lo siento. Haré lo que quieras. Pero para...

Sin embargo, era como si estuviera siguiendo un plan predeterminado, como si hubiera activado un piloto automático mortal, porque agarró a Leif como si fuera un muñeco de trapo y le asestó otro puñetazo certero.

Yo no podía parar de llorar, de sollozar, por lo que mi presencia era aún más inútil de lo habitual. Mientras Conor seguía golpeando a Leif en el estómago y la cara, de forma regular y bien

calculada, yo me arrastraba por el suelo buscando un arma con que golpearlo. Sin embargo, no podía evitar dirigir la mirada hacia ellos cada vez que le asestaba un nuevo puñetazo.

—Conor... por favor... —dije entre lágrimas—. Por favor. Como sigas así acabarás matándolo.

En ese momento Conor dejó caer a Leif al suelo como si fuera un peso muerto. Se puso encima de él y le volvió la cabeza para enderezarla. Por un instante pensé que se había acabado. Pensé que al verlo en el suelo se daría por satisfecho. «Quédate ahí —pensé—. No te levantes».

Sin embargo, Leif se puso de lado, luego a gatas. Empezó a arrastrarse. Fue entonces cuando Conor empezó a darle patadas, retrocedía un par de pasos para coger impulso y luego le clavaba la puntera de la zapatilla en el estómago, en las nalgas o en la espalda, con toda la precisión y fuerza de un futbolista que chutaba un penalti.

Me abalancé sobre ellos y empecé a darle puñetazos a Conor en la espalda, pero fue en vano.

—Para —le supliqué—. Por favor... por favor... ¡para!

Sin embargo, volvió a apartarme a un lado con tanta fuerza que choqué contra el coche.

Leif estaba a cuatro patas, intentando huir desesperadamente, pero Conor corrió hacia él y le asestó un puntapié en el costado.

Leif se hizo un ovillo.

—Vale —dijo entre lágrimas—. Vale, tú ganas.

Aquella reacción hizo que Conor estallara en carcajadas.

—He ganado, ¿verdad? —preguntó, mostrando una mueca de desprecio.

Leif, que había levantado los brazos para protegerse la cabeza, asintió con un gesto débil.

—Tú ganas —repitió—. Se ha acabado.

Conor dio un resoplido.

—Pues esto no ha hecho más que empezar, amigo —replicó.

Entonces lo agarró de la camiseta y lo obligó a ponerse en pie.

—¡Conor, lo matarás! —grité.

—Esa es la idea —replicó, con una sonrisa en los labios.

Fue entonces cuando comprendí que era cierto. Hasta ese momento solo habían sido palabras, pero entonces me di cuenta de que Conor no pararía hasta matarlo. En ese preciso lugar. En ese preciso instante. Ante mis ojos. Y por mucho que lucháramos, suplicáramos o nos diéramos por vencidos, su propósito no iba a cambiar. Si yo no hacía algo, mataría a Leif. El único hombre al que había amado de verdad simplemente dejaría de existir.

De repente sentí un subidón de adrenalina y dejé de llorar. Fue como si mi cerebro hubiera pasado a un modo desconocido hasta entonces, ultrapreciso, de una claridad diáfana. Miré a mi alrededor en busca de cualquier cosa que pudiera usar como arma y de pronto me fijé en el coche.

Al ritmo acompasado de los puñetazos de Conor, registré el interior, pero no encontré nada que pudiera servirme. Se me pasó por la cabeza la posibilidad de embestirlo, pero Conor había quitado las llaves. Pensé que quizá en el maletero habría una llave inglesa o un gato hidráulico, pero estaba cerrado.

Me levanté y examiné de nuevo la escena. No podía emplear la fuerza. Tampoco tenía un arma. Pero si recurría al ingenio, podía aprovechar al máximo la combinación de impulso y velocidad, y el factor sorpresa.

CAPÍTULO 15

BECKY

Por increíble que parezca, la promesa de mamá de que me contaría la verdad no me impidió dormir. Tuve una serie de sueños angustiosos sobre Baruch y un accidente de coche y de moto, pero dormí como un tronco, mucho más de lo que había dormido en los últimos días.

Eran las nueve y media cuando salí afuera, y el calor ya apretaba. No soplaba ni la más leve brisa.

Como todas las mañanas, me quedé mirando el asombroso azul del horizonte. Albergaba serias dudas de que alguien pudiera cansarse, o siquiera acostumbrarse, a las vistas de Oia. Debo admitir que si viviera ahí, lo primero que diría cada día al abrir los ojos sería «¡Guau!».

Estaba pensando en ello, en ese estado medio aturdido en el que una se encuentra al despertarse, y tras decidir que tenía que preguntarle a Baruch si a él le pasaba lo mismo, cerré la habitación y me dirigí al restaurante del hotel.

Vi a mamá sentada al fondo del comedor, tomando té y leyendo el *Mirror*.

—¡Buenos días! —la saludé al llegar a la mesa.

Al principio me miró sobresaltada, pero luego sonrió, dobló el periódico y apoyó las manos encima, con un gesto plácido y elegante.

—Buenos días —contestó—. Hace un día espléndido, ¿verdad? ¡Es uno de septiembre!

—Sí —dije, y recordé que aún tenía que envolver el regalo que había traído de casa—. ¿Ha ocurrido algo interesante en el mundo?

Mamá me contempló con aire de desconcierto durante unos segundos y luego volvió la vista al periódico.

—Ah, ¿lo dices por el diario? No sé, es de hace tres días, así que... Solo lo he cogido porque lo he encontrado en la mesa. ¿Has dormido bien?

Le dije que sí y me acerqué al bufet, en el que me serví una tostada, tomates asados y un huevo frito un poco gomoso. Cuando volví, la camarera ya me había llenado la taza de café.

Comí en silencio y cuando la situación se me hizo demasiado incómoda, tomé la palabra:

—Encontré...

Mamá habló al mismo tiempo que yo.

—¿Encontraste mi nota? —me preguntó.

—Sí, sí.

—Lo siento —me dijo en un tono de sincero arrepentimiento—. No... no sé... cómo abordarlo. Es un tema muy complicado. Para ti. Para mí. Para todos, en realidad. Pero a estas alturas de la vida debería resultarme más fácil. De modo que quería pedirte disculpas por lo de ayer.

Asentí con una sonrisa y seguí comiendo, convencida de que iba a abordar el tema que teníamos pendiente, pero en lugar de ello me preguntó:

—¿Te lo pasaste bien anoche? ¿Con Baruch?

Asentí y respondí después de tragar.

—Sí, estuvo bien. Me llevó a un restaurante al que solo va gente de aquí. La comida estaba deliciosa y solo nos costó diez euros por cabeza.

—¿Diez euros? —preguntó mamá—. ¡Vaya! A lo mejor podríamos ir esta noche.

Negué con la cabeza.

—Me temo que es solo para griegos. A mí me dejaron entrar porque iba con él, pero si no, me temo que no me habrían dejado pasar.

Mamá torció el gesto.

—Pues me parece un poco injusto.

—A mí lo que me parece injusto es que los griegos no tengan un salario mínimo digno que les permita comer en restaurantes normales.

—Vale, sí, tienes razón. Lo entiendo. En fin, que disfrutaste de una velada agradable, ¿verdad? Me alegro.

—Sí, estuvo bien —le aseguré, pero no me apetecía hablar de mi cita con Baruch, solo quería que dejara de marear la perdiz y fuera al grano de una vez—. En la nota... me decías que querías contarme algo.

Mamá asintió y parpadeó varias veces. Carraspeó y miró a su alrededor, como si quisiera asegurarse de que no nos escuchaba nadie. La imité, pero enseguida vi que no habíamos despertado el interés de los demás comensales.

Carraspeó de nuevo y se mordió el labio inferior.

—No sé por dónde empezar —confesó al final—. Es que no estoy muy segura de lo que quieres saber.

Me encogí de hombros y lancé un profundo suspiro. Tomé un sorbo de café mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas.

—No sé qué decirte. Solo...

—Era noruego —me soltó, un poco atropelladamente, como si las palabras fueran un tren que estaba a punto de perder—. Eso es lo que querías saber, ¿no? ¿Su nacionalidad? Bueno, pues era noruego. Era alto, delgado y rubio, como tú. Muy amable. Todo un encanto. Y era noruego.

Dejé los cubiertos en la mesa y empecé a jugar con las uñas de los dedos. Miré fijamente a mamá mientras intentaba encontrar una forma de encajar ambas historias, la de mamá y la de Baruch. Mi madre me miraba sin parpadear. Le brillaban los ojos y me pregunté si iba a llorar.

Me di cuenta casi de inmediato de que no había forma de entrelazar los dos discursos. El noruego rubio y amable de mamá no tenía nada que ver con el matón borracho inglés, eso estaba claro. Y cuando intenté decidir quién de los dos tenía más motivos para mentir, solo se me ocurrió una respuesta.

—¿Estás mejor? —me preguntó mamá, preocupada—. ¿Te ha servido de algo?

Sus palabras parecían sinceras, pero recordé que siempre había sido buena actriz.

De repente me di cuenta de que se me estaba acelerando la respiración y de que la ira se empezaba a acumular en mi interior. Me arrepentía de estar manteniendo esa conversación en un lugar tan público porque cada vez estaba más furiosa.

Estaba furiosa por todas las veces que mi madre había cortado mis intentos de hablar del tema en el pasado. Porque nunca me había resultado fácil hablar de mi padre. Siempre me había llevado varios días dar con la pregunta adecuada, y luego aún necesitaba un par más para reunir el

valor necesario para plantearla. Y cuando por fin lo lograba, mamá zanjaba la cuestión con una réplica brusca y desairada.

Estaba furiosa por la brecha que había abierto entre las dos. Porque a pesar de lo mucho que la quería, y a pesar de que durante gran parte de mi vida ella había constituido mi mundo, esa mañana comprendí, tal y como me había ocurrido con Brian, que siempre me había ocultado algo.

La tercera oleada de ira apareció de la nada, una ira que había reprimido de forma tan efectiva que ni siquiera había sido consciente de su existencia. Sin embargo, en ese momento me entregué por completo a ella, y descubrí que estaba muy enfadada por no tener padre, que estaba rabiosa por haber sido la única de mis amigas de la escuela que no tenía padre. Y también me corroía una ira insaciable por todas las triquiñuelas que me había inventado con mis padres astronautas o bomberos ficticios.

«Noruego», pensé de repente, y me vino a la cabeza que mi falso padre también había ostentado fugazmente el cargo de presidente de Noruega. ¿De ahí venía la mentira de mamá? ¿Se había puesto a pensar en un país y, al recordar mi falso padre-presidente, había elegido el primero que le había venido a la cabeza? A mí ya me parecía escandaloso que siguiera mintiéndome, pero que encima hubiera elegido una opción tan burda, me resultaba humillante.

—¿Becky? —dijo mamá, que frunció el ceño y se inclinó hacia delante para intentar tomarme la mano. Yo la aparté de inmediato y me di cuenta de que estaba llorando.

No sollozaba. No gimoteaba. Me quedé fría como el hielo, mirando a mi madre. La odiaba. La odiaba con toda el alma por primera vez en mi vida. Pero muy a mi pesar, y en silencio, estaba llorando.

Cogí una servilleta del dispensador de la mesa y me sequé las mejillas, pero no podía parar de llorar, simplemente no podía evitarlo. Era como si algo se hubiera roto en mi interior, como si sus palabras hubieran destruido una parte íntima de mi ser.

—¿Qué te ocurre, cielo? —me preguntó.

—Estoy harta —respondí en voz baja—. Estoy harta de todo esto.

Mamá me dirigió una mirada confusa, de modo que continué explicándome:

—Estoy harta de tus mentiras. De que a estas alturas sigas fingiendo. De la constante... no sé cómo definirlo... de la constante opacidad en que vives, supongo que esa es la palabra que mejor lo define.

—Pero yo... —intentó decir.

—Antes creía que querías protegerme —la corté.

—Es verdad. En cierto modo, es lo que intento.

—Pero no es lo que estás haciendo. En el fondo te proteges a ti, ¿verdad? Y no es justo.

—Pero tú querías saberlo y...

—No es justo, mamá —insistí—. Tengo veintitrés años. Tengo veintitrés años y soy la única persona que conozco que no tiene padre. ¿Y ni siquiera ahora tienes suficiente valor para decirme quién era?

Acabé la frase levantando la voz y ambas miramos a nuestro alrededor, pero por lo visto nadie se había dado cuenta de nuestra discusión.

—Quizá deberíamos seguir con la conversación abajo —me dijo mamá, señalando hacia fuera con la cabeza.

—¿A qué conversación te refieres? —pregunté en tono burlón—. Porque esto no lo es. Esto es una farsa. Es la última pantomima que te has inventado para intentar callarme.

Mamá se tapó la boca con una mano. Me miró a los ojos y se secó con un dedo la lágrima que se le había formado en la comisura del ojo izquierdo.

—No sé qué quieres de mí —dijo al final.

Solté una risa amarga.

—Claro que lo sabes —repliqué—. Sabes perfectamente qué quiero. Pero no estás preparada para dármelo.

—Pero ya te lo he dicho —insistió—. Sé que... Mira, sé que en el pasado siempre he evitado este tema. Y quizá me equivoqué. Como madre, es una cuestión que me resulta muy compleja. Tú eras demasiado pequeña para comprenderlo, y luego demasiado joven para enfrentarte a la realidad. Y ahora, de repente, ya no eres joven, pero tengo la sensación de que es demasiado tarde. No existe el momento ideal para abordar este tipo de temas, pero te he contado lo que me pediste.

—¿Noruego? —pregunté con desdén.

—Sí —respondió mi madre, que asintió con sinceridad.

—¿Por casualidad... no sé... no sería el presidente del país?

Mamá frunció el ceño.

—¿Cómo dices?

—¿Era el presidente? El presidente de Noruega, ya sabes.

—¡No! —exclamó—. Claro que no. No digas esas tonterías. Era un estudiante. Y se llamaba Leif.

Me quedé boquiabierta. Noté, literalmente, que se me aflojaba la mandíbula y abría la boca.

«Dios, en realidad no te conozco», pensé.

—¿Qué? —preguntó mamá, al borde de la exasperación.

Aparté la silla y me levanté, pero ella se puso en pie de inmediato y me agarró de la muñeca. Ignoro el motivo (el contacto de su piel, o acaso fueron los años de obediencia inculcada), pero me senté, aunque me crucé de brazos con un gesto furioso.

—¿Qué te pasa? Cuéntamelo —me pidió.

—No te creo —le dije—. Y no puedo creer lo que acabas de hacer.

—¿Qué he hecho?

—Te has inventado su nombre. A ver, has tardado veintitrés años en pensar en uno. ¿Y Leif es un nombre noruego de verdad? ¿Lo sabes a ciencia cierta?

—Claro que lo es —contestó mi madre—. No me estoy inventando nada, cielo. Era noruego. No tiene nada que ver con tu presidente inventado, pero era noruego. Y se llamaba Leif. No te estoy mintiendo.

—No, porque menuda sorpresa si de repente le contaras una mentira a tu propia hija, ¿no?

—Es la verdad.

—¡Inglés, mamá! —le espeté—. ¡Era inglés!

Mamá arrugó la frente y pronunció en silencio:

—¿Qué?

—Era inglés —repetí, orgullosa, presa de un sentimiento de superioridad moral y muy satisfecha conmigo misma, algo poco habitual en mí—. Y no era amable. Era un borracho que se peleaba en los bares. La abuela de Baruch lo recuerda perfectamente, hostia. Recuerda que tuvieron que agarrarlo entre cinco hombres y recuerda que cayó por el acantilado en Oia. Hasta recuerda la fecha, por el amor de Dios, semana arriba, semana abajo. De modo que me estás mintiendo. Después de tantos años, me sigues mintiendo.

La contemplé fijamente hasta que esquivó mi mirada. Lanzó un suspiro entrecortado y se tapó los ojos con una mano. Abría y cerraba la boca en silencio y pensé: «Que te jodan. ¡Me he

cansado! Estoy harta de estos veintitrés años de farsa».

Me levanté de nuevo, pero esta vez sentía una gran calma. Tenía la sensación de que la relación con mi madre había llegado a su fin y quería paladear el momento, como cuando disfrutas deslizando la lengua por una muela que te duele. Quería gozar de ese dolor. Quería seguir hurgando en la herida con el cuchillo, aunque la víctima fuera yo.

Me incliné hacia delante, me agarré a la mesa con ambas manos y esperé a que me mirara. Iba a decirle que la odiaba. Iba a decirle que nuestra relación idílica, basada en sus mentiras y mis buenas tragaderas para fingir que la creía, se había acabado. Pero antes quería que me mirara.

Cuando apartó la mano de los ojos, se la llevó a la boca y levantó la vista.

—Ese era Conor —dijo sin apartar los dedos de la boca.

Sus palabras no tenían sentido, de modo que negué con la cabeza, sin dejar de observarla.

—Ese era Conor —repitió mamá, que apartó la mano y levantó un poco la voz—. Y no era inglés, sino irlandés.

—¡Genial! —exclamé—. Entonces, ¿quién coño es Conor?

—¿Conor? —preguntó mamá.

Pero yo ya no podía soportarlo más. Todas aquellas emociones reprimidas se apoderaron de mí. Me di la vuelta bruscamente, casi tiré la silla, y salí del restaurante hecha una furia. Mi madre vino corriendo detrás de mí y me siguió por las escaleras.

—¡Vete! —le dije cuando llegamos al apartamento—. Solo he venido a recoger un par de cosas porque voy a pasar el día fuera. Pero, mientras tanto, déjame en paz de una puta vez.

Cuando abrí la puerta y entré, mamá me siguió, claro.

—Mira, te mentí —dijo desde el umbral—, eso es así.

—¡Ya sé que me mentiste! —grité, aprovechando que estábamos a solas—. ¡Hasta ahí llego!

—Becky, siéntate, por favor. ¿Qué buscas ahí?

Yo estaba hurgando en mi maleta y, a decir verdad, había olvidado lo que buscaba. Simplemente era una forma de no tener que mirar a mi madre.

—Becky —dijo. Se sentó en mi cama e intentó tocarme el brazo—. ¡Becky!

—¿Qué? —le espeté. Solté la ropa que tenía en las manos y me volví bruscamente hacia ella—. ¿Quieres que me sienta, madre? ¿Para que me cuentes otro cuento de hadas? ¿Es eso lo que habías planeado hoy?

—Había otro hombre —expuso—. Se llamaba Conor. Era un boxeador irlandés, no inglés. Irlandés. Pero no era tu padre.

—¿Porque mi padre era un chico noruego que se llamaba Leif? —pregunté con sarcasmo.

—Sí —respondió—. Eso es lo que estoy intentando contarte. Y es la verdad.

Me quedé paralizada unos segundos mientras en mi interior se libraba una batalla, una batalla entre el deseo de saber y el de no querer oír ni una palabra más de aquellos labios mentirosos y que tanto odiaba. Al final se impuso la segunda opción.

—¿No puedes dejarme en paz? Soy una mujer adulta, esta es mi habitación y te estoy pidiendo que te vayas. Así que fuera de aquí.

Mamá se mordió el labio inferior y, a continuación, se levantó negando con la cabeza, salió de la habitación y cerró la puerta con suavidad.

Me pasé casi una hora tumbada en la cama, con la mirada clavada en el techo. Al principio estaba tan furiosa que no podía ni pensar. Después, cuando me fui calmando, empecé a analizar, o al menos a intentarlo, la información que había obtenido. Sin embargo, si me había contado la verdad, lo que me había dicho daba pie a más preguntas en lugar de ofrecerme las respuestas que

tanto anhelaba. ¿Era Conor la misma persona que el inglés borracho del que me había hablado Baruch? ¿Quién se había despeñado con un coche por el acantilado? ¿Cómo había conocido mi madre a Conor, o a Leif? Y si mi padre era Leif, no Conor, ¿por qué estaba también muerto? ¿Acaso iban juntos en el coche?

Aún no sabía si podía creer algo de lo que me había dicho, pero me arrepentía de no haber sido capaz de mantener la calma. Me arrepentía de no haber dejado que me contara algo más.

Estaba en la cama, intentando encontrar la mejor forma de retomar la conversación sin perder la dignidad, sin verme obligada a pedir disculpas, cuando mamá llamó a mi puerta.

—¿Puedo entrar, Becky?

Mi orgullo me impidió responder, por lo que esperé a que abriera la puerta, algo que sabía perfectamente que acabaría haciendo.

Al cabo de unos segundos, la hoja se entreabrió y asomó el rostro de mamá. Tenía los ojos hinchados y comprendí que también había estado llorando.

—¿Duermes? —me preguntó.

—¿Cómo quieres que duerma?!

—¿Puedo hablar contigo?

No le dije que sí ni que no, por lo que entró en la habitación y se sentó en el borde de la cama, con una pierna en el suelo para poder mirarme.

—Tienes todo el derecho a estar enfadada —me dijo en voz baja.

—Lo sé.

—Te mentí.

—Eso también lo sé.

De pronto, al oír mi propia voz, sentí una gran vergüenza. No hay nada como una discusión con tu madre para reducirte a la categoría de un niño malcriado de cinco años, pero al menos ahora que tenía veintitrés, yo misma me había dado cuenta de mi comportamiento.

—¿Quieres que te cuente toda la historia o no? —me preguntó mamá.

Me encogí de hombros e intenté pensar en algunas palabras de ánimo que no sonaran a disculpa.

—De acuerdo —dijo mamá, que se puso en pie—. Ya lo intentaré más tarde.

—Quiero que me la cuentes —le dije, y la agarré de un brazo para que no se fuera—. Pero solo si es la verdad. No soportaría más mentiras. Y creo que nuestra relación tampoco.

—La verdad —repitió ella, y se sentó de nuevo—. Claro.

Se movió incómoda, se lamió los labios y empezó a hablar.

—No vine aquí con la tía Abby. Te dije que había venido con ella, pero no es verdad. Vine con Conor. No me siento muy orgullosa de ello, e imagino que por eso... Pero vine con Conor. Lo había conocido solo unas semanas antes y era tan estúpida que creía que estaba enamorada de él. Algo que no era verdad, claro. Digamos que me encapriché de él. Podía ser encantador cuando quería. Y yo no tenía ni idea de lo que significaba estar enamorada de alguien. En fin, la cuestión es que cuando llegamos aquí me di cuenta de que no era una persona muy agradable. De hecho, descubrí que era un tipo horrible.

—¿Me estás diciendo que viniste de vacaciones a Grecia con un chico al que apenas conocías? —le pregunté.

Mamá asintió.

—Por entonces era muy estúpida. E inmadura. Y me moría de ganas de perder de vista a la abuela aunque solo fuera durante unos días. Al principio era muy majo. Y generoso, porque corrió con todos los gastos. Además, yo siempre había querido venir aquí. Y me gustaba lo que él

representaba, la idea de tener un novio de verdad, de modo que imagino que acabé convenciéndome a mí misma. No lo sé. Es algo difícil de explicar. En ocasiones hacemos cosas que no atienden a la lógica. En ocasiones lo entendemos todo mal. La cuestión es que lo juzgué mal.

—Vale... —asentí lentamente.

—Bebía mucho —prosiguió mamá—. Era alcohólico, creo. Nunca antes había conocido a alguien con un problema grave de bebida. Y se volvía muy desagradable cuando bebía. Una vez me obligó a hacerlo. Y también me pegó en un par de ocasiones.

En ese momento me incorporé y me apoyé en el cabecero de la cama, con las rodillas pegadas en el pecho.

—¿Te pegó? Pero eso es horrible...

Mamá asintió con tristeza.

—Lo sé. Fue horrible. En fin, a lo que iba. Un día me pegó en la cara. Estábamos en una taberna y me caí. Él no estaba sobrio, iba como una cuba, así que... Bueno, tampoco es que quiera disculparlo. No sé ni por qué... Pero vamos, me pegó y me caí. Me hice un corte en el codo y me salió un cardenal en el pómulo. Y había un chico noruego que... bueno... me salvó. Era encantador, Becky. Muy amable, era un cielo. Era todo lo que no era Conor.

—Entonces, ¿también te acostaste con él?

Mamá puso un gesto afligido.

—Lo siento, no pretendía insinuar nada —le dije—. Es que...

—Dicho así no suena muy bien. Pero todo sucedió lentamente. Él... bueno, quiso cuidar de mí. Conor se había quedado con mi pasaporte y mi dinero y Leif me ayudó a recuperarlo. También me organizó la mejor celebración de cumpleaños de toda mi vida. Yo lo estaba pasando muy mal, pero él supo levantarme el ánimo.

—Entonces, ¿Leif fue mi padre?

Mamá asintió.

—Fuiste concebida el día de mi cumpleaños. Bueno, a la mañana siguiente.

—Pero ¿cómo lo sabes? O sea, ¿estás segura? ¿Cómo sabes que no fue Conor?

Mamá se encogió de hombros.

—No lo sabía. Al principio. Pero cuando naciste eras igualita a Leif. Rubia y con los ojos azules. Tenías los brazos y las piernas muy largos. Conor era más... digamos que parecía más bien un bulldog. Era bajito, fornido y pelirrojo, mientras que Leif era como una gacela. Ya me entiendes. Así que en cuanto te vi, se disiparon todas las dudas.

—¿Y ese tal Conor...? ¿De dónde salió? ¿Cómo os conocisteis?

—En una fiesta —respondió mamá con frialdad—. En una fiesta al aire libre en Northampton. Fui con la tía Abby, que por entonces salía con un chico que conocía al dj. Me convencieron para que los acompañara. Ahí fue donde conocí a Conor. Yo estaba algo perjudicada, por el alcohol y otras sustancias. Debo admitir que tenía el juicio algo enturbiado.

—¿Te colocaste? —pregunté con incredulidad—. ¿Es eso lo que me estás diciendo? ¿Que te colocaste?

—No exageres.

—¿Que no exagere?

—Mira... —Lanzó un suspiro y puso los ojos en blanco—. Bueno, da igual. Tu tía Abby me obligó a tomar una pastilla, ¿vale? Porque no estaba disfrutando demasiado de la música.

Me tapé la boca con la mano y miré a mi madre sorprendida.

—¿Fuiste a una *rave*?

Mamá asintió con un gesto apenas perceptible.

—Y la pastilla... ¿estamos hablando de éxtasis?

Asintió de nuevo. Me miró como si tuviera dolor de muelas.

Negué con la cabeza. No me lo podía creer. Era la historia más extravagante que me había contado jamás mi madre y, sin embargo, precisamente por eso resultaba tan real. Muy a mi pesar, me resultaba casi imposible no creerla.

—¿Mi madre tomó éxtasis en una *rave*? ¿Y conoció a un borracho que se llamaba Conor? ¿Y vino con él a Grecia? —dije lentamente, resumiendo la situación.

Mamá asintió una vez más.

—Y Leif te salvó —añadí.

—Sí, efectivamente.

—¿Y por eso te acostaste con él?

—No, no me acosté con él porque... Lo hice porque me enamoré. Porque era muy guapo y porque era un ser humano increíble. Porque era lo mejor que me había pasado en la vida hasta entonces. Porque era lo único bueno que me había pasado.

—Vale, lo siento. No quería insinuar nada.

—Te entiendo. Sé que no suena muy bien. Por eso...

—Pero ¿quién cayó por el acantilado? ¿Leif? ¿Conor? ¿Los dos?

Mamá apartó la mirada y la dirigió a la puerta. Esperé unos segundos antes de volver a insistir.

—¿Mamá?

Cuando me miró, vi que estaba llorando. Sollozaba con movimientos compulsivos y desconsolados.

—Mamá —murmuré. Me senté a su lado y la abracé—. Sé que es muy... No puedo ni imaginarme lo duro que debió de ser para ti. Pero tengo que saber qué les pasó. ¿Quién cayó por el acantilado?

—Conor —respondió entre lágrimas—. Conor cayó por el acantilado.

La revelación desató el torrente de lágrimas que había contenido y nos obligó a tomarnos un pequeño descanso, algo que, a decir verdad, agradecí. Estaba muy alterada, no podía dejar de temblar. Me sentía como si fuera a desmayarme de un momento a otro, solo de pensar en lo que estaba a punto de pasar, de modo que me alegré de esa pausa. Así podría calmarme.

Cuando mamá se limpió el maquillaje que se le había corrido y preparó una taza de té para cada una, decidimos salir a la terraza, sentarnos en las tumbonas y continuar ahí la conversación.

—Ya no recuerdo por dónde iba —dijo, luego tomó un sorbo de té y me lanzó una mirada de reojo antes de volver a disfrutar de las vistas.

—Conor cayó por el acantilado —expuse. No fui consciente de la brutalidad de mis palabras hasta que ya las hube pronunciado—. Lo siento —me disculpé—, pero era ahí donde nos habíamos quedado.

—Sí —dijo mamá con voz rara, pero alegre, como si me estuviera contando un cuento infantil. Parecía como si hubiera hecho un gran esfuerzo para elegir la voz adecuada, pero se hubiera equivocado—. ¡Sí, tienes razón!

—¿Había bebido? —pregunté—. ¿Por eso cayó por el acantilado?

Mamá asintió.

—Sí, más o menos.

—Pero ¿Leif no estaba con él?

—¡Dios, no! —exclamó mamá, como si mi pregunta la hubiera escandalizado—. ¿Cómo

querías que estuviera con él?

Me encogí de hombros.

—No lo sé —admití—. Espera un momento, tengo que... —Me levanté y entré en mi habitación para coger el tabaco y el encendedor. Supuse que, por una vez, mamá no iba a reñirme por fumar y no me equivoqué.

Cuando volví, me senté en la tumbona y encendí el cigarrillo.

—Entonces, ¿qué le pasó a Leif? ¿Qué le pasó a mi padre?

Mamá lanzó un profundo suspiro.

—Me angustiaba que llegara este instante, el momento de tener que contártelo. Por eso... Bueno, por eso he tardado tanto. Supongo.

—¿Qué es lo que te angustiaba?

—La cuestión es que... no lo sé. No sé cómo reaccionarás, eso es lo que me preocupa.

—Dímelo de una vez. Si hemos llegado hasta aquí ya no hay vuelta atrás.

—Sí, sí, imagino que es lo mejor.

Le di una calada al cigarrillo y exhalé el humo hacia la derecha.

—Estábamos hablando de Leif, mamá. ¿Qué le pasó?

Ella guardó silencio y aproveché el momento para examinar sus facciones. Deslizaba la lengua por los dientes, suspiraba y tragaba saliva.

—Lo perdí —dijo al final—. Supongo que podría decir que lo perdí.

—¿Lo perdiste...?

—Por culpa de las circunstancias.

Un escalofrío me recorrió la espalda porque, estúpida de mí, hasta entonces no me había dado cuenta de que esa había sido su mayor mentira.

—No está muerto, ¿verdad? —apunté con timidez, recreándome en el sonido de mis palabras.

Mamá negó lentamente con la cabeza.

—¿Eso es un no?

—No lo sé. Esa es la verdad.

—¿Cómo es posible que no lo sepas? —pregunté, intentando contener la ira que empezaba a asomar en el horizonte—. O está muerto o no lo está.

—Le perdí el rastro, cielo. Eso es lo que pasó.

Me pellizqué el puente de la nariz y repetí sus palabras con voz monótona.

—Le perdiste el rastro.

—Él... se derrumbó. Después del accidente. Conor había muerto. Había que hacer todo tipo de trámites. Yo tuve que hablar con la policía. El barco de Leif salía un día antes que mi vuelo. Él vivía en Noruega; yo, en Londres...

—¿No tenías su dirección? ¿Es eso lo que me estás diciendo? ¿Que no tengo padre porque no te molestaste en pedirle la dirección?

—Sí que se la pedí —respondió, y se secó una lágrima que le corría por la mejilla—. Claro que se la pedí. Pero en el vuelo de vuelta me perdieron la maleta. Tenía que hacer escala en Atenas y en teoría no debía preocuparme de la maleta hasta llegar a Londres. Pero no fue así. No apareció. Y su dirección... el trozo de papel con su dirección... Bueno, estaba en la maleta.

—Me estás poniendo nerviosa —dije con voz temblorosa, debatiéndome entre la ira y las lágrimas que estaba a punto de derramar.

Mamá negó con la cabeza.

—Lo siento —dijo.

—Entonces, ¿está vivo?

—Es probable.

—¿Alguna vez intentaste encontrarlo? —pregunté, levantando la voz, después de que la ira ganara el combate.

—Sabes que lo hice, cielo. ¿Por qué crees que fuimos a Bergen?

—¿Vive en Bergen? Eso al menos lo sabemos a ciencia cierta, ¿no?

Mi cabeza se estaba adelantando a las búsquedas que iba a hacer en internet. Tenía que encontrar el censo electoral noruego.

—Vivía. Hace veinte años... Ahora quizá ya no.

—¿Y en internet? ¿Lo has buscado en Google?

—No puedo —dijo.

—Claro que puedes. Bueno, a lo mejor no sabes cómo hacerlo, pero yo sí. Con Facebook, LinkedIn, Twitter y...

—Lo siento —me interrumpió—. No te enfades conmigo, por favor.

—No estoy enfadada, solo pienso en...

—Pero es que no sé su apellido, cariño. Lo siento, nunca me lo dijo.

—¡Oh, Dios! ¡Mamá! —exclamé, y me tapé los ojos con las manos.



Al final logré sonsacarle algo más de información a mi madre, antes de que fuera a echarse un rato. Sin embargo, no me aportó grandes novedades y, a decir verdad, yo había perdido parte de la ilusión.

Me sentía engañada y deprimida por cómo había ido todo. Durante unos segundos había albergado grandes esperanzas de que aquello con lo que siempre había soñado, el objeto de todas mis fantasías de infancia, pudiera hacerse realidad. Sin embargo, cuando ya acariciaba esa posibilidad, mamá me la arrancaba de las manos. Porque sin un apellido, tenía razón: era casi misión imposible encontrarlo.

Como necesitaba espacio para pensar, o quizá para regodearme en mi desgracia y compadecerme de mí misma, cogí la ropa de baño, la llave del ciclomotor y dejé que mamá echara la siesta. La invité por pura cortesía, pero lo hice de tal modo que fuera casi imposible que aceptara.

Recorrí los cabos de Oia, preguntándome si Conor había caído aquí o allí, y cuando llegué al cartel de la playa, me detuve.

Alquilé una tumbona, me bañé varias veces. Incluso pedí un sándwich y una cerveza en el chiringuito. Pero lo hice a desgana. Estaba aturdida, me sentía aislada de todo lo que me rodeaba, como si me hubiera quedado dormida y me hubiera despertado en una burbuja. La sensación guardaba un extraño parecido con la tristeza de una ruptura amorosa, con el dolor que sentí cuando Brian nos abandonó.

Pensé en la relación de mamá con Brian. Porque si Leif había sido su gran amor, el falso matrimonio con Brian cobraba más sentido.

A las cinco, cuando me estaba preparando para volver, recibí un mensaje de texto de Baruch en el que me preguntaba si podía quedar para cenar con él.

Al pensar en mamá y en lo disgustada que debía de estar, dudé durante unos momentos, pero entonces recordé que había perdido la dirección de mi padre y utilicé la ira que esta idea despertó en mí para justificar lo que de verdad me apetecía. Le respondí con un «sí».

Me contestó casi de inmediato.



Cuando llegué al hotel, mamá estaba leyendo una de sus novelas en una tumbona.

—¡Hola! —me saludó, utilizando su voz de falsa alegría—. ¿Qué tal ha ido? ¿Te lo has pasado bien?

Le expliqué que no había hecho nada especial, que solo había ido a la playa.

—Yo he ido de compras —me dijo—. He pensado que esta noche podíamos comer de pícnic, para variar. He encontrado unos tomates maduros con una pinta espectacular y...

—Le he prometido a Baruch que iría a cenar con él —la interrumpí antes de que siguiera—. ¿Te importa?

—Ah... no, claro. —Me pareció que estaba haciendo de tripas corazón y que no le entusiasmaba la noticia—. Ningún problema, para nada.

—¿Seguro que te parece bien?

Mamá asintió.

—Estoy muy enganchada a la novela —me dijo, mostrándome la cubierta—, así que no te preocupes. Me servirá... ya sabes... para no pensar en otras cosas.

—Pero comemos juntas mañana, ¿vale? Pasaremos el día de tu cumpleaños juntas. Podemos hacer algo bonito.

—Claro, cielo. Claro. Pídele alguna recomendación a Baruch.

Durante una hora leímos en silencio hasta que mamá, imagino que harta del ambiente enrarecido que se había instalado entre ambas, decidió bajar las Escaleras del Horror para darse un baño.



Cuando salí a la calle, vi que Baruch estaba hablando con Damon frente al supermercado. Los tres charlamos y fumamos un rato, hasta que Baruch le dijo algo en griego a su amigo, algo que hizo que se esfumara al instante.

—Es como un hermano pequeño —comentó Baruch—. Si no le dices que se *alargue*, no se va.

—Que se «largue» —lo corregí—. Lo que no te interesa, justamente, es que se alargue.

—Que se largue, vale —repitió Baruch—. Bueno... ¿vamos a Fira?

—Claro. —Aún no había estado en la población más importante de Santorini y, además, tampoco dejaba de darle vueltas al asunto de mi padre. En realidad, poco me importaba adónde fuéramos—. Pero solo si esta vez me dejas que te invite —añadí.

Baruch torció el gesto.

—Los griegos no hacemos las cosas así —objetó.

—Pues es una suerte que no sea griega. Venga, seguro que te gusta.



El trayecto por la costa fue muy agradable. Baruch condujo a un ritmo pausado y de vez en cuando frenaba un poco para mostrarme los lugares más bonitos, pero yo todavía tenía la cabeza en otra parte. No dejaba de darle vueltas a la poca información que tenía de mi padre y eso me

impedía disfrutar plenamente del presente.

Después de aparcar, y mientras paseábamos por los callejones de Fira, Baruch notó que me pasaba algo. Supongo que se dio cuenta de que no seguía el hilo de la conversación, o su monólogo, más bien, y al final me preguntó qué me ocurría.

Y así fue como le conté toda la historia. Le dije que había descubierto que mi padre no estaba muerto, que no había caído por un acantilado de Oia. Le hablé de la misteriosa desaparición de Leif, cuyo apellido, por lo poco que recordaba mamá, quizá empezaba por V, o a lo mejor incluso por V-I-L, y que había vivido en Bergen, pero no sabíamos nada más de él.

El único detalle que le oculté a propósito era el hecho de que Conor también había sido novio de mi madre, aunque por poco tiempo. Era algo que a mí misma me costaba asimilar y no había ningún motivo para mencionarlo.

Cuando llegamos al restaurante que había elegido Baruch, una taberna con vistas a la caldera del Volcán Azul, llegué al final de mi triste historia. Le había soltado un buen soliloquio a Baruch y tenía miedo de haber quedado como una ególatra.

Baruch asintió con un murmullo y me hizo la pregunta del millón de dólares:

—¿Y tú la crees?

No pude reprimir la carcajada y esa risa, la primera del día, me hizo sentir muy bien. Fue toda una liberación.

—Bueno, esa es la cuestión, ¿no? —le dije—. Me ha dado tantas versiones de la historia...

—A mí lo único que me parece raro es lo de la maleta —expuso Baruch—. Nunca había oído que alguien perdiera una maleta.

—¿De verdad? —pregunté—. Pues pasa muy a menudo. Yo lo he oído muchas veces. Sobre todo cuando hay que hacer escala.

—Sí, pero al final siempre encuentran la maleta extraviada —señaló Baruch—. Tarde o temprano la acaban devolviendo, ¿no?

—A menos que no le pusieras la dirección. No sabes lo atolondrada que es mi madre.

—¿Atolondrada? —me preguntó Baruch.

—Significa que es muy despistada. Bueno, a lo mejor no tanto como eso, pero tampoco me sorprendería que se hubiera olvidado de ponerle la etiqueta identificativa a su maleta. Para ser sincera, yo no la puse en la mía en el vuelo de ida.

—Atolondrada —repitió Baruch, que pronunciaba la palabra como si le gustara su sonoridad—. Me gusta. Atolondrada.

Al entrar en el restaurante, nos atendió un camarero que parecía conocer a Baruch. Nos acompañó a la última mesa libre que quedaba, cerca de la barandilla, con vistas a la bahía.

—No está mal el panorama, ¿verdad? —me preguntó Baruch cuando nos sentamos.

—Sí —admití.

En ese momento recordé la pregunta que quería hacerle sobre las vistas, y como no se me ocurría otro tema de conversación, se la planteé. Su respuesta fue, imagino, muy predecible, ya que me dijo que a veces veía la puesta de sol, y otras veces no. Lo cual tenía sentido, porque justamente esa noche estaba tan absorta en mis cuitas que no me había fijado en la belleza del entorno hasta que Baruch me lo recordó.

Lo otro que había pasado por alto era que Baruch había elegido —¡horror!— una marisquería.

—Marisco —dije mientras echaba un vistazo al menú, aterrorizada, y me preguntaba si sería capaz de fingir que sabía pelar una gamba sin gritar.

—Sí, me encanta el marisco —expuso Baruch—. ¿Y a ti?

—Sí —mentí—. Bueno, depende del marisco, no todo.

Al final salí al paso sin quedar demasiado en ridículo diciéndole a Baruch que había tomado marisco para comer y que me apetecía algo distinto. Pedí croquetas de tomate y feta frito.

Fue una situación algo incómoda, la verdad, porque no me gusta mentir en este tipo de cosas, pero Baruch mostraba tal aplomo que me hacía sentir como una niña. Yo quería comportarme como una adulta. Quería impresionarlo. Supongo que aún estaba intentando seducirlo.

Sin embargo, mi plan se vino abajo cuando Baruch me ofreció una gamba pelada con el tenedor.

—Pruébala —me dijo—. Está deliciosa. Las cocinan con ouzo.

Miré sus preciosos ojos azules, luego miré la gamba y pensé: «Si lo hiciste en Bergen por mamá, también puedes hacerlo aquí». De modo que sonreí y tomé el tenedor. La textura no me entusiasmó y tuve que hacer un auténtico esfuerzo para contener las arcadas mientras masticaba. Pero el sabor no fue tan horrible como recordaba. De hecho, no estaba nada mal.

Mientras comíamos, hablamos sobre cómo podía buscar a alguien que se llamaba Leif Vil... lo que fuera. Cogí mi teléfono para buscar apellidos noruegos en Google e incluso convencí a Baruch para que llamara a su abuela. Sin embargo, por una vez Google no me ofreció ningún resultado interesante y la abuela solo recordaba el coche que se había despeñado por el acantilado, nada más.

De pronto me di cuenta, algo del todo inesperado, de que el tema empezaba a aburrirme bastante, que estaba harta de mí misma, frustrada por mi incapacidad para pensar en otros asuntos. De modo que centré todos mis esfuerzos en lograr que Baruch me contara algo de él. Era un chico divertido, muy humilde, y llevaba unos vaqueros ceñidos y una camisa de rayas blancas y rosas que le quedaban de fábula. Además, saltaba a la vista que había lanzado una ofensiva total para seducirme. «Ojalá yo también pudiera dedicarle tantas atenciones», pensé.

Regresamos a Oia sobre las diez y media y, cuando Baruch le puso el candado a la moto, me sorprendí a mí misma al preguntarle si quedaban habitaciones libres en el hotel. ¿Era demasiado lanzada? Quizá. Pero las cosas no ocurren porque sí y yo necesitaba desesperadamente algún tipo de contacto físico que me permitiera restablecer vínculos con la realidad, con mi cuerpo. Necesitaba despejar la cabeza.

Cogimos cervezas en el supermercado y Baruch le pidió una llave al amigo que estaba en recepción. La habitación número 12 estaba lejos de la de mamá, por suerte.

Bebimos las latas de cerveza en la terraza antes de entrar para besarnos. Fue agradable. Nada del otro mundo. Nada que hiciera temblar los cimientos de mi existencia. Pero estuvo bien. Muy bien.

Baruch era cálido, amable y, a veces, divertido. Después de enrollarnos pasamos a la cama y, a partir de ahí, todo se desarrolló con naturalidad. Después de una actuación maratoniana por su parte, logró que llegara al clímax, una especie de premio final inesperado. Porque en ese instante, y solo por un momento, logré olvidarme de lo demás y centrarme en el presente, en la cama, en esa habitación, en Santorini, Grecia, planeta Tierra. Y teniendo en cuenta mi estado de nerviosismo, creo que fue toda una hazaña.

Después de finalizar con el ritual, me asaltaron todas las dudas, algo muy típico en mí, incluso me embargó una sensación de autoodio. Pero entonces Baruch se puso de costado, me rodeó con su fuerte y peludo brazo y pensé: «No. Esto me gusta. Nada de tristeza. Nada de sentimiento de culpa, de vergüenza». Era la cantinela que repetíamos mis amigas y yo en la universidad. Y nunca me había parecido tan apropiada como en ese momento.



A la mañana siguiente Baruch se despertó y se esfumó antes de que me diera tiempo a bostezar, después de recordarme que el supermercado abría a las siete y media.

Mientras yo seguía en la cama, intentando reunir la energía necesaria para levantarme, hice inventario de mis sentimientos y decidí que, a pesar de mis dudas, el sexo con Baruch me había sentado de fábula. Me encontraba mucho más tranquila y relajada. Aún no se habían consumido los rescoldos de la noche de pasión y me embargaba una sensación muy agradable, delicada, infinitamente placentera, a pesar de que apenas unas horas antes había tenido la sensación de ser un cuerpo extraño incapaz de encajar en el mundo que me rodeaba.

Cuando entré en el supermercado para devolverle la llave, Baruch me miró y sonrió. Me di cuenta de que, a pesar de lo mucho que me había esforzado por no albergar ningún tipo de sentimiento hacia él, me gustaba mucho. Tenía el don de transmitirme que todo en él y en nuestra relación era sencillo y sin complicaciones.

Aproveché que no había clientes para sentarme en el mostrador y charlar relajadamente con él.

—He estado buscando ese apellido —me dijo al cabo de un rato, señalando con la cabeza su ordenador—. Su apellido empezaba por V-I-L, ¿verdad?

—Es lo que me contó mi madre.

—No he encontrado nada —expuso, y cogió el ordenador.

Iba a ponerme a su lado, pero me agarró de la cintura y me sentó en su regazo mientras tecleaba.

—¿Lo ves? —indicó, y apareció una lista en la pantalla.

Examiné la lista y me puse a leer apellidos al azar. Pronuncié Johansen, Olsen, Pedersen y Simonsen antes de señalar lo obvio.

—La mayoría acaban en «sen».

—¿Vilsen? —propuso Baruch, que abrió una pestaña nueva para buscarlo.

—¿Villonsen? ¿Vildersen? ¿Vilolsen? —sugerí, pero las búsquedas fueron infructuosas.

—Quizá tiene otra terminación —dijo Baruch, señalando las opciones de Spillum, Storstrand y Tennfjord.

—¿Me los puedes escribir en un papel? —pregunté, señalando Vang, Vinter y Vollan—. Al menos empiezan con uve.

—¡Eh, eh, eh! ¿Qué pasa aquí?

Me levanté como un resorte y estuve a punto de tirar el ordenador de Baruch, pero cuando me di la vuelta vi a Damon, apoyado en el marco de la puerta, con una sonrisita burlona en la cara.

—Nada —respondí. Noté un sofoco y supuse que me había ruborizado.

—No, cuéntaselo —dijo Baruch, y por un horrible instante pensé que me animaba a confesarle a Damon que nos habíamos acostado. Pero al final siguió él—: Trabaja en un hotel y seguro que ha visto millones de nombres y apellidos, ¿verdad, Damon?

Su amigo se acercó a una estantería, cogió un paquete de chicles, se acercó a la caja y dejó una moneda de un euro.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Buscamos apellidos noruegos que empiecen por V-I-L —contestó Baruch—. Le llamamos «Señor Google» —me dijo, mirándome.

Damon hizo una mueca.

—¿Qué?

—Apellidos noruegos que empiecen con V-I-L —repitió Baruch más lentamente.

Damon se encogió de hombros.

—¿Cómo quieres que lo sepa? ¿Y por qué?

—Becky está intentando...

—... ganar un premio —tercié—. Es un concurso y solo me falta esta respuesta.

—¿Habéis buscado en Google? —sugirió Damon.

—Lo hemos intentado, pero no hemos encontrado nada —dijo Baruch.

—Podríais preguntar en mi hotel —propuso Damon—. Tenemos un par de huéspedes escandinavos. No sé si son noruegos, pero podríais probar suerte. Tengo que irme, que llego tarde.

Y con estas palabras, el Señor Google, que al final resultó no serlo, se llevó un chicle a la boca y se fue.

—Es mejor que vaya a ver a mi madre; hoy es su cumpleaños —le dije a Baruch.

—Claro, pero deberías hacer lo que te ha dicho Damon. A lo mejor hay algún noruego en su hotel y seguro que conocerá muchos apellidos.

Asentí.

—Supongo. Quizá lo intente más tarde.

—Está aquí al lado. Se llama Balcones Azules. Él trabaja en recepción.

—Vale. ¿Nos vemos esta noche?

Baruch sonrió de oreja a oreja.

—Puedes venir a verme cuando quieras.

—Pero tendrá que ser más tarde de lo habitual porque, como ya te he dicho, hoy es el cumpleaños de mi madre.

—Investigaré a ver si queda alguna habitación libre —dijo guiñándome un ojo.

Me dirigí hacia la puerta, pero entonces cambié de opinión.

—Por casualidad no venderás papel de regalo, ¿verdad?

—¿Papel para regalar?

—No, papel de ese bonito para envolver regalos.

—Ah, no... —dijo mirando a su alrededor—. Creo que tengo de ese marrón de un pedido que hemos recibido...

Fruncí la nariz.

—Ve hacia ahí —me dijo, señalando hacia la calle—. En la tienda de postales a lo mejor tienen.

Me despedí con la mano, salí a la calle y me dirigí al establecimiento que me había indicado. Sin embargo, cuando llegué al lugar donde empezaban las Escaleras del Horror, caí en la cuenta del nombre del hotel en el que, según me había dicho mi madre, se había alojado cuando vino a la isla de joven: Balcones Azules.

Me detuve y me puse a darle vueltas al asunto. Por algún motivo, los nervios se estaban apoderando de nuevo de mí. Me dije a mí misma que no tenía ninguna lógica, pero en ese momento tuve la sensación de que era una especie de señal mágica, como si los astros se hubieran conjurado en mi favor. Así que crucé la calle y entré por primera vez en aquel vestíbulo gélido.

Damon ya estaba frente al mostrador y fui directa hacia él. Cuando levantó la mirada, esbozó una sonrisa maliciosa.

—Hola, tesoro —me dijo—. ¿Te has hartado de Baruch? Está claro que no sabe satisfacer a las mujeres. No como yo.

Puse los ojos en blanco al oír sus palabras.

—Venga ya —le dije entre risas—. ¿Cuántos años tienes? ¿Catorce? ¿Quince?

—Dieciséis, edad de sobra.

—Sí, claro. Antes has dicho que podías presentarme a unos clientes noruegos, ¿verdad?

Damon lanzó un suspiro muy teatral.

—Vaya —dijo, y señaló con la cabeza a un grupo que había en el vestíbulo, a la derecha, junto a la entrada. Eran tres hombres y dos mujeres e iban equipados para hacer senderismo. Eran todos rubios salvo uno—. Prueba suerte con ellos —me propuso—. No sé si son suecos o daneses, pero a lo mejor pueden echarte una mano.

Me dirigí hacia allí y, a medida que me aproximaba, comprobé que hablaban un idioma que desconocía, pero que identifiqué como escandinavo.

Sentí un escalofrío. Al principio pensé que era por el aire acondicionado, que funcionaba a toda máquina, pero entonces, cuando estaba a solo un par de metros, el más alto volvió la cabeza para mirar hacia recepción y me quedé paralizada.

Tan solo había lanzado una mirada fugaz y enseguida se volvió para seguir la conversación con sus amigos, pero bastó eso para que se me secara la garganta y el corazón empezara a latirme desbocado.

Me acerqué a una silla vacía que había junto a la pared porque noté que me fallaban las piernas. Intenté convencerme a mí misma de que era una locura. No pensaba con claridad. La vista me fallaba. Sin embargo, cuando al cabo de un par de minutos volvió a mirar en mi dirección, supe que no me equivocaba.

CAPÍTULO 16

LAURA

Está en el aeropuerto, arrastrando la maleta por un pasillo interminable que conduce, o al menos eso espera, a la puerta de embarque que le corresponde. Llega tarde al vuelo y ha recorrido el camino que la separa de su destino caminando al trote, a paso rápido. Los tacones le impiden ir más deprisa, pero a pesar de todo oye los latidos de su corazón y tiene la frente perlada de sudor.

La han llamado varias veces por megafonía y oye su nombre de nuevo:

—Última llamada para la pasajera Laura Ryan. ¡Laura Ryan! ¡Diríjase a la puerta ciento quince de inmediato!

Convencida de que irá más rápido, sube al pasillo rodante, pero por algún motivo ahora tiene la sensación de que avanza más despacio. Cuando se pone a correr le parece que está caminando, pero cuando se detiene sigue avanzando, aunque a una velocidad aún más lenta. Es como si intentara abrirse paso en un mar de melaza. Consulta el número de puerta que acaba de pasar, es la dieciocho, y piensa: «¡No voy a conseguirlo!». De modo que se inclina para quitarse los tacones y, con los zapatos en una mano y la odiosa maleta en la otra, echa a correr. Corre y corre hasta quedarse sin aliento, pero al menos los números de las puertas de embarque avanzan más rápido. Treinta y dos... Cincuenta y cuatro...

Cuando por fin llega a la suya, no hay cola. Todos los pasajeros han embarcado.

La azafata la mira y le dice:

—Espero que sea Laura Ryan. La estábamos esperando.

Ella saca la tarjeta de embarque del bolsillo, la azafata la desdobra y la introduce en una máquina, pero no hay pitido ni luces verdes, sino que la máquina destruye la cartulina, los pedacitos caen al suelo y el viento los arrastra por el pasillo por el que ha llegado.

—Lo siento —dice la chica—, pero esa no era su tarjeta de embarque.

Perpleja y presa del pánico, rebusca en los demás bolsillos, como si tuviera cientos, y al final encuentra otra hoja de papel.

—¡Ah, aquí está! —exclama, y se la entrega.

Esta vez la máquina emite un pitido alegre.

—Dese prisa o perderá el vuelo —le dice la azafata.

Echa a correr por el *finger*, pero se encuentra con la puerta del avión cerrada, así que suelta la maleta y empieza a aporrearla hasta que alguien la abre.

—¿Laura Ryan? —pregunta una azafata—. ¡Llega muy tarde!

En cuanto se abrocha el cinturón de seguridad, el avión se pone en marcha y se aleja de la terminal. Laura se seca el sudor de la frente y se vuelve hacia el hombre que está sentado a su lado.

—¡Qué poco ha faltado! —le dice—. Creía que lo perdía.

—Les ha dado el papel equivocado —señala.

—Sí, sí, es verdad —admite, y se pregunta cómo es posible que lo sepa.

Cuando el avión cambia de dirección y empieza a coger velocidad para despegar, el tipo añade:

—Y ahora lo ha perdido para siempre.

Al principio sus palabras la desconciertan, pero entonces la embarga una sensación de pánico y se pone a hurgar en todos los bolsillos. Sin embargo, el hombre tiene razón. Ese trozo de papel, cuyo contenido ignora, pero que era el papel más importante del mundo..., lo ha perdido para siempre.

Piensa en los pedacitos arrastrados por el viento en los pasillos del aeropuerto y se da cuenta de que está a punto de vomitar.



Yo estaba sentada, con la mirada perdida a lo lejos, cuando apareció Becky. Había nubes en el horizonte, hacia el oeste, las primeras que habíamos visto desde nuestra llegada, y me pregunté si estropearían la puesta de sol o si, por el contrario, la mejorarían aún más. Me pregunté con qué frecuencia debía de llover en Santorini.

Llevaba casi dos horas despierta, pero como era habitual en mí, todavía me acechaban las sombras de la pesadilla. Me sentía algo mareada, por eso no había desayunado aún.

Bajó las escaleras tan deprisa que por un momento temí que se cayera. A pesar de sus intentos por mantener la compostura, estaba pálida y tenía el rostro medio desencajado.

El primer pensamiento que me vino a la cabeza fue que Baruch le había hecho algo, por eso me levanté como un resorte para abrazarla, pero no era eso lo que ella quería.

—Tienes que venir, mamá —me dijo. Me agarró de la mano y empezó a tirar con todas sus fuerzas—. Ven rápido.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Qué ha pasado?

—¡Por favor! —me suplicó Becky, sin soltarme la mano—. Date prisa.

La seguí, pero cuando me di cuenta de que quería llevarme fuera del hotel, le solté la mano.

—¡Espera! —le pedí—. Tengo que ponerme las zapatillas.

Mi cabeza era un hervidero de imágenes y posibilidades poco halagüeñas. Me calcé a toda prisa y cerré la puerta. Quizá Baruch no le había hecho daño, sino que le había pasado algo a él. Fuera lo que fuese, Becky era presa del pánico. No paraba de agitar las manos, como una niña pequeña frustrada, para meterme prisa.

Subí corriendo las escaleras y me vino a la cabeza mi sueño, en el que también corría. Quizá había sido un presagio de lo que estaba a punto de ocurrirme. Sin embargo, por mucho que corriera, no podía seguirle el ritmo a mi hija.

—Pero ¿qué diablos te pasa? —le pregunté al llegar al final, pero enseguida me agarró para arrastrarme calle abajo—. ¡Becky! Dime qué pasa —insistí.

—Está aquí —me dijo—. El noruego. Mi padre. ¡Está aquí!

Me quedé paralizada y solté la mano.

—Para ahora mismo y explícame de qué diablos estás hablando —le exigí, algo enfadada por todas las prisas que me estaba metiendo a pesar de que, como había comprobado, no corría peligro la vida de nadie.

—Está en un hotel —me dijo—. Aquí al lado. Acabo de verlo. ¡Vamos!

Negué con la cabeza y me puse de nuevo en marcha, pero Becky corrió unos cuantos pasos, se detuvo, dio media vuelta y regresó junto a mí para agarrarme de la mano y obligarme a apresurarme. La gente empezaba a mirarnos.

—Justamente por esto no quería contarte nada —mascullé—. Sabía que perderías la cabeza.

—No me he vuelto loca, mamá. Créeme. ¡Está aquí!

—No puede ser —repliqué—. No sé a quién creerás haber visto...

Se había parado frente a un hotel. Aunque habían reformado el vestíbulo y tenía un nombre y un logotipo distintos, resultó que era el mismo donde me había alojado la primera vez. La locura que se había apoderado de Becky empezó a cobrar forma. Yo era la responsable de todo eso. Era yo quien le había dicho que la habíamos concebido en Santorini. Era yo quien le había mentado durante veinte años, quien le había dicho, pobre, que su padre había muerto. Y ahora sabía que no era verdad, y yo se lo había contado todo allí, a menos de cien metros del lugar donde lo había conocido. ¿Cómo podía esperar que no acabara cediendo a la presión de la locura?

—Ahí dentro —me apremió—. Ve a mirar. El tipo alto y rubio.

La agarré del brazo e intenté calmarla.

—Escúchame, Becky —le dije. Me pregunté si estaba teniendo una crisis nerviosa y en cómo iba a reaccionar yo en tal caso. Me pregunté si habría algún tipo de servicio de asistencia psicológica en Santorini.

—Solo te pido que vayas a verlo —insistió—. Es igualito a mí. Da hasta miedo.

—Becky, todo esto es culpa mía, pero...

—¡Ve a verlo! —repitió. Y como había roto a llorar de frustración, obedecí.

—Voy a entrar a ver quién es —expuse con calma—. Pero quiero que vayas a sentarte a ese muro y que te calmes un poco, ¿de acuerdo? Porque te aseguro que es imposible que sea él.

De repente se abrieron las puertas y salió alguien. Becky miró hacia el interior y exclamó:

—¡Es él! Ahí está. ¡Míralo! —Pero cuando volví la cabeza, las puertas ya se habían cerrado y solo vi el reflejo de la tienda de recuerdos que había delante—. ¡Entra de una vez! —me urgió Becky, al borde de la histeria—. Antes de que desaparezca.

Y fue así como, convencida de que la única forma de zanjar la cuestión era hacer lo que me pedía y satisfacer el deseo apremiante que se había apoderado de ella, entorné los ojos, le solté el brazo y me dirigí hacia a la puerta. Cuando se abrieron, me volví y le pregunté:

—¿Preferirías entrar conmigo?

Ella se limitó a contestar negando con la cabeza.



Entré en el vestíbulo. Se notaba que lo habían reformado recientemente y era mucho más grande de lo que recordaba. El suelo ahora era de mármol, y al notar la gélida bocanada del aire acondicionado, pensé que debía de ser una auténtica tortura trabajar todo aquel día a semejante temperatura. Era como estar en el círculo polar ártico.

Miré a mi alrededor, a los diversos grupos de gente que había, y vi al hombre al que debía de referirse Becky. Y aunque enseguida entendí por qué pensaba que podía ser su padre, supe de inmediato que no era Leif, a pesar de que solo lo había visto de espaldas. Claro que no lo era. ¿Cómo iba a serlo?

Se me cayó el alma a los pies. De hecho, tuve que reprimir las lágrimas y comprendí que, a pesar de haberle dicho a Becky que no podía ser él, en el fondo albergaba la pequeña esperanza

de haberme equivocado. Todos los sueños a los que me había aferrado durante aquellos años, y a los que yo misma me había obligado a renunciar, habían resucitado fugazmente.

Exhalé lentamente el aire que había contenido, me mordí el labio y miré a Becky a través de las puertas. Mi hija estaba sentada en el muro de enfrente, fumando y mordiéndose las uñas. Me pregunté cómo iba a reaccionar cuando le diera la noticia.

Estuve a punto de salir de inmediato, pero entonces me picó la curiosidad y decidí que quería verle la cara al hombre que, a entender de Becky, era su padre. Me pregunté qué imagen de él se había creado. Así que me dirigí al otro extremo del vestíbulo y me volví para mirarlo. Era alto, rubio y tenía los ojos azules. En eso había acertado. Incluso era posible que fuera noruego, aunque por algún motivo me pareció más probable que fuera alemán. Sin embargo, todo parecido acababa ahí. Tenía la espalda mucho más ancha que Leif y la nariz, puntiaguda, mientras que la de Leif era más redondeada. Lancé un nuevo suspiro y di media vuelta para dirigirme hacia la puerta, pero justo cuando llegaba a ella, oí una voz masculina.

—¡Jens!

Hubo algo en ese tono que me detuvo en seco. La puerta se abrió y se cerró, y se abrió de nuevo. Vi a Becky al otro lado, pero ella no me miraba. Estaba distraída encendiéndose un cigarrillo con la colilla del anterior. Agucé el oído para escuchar las voces a pesar del murmullo de las puertas correderas. Y rompí a llorar. Lágrimas de esperanza mezcladas con otras de pánico por la posibilidad de haberme equivocado, por el temor de estar casi tan loca como mi hija.

Tragué saliva a pesar del nudo que tenía en la garganta, giré sobre un pie y miré hacia atrás.

El tipo rubio que había visto antes, y que al parecer se llamaba Jens, estaba de cara hacia mí, mientras que el hombre que lo había llamado se encontraba de espaldas y le daba palmadas en el brazo mientras le hablaba en un tono muy animado. Me fallaron las rodillas y tuve que dar un paso a la derecha para agarrarme a una columna.

Jens se dio cuenta, porque empezó a fruncir el ceño, y el hombre con el que estaba hablando se dio la vuelta para ver qué había llamado la atención de su amigo. Y lo que vio fue a mí.

Al principio arrugó la frente, como si la imagen que le proporcionaban sus retinas no tuviera sentido. Entonces abrió la boca y a continuación la cerró sin articular una palabra. Al final, y sin desviar la mirada en ningún momento, le soltó el brazo a su amigo con un gesto distraído antes de cruzar el vestíbulo para reunirse conmigo.

—¿Eres tú? —me preguntó.

A pesar de mi esfuerzo, no pude responder. Me llevé una mano temblorosa a los labios y rompí a llorar de nuevo.

Él dio un paso más hacia mí e intentó darme un abrazo tímido.

—Laura —dijo—. Oh, Laura.

Su amigo Jens y una mujer rubia se acercaron para preguntarle algo en noruego, probablemente si había algún problema. La respuesta de Leif hizo que se disculparan y se fueran con una sonrisa en los labios.

Me abrazó durante más de un minuto mientras yo lloraba desconsoladamente y disfrutaba, entre sollozos, de aquella sensación tan agradable, de aquel olor cálido y almizclado que tan bien recordaba a pesar de los años transcurridos.

Nos sentamos en un sofá que había en un rincón del vestíbulo, uno frente al otro. Cuando por fin recuperé la compostura y pude hablar, o al menos mascullar algo comprensible, le pregunté:

—¿Cómo es posible que estés aquí, Leif?

—¿Yo? —preguntó, y se encogió de hombros—. Venimos muy a menudo —me dijo con total naturalidad—. Quizá unas diez veces desde... ya sabes... ¿Y tú? ¿Qué te trae por aquí? —preguntó con frialdad, incluso con un deje de irritación. Aquello no se parecía en nada al reencuentro con el que siempre había soñado.

—He venido para celebrar mi cumpleaños. Los cincuenta —respondí—. Por los viejos tiempos.

Leif asintió.

—Por los viejos tiempos —repitió, acariciándome la mano con gesto distraído. Amable pero no apasionado. De hecho, quizá «amable» sea una exageración. Dejémoslo en vacilante.

—¿Te alojas aquí? ¿En el Balcones Azules? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—Quería —le expliqué—, pero cuando quise reservar el hotel no lo encontré. Como le han cambiado el nombre...

—Sí, se lo cambiaron hace un tiempo.

De pronto me di cuenta de lo absurdo que era estar hablando del nombre del hotel. Pero todo lo demás, todo lo que quería decirle, me parecía demasiado complejo, demasiado inabarcable para expresarlo con palabras. Además, no se me ocurría cómo sacar el tema.

Supongo que quería saber si todas aquellas visitas que Leif había hecho en los últimos años a Santorini tenían algo que ver conmigo, pero me parecía absurdo y egoísta plantearle una cosa así. Además, algo en su gesto serio me advertía que aquel era un terreno pantanoso; algo en sus palabras, aquel uso de la primera persona del plural, «Venimos muy a menudo», me daba mala espina.

«Ha dicho “venimos” —pensé—. ¿Quién será ese “nosotros”?».

A fin de cuentas, habían pasado ya veinticuatro años. ¿Cómo podía esperar que alguien como él siguiera soltero? ¿Cómo podía pensar que yo era el motivo que lo traía hasta Santorini después de tanto tiempo? Habían sido dos días juntos y veinticuatro años de separación.

—¿Y tú? —me preguntó Leif, como si me hubiera leído el pensamiento—. ¿Has venido sola?

—No, he venido con... alguien.

«Estoy aquí con tu hija», pensé. Unas palabras que no podían ser más sencillas, pero del todo insuficientes dada la situación.

—¿Con un hombre? —me preguntó.

—¡Oh, no! —respondí, y miré hacia fuera para intentar ver a Becky, pero de pronto había desaparecido—. No, he venido... con una mujer. Una amiga.

Leif asintió.

—Bien hecho.

—¿Bien hecho?

—Sí, claro, no es muy agradable viajar solo.

—Desde luego —admití—, tienes razón.

—Entonces, tengo que felicitarte el cumpleaños, ¿no? —me preguntó Leif.

Asentí con la cabeza mientras jugueteaba con un botón de mi blusa, haciendo lo que fuera con tal de evitar su mirada. Me aterraba lo que pudiera ver ahí. O quizá fuera más sincero decir que me aterraba lo que no fuera a ver.

—Sí —respondí—. Hoy cumpla cincuenta. ¡Cincuenta! El tiempo vuela.

—No sé qué decir —confesó Leif tras unos momentos de silencio—. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí —admití—. Tienes razón. ¿Prefieres volver con tus amigos?

No tenía ningún sentido por mi parte ofrecerle esa alternativa. Llevaba suspirando por ese momento desde la última vez que nos habíamos visto, y justo cuando por fin el sueño se hacía realidad, yo no sabía qué hacer. Me faltaban las fuerzas, o la inteligencia, o el valor para manejar la situación. Yo misma le había abierto la puerta para irse, pero me aterraba la posibilidad de que Leif lo aprovechara y, al mismo tiempo, quería que pusiera fin a la insoportable tensión del momento. Porque era algo insoportable. No podía ni respirar.

Sin embargo, al final Leif se rio.

—No —dijo—, no quiero volver con mis amigos. ¿Tú quieres que me vaya?

Negué con la cabeza y, armada del valor que me había infundido el sonido de su risa, lo miré a los ojos.

Había ganado algo de peso, pero a grandes rasgos conservaba la misma fisonomía. Tenía la cara algo más redonda y algunas arrugas en torno a los ojos. Distinguí en sus ojos azules un brillo gélido, algo nuevo también, y me pregunté si habían cambiado de tono por culpa de la tristeza o la decepción. Tenía la nariz ligeramente torcida y estiré la mano para tocársela.

—Conor —confirmó—. Tuvieron que rompérmela y ponérmela en su sitio en el hospital, pero no acabó de quedar bien. Y ahora, cuando me miro en el espejo, siempre pienso en ti.

—Yo también pienso siempre en ti —le dije—. No he dejado de hacerlo.

Los ojos de Leif se volvieron de un color más frío si cabe y pensé: «¡Oh, Dios, es ira! La ira los ha teñido de ese color».

—No me escribiste —me dijo, confirmando mis sospechas—. Ni me llamaste. Ni una sola vez.

Aunque al principio me imaginaba a Leif sentado junto al teléfono, esperando a que me pusiera en contacto con él, con el paso del tiempo fui olvidando el rencor que debió de acumularse en su interior. Estaba más preocupada por mí misma, por lo que había perdido mi hija, quien, por culpa del destino, se había criado sin padre. Sin embargo, Leif nunca supo que mi maleta se había extraviado. ¿Estuvo esperando mi llamada? Y, de ser así, ¿cuánto tiempo? ¿Cómo se sintió? ¿Lo reconcomió la ira?

Dirigió la mirada hacia la calle y le acaricié el brazo suavemente.

—No fue culpa mía, Leif. Sé... Comprendo cómo debiste de sentirte, pero no pude llamarte. No pude escribirte.

Se secó los ojos y fue entonces cuando me di cuenta de que los tenía empañados.

—Aquí no —dijo, y se levantó—. Tenemos que hablar, pero no aquí. Ven. —Y se dirigió hacia las puertas correderas. Yo lo seguí.

Cuando salimos a la calle, miré a ambos lados en busca de Becky, pero no había ni rastro de ella. Metí la mano en el bolsillo para coger el teléfono y poder llamarla o enviarle un mensaje, pero descubrí que me lo había dejado en la habitación, de modo que fui con Leif y bajamos las Escaleras del Horror. Sabía que hasta que hubiera hablado largo y tendido con él tampoco podría presentarlos.

Se detuvo frente a la habitación 23, la misma en la que se había alojado cuando nos conocimos, y pensé que iba a decir algo sobre el tema, pero se limitó a abrir la puerta. Echó un vistazo en el interior, volvió a salir y me señaló las sillas de playa.

—Creo que estaremos mejor aquí.

Me pregunté si había ropa de mujer en la cama, si la elegante mujer que había visto en recepción era su novia o su esposa. Le miré las manos para comprobar si llevaba anillo, pero no era así.

Acercamos las sillas y nos sentamos.

—Tienes la misma habitación —comenté.

—Sí. Siempre la reservo con mucha antelación para asegurarme de que me la dan.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué quieres la misma habitación?

—Porque... —Leif dejó la frase a medias y lanzó un profundo suspiro—. ¿Sabes qué? ¿Por qué no empezamos hablando de ti? De por qué no me llamaste. ¿Qué te pasó?

Me tapé los ojos con una mano y la aparté al cabo de unos segundos.

—Lo siento mucho, Leif.

—Lo sientes —repitió—. Pero ¿por qué?

—Se extravió mi maleta —respondí, encogiéndome de hombros—. En el vuelo de vuelta a Inglaterra. Y yo perdí todo lo que había dentro, incluido el trozo de papel que me habías dado con tu dirección. Sin eso...

Leif esbozó una mueca rara al oír mis palabras y dirigió la mirada al mar. Cuando volvió a mirarme, comprobé que su gesto no había cambiado. Era como si hiciera mucho sol y tuviera que entornar los ojos.

—¿Me lo dices en serio? —preguntó.

Asentí.

—Yo... No... Mira... —balbuceé—. No quiero que pienses que no lo intenté, eso es todo. Me dejé el alma para localizarte. Hasta llamé a la embajada, pero no pudieron ayudarme.

—¿Para localizar la maleta?

Negué con la cabeza.

—No, eso ya me encargué de reclamárselo a la compañía aérea. Durante más de un año. Escribí a Aegean, a British Airways y a la dirección del aeropuerto de Atenas... Y luego llamé a la embajada de Noruega, donde me dijeron que tampoco podían ayudarme. O no querían. Les pedí tu apellido. También escribí a la universidad de Bergen. Hasta fui allí con... fui a Bergen. Te juro que removí cielo y tierra para encontrarte. Soñaba que lo conseguía. De hecho, de vez en cuando aún sueño que encuentro el papel, o que lo pierdo, ese maldito papel. De verdad que lo intenté por todos los medios. Pero al final ya no supe qué más hacer.

Leif lanzó una risa amarga.

—¿Y la guía telefónica? —preguntó.

—¿Cómo?

—La guía telefónica. Sale mi nombre. En Bergen.

—Sí, ya pensé en eso, pero no sabía tu apellido.

Leif agachó la cabeza y se la sujetó con las manos. Respiró hondo profundamente.

—Yo tampoco —admitió al final—. Yo tampoco sabía el tuyo.

—Es Ryan —le dije, y Leif soltó un grito ahogado.

—Claro —exclamó—. Claro. Lo sabía, lo tenía en algún lugar... —Se señaló la cabeza y dibujó un círculo con el dedo—. Llamé a tu hotel porque creía que a lo mejor lo tendrían.

—Yo también, pero había cerrado.

—Sí, pero reabrió al año siguiente. Encontraron la documentación de tu reserva, pero me dijeron que tu apellido era O'Leary.

—Era el de Conor.

—Sí, lo sé. Te habían inscrito como Sra. O'Leary.

—¿También intentaste encontrarme?

—Sí —respondió—. Durante años.

—¿Y el tuyo? ¿Cuál es tu apellido?

—Vilhjálmsson —dijo.

Le pedí que lo deletreara.

—Sabía que empezaba por Vil... Pregunté en la biblioteca. Tenían un sistema especial que permitía enviarles una pregunta. De lo que fuera. Y pregunté qué apellidos noruegos empezaban con «Vil-». Luego lo busqué en Google, debía de ser el año 2000 o 2001. Pero no lo encontré.

—Es islandés, no noruego. Mis padres eran de Islandia.

—Vaya —murmuré, negando con la cabeza—. ¿Por qué no lo sabía?

—Porque no hablamos de esas cosas. Estábamos demasiado ocupados. Con Conor.

—Sí, tienes razón.

—Entonces, ¿no dejaste de pensar en mí? —preguntó Leif, algo sorprendido.

—Nunca. Te lo prometo. No he dejado de pensar en ti en todos estos años.

Leif agachó la cabeza de nuevo, sujetándola entre las manos, y yo le apoyé levemente la mano en la espalda mientras me corrían las lágrimas por las mejillas. «Es demasiado tarde —pensé—. No sé qué esperaba, pero no cabe duda de que es demasiado tarde». Creo que fue entonces, al ver las pruebas irrefutables de los cambios físicos que habíamos experimentado, cuando fui consciente de los años que habían pasado. Llevábamos vidas totalmente distintas. Nos habíamos convertido en dos personas que apenas tenían nada en común.

Al cabo de un par de minutos entré a lavarme la cara. Estaba convencida de que se me habría corrido todo el rímel, pero al mirarme en el espejo recordé que no me había maquillado. Por suerte.

Me lavé y sequé la cara, y eché un vistazo en el armario, pero solo había cosas de hombre. Y un cepillo de dientes. Mis sospechas quedaron confirmadas cuando pasé por la habitación. Solo una de las camas estaba deshecha.

Al salir a la terraza, vi que Leif estaba mirando el mar.

—¿Te casaste? —le solté de buenas a primeras, antes de que me abandonara el valor que había logrado reunir.

—Sí —respondió—. ¿Y tú?

Asentí.

—Pero no funcionó. Bueno, durante un tiempo sí...

—A mí me pasó lo mismo —admitió Leif, que aún no se había vuelto para mirarme—. Duró cinco años.

—Ocho. Aguanté ocho.

—Tú ganas —declaró él, y no supe si lo decía en broma o con cierta insidia.

—¿Por qué te div...? —empecé, pero dejé la frase a medias. No tenía ningún derecho a preguntárselo.

—¿Por qué no salió bien?

—Sí.

Se volvió hacia mí y vi que tenía los ojos un poco rojos.

—Yo quería tener hijos, Aslaug no, y eso acabó convirtiéndose en una fuente de problemas. Además...

—¿Qué?

Se encogió de hombros.

—Eso es todo, en realidad. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

Tenía miedo de que me estuviera preguntando si había tenido hijos, porque aún no sabía cómo iba a decirle lo que tenía que decirle.

—Tu matrimonio. ¿Por qué fracasó?
—Ah, no sé. Por lo mismo por lo que fracasan los demás.
—¿No lo sabes?
Me encogí de hombros.
—Él era encantador. Se llamaba Brian y era bueno, divertido y guapo. Así que...
—¿Así que...?
—Yo no... no lo quería lo suficiente, supongo. Siempre... no sé...
—No pasa nada. No es necesario que me lo cuentes todo. Era simple curiosidad.
—Siempre lo comparaba contigo. A decir verdad, ese fue el problema. Había una parte de mí que no dejaba de pensar en ti. Y eso... lo complicó todo.
Leif esbozó una sonrisa triste.
—No soy tan especial.
—Ya, y yo tampoco.
—Pero nosotros... —dijo, señalándonos a ambos—. Había magia entre nosotros, ¿no crees? Al menos entonces.
Asentí y me mordí el labio inferior. Abrí la boca, pero no acerté a articular ni una palabra.
«Sí, teníamos algo mágico», pensé.
Regresamos a las sillas y Leif me cogió de la mano.
—Quiero preguntarte una cosa, Laura. Y quiero que me digas la verdad. ¿Sales con alguien?
Negué con la cabeza.
—No hubo nadie más antes de Brian. Y tampoco después. Es más, creo que ni siquiera Brian fue... ya sabes... ¿Y tú?
Leif negó con la cabeza.
—No desde que me divorcié de Aslaug —respondió—. A menudo pienso que debería haber seguido con ella.
—¿De verdad?
—Bueno, al final no he tenido hijos, así que, en cierto modo, nuestras discusiones fueron en vano.
—Entiendo —dije.
Intenté formular una frase que contuviera el nombre de «Becky», pero fui incapaz de encontrar las palabras adecuadas.
—Nunca perdí la esperanza —confesó—. Cada año que venía aquí, pensaba que existía la posibilidad de que nos reencontráramos. Que miraría a mi alrededor y te vería. ¿Por qué no volviste?
—No podía permitírmelo. Y también me daba miedo. Al principio, cuando menos. Y tenía una hi... La única vez que me tomé vacaciones fui a Bergen. Luego ya me casé, así que... tampoco quería arrastrar a Brian hasta aquí.
—No, claro. ¿Y ahora?
—¿Qué quieres decir?
—¿Por qué has decidido venir ahora?
—Pues la verdad es que no estoy muy segura. La cuestión es que heredé un poco de dinero y me quedé sin trabajo, así que tenía tiempo. Además, me divorcié de Brian, claro. Y quería recordar quién era yo antes de conocerlo. O algo así, vamos.
—¿De verdad fuiste a Bergen? ¿En qué año?
—¿En el 2000? ¿2001? Tardé un tiempo en ahorrar el dinero necesario.

—Entiendo.

—¿Estabas en Bergen?

Leif negó con la cabeza.

—No, estaba trabajando en una plataforma petrolífera. En realidad, no estaba en ningún lado. Siempre en alta mar.

Lancé un suspiro. El hecho de que no se hubiese hallado en Bergen me proporcionó una leve sensación de consuelo, porque siempre había pensado que existía la posibilidad de que no hubiéramos coincidido por muy poco. A veces nos había imaginado a los dos caminando por calles paralelas, separados por escasos metros. O a Becky y a mí saliendo de un café al que Leif llegaba al cabo de solo unos minutos, y que se sentaba en la misma silla que yo había ocupado momentos antes. Sin embargo, al final resultaba que no había estado en Bergen, lo cual fue un alivio.

Durante diez minutos guardamos silencio, mirándonos a los ojos.

De vez en cuando Leif inspiraba profundamente y negaba con la cabeza, como si lo absurdo de nuestra situación le pareciera cómico. Yo, por mi parte, alternaba fases de lágrimas con fases sin lágrimas. Creo que, después de todo lo que había pasado, estaba sumida en un estado de aturdimiento, y no me veía capaz de hacer nada más, salvo llorar y no llorar.

De pronto me vino la idea a la cabeza casi sin darme cuenta. Ocurrió, sin más. Le solté la mano a Leif y me levanté.

—Tengo que ir a ver a una persona —dije. Quería encontrar a Becky para que conociera a su padre—. ¿Puedes esperar?

Leif me miró desconcertado.

—Confía en mí —le dije—. Pero, sobre todo, no te marches. Hagas lo que hagas, no te marches.

—Aquí estaré —dijo.

Sin embargo, cuando me volví, Leif se levantó de un salto y me agarró de la mano.

—Tengo miedo —me dijo—. Tengo miedo de que desaparezcas de nuevo y no regreses.

—Pues acompáñame —le propuse tras pensarlo unos segundos—. No pasa nada. Ven conmigo.

Subimos las escaleras hasta el nivel de la calle, cruzamos el vestíbulo congelado y nos dirigimos al supermercado. Entré y vi a Baruch, que estaba cobrando a una mujer.

—¿Y Becky? —le pregunté sin más.

Baruch se encogió de hombros. Entonces vio a Leif detrás de mí y abrió los ojos de par en par.

—¿Es...? —preguntó.

Yo asentí.

—Hasta luego —le dije.

Cuando llegamos a nuestro apartamento, la puerta estaba abierta.

—¿Becky? —la llamé.

—Estoy en el baño —respondió.

CAPÍTULO 17

BECKY

Fumé un par de cigarrillos en el muro que había junto al hotel. Me temblaban las manos, como si estuviera al borde del colapso. Era tan exagerado que, en ocasiones, me costaba acercar el cigarrillo a los labios. El corazón me latía desbocado y aunque la cabeza me iba a mil, no podía elaborar ningún pensamiento coherente. Era como una lavadora en la fase de centrifugado, creando un remolino de colores irreconocible.

Al apagar el tercer cigarrillo, decidí que había llegado el momento de ver lo que estaba pasando, pero cuando llegué a la entrada, me embargó el miedo. No tenía el valor necesario para dar el último paso, de modo que di media vuelta. El estrés del momento, de saber si había tomado la decisión correcta o no, me resultaba insoportable.

La cabeza me daba vueltas; es más, no podía ni enfocar la mirada. Estaba tan aturdida que hasta choqué con un par de personas en la calle. Ni siquiera mi sistema de navegación funcionaba como es debido.

De modo que al final me di por vencida, pasé de largo junto al supermercado y me fui directa a nuestro apartamento. Me senté y después de comprobar que el tabaco no había logrado templarme los nervios, opté por una ducha fría.

Cuando mamá apareció en la habitación, supe que no me había equivocado. Tenía los ojos rojos de llorar, pero también descubrí en ellos un brillo especial. Sé que no tiene sentido, pero era como si hubiese visto a Jesús o a Buda. Se movía lentamente, como si levitara, y tenía una expresión muy plácida en el rostro. También hablaba con una voz más suave de lo habitual.

—Ven —me dijo, tomándome de la mano.

Salimos al sol y el Buda en cuestión estaba ahí, contemplando el mar.

—Leif —dijo—, te presento a Becky.

Se volvió hacia mí y se produjo un momento extraño cuando nuestras miradas se cruzaron. Creo que ambos buscábamos un parecido. No en los propios ojos, sino más allá, en nuestras almas.

Leif frunció el ceño. Parecía desconcertado.

—Hola, Becky —me saludó.

—Hola... ¿papá? —dije con voz vacilante.

Entonces palideció ante mis ojos y me di cuenta de que mamá no se lo había contado, no le había dicho quién era yo. Me sentí avergonzada, incluso algo mareada, por él. Y también furiosa con mi madre.

Nos miramos fijamente durante unos segundos y fue como mirarse al espejo, pero en uno de esos que deforman tu imagen, en los parques de atracciones. Recuerdo perfectamente lo que sentí.

¿Sabes esos programas de internet que te muestran qué aspecto tendrías si fueras del sexo opuesto? Pues sentí eso mismo. Simple y llanamente. Me estaba viendo a mí misma, pero en el cuerpo de un hombre de cincuenta años.

Leif se volvió hacia mamá.

—¿Laura? —preguntó.

Ella se limitó a responder con un leve movimiento de la cabeza y parpadeó lentamente. Tenía los ojos empañados y lucía un gesto plácido. Lo cierto es que se me pasó por la cabeza la posibilidad de darle un bofetón para cambiarle la cara.

—*Herregud!* —exclamó Leif, algo que sonó a «¡Dios mío!», «¡Jesús!» o «¡Joder!»—. Tengo que sentarme —admitió con voz temblorosa, y se dejó caer en una silla.

Me quedé inmóvil, observándolo. Seguía buscando parecidos, y había muchos, pero también buscaba un gesto de alegría por su parte al descubrir que tenía una hija desconocida. Sin embargo, no detecté ese gesto. Al contrario, parecía que iba a vomitar.

—¿Tienes veintitrés años? —me preguntó, como si quisiera confirmar que lo imposible estaba ocurriendo de verdad.

Asentí.

—Hecha en Oia —declaré, forzando una sonrisa y encogiéndome de hombros.

—Sí —dijo Leif con un hilo de voz—. Sí, claro. Siéntate, por favor. —Señaló otra silla y la acerqué para situarme de cara a él—. Lo siento —añadió—. Es que ha sido una sorpresa.

—Lo sé —concedí—. Dímelo a mí.

—Yo... ¡voy a preparar un té! —anunció mamá con ese tono suyo alegre y tontorrón—. ¿Alguien quiere una taza? Sí, voy a preparar un té.

Cuando desapareció en el interior del apartamento, lamenté que no se me hubiera ocurrido a mí, porque la tensión era palpable, tan densa que parecía haber absorbido el oxígeno del aire. Me costaba una barbaridad respirar.

—Creo... —balbuceó Leif—. Creo que eres... Humm. Esto es muy difícil, ¿no?

—Mucho —admití.

—Pero nos parecemos, ¿no crees?

—Es verdad.

—Tus manos —dijo Leif, señalándolas con un gesto de la cabeza—. Son largas, como las mías. Esos dedos...

Asentí y acerqué una mano a la suya para compararlas.

—Mi profesora de música quería que estudiara piano —dije, con la mirada fija en mi mano temblorosa en lugar de la de Leif—. Pero yo lo odiaba. Se me daba fatal leer partituras.

—Tienes razón, no es nada fácil estudiar música. ¿Puedo? —me preguntó, señalándome la mano.

Fruncí el ceño porque no entendía a qué se refería, pero entonces me di cuenta de que simplemente quería cogerme de la mano y se la tendí. Leif la tomó entre las suyas. Estaban igual de calientes. El contacto con su piel me provocó una sensación familiar. Era como la mía, pero algo más áspera.

—Me ha sorprendido que seas tan guapa —comentó.

Me sonrojé y tuve que apartar la mano. Era una situación demasiado embarazosa.

—Aunque, claro, tu madre también es muy guapa —añadió—. Soy yo el que... —Se señaló la cara e hizo una mueca—. ¿Así que te llamas Becky?

Asentí.

—En realidad es Rebecca, pero todo el mundo me llama Becky. O Becks.

—Es un nombre precioso.

—¿Y cómo te apellidas? —le pregunté.

—Vilhjálmsson.

No lo entendí, pero preferí asentir con la cabeza.

—Vale.

—Es de origen islandés. Mis padres eran de Islandia, pero yo soy noruego.

—Entiendo.

Hubo un momento de silencio en el que oí a mamá trasteando en el apartamento, con tazas y cucharillas.

—¿A qué te dedicas? —le pregunté, no solo porque el silencio me resultaba insoportable, sino porque numerosas y variadas fantasías sobre mi padre habían girado siempre en torno a su categoría de superhéroe a nivel profesional.

—Soy ingeniero —respondió—. Trabajo en plataformas petrolíferas. En el Mar del Norte. Perforaciones y todo eso.

—Ya veo —dije con una leve decepción.

—¿Y tú?

—¿Yo? Pues acabo de graduarme en la universidad, en Humanidades. Y creo que me gustaría estudiar Magisterio, pero aún no lo he decidido.

—¿Te gustaría ser maestra?

—Sí —respondí—. Quizá. O a lo mejor me pongo a buscar trabajo. De lo que sea. Pero no es que la cosa esté muy bien en estos momentos. Con la crisis y el tema del Brexit... —Pero dejé la frase a medias. Me di cuenta de que me había puesto a hablar de temas absolutamente triviales en el momento más importante de mi vida, y no me gustaba.

—No, claro, te entiendo.

De pronto me embargó un torbellino de emociones. Era una compleja mezcla de bochorno por la incómoda conversación que estábamos teniendo, de enfado con Leif por su incapacidad para convertir ese momento en algo mágico, y también con mamá, por haberme dejado sola, por no haber gestionado mejor el asunto de las presentaciones. Y, a decir verdad, también estaba furiosa con ella por haber elegido a alguien tan normal y corriente, tan poco ecologista como padre. A ver, ¿pozos petrolíferos? ¿En serio?

Antes siquiera de ser consciente de que iba a hacerlo, me levanté y dije:

—Lo siento, pero no puedo. —Y me fui corriendo.

Llegué hasta arriba, a la calle, recorrí cien metros y bajé por las Escaleras del Horror, cuando me atrapó mamá.

—¡Becky! —gritó—. ¡BECKY!

Me detuve para dejar que me alcanzara y me senté en un escalón.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó casi sin aliento.

Me encogí de hombros y negué con la cabeza.

—Dime algo —me pidió mamá, que se sentó a mi lado y me rodeó los hombros con un brazo.

—Creía que sería distinto —confesé con un hilo de voz.

—¿Qué sería distinto?

—El momento de conocer a mi padre.

Me puse a repasar mentalmente las imágenes que había ido creando a lo largo de los años en la pantalla de cine de mi cabeza y las comparé con la deslucida realidad de lo que acababa de suceder.

En una estábamos papá y yo, abrazándonos y llorando.

En otra él se presentaba en la puerta de casa, rodeado de una especie de halo divino, y me decía: «Eres mi hija y te quiero».

En otra aparecía con un gran coche negro y se detenía delante de casa. «Papá te está esperando fuera», me decía mamá, y cuando yo salía corriendo a su encuentro, un chófer abría la puerta trasera y veía a mi padre, que era rico, vestía un traje muy elegante y me recibía con una sonrisa...

Sin embargo, la triste realidad se había parecido más al tipo de conversación incómoda que sueles tener con el padre de una amiga mientras esperas a que acabe de prepararse. En plan: «¿Qué tal va la escuela? ¿Cómo está tu madre?».

—Es como si no hubiera nada —exclamé mientras se abrían las compuertas del torrente de lágrimas—. Quería sentir algo, pero no sentí nada. He esperado toda la vida a que llegara este momento y ahora no hay nada.

Me abrazó y empezó a meceme suavemente.

—Oh, cielo. Estas cosas llevan su tiempo. Tienes que darle tiempo.

—Es que es un hombre normal y corriente —dije, llorando desconsoladamente, y me arrepentí de inmediato de las palabras que acababa de pronunciar, dignas de una niña malcriada y estúpida.

—No es verdad —replicó mi madre con calma—. Vuelve conmigo y te darás cuenta. Verás que no es un hombre normal y corriente, ni mucho menos.

—Esto no debería haber sido así —insistí entre sollozos.

—O a lo mejor sí. A lo mejor debería ser justamente así. ¿Cómo vamos a saberlo?



Al final dejé que mamá me llevara de nuevo al apartamento porque supongo que, en el fondo, es lo que yo también quería. Había empezado a dejar atrás mis expectativas infantiles de que mi padre fuera un superhéroe y comprendía que era lógico que se tratara de un hombre normal. Cuando volvimos, Leif estaba dentro, cortando tomates.

—Creo que voy a preparar algo de comer —le dijo a mamá—. Espero que no te importe.

Mamá negó con la cabeza.

—En absoluto, es justo lo que iba a sugerir. Ayer compramos un montón de comida, así que...

Yo me quedé en la puerta, haciendo un gran esfuerzo para no estar de morros como una adolescente, pero, aun así, creo que mi cara hablaba por sí sola, porque Leif dejó de preparar la comida en cuanto me vio. Se secó las manos con un paño y se acercó hasta mí.

—Si quieres, me voy —me dijo.

Me encogí de hombros. En ese momento no llegaba a más.

—Ni hablar, no queremos que te vayas —terció mamá—. ¿Verdad?

—Lo siento —añadió Leif—. No se me dan muy bien este tipo de situaciones. Es algo que no te enseñan en la escuela.

—No —admití, con un resoplido—. A mí tampoco no me lo enseñaron.

—Vaya, a mí también se me daba muy mal el tema de la doble negación —comentó, y se volvió hacia mi madre—. ¿Te acuerdas, Laura?

—Sí —respondió mamá, que abrió la nevera y sacó una lechuga.

Leif se volvió hacia mí.

—Sé que esto es... —empezó—. O sea, si no lo quieres, tienes todo el derecho del mundo a negarte, ¿de acuerdo?

—¿Si no quiero qué? —pregunté, confundida.

—Un abrazo —dijo Leif—. He pensado que tal vez podía servirte de ayuda.

Tragué saliva y asentí nerviosa. Bastó ver cómo abría los brazos para que se me anegaran los ojos en lágrimas. Porque esa escena sí que parecía de película, como las que había imaginado a lo largo de toda mi vida. Había sido una de mis fantasías. Cuando me estrechó entre sus brazos, las lágrimas me corrían por la cara.

Mamá me observó, ladeando un poco la cabeza; entonces dejó la lechuga, se secó las manos en los pantalones y cruzó la cocina para fundirse en nuestro abrazo.

—¿Puedo? —preguntó, rodeándonos con los brazos—. Llevo toda la vida esperando a que llegara este momento.

Era la primera vez que se hacía realidad uno de mis sueños: recibir el abrazo no solo de mi madre, sino también de mi padre. Y lo estaban haciendo, justo en ese momento y en ese lugar. Estaba ocurriendo de verdad y me embargó una emoción tan intensa que por un momento pensé que iba a desmayarme. Pero fue solo un instante. Creo que enseguida nos invadió a los tres un sentimiento de vergüenza, así que nos separamos y nos entregamos en cuerpo y alma a preparar la comida, una tarea mucho menos exigente.

Mientras mamá lavaba la lechuga, Leif y yo sacamos la mesa a la terraza y la pusimos. Yo abrí el humus y el tzatziki que había comprado mamá y corté el pan.

Era una sensación extraña, hacer algo tan normal. Porque el hecho de hacerlo juntos, como una familia, resultaba extraordinario. Me sentía como si estuviera interpretando un papel en una obra de teatro, o como si fuera la protagonista de una de las escenas que había alumbrado mi imaginación.

Mientras comíamos, nos dejamos llevar por la cadencia de una conversación casi normal. Mamá y Leif —no me salía llamarle «papá» otra vez— tenían que ponerse al día, y yo sentí que era un privilegio estar presente y ser testigo de ello.

Leif nos contó que se había casado con una profesora universitaria superfeminista, y que habían discutido muchas veces por el tema de los hijos, algo que, por extraño que parezca, ella consideraba degradante para las mujeres. Nos dijo que una vez habían viajado juntos a Santorini y que había sido una experiencia horrible, que él no dejó de pensar en mamá todo el tiempo y que a su mujer, que se llamaba Aslaug, no le gustó la isla.

Mamá y yo nos preguntamos en voz alta cómo podía existir alguien a quien no le gustara, pero Leif insistió en que era cierto.

—«Azul, azul, azul por todas partes. Esto es aburridísimo, Leif» —dijo, imitando la voz de su ex.

Mamá también habló de su matrimonio con Brian, pero le ofreció una versión muy edulcorada, acaso para no hacerme daño. Creo que al final Leif no comprendía por qué se habían separado si era todo tan idílico.

También hablamos un poco de mí. Mamá intentó tomarme un poco el pelo con mi «aventura» con Baruch, y Leif declaró que Santorini era un lugar tan romántico que no le sorprendía que hubiera encontrado el amor. Él también había visto a Baruch y estaba de acuerdo en que era muy guapo.

—Pero no guardes su número de teléfono en la maleta —me advirtió.

Su broma cayó como una losa y todos guardamos silencio durante un rato, pensando en las consecuencias de aquel simple error y en las oportunidades que había tirado por la borda.

—¿Puedo preguntar algo sobre Conor? —dije al final. Era el único tema que no habíamos tocado.

—Claro. Lo que quieras —contestó mamá, aunque sus ojos parecían decir lo contrario.

—Es sobre el accidente. ¿Podrías contarme más o menos qué pasó?

—Bueno, tampoco es necesario que hablemos ahora del tema, ¿no? —se apresuró a puntualizar.

—Acabas de decirme que podía preguntar lo que quisiera —le recordé, pero al ver que ya se había cerrado como una ostra, decidí volverme hacia Leif—. ¿Tú lo viste?

—¿Si vi qué?

—El accidente. El accidente de Conor. ¿Estabas ahí cuando ocurrió?

—Pues sí... —respondió, y se le ensombreció el rostro—. Quiero decir, no —se corrigió, supongo que al ver la mirada fulminante que debía de haberle lanzado mamá a mis espaldas.

—¿Podría hablar un momento a solas con Leif? —me preguntó ella, confirmando mis sospechas.

—¿Para qué? ¿Para unificar versiones?

—No —replicó mamá—. No es por eso. ¿Qué pasa? Es que... Mira, danos un par de minutos, ¿de acuerdo?

Se levantó y dirigió un gesto a Leif, que parecía desconcertado, como si no entendiera lo que estaba pasando.

—Se supone que tienes que seguirla —le dije—. Así ella podrá decirte las mentiras que has de contarme.

En ese momento estuve a punto de irme. Me quedé sentada, imaginando sus cuchicheos al otro lado de la puerta, y pensé en dejarlos solos. Incluso llegué a tensar los músculos de las piernas un par de veces, pero al final me quedé. Me intrigaba lo que pudieran decirme. Además, por algún motivo, sospechaba que Leif no querría mentirme. No sé por qué, pero estaba convencida de ello. Imagino que tenía cara de tipo sincero.

Cuando por fin volvieron, comprobé que no me equivocaba.

—Bueno —dijo mamá en un tono excesivamente formal—. Leif y yo hemos hablado del asunto y tenemos que contarte otra parte de la historia. Pero antes he de saber que puedo confiar en ti. Porque es... bueno... un tema muy delicado, digámoslo así.

—¿Confiar en mí? —repetí, indignada—. ¿Delicado? ¿En qué sentido?

—No es que no confíe en ti. Sabes que no es eso. Por eso quiero contártelo... todo. Pero debes prometerme que no se lo dirás a nadie. Nunca. Si te contamos la verdad, y Leif cree que deberíamos hacerlo, tienes que prometérmelo.

—Vale, no se lo diré a nadie. No os preocupéis.

—Ni siquiera a Baruch —añadió mamá.

—Sobre todo no a Baruch —intervino Leif, muy serio.

—Sí, tienes razón —admitió mamá—. Sobre todo no se lo cuentes a Baruch.

—De acuerdo —respondí con solemnidad—. No se lo contaré a Baruch.

Mamá lanzó un suspiro e intercambió una mirada con Leif, negociando en silencio quién debía empezar.

—No sé por dónde comenzar —dijo mamá.

—Por el principio —apuntó Leif—. Por la noche en que Conor...

—No —lo interrumpió mamá—. No, tenemos que ir más atrás. De lo contrario, nada de esto tendrá sentido. Parecería algo horrible.

—Vale, pues empieza por donde quieras —dijo Leif.



Mamá empezó a relatarme la historia. Me habló de nuevo de la *rave* donde conoció a Conor, me contó que después había ido a verla a Londres y que decidió por su cuenta, a pesar de las protestas de mamá, comprar los billetes a Santorini. También me dijo que Conor ya estaba borracho cuando se encontraron en el aeropuerto y que en ese momento estuvo a punto de cambiar de opinión.

Al parecer había algunos fragmentos de la historia que Leif tampoco conocía, porque de vez en cuando ponía cara de sorpresa y hacía preguntas como: «Pero ¿por qué subiste al avión? ¿Por qué no te fuiste a casa?». Mamá hizo un gran esfuerzo para responder a todas nuestras preguntas, aunque a veces le costaba justificarse.

Me contó que Conor la había obligado a acostarse con él en Miconos y fue entonces cuando yo le pregunté por qué no había ido a la policía. Y, una vez más, le resultó difícil explicarlo.

A partir del momento en que conoció a Leif, él se incorporó a la narración. A veces hablaban al mismo tiempo, otras se complementaban. De cuando en cuando también se contradecían, aunque de forma cordial, algo que era muy bonito, supongo, porque parecían una pareja de verdad que intentaba ponerse de acuerdo y hallar un relato común sobre su relación.

Mamá me explicó que Conor la golpeó y que conoció a Leif en las escaleras; Leif me contó lo del pasaporte de mamá y que estuvieron buscando a Conor desesperadamente porque necesitaba recuperarlo a toda costa.

El relato de lo que ocurrió el día del cumpleaños de mamá fue una de las historias más románticas que he oído jamás, y se me anegaron los ojos en lágrimas al darme cuenta de que se habían reencontrado, y me estaban contando su historia, precisamente el día de su cumpleaños. Luego el relato dio un giro muy sombrío y noté que se me erizaba el vello de la nuca.

Fue como una de esas escenas aterradoras en una película de miedo, cuando cambia la música y sabes que está a punto de ocurrir algo malo. Los protagonistas aparcan en la cuneta, toman una pista muy oscura, hasta el borde del acantilado, y te dan ganas de gritar: «¡No! ¡No sigáis por ahí!».

Como había supuesto, Conor hizo acto de presencia y estalló la pelea.

—Era boxeador —me recordó mamá—. Y fuerte como un oso. Era invencible.

—Y estaba borracho —añadió Leif—. Era mucho peor cuando había bebido.

—Sí, era una especie de enajenación alcohólica. Tenía la fuerza de veinte hombres.

—Intentó llevarse a tu madre —me contó Leif—, meterla en su coche por la fuerza. Y yo le dije que se había acabado, que estábamos enamorados.

—En ese momento te habría matado yo misma por decirle eso —intervino mamá, que se volvió hacia mí—. ¿Te lo puedes imaginar? Fue como enseñarle un capote a un toro, como si hubiera encendido una mecha muy corta y el cartucho de dinamita era Conor.

—Creí que tal vez así entraría en razón —se defendió Leif—. Me pareció que tenía que saberlo.

—Entrar en razón... —repitió mamá con sarcasmo.

—¿Fue entonces cuando perdió los estribos? —pregunté.

—Peor —dijo Leif.

—Sí, fue algo mucho peor —admitió mamá—. Se transformó en un asesino de película o algo así, en un ser frío, como Dexter. Agarró a Leif...

—Del cuello de la camiseta —intervino Leif, que se llevó una mano a la camiseta para reproducir el gesto.

—Y luego le dio un puñetazo —prosiguió mamá—. Uno tras otro. No paraba.

—Me la rompió —dijo, señalándose su nariz torcida—. Y dos dientes.

—¿Te rompió dos dientes? —preguntó mamá.

Leif asintió.

—Al principio quedaron así. —Hizo un gesto para dar a entender que habían quedado colgando de un hilo—. Pero se me cayeron al llegar a casa. Estos cuatro me los unieron —dijo, señalándose los incisivos.

—Debieron de ponerte un puente —dijo mamá.

—Sí, un puente.

—Entonces, ¿qué hicisteis? ¿Cómo lo parasteis? —pregunté—. No lo empujaríais, ¿verdad? No lo empujasteis por el acantilado, ¿no?

—No estoy muy segura de que te convenga saberlo, cielo —objetó mamá, que lanzó una mirada de preocupación a Leif.

—Estás de broma, ¿no? —le solté—. ¡Ahora no puedes parar! ¿Estás loca?

—Es que... es algo un poco siniestro —dijo mamá—. No quiero que tengas que cargar con ese recuerdo.

—No me pasará nada —le aseguré—. Cuéntamelo. Tengo que saberlo.

Mamá miró de nuevo a Leif, que se encogió de hombros.

—Creo que tenemos que acabar la historia, Laura. Si quieres, ya le cuento yo el resto.

—No, da igual —cedió mamá, y respiró hondo—. Intenté pensar en todas las posibilidades para detenerlo: me colgué de su cuello, le di puñetazos en la espalda, pero no sirvió de nada. Era como si no notara nada.

—Al final me rendí —admitió Leif—. Sabía que no tenía ninguna posibilidad contra él. No era valiente. Me puse a llorar y le supliqué que parase.

—Fuiste muy valiente —replicó mamá, que se volvió hacia mí y prosiguió, entre lágrimas—: No le hagas caso. Fue muy valiente. Yo estaba convencida de que Conor iba a matarlo. No paraba de golpearlo, sin piedad. Como si fuera un saco de entrenamiento de boxeo. Cuando Leif cayó al suelo, empezó a darle patadas. Fue horrible.

—Creía que me moría —dijo Leif—. De verdad. Empecé a rezarle a Dios. No soy creyente ni nada de eso, pero, por si acaso, empecé a rezar.



Leif, que había levantado los brazos para protegerse la cabeza, asintió con un gesto débil.

—Tú ganas —repitió—. Se ha acabado.

Conor dio un resoplido.

—Pues esto no ha hecho más que empezar, amigo —replicó.

Entonces lo agarró de la camiseta y lo obligó a ponerse en pie.

—¡Conor, lo matarás! —gritó Laura.

—Esa es la idea —replicó Conor, con una sonrisa en los labios.

Fue entonces cuando Laura comprendió que era cierto. Hasta ese momento solo habían sido palabras, pero entonces comprendió que Conor no pararía hasta matarlo. En ese preciso lugar. En ese preciso instante. Ante sus ojos. Y por mucho que lucharan, suplicaran o se dieran por vencidos, su propósito no iba a cambiar. Si no hacía algo, mataría a Leif. El único hombre al que había amado de verdad simplemente dejaría de existir.

De repente sintió un subidón de adrenalina y dejó de llorar. Fue como si su cerebro hubiera pasado a un modo desconocido hasta entonces, ultrapreciso, de una claridad diáfana. Miró a su

alrededor en busca de cualquier cosa que pudiera usar como arma y de pronto se fijó en el coche.

Al ritmo acompasado de los puñetazos de Conor, registró el interior, pero no encontró nada que pudiera servirle. Se le pasó por la cabeza la posibilidad de embestirlo, pero Conor había quitado las llaves. Pensó que quizá en el maletero habría una llave inglesa o un gato hidráulico, pero estaba cerrado.

Laura se levantó y examinó de nuevo la escena. No podía emplear la fuerza. Tampoco tenía un arma. Pero si recurría al ingenio, podía aprovechar al máximo la combinación de impulso y velocidad, y el factor sorpresa.

Cuando Conor levantó de nuevo a Leif para colocarlo en la postura idónea que le permitiera obtener el máximo placer de los brutales golpes que le estaba asestando, Laura trazó un círculo y se abalanzó sobre él tan rápido como se lo permitieron sus piernas. Los últimos metros los recorrió, literalmente, volando, antes de que su hombro impactara en el centro exacto de la musculosa espalda de Conor.

El resultado fue más espectacular de lo que se hubiera atrevido a imaginar. Conor salió despedido por encima de Leif y cayó de bruces unos metros más allá. A pesar del fuerte golpe, estuvo a punto de volver a ponerse en pie, pero en el último momento tropezó y cayó al suelo.

Leif se desplomó hecho un ovillo, desesperado por protegerse la cara del siguiente vendaval de puñetazos, y cuando Laura se arrodilló junto a él e intentó acariciarlo, él se apartó instintivamente, aterrorizado, una reacción que la hizo llorar de nuevo.

Entonces lo abrazó. Estaba dispuesta a protegerlo con su propio cuerpo y a que murieran juntos, si era necesario. Leif se había visto arrastrado a aquella situación sin comerlo ni beberlo y no se merecía nada de eso. Si Conor quería matarlo, antes tendría que acabar con ella.

—Lo siento mucho, Leif —sollozó Laura, convencida de que estaban a punto de morir—. Te quiero. Lo siento con toda el alma.

Pasaron unos segundos, quizá un minuto, hasta que se atrevió a mirar hacia el coche, que ocultaba con su sombra el lugar donde había caído Conor, por lo que costaba distinguirlo. Laura solo vislumbraba la puntera de sus zapatos, inclinadas hacia los lados.

Leif, que gimoteaba de miedo, también se atrevió a mirar por entre los dedos.

—¿Dónde está? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Por qué ha parado?

—No lo sé —susurró Laura, que le acarició la cabeza y miró hacia el coche.

Estrechó a Leif con todas sus fuerzas y entonces, consciente de que quizá Conor solo había perdido el conocimiento momentáneamente, dijo:

—Es mejor que vaya a mirar. Quédate aquí.

Leif intentó agarrarle la mano para que no se fuera, pero ella se soltó con delicadeza y se deslizó al lugar donde yacía Conor.

Parecía muy sereno. Ese fue el primer pensamiento que le vino a la cabeza. Parecía muy sereno, como si estuviera durmiendo y se hallara sumido en un sueño muy agradable. Fue entonces cuando vio la piedra.

—Creo que se ha dado un golpe en la cabeza al caer —gritó, mirando a Leif, que se había arrodillado para intentar ponerse en pie, con gran dificultad—. ¿Deberíamos atarlo?

—¿Atarlo? —repitió Leif, que se acercó a Laura cojeando. Tenía la cara cubierta de sangre y le costaba tanto andar que parecía un extra de una película de zombis.

—Para cuando recupere el conocimiento —expuso ella, con voz temblorosa—. ¿Y si vuelve a empezar?

Leif se arrodilló junto a Laura y, al inclinarse sobre el desvanecido para examinarlo, la sangre que le manaba de la nariz manchó la camisa de Conor.

—¿Respira? —preguntó Leif.

—Claro que respira —dijo—. No está muerto. —Sin embargo, arrodillada junto a aquel monstruo, Laura sintió un escalofrío—. ¿Qué haces? —preguntó.

Leif le tomó la mano a Conor en un gesto que ella no atinó a interpretar.

—Quiero comprobar si aún le late el corazón —explicó, tomándole el pulso.

Laura se abrazó a sí misma. Estaba convencida de que Conor podía despertar en cualquier momento y volver a emprenderla a golpes con ellos.

Entonces Conor se movió, y Leif y ella se apartaron de un salto. Empezó a mover las piernas de forma espasmódica, como si sufriera una descarga eléctrica.

Laura miró nerviosa a su alrededor en busca de un arma, pero de nuevo fue en vano.

Sin embargo, al final Conor dejó de moverse y al cabo de un par de minutos la pareja regresó junto a él. Leif volvió a tomarle el pulso y se agachó para auscultarlo.

—Está muerto —declaró Leif, y su entonación y acento noruegos confirieron un tono oficial y burocrático al asunto, como si no fuera una noticia que estaba a punto de cambiarles la vida.

—¿Qué? —preguntó Laura, como si no hubiera comprendido sus palabras.

—Ha muerto. Su corazón ha dejado de latir —repitió Leif.

Y en ese momento un hilo de sangre se deslizó entre la comisura de los labios de Conor.



—Me puse histérica —dijo mamá—. Durante un rato perdí totalmente el control.

—Es verdad —confirmó Leif—. Por un momento hasta se me pasó por la cabeza darle un bofetón.

—No me sorprende —dije—. Debió de ser horrible. ¿Y estaba muerto?

—Sí, había muerto —respondió mamá—. Creo que fue el golpe en la cabeza con la piedra lo que acabó con él. Tardé un poco en asimilarlo, pero cuando lo hice entré en pánico. Me castañeteaban los dientes y me temblaban las manos. No podía hacer nada. Ni siquiera pensar. Nos quedamos abrazados un buen rato. Leif creyó que yo tiritaba de frío, pero yo creo que fue la conmoción del momento. Físicamente, Leif estaba mucho peor que yo. Parecía que hubiera tenido un accidente de coche. Aun así, fue capaz de mantener la calma. Era yo la que lloraba y se estremecía. Al final regresamos al lugar donde habíamos aparcado el ciclomotor, pero a medio camino se me ocurrió una idea horrible.



Al principio Leif se negó, prefería ir a la policía.

Pero Laura tenía miedo. Miedo de verdad. Se sentía aterrada. Estaban en Grecia, le recordó, y a saber cómo era la policía griega.

Además, físicamente se encontraban en un estado lamentable. Cualquier policía que los viera llegaría a la conclusión inmediata de que habían estado en una pelea.

—¿Y si creen que lo hemos matado? —preguntó ella entre sollozos—. ¿Y si nos meten en la cárcel?

Al final, Laura acabó convenciendo a Leif.

Sin embargo, mientras ella era presa de la histeria, él logró mantener una extraña calma, imbuido de un gran sentido de la responsabilidad. Si querían seguir adelante con su plan, no podían cometer ni un solo error, pensó él. Había leído muchos *thrillers* suecos y, por sorprendente

que parezca, no le costó demasiado crear una escena convincente. Lo hizo de forma natural, sin tener que pensarlo mucho.

Mientras Laura intentaba recuperar la compostura, Leif bajó por el camino de tierra hasta el ciclomotor para aprovechar el faro y su linterna, y ver lo que estaban haciendo.

Juntos, arrastraron a Conor hasta el coche. Pesaba tanto que al principio Leif dudó seriamente de que el plan de Laura fuera siquiera posible, pero entre los dos lograron ponerlo en el asiento del conductor.

Leif limpió con un trapo que encontró en el maletero las posibles huellas que hubieran dejado en el coche, introdujo las llaves en el contacto y arrancó el motor.

Había manchas de sangre en el suelo y tuvieron que arrodillarse para remover la tierra y borrarlas. Las lágrimas de Laura se mezclaron con la sangre y la tierra seca. Tuviron que desenterrar por completo la piedra ensangrentada con la que se había golpeado Conor y la lanzaron por el acantilado.

Por último, soltaron el freno de mano, cerraron la puerta y empujaron el coche hasta el borde. Fue en ese instante, en el último momento, cuando Leif se acordó del pasaporte de Laura, por lo que tuvieron que hacer de tripas corazón y registrar primero a Conor y luego el coche, hasta dar con la riñonera de Laura en el maletero.

Leif intentó que el coche se despeñara por propia inercia para que todo resultara más convincente, pero al no poder mantener el pie de Conor sobre el acelerador, el coche se calaba enseguida, de modo que al final no les quedó más remedio que empujarlo con todas sus fuerzas.

Cuando las ruedas delanteras se asomaron al vacío, los bajos del vehículo quedaron atrapados en las rocas y durante unos segundos de pánico creyeron que habían vuelto a fracasar. Sin embargo, a Leif se le ocurrió la idea de levantarlo por detrás en lugar de intentar empujarlo, y como si de un balancín se tratara, el coche se precipitó sorprendentemente, y casi en silencio, a la oscuridad.

Aterrorizados por la posible explosión, echaron a correr hacia el ciclomotor. Laura temía que, si estallaba, todo el pueblo se presentara allí al cabo de unos segundos, pero lo único que se oyó fue un crujido metálico, nada más. Al parecer los coches solo explotaban en las películas.

Mientras recorrían el camino de vuelta al pueblo, hablaron de cuál debía ser su siguiente paso. Leif quería quedarse, pero ella le insistió una y mil veces en que debía irse. Tuvo que recordarle que se encontraba en un estado lamentable y que era la prueba más palpable que había de que el accidente de Conor no había sido tal. Ella solo tenía algunas magulladuras, nada que no pudiera disimular con maquillaje, pero él, insistió Laura desde la parte trasera del ciclomotor, tenía que desaparecer para salvarlos a ambos.



—Entonces, ¿te fuiste al día siguiente? —le pregunté a Leif.

—No, me fui en ese momento. Entré a escondidas en la habitación. Mi amigo Olav estaba ahí y se enfadó tanto que quiso matar a Conor. Por eso tuve que contarle la verdad. Es la única persona que sabe lo que ocurrió. Me di una ducha y me acompañó al puerto. No queríamos que nadie me viera por la mañana, así que Olav se encargó de pagar la cuenta y nos reencontramos en el barco. También devolvió el ciclomotor.

—¿Dónde dormiste? —preguntó mamá.

—Entre unos arbustos, detrás del puerto. Estaba muy cansado. Al llegar a Oslo, fui directo al hospital. Tenía mucho dolor. Me había roto dos costillas, además de la nariz, claro. Y al día

siguiente se me cayeron los dientes. Pero el dolor más intenso fue el de mi corazón. —En ese momento le cogió la mano a mamá—. Ella me lo partió —dijo—. Nunca recibí su llamada.

—¿Porque perdiste su dirección?

Mamá asintió.

—Bueno, la perdió Aegean. O British Airways.

—¿Y luego qué pasó, mamá? —pregunté—. Con la policía y todo lo demás, quiero decir.

—Sí, cuéntanoslo —le pidió Leif—. Yo tampoco lo sé.



Leif dejó a Laura a las afueras del pueblo para que nadie los viera juntos, pero en cuanto ella se acercó a una farola, comprobó que había sido un error. Tenía la camiseta manchada de sangre y sentía pánico de que alguien la viera y posteriormente pudiera relacionarla con lo ocurrido. Las piernas le temblaban como gelatina.

Cuando el primer grupo de turistas pasó de largo, ella se metió en un callejón y se puso la camiseta del revés, aunque tampoco sirvió de gran cosa, porque las manchas habían atravesado el tejido. Al final tuvo que desviarse del camino más corto en varias ocasiones para evitar a otros grupos de turistas y tardó casi media hora en llegar a la habitación.

Una vez dentro, cerró la puerta y se metió en el baño. Tenía los pantalones cortos manchados de barro, pero la camiseta se había llevado la peor parte. No le quedaba más remedio que lavarlos todo a mano. Y rápido. Porque si aparecía la policía, la ropa la delataría de inmediato.

Fue entonces, al empezar a desvestirse, cuando recordó que tenía sus cosas en la habitación de Leif, de modo que tuvo que volver a ponerse la ropa sucia antes de regresar a su habitación y llamar a la puerta. En el fondo era un consuelo tener una excusa para ver el rostro de Leif una última vez antes de que se fuera, pero cuando se abrió la puerta, se sobresaltó al ver a Olav, con el puño en alto, listo para asestarle un puñetazo.

—Tu maleta —le dijo.

—¡Olav! ¿Está bien?

—Sí, está bien. Voy a llevarlo al puerto ahora mismo —dijo en un tono bajo pero apremiante—. Me ha pedido que te dé esto.

Era una hoja de papel doblada.

Cogió el papel que le había tendido Olav, le dio las gracias, se despidió y cerró la puerta.

Acarició la hoja durante unos segundos, pero se recordó a sí misma que tenía que lavar su ropa cuanto antes, de modo que dejó la maleta y regresó al baño para desvestirse.

No le costó demasiado limpiar los pantalones cortos, pero no había forma de quitar las manchas de la camiseta, por mucho que lo intentara. Así que después de dejarla en el fondo de la papelera, para cambiar de opinión al cabo de unos segundos y esconderla entre el colchón y el somier, al final la recuperó de nuevo y decidió cortarla a tiras con un cuchillo y, una a una, tirarlas por el retrete. El proceso se hizo eterno.

También guardó la ropa de Conor en el armario para no verla, ya que su presencia resultaba demasiado inquietante. Entonces, aturdida y presa del desasosiego, se sentó en la cama con las piernas cruzadas y abrió la hoja de papel. Solo contenía cuatro líneas, literalmente, con la letra fina e irregular de Leif. Nombre, dirección, número de teléfono y dos frases. Supuso que ambas significaban lo mismo: *Jeg elsker deg*. Te quiero.

Se quedó petrificada al leerlas. Porque de repente le parecía que estaba en una situación

desesperada. Aunque no apareciera la policía para llevársela, lo que había pasado entre Leif y ella se había acabado, ¿no? Los horribles acontecimientos y la elaborada coartada que habían acordado no dejaban espacio para el amor.

Sintió náuseas al pensar en el cuerpo de Conor en el coche frío y destrozado, y regresó al baño convencida de que iba a vomitar. Pero no pasó nada. No vomitó; no derramó más lágrimas. Conor había muerto. Leif se había ido. Nunca se había sentido tan sola y frágil.



—Esa noche no pasó nada, y tampoco a la mañana siguiente —prosiguió mamá—. Nada en absoluto. Estoy segura de que no debieron de tardar demasiado en encontrar el coche, porque había turistas por todas partes. Pero tal vez les llevó un poco más averiguar quién era o dónde se había alojado. No lo sé.

»Le di muchas vueltas a lo que debía hacer a continuación. Los empleados del hotel sabían que la nuestra no era una relación especialmente romántica, de modo que no di la voz de alarma de inmediato. Pero por la noche me puse mis mejores galas y le pregunté al recepcionista si Conor había reservado mesa para cenar. Cuando me dijo que no, le pregunté si lo había visto.

»Me preguntó por mi pasaporte y le dije que lo había encontrado. Jugué la carta de la borrachera y le hice ojitos antes de disculparme por todas las molestias que le había provocado. Le expliqué que al final resultaba que lo tenía en el bolso, o algo por el estilo.

»La policía llegó mientras cenaba. Los vi desde la mesa. Le mostraron el permiso de conducir de Conor al recepcionista, que me señaló para indicarles quién era. Los agentes cruzaron el comedor. Todo el mundo me miraba.

—Debió de ser aterrador, ¿no? —le pregunté.

Mamá asintió.

—Lo fue. Pero también me sentía aturdida, imagino que por la conmoción de lo ocurrido. Y por la falta de sueño. Aun así, estaba convencida de que me acusarían de algo y que me detendrían, de modo que sí, tenía mucho miedo. Estaba petrificada.

»Uno de los policías, el más joven, se dirigió a mí como señora O’Leary y tuve que decirle que no, que me apellidaba Ryan. Le pregunté si le había pasado algo a Conor. Era del todo consciente de que no me convenía sobrereactuar. Me daba pánico pasarme de frenada o quedarme muy corta, y que detectara la mentira como hacía tu abuela.

»Creo que me preguntó si era mi novio. Yo respondí de forma algo vaga, algo así como “más o menos”, y les expliqué que lo nuestro era un romance de verano. Les pregunté por qué querían saberlo. Si había pasado algo.

»“Ha tenido un accidente”, dijo el más joven. “Lo siento mucho, pero ha muerto”. No creo que dominara lo suficiente el inglés como para andarse con sutilezas. Rompí a llorar, que era lo que exigía la situación. Ni siquiera tuve que esforzarme demasiado. Lloré de alivio al comprobar que no sospechaban de mí, y lloré también por Conor. Tras las palabras del policía, de pronto la situación había cobrado todo el peso de la realidad. “Es culpa mía”, pensaba. “Si no lo hubiera empujado...”. De modo que ahí estaba yo, en un restaurante lleno a rebosar, con la cara arrasada en lágrimas.

—Es curioso que lo hicieran en público —comenté—. Que te comunicaran la noticia de esa manera.

—Sí —admitió mamá—. Sí, lo sé. Al final me acompañaron a la habitación y me preparé para enfrentarme a un duro interrogatorio. Pero no me preguntaron nada. Metieron todos los

enseres de Conor en su maleta, una situación de lo más extraña. Fueron educadísimos, me mostraron uno a uno los diversos objetos y me pidieron permiso para llevárselos. También me preguntaron si quería ver el cuerpo, y rompí a llorar al pensar en el lamentable aspecto que debía de tener después de la caída. Creo que mis lágrimas los abochornaron, porque tras una breve conversación en griego, uno de ellos me dijo que no sería necesario.

»Me preguntaron si quería encargarme de los trámites, o algo parecido, y al principio no comprendí a qué se referían. No sé exactamente qué expresión usaron. No dominaban demasiado el idioma y yo no hacía más que llorar. Los recuerdos de ese momento son bastante confusos. Pero al final comprendí que se referían al cuerpo, a la repatriación y todo eso. Me dijeron que ya se habían puesto en contacto con su hermano, y yo, que había olvidado que tenía uno, me puse a llorar con más ganas al pensar en él. Les pregunté si podía irme al día siguiente, porque recuerda que tenía una reserva, y me dijeron que por supuesto, algo del todo inesperado. Tan solo me preguntaron si había dejado mi dirección en el hotel para que pudieran ponerse en contacto conmigo. Les mentí y les dije que sí. Me pareció que podía considerarse un error muy razonable teniendo en cuenta las circunstancias. Y luego se fueron.

—¿Así, sin más? —pregunté—. ¿No te tomaron declaración? ¿Ni las huellas? ¿Nada?

—No creo que fueran los más listos de su promoción —dijo mamá, frunciendo la nariz—.

Al menos no mostraron ningún tipo de recelo. Imagino que, desde su punto de vista, lo único que había pasado era que un borracho se había despeñado por un acantilado. Tal vez ocurre a menudo.

—¿Y tomaste un vuelo de regreso a casa al día siguiente?

Mamá asintió.

—Sí, volví a Inglaterra.

—¿Nunca se pusieron en contacto contigo? —preguntó Leif.

Mamá negó con la cabeza.

—Nunca. O sea, a lo mejor lo intentaron, pero no lo consiguieron. La única persona que me llamó fue el hermano de Conor. Al cabo de una semana, más o menos. Había encontrado mi número en la factura de teléfono de Conor. Quería que fuera al funeral. Bueno, quería invitarme, al menos. Tampoco creo que le importara demasiado si iba o no.

—¿Fuiste?

Mamá negó con la cabeza.

—No. Me sentí fatal, me daban náuseas solo de pensarlo. Pero tenía miedo de meterme en un lío, de tener que dar muchas explicaciones. Me pareció que lo más seguro era no llamar la atención. No me pidió la dirección ni nada parecido. Y tampoco volvió a llamarme. De modo que ahí acabó la historia.

—Aun así, debió de ser muy duro —dije—. Pobre hermano, debía de estar muy afectado.

—Seguro que para él fue complicado. Repatriar el cuerpo y todo eso. Pero, a decir verdad, tuve la sensación de que tampoco estaban muy unidos. Y en ningún momento me dio la impresión de que se hubiera sorprendido al conocer la noticia. Es más, me preguntó si Conor había bebido. Cuando le dije que sí, insistió en saber si había bebido en general, no solo la noche del accidente. Y le conté la verdad: que sí, que se había pasado casi todas las vacaciones borracho como una cuba. Y entonces me dijo algo curioso: que bebía por culpa del centro. O algo parecido.

—¿El centro?

—Sí, le pregunté a qué se refería y me dijo: «Oh, a nada. Es que tuvo una infancia difícil». Es la única frase que recuerdo con claridad. Que había tenido una infancia difícil. Eso es lo que me dijo. Recuerdo que Conor me contó que se había criado en un centro de acogida, y a juzgar por el comentario de su hermano, no debió de ser una experiencia muy agradable.

—Quizá sufrió malos tratos o abusos —apunté.

—Quizá —admitió mamá—. Es una posibilidad que se me pasó por la cabeza ya entonces.

—¿Y la nota? —preguntó Leif—. ¿El papel con mi dirección?

—Bueno, pasó lo que ya te he contado. La metí en el forro interior de mi maleta. Me parecía un poco... ¿cuál es la palabra? Incriminatoria, sí.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, me vinculaba a Leif, ¿no? Y venía a demostrar que no estaba enamorada de Conor. Era el móvil de la pelea. O al menos así me lo pareció, por eso decidí esconderla en el forro. Había un pequeño descosido en la parte posterior, y la metí ahí. Si no, es probable que le hubieran enviado mi maleta a Leif, en Noruega. A fin de cuentas, era su dirección.

—Claro —dije—, no se me había ocurrido.

—Y estabas embarazada —intervino Leif—. ¿Cuándo lo supiste?

—Bueno, tuve... Si hablo más de la cuenta, avisadme, ¿vale? Tuve algunas pérdidas. Con cierta regularidad.

—¿Pérdidas? —repitió Leif.

—Es cuando sangras solo un poco —le expliqué, porque parecía que a mamá le daba vergüenza—. Se producen al principio del período, pero son más claras.

—Por eso pensé que todo iba bien —prosiguió mamá—. Tenía una regla más escasa, lo cual tampoco me sorprendía teniendo en cuenta las circunstancias. Pero creí que todo iba normal.

—¿No me querías? —pregunté, dolida.

—No era eso, cielo, pero si hubiera estado embarazada, y lo estaba, claro, aunque no lo sabía... Dios, me explico muy mal, ¿verdad?

—No lo sé. Continúa —le pedí.

—Si hubiera sabido de inmediato que estaba embarazada, o si no hubiera creído que tenía una prueba de que no lo estaba, seguro que habría tomado una pastilla para... ya sabes...

—Abortar —le solté bruscamente.

—En ese momento no eras tú —expuso mamá—. Era solo una promesa de bebé. La semilla. El posible hijo de Conor, algo que yo no quería bajo ningún concepto.

—Pero tuviste pérdidas, así que no la tomaste. Por suerte.

Mamá lanzó un suspiro.

—Intenta comprenderme, cielo —me pidió con dulzura.

—Lo intento. Es lo que estoy haciendo. Sigue.

—Cuando me di cuenta de lo que pasaba, porque tuve un par de pérdidas con solo unas semanas de diferencia, ya estaba de más de ocho semanas. Y tu abuela lo descubrió casi al mismo tiempo que yo. Yo estaba muy rara desde que había vuelto a casa. Tenía cambios de humor por lo que había ocurrido. Creo que estaba deprimida. Y me ponía a llorar a la mínima. Luego empezaron las náuseas por la mañana y todo encajó.

—Cuando yo era pequeña, te recuerdo llorando —le dije—. ¿Era por lo que había pasado?

—A veces sí. Pero la mayoría de las ocasiones era porque no podía ponerme en contacto con Leif. Por aquel entonces ya sabía que era tu padre y estaba destrozada. Por las dos. Él era lo único bueno que me había pasado en la vida y no podía localizarlo. No lo soportaba. Pero a veces también era por Conor, por la experiencia horrorosa que viví esa noche. Solía tener pesadillas. Con la pelea y la maldita hoja de papel.

—¿Y la abuela? —pregunté—. Seguro que se puso como una fiera.

—¿Como una fiera? —preguntó Leif.

—Quiere decir que se enfadó. Mi abuela era muy religiosa.

—Sí, era muy devota —dijo mamá—. Y estaba un poco loca. De modo que sí, perdió los estribos. Me pegaba bofetones y me encerró en la habitación durante dos días. Tuve que hacer pipí en un jarrón. Me llevaba a confesarme cada dos por tres, y yo me inventaba cosas. No quería contarles lo que había pasado de verdad.

—¿Quería que abortaras?

—¡No! —exclamó mamá, incapaz de contener la risa ante lo ridículo de mi idea—. No, ¿lo dices en serio? Para ella no había peor pecado. No, quería enviarme a un lugar horrible de Irlanda para que tuviera el bebé allí, como si aún estuviéramos en los cincuenta o algo así. Quería que te diera en adopción después del parto. Oí que hablaba del tema con el párroco, por eso decidí huir.

—A Margate.

—Sí, a Margate. Tu tía Abby se había ido a vivir ahí con Winston, su novio. Tenían un piso justo al lado de la central telefónica, un cuchitril donde me acogieron durante un tiempo. Creo que me quedé un par de meses. Luego, poco a poco, pude empezar a buscarme la vida.

—¿Alguna vez pensaste en darme en adopción? —pregunté—. ¿Se te pasó por la cabeza?

Me aterraba pensar que si mi abuela se hubiera salido con la suya, mi madre habría acabado entregándome a otra familia.

—Mira, ahora que ya sabes todo lo demás, no quiero mentirte —dijo mamá—. De modo que, con el corazón en la mano, debo admitir que si hubiera sabido que estaba embarazada, sobre todo porque existía la posibilidad de que fuera de Conor, habría tomado la píldora. Y a decir verdad, no deseché la posibilidad de la adopción, que me parecía una especie de vía de escape. No tenía nada claro que fuera capaz de hacer frente a la situación, tanto desde un punto de vista económico como de todos los demás. Era muy inmadura. Pero cuando naciste, vi que eras igualita a Leif y descarté cualquier otra opción. Todavía conservaba la esperanza de dar con él de algún modo, y no concebía la posibilidad de decirle que había dado a su hija en adopción. Además, yo también te quería. Te amé desde el primer momento. Te quería como no había querido a nadie, cielo. Lo sabes.

—Y ahora me has encontrado —intervino Leif—. Y debo decir que tomaste la mejor decisión, porque me habría enfadado mucho si me hubieras dicho que no podía conocer a nuestra adorable Becky.

—Sí —dijo mamá, con una sonrisa que contrastaba con su mirada triste—. Sí, más vale tarde que nunca, supongo.

Entonces les pregunté si podíamos ir al lugar donde ocurrió todo. Quería verlo con mis ojos.

—¿Os parece demasiado truculento?

Mamá se encogió de hombros.

—No es que me entusiasme la idea, pero si es lo que quieres... ¿Tú qué opinas, Leif?

Leif negó con la cabeza.

—No me importa. Siempre que vuelvo a Santorini visito ese sitio. No sé por qué, la verdad. Por los recuerdos, imagino. Por los malos y por los buenos. Y también por Conor. Como muestra de respeto.

CAPÍTULO 18

LAURA

Por suerte, Leif también había alquilado un ciclomotor, lo que nos permitió ir juntos. Tuvo que ir a buscar las llaves a su habitación y quedamos en el aparcamiento, al nivel de la calle.

Becky fue sola y yo de paquete con Leif, por los viejos tiempos. Se me formó un nudo en la garganta que no desapareció en todo el trayecto.

Aparcamos junto a una tienda de aparatos de aire acondicionado que había aparecido en mitad de la nada, guardamos los cascos en la maleta y nos dirigimos hacia el acantilado.

El estrecho camino, una sencilla pista de tierra entonces, estaba asfaltado y relucía bajo el intenso sol, pero a pesar del calor yo sentía escalofríos. Las dos casas que en aquella época estaban a medio construir tenían ventanas e inquilinos, pero en una de ellas aún se veían las vigas de hormigón y las varas metálicas que apuntaban al cielo, preparadas para la construcción de un nuevo piso en el futuro.

—Estas casas aún no estaban acabadas cuando vinimos la primera vez —le dije a Becky al pasar junto a ellas—. Ni siquiera tenían ventanas ni nada.

—Tu madre quería que viviéramos en una de ellas —dijo Leif—. ¿Lo recuerdas, Laura?

Negué con la cabeza.

—No, no era una de estas, sino la que estaba en el borde del acantilado. No se veía hasta que llegabas justo al precipicio.

Era un día caluroso, pero se había levantado una brisa fresca que aumentó de intensidad a medida que avanzábamos. El cielo era de un azul muy intenso. Quizá era cierto, como había dicho la exmujer de Leif, que el azul dominaba todo Santorini, que el azul lo teñía todo. Pero el tono del color varía. Algunas veces, sobre todo cuando hace calor y no sopla ni una gota de aire, el azul es calinoso y suave. Pero en días como ese, es un azul zafiro, casi un azul Klein. A mí me pareció un tono melancólico, triste.

Dimos un buen paseo hasta el borde del acantilado, más largo de lo que recordaba, y a medio camino Becky me preguntó por qué habíamos dejado los ciclomotores tan lejos. A fin de cuentas, la carretera era perfecta.

—Me gusta caminar —le dijo Leif—, y me gusta dedicar un tiempo a recordar lo que estoy haciendo.

Creo que las dos comprendimos a qué se refería.



Cuando llegamos al borde del acantilado, vimos tres enormes bloques de hormigón para señalar el final de la carretera.

—¿Aquí es donde pasó? —preguntó Becky.

—Sí —respondí, examinando la zona en busca de algún punto de referencia—. Estos bloques no estaban, claro.

—No, los pusieron poco después —explicó Leif—. Volví al verano siguiente y los vi.

—¿Volviste al verano siguiente? ¿Tan pronto? —pregunté—. ¿No tenías miedo de la policía?

—Claro, pero más miedo tenía de no volver a verte más.

Escudriñé el horizonte una vez más y señalé una casa a lo lejos, que parecía aferrada por arte de magia al acantilado.

—Es esa —indiqué—. Esa era la casa donde quería vivir.

—Quizá aún podamos —observó Leif—. Está en venta.

Estuve a punto de romper a llorar al oír sus palabras, pero logré mantener la compostura convenciéndome a mí misma de que no hablaba en serio. Me costó, pero logré mantener los sentimientos a raya.

—¿Os importa si repaso lo ocurrido? —preguntó Becky, mirando a su alrededor—. Si no es demasiado duro para vosotros.

—Adelante —respondí—. Ningún problema. Ya conoces casi toda la historia. Y ocurrió hace mucho tiempo. A día de hoy parece que todo fue una película que vi hace mucho, o una historia que me contó otra persona.

—A mí me pasa lo mismo —admitió Leif—. Pero no fue así, ¿verdad?

—No, ocurrió de verdad.

Becky me miraba expectante, por lo que no me quedó más remedio que hacer de tripas corazón.

—Estábamos aquí, mirando la puesta de sol, y nos quedamos hasta que oscureció.

—Nos besamos —añadió Leif—. Aquí también pasaron cosas bonitas.

—No creo que a Becky le interese demasiado saber lo de los besos —objeté.

—Claro que me interesa —terció ella—, porque es de donde vengo. Bueno, de lo que pasa después de los besos.

—No, tú vienes de lo que pasó antes de los besos —la corregí—. Antes de que llegáramos aquí. No tiene nada que ver con este horrible lugar. En fin, a lo que iba... nos besamos. Luego Leif me dijo que su barco zarpaba al día siguiente y yo me quedé hecha polvo.

—Pero tu vuelo salía un día después —señaló Leif.

—Es verdad, al cabo de dos días. Como ahora, fíjate.

—¿Te vas pasado mañana? —preguntó Leif.

Asentí con un gesto de la cabeza.

—Me temo que sí. La cuestión es que decidimos que seguiríamos en contacto. Yo tenía que ir a verlo a Noruega.

—Quería enseñarle los fiordos.

—Quería que viviéramos en los fiordos, pero yo le dije que seguro que hacía frío y llovía mucho. Yo prefería vivir aquí, al sol.

—Los fiordos de Santorini —dijo Leif.

—Sí, sí, lo recuerdo —asentí con melancolía—. Y quería enseñarle Londres. Comentaste que querías ver la ciudad, ¿no? Entonces fue cuando apareció Conor y empezó el horror.

—Era una carretera muy irregular —explicó Leif—. Y estaba muy oscuro. Llegamos a

temer que se despeñara por el acantilado. Pero no, se paró ahí, donde están los bloques de hormigón.

Becky pasó junto a los bloques y miró hacia el mar, pero me preocupaba que pudiera resbalar y le pedí que volviera. Para variar, no me hizo caso, así que me acerqué a ella y le cogí la mano. Leif también se acercó, le agarró la otra mano, y acompañados por el aullido del viento, que me alborotaba el pelo, miramos hacia abajo, hacia el lugar donde las olas rompían con furia contra las rocas.

—Me pregunto qué le pasó al coche —dijo Becky—. O sea, cómo lo sacaron de ahí.

—Con una grúa, creo —respondió Leif—. No se me ocurre otra manera.

—O quizá se pudrió ahí abajo —aventuré, y sentí un escalofrío cuando la imagen del cuerpo de Conor, muerto en el interior del coche, se abrió paso en mi mente.

—No, el verano siguiente ya no estaba —declaró Leif.

Regresamos hasta los bloques de hormigón y nos sentamos en silencio.

Leif buscó la cartera en uno de los varios bolsillos de su pantalón de senderismo y sacó una fotografía descolorida. Éramos él y yo, en este preciso lugar, la imagen que siempre había imaginado en la repisa de nuestra chimenea. Nos reíamos del temporizador y detrás de nosotros el sol se ponía en una explosión de color.

—Dios mío, aún la tienes —dije.

—Las conservo todas —explicó—. Las demás están en casa. En Noruega.

—Qué jóvenes erais —comentó Becky, casi con asombro—. Y qué felices.

Yo no acerté a articular una respuesta. Tenía un nudo en la garganta y ya no podía contener las lágrimas porque estaba recordando lo feliz que fui ese día, el millón de promesas que me ofrecía el mundo en ese momento. Y lo rápido que se desvanecieron, en un abrir y cerrar de ojos, en ese lugar horrible.

Leif me rodeó con el brazo y rompí a llorar desconsoladamente. Las lágrimas saladas me corrían por la cara. Creo que Becky y Leif también derramaron alguna lágrima.

—Ojalá... Ojalá todo hubiera ido de otra forma —murmuré cuando por fin remitieron los sollozos—. Es una pena.

—Aún estás a tiempo de cambiar las cosas —declaró Leif, que me estrechó los hombros con fuerza—. Nunca es tarde.

Me embargó un intenso sentimiento de ira al ser consciente de las crueles cartas que nos había repartido el destino.

—No es verdad —repliqué con amargura—. Ya no podemos hacer nada. Becky es adulta y tú no has podido estar a su lado. Te lo has perdido todo. Por mucho que lo intentemos, no podemos volver al pasado. Conor... nos robó el futuro.

—No, el futuro aún es nuestro.

—¿Tenemos un futuro? —pregunté con desdén y Leif me miró con el gesto que cabía esperar después de una pregunta tan cruel. Parecía dolido.

Aún no me explico por qué fui tan despiadada con él en ese momento, lo único que puedo decir es que estaba furiosa; no con él, sino con la vida en general. El pobre Leif solo tuvo la mala suerte de estar a mi lado en ese momento.

Apartó el brazo de mis hombros y se acercó a unas flores silvestres, alrededor de las cuales zumbaban varias abejas.

—No las cojas —dijo Becky en el preciso instante en que él arrancaba una—. ¿Qué les pasará a las pobres abejas?

—Solo quiero esta —respondió Leif, que regresó al borde del acantilado—. Por Conor.

Las abejas tienen flores de sobra.

Becky lo siguió hasta el borde.

—Lo siento, no sabía que la querías para esto —se disculpó.

Al final me levanté y me uní a ellos.

—¿Por Conor? —pregunté—. ¿Me tomas el pelo?

—Sin él nunca nos habríamos conocido —expuso Leif.

En ese momento cambió mi punto de vista y entendí que tenía razón. Porque, en efecto, de no ser por él probablemente nunca hubiera viajado a Santorini. Y no habría conocido a Leif. Incluso Becky, mi hija, a la que amaba con locura, era un resultado directo de los inesperados giros que había dado mi vida por él. Ese momento, al borde del acantilado, los tres juntos... tampoco habría existido sin Conor.

—A veces nace algo bello de algo horrible —dijo Leif.

—Sí —admití—. Sí, supongo que tienes razón. A veces ocurre así.

Leif lanzó la flor, que cayó al mar.

—Por Conor —dijo.

—Por Conor —repetí.

Entonces, como si fuéramos una familia, supongo, nos dimos la vuelta y regresamos hacia la carretera con solemnidad.

Estábamos a medio camino cuando por fin alguien habló.

—Vuestro avión sale pasado mañana, ¿verdad? —preguntó Leif.

—Sí. Lo siento. ¿Y el tuyo?

—No tengo —respondió.

—¿No tienes?

—No, estoy jubilado. Creo que me quedaré una temporada aquí. Siempre he querido ver Santorini en invierno. Para averiguar cómo es.

—¿Estás jubilado?! —exclamé—. ¿A los cincuenta?

—He trabajado toda la vida en una empresa petrolífera. Es una profesión dura, pero pagan muy bien. He sido muy ahorrador, así que...

—Vaya —dije—. Me alegro por ti. Debe de ser maravilloso.

—Podría. Podría ser maravilloso. Si te quedaras.

Me ruboricé y eché la vista atrás para mirar a Becky, que se había detenido para tomar una fotografía de una mariposa con el móvil y no podía oírnos.

—¿Tienes que irte tan pronto? —preguntó, cogiéndome de la mano.

—No lo sé.

—Siempre que venía, lo hacía con la esperanza de volver a verte. Todos los años. Nunca perdí la esperanza. Y siempre soñaba que nos quedaríamos aquí, los dos. Que alquilaríamos la casa que querías. U otra, eso da igual. Que llevaríamos la vida que siempre habíamos deseado. ¿Te parece que sería muy *loco*?

Sonreí porque había usado la misma palabra, «loco», que tal día como ese, veinticuatro años antes. Y ese recuerdo me enlazaba con el Leif que conocí entonces, con el Leif del que me enamoré perdidamente, con este hombre encantador y aferrado a una esperanza que tenía a mi lado.

—No —dije con la voz entrecortada—. No creo que sea *loco*.

—¿Y tu vida...? ¿Tienes que volver a casa?

—No —admití tras pensarlo—. En realidad, no. Al menos de inmediato. No tengo trabajo, me despidieron hace un tiempo. A ver, que he de seguir pagando las facturas y todo eso, ir a la

oficina de desempleo... Pero no, no hay nada que me impida quedarme un poco más.

—¿Un poco? ¿Podrías quedarte unos cuantos días?

—Sí —le dije—. Podría.

—Bien. Porque unos cuantos días es más que un poco, ¿no?

—Sí —dije, presa de una curiosa sensación de *déjà vu*—. Sí, supongo que sí.



Cuando volvimos a Oia, Baruch vino de inmediato al encuentro de Becky.

—¿Es tu padre? —preguntó. Al ver el solemne gesto de asentimiento de Becky, le acarició el brazo y le preguntó—: ¿Quieres que cierre el súper durante una hora? ¿Me tomo un descanso y hablamos?

—Sí —respondió Becky, que parecía al borde de las lágrimas—. Sería fantástico.

—Para nosotros también —dijo Leif—. ¿Por qué no vamos a comer algo? Tengo mucha hambre.

—Y yo —coincidí, y me volví hacia Becky—. Quedamos en el apartamento, ¿vale? Así te dejamos un rato con tu chico. Y no olvides lo que hemos hablado.

—Tranquila, mamá —me dijo—. Seré una tumba.

Desapareció en el interior del supermercado y cerró la puerta tras ella. Acto seguido, vi que una mano le daba la vuelta al cartel de CERRADO.

En ese momento me pregunté si Becky y Baruch serían capaces de encontrar una forma de seguir adelante con su relación. Deseé que así fuera, porque a juzgar por el modo en que él había sabido interpretar el estado de ánimo de Becky, y por la preocupación que había mostrado en todo momento, creía que tenían futuro si disponían del tiempo necesario. Y si el destino permitía que siguieran su propio camino, claro.

—¿Por aquí arriba? —preguntó Leif, que me tomó de la mano y me guio hacia el centro del pueblo.

—No —respondí, tirando en la otra dirección—. No, vamos a comer al final de las Escaleras del Horror.

—¿Cómo dices?

—Al puerto. Donde fuiste a nadar esa primera vez.

—Ah —dijo Leif—, sí, claro, de acuerdo.

En cuanto echamos a andar hacia las escaleras, noté que se me relajaban los hombros, que se desvanecía una parte de la tensión que había acumulado a lo largo de los años, o desde que tenía uso razón, de hecho.

Mi vida se había quebrantado por todo lo que me había pasado. Siempre lo había sabido, incluso cuando fingía que no era así. Mis esperanzas, mi fe en la esperanza, se había visto diezmada. Durante mucho tiempo, el mero hecho de seguir adelante supuso un tremendo esfuerzo. Leif había sido una pequeña isla de esperanza en mitad de un océano infinito y aterrador, y cuando desapareció de mi vida, me quedé sola, sin ningún faro que me sirviera de guía. Creo que si no hubiera tenido una hija de la que cuidar, me habría rendido y me habría suicidado.

Sin embargo, de pronto me sentía con fuerzas, como si hubiera logrado encauzar mi existencia, como si alguien hubiera cerrado el paréntesis de mis últimos veinticuatro años, y por fin pudiera seguir con la frase anterior. ¿Era así de fácil? ¿Era posible que la Laura alegre y llena de esperanzas de veinticuatro años atrás hubiera estado escondida en un rincón todo este tiempo, esperando a que la vida de verdad empezara de nuevo?

Al pasar frente a la habitación 23, Leif se detuvo.

—¿Podemos entrar un momento? —me preguntó.

—¿En tu habitación? ¿Por qué? ¿Necesitas algo?

—Sí, necesito algo —afirmó—. Necesito besarte.

Me reí al oír su respuesta, un poco avergonzada, pero Leif insistió.

—¿Sí? —dijo—. ¿Puedo? A fin de cuentas, es tu cumpleaños. Y sin beso no es un cumpleaños de verdad.

—Vale —accedí—. ¿Por qué no? Pero solo un beso. Y luego nos vamos a comer algo; tengo demasiada hambre para pensar en otra cosa.

Lo observé atentamente mientras introducía la llave en la cerradura y me embargó una gran felicidad. De repente tenía la sensación de que todo encajaba. Becky había conocido a su padre; tal vez hasta tenía novio. Yo estaba en Santorini y el cielo y el mar eran de un azul intensísimo; el sol refulgía con todo su esplendor, pero gracias a la suave brisa el calor era bastante llevadero. Y a mi lado, con una sonrisa en los labios, estaba Leif. Y quizá eso era una prueba de que había un futuro. Quizá el destino me había reservado un futuro que no era el de la vejez fría y solitaria que llevaba tiempo habitando en mi pensamiento, sino una promesa de amor, risas y cielos azules. Sentía lo mismo que en el pasado, una sensación que había olvidado, acaso porque el hecho de recordarla sin poder recrearla habría sido insoportable. Sin embargo, ahí estaba de nuevo: volvía a sentirme en el lugar que me correspondía. Contra todo pronóstico, estaba en el lugar adecuado, en el momento adecuado, con la persona adecuada, otra vez.

Leif abrió la puerta y me hizo una reverencia teatral para invitarme a entrar.

—Su palacio, milady —dijo con una sonrisa infinita, de oreja a oreja.

Cuando entré en la habitación, la misma que había visitado veinticuatro años antes, por un instante creí que iba a encontrarme a Olav, fumando un porro.

Pero estábamos los dos solos. Estábamos solos y juntos, por fin.

EPÍLOGO

BECKY

Volvimos a casa el cuatro de septiembre, tal y como estaba previsto.

Los trámites para cambiar los vuelos no solo fueron una pesadilla, sino también carísimos, ya que la broma acabó costándonos el triple de lo que habíamos pagado originalmente. Además, mamá tenía que ir a firmar el paro en cuanto volviéramos si no quería perder la prestación. Pero yo, al menos, pasé dos noches maravillosas con Baruch y un día entero con mi padre antes de irnos.

El último día, mamá y yo nos unimos al grupo de Leif para hacer una de sus rutas, una agradable excursión desde Akrotiri hasta la Playa Roja. Estoy convencida de que eligieron una vía muy sencillita dada nuestra falta de experiencia en el mundo del senderismo. Los seis fuimos hasta Akrotiri en ciclomotor, todos distintos y de lo más variopintos, algo que supuso una experiencia muy divertida. Los amigos de Leif demostraron tener un espíritu muy joven, porque los adelantamientos se sucedieron continuamente a lo largo del trayecto.

Era un día soleado, con un cielo azul brumoso y una suave brisa. Al principio, mamá, Leif y yo encabezamos la marcha, pero no tardé en entablar conversación con una mujer del grupo y acabé al final de la comitiva, mientras que mis padres siguieron al frente. La mujer se llamaba Anita y me hizo las típicas preguntas de cuánto tiempo llevábamos en Santorini, por qué habíamos venido...

De pronto, sin venir a cuento y porque ese día me costaba mantener una charla trivial, le pregunté cómo era él.

—¿Quién? —me preguntó—. Ah, ¿te refieres a Leif? ¿Tu padre?

Me cambió la cara.

—Supongo que es un poco raro preguntarle a una desconocida cómo es mi padre.

—En circunstancias normales lo sería, pero no en tu caso, que es un poco especial, ¿verdad?

—Sí —admití—. Sí, soy un caso muy especial. ¿Tú lo conoces bien o solo es un compañero de senderismo?

Anita se rio.

—Lo conozco desde los cinco años. Pero no sé si seré muy... ¿cómo se dice? ¿Neutral?

—¿Objetiva?

—Sí, objetiva. Pues eso, que no sé si podré ser muy objetiva. Creo que quiero a Leif más que a nadie.

Fruncí el ceño.

—¿Estás...? —dije, y los señalé a ambos con el dedo.

—¡No, qué va! —se apresuró a responder—. No, soy gay. Tengo mujer y está en Oslo. No ha podido venir porque tenía que trabajar.

—¡Ah, vale!

—No; me refería a que conozco a Leif desde que empecé a ir a la escuela. Y es una persona increíble.

—¿En qué sentido?

Creo que, en el fondo, aún albergaba la esperanza de descubrir un traje de Superman oculto bajo su ropa cómoda de senderista.

—Es muy buena persona —explicó—. Sé que no suena muy espectacular, pero es un hombre tranquilo y generoso. Le gusta ayudar a los demás. Sabes que puedes llamarlo a medianoche y que siempre estará dispuesto a echarte una mano. Da igual que se te haya estropeado el coche, se haya reventado una tubería o te haya dejado la novia y necesites una taza de chocolate caliente y llorar las penas. Creo que Leif nunca le ha dicho a nadie que estaba demasiado ocupado para ayudarlo. Y solo lo he visto enfadarse una vez y fue con alguien que estaba... ¿maltratando? ¿Se dice así? Sí, maltratando a uno de sus amigos. Es el mejor compañero que podrías tener, puedes depositar en él toda tu confianza. Siempre puedes contar con él. Siempre.

—Ya veo. Debe de ser agradable tener un amigo como él.

—Sí que lo es —me confirmó Anita—. De hecho, te cambia la vida. De verdad.

—Así que es buena persona —repetí—. Superbuena persona.

—A menudo tengo la sensación de que hoy en día no se valora lo suficiente que alguien sea buena persona. No sé si me entiendes. Valoramos la inteligencia, la sabiduría y la fuerza. También el dinero. Pero la bondad es una cualidad muy especial. Y no es nada fácil ser bueno siempre. Hay gente muy complicada ahí fuera, que te obliga a hacer un esfuerzo enorme para comprenderla y para ser buena persona a pesar de todo.

—Sí —admití—, entiendo a qué te refieres.

—De modo que Leif es alguien muy especial para mí. Creo que te caerá bien y espero que tengas la opción de llegar a conocerlo mejor.

—Ese es mi objetivo.

Un hombre del grupo, Jens, se acercó hasta nosotras y al cabo de poco Anita y él se pusieron a hablar en noruego, por lo que aceleré el paso para alcanzar a mamá y a Leif.

Habíamos tomado un sendero que recorría el litoral, abierto en la ladera rocosa de la montaña. A la izquierda estaba el mar, que rielaba a la luz del sol como un millón de gemas. Era algo increíble. Mamá y Leif charlaban animadamente. Era obvio que él tenía el don de hacerla reír.

Gracias a las palabras de Anita, empecé a pensar en la bondad de Leif. Porque era verdad que parecía una persona que transmitía buen humor a raudales. Era alguien muy abierto y sincero, algo que había percibido desde el momento en que lo conocí y que me hizo pensar que no sería capaz de mentirme jamás. Entonces se me ocurrió que quizá el superpoder de mi padre era la bondad, la amabilidad y el don de ser feliz. Y consideré que no estaba nada mal.

Comimos en la Playa Roja, donde había mucha menos gente que la vez anterior, supongo que porque ya era septiembre.

Mamá y Leif se remojaron en la orilla, como niños. Nunca la había visto tan relajada, aunque sentí una punzada de tristeza al pensar en lo distinta que habría sido mi infancia si hubieran seguido juntos.



Al día siguiente, en el vuelo de regreso, noté que mamá volvía a encerrarse en sí misma. Lo percibí casi de inmediato en cuanto despegó el avión. Y cuando desembarcamos en Gatwick, donde nos recibió la lluvia, se había convertido de nuevo en la madre amable y eficiente, aunque algo crispada, de toda mi vida.

No habíamos hablado de Leif, quizá porque ambas habíamos dicho ya todo lo que teníamos que decir, y también porque estábamos bastante agotadas emocionalmente. Aun así, me arrepentía de no haber comentado con ella sus planes de futuro aprovechando que estaba más receptiva y relajada. Porque notaba que había vuelto a levantar unos muros infranqueables a su alrededor.

No dejé de darle vueltas al asunto en todo el camino, ni cuando llegamos al piso de mamá en Margate, ni de madrugada, cuando aún arreciaba la lluvia.

Al final, mientras desayunábamos, decidí que una de las dos tendría que hacer el esfuerzo de mantener abiertos los canales de comunicación, y que esa persona habría de ser yo.

—Mamá —le dije mientras tomaba un sorbo de té—. Necesito que hablemos.

—¿Ah, sí? ¿De qué?

—De Leif. De vosotros dos y de lo que pasará ahora.

—De acuerdo —asintió con un tono de fingida alegría—. ¿Y qué quieres decirme?

Me di cuenta de que era una actitud totalmente impostada, como si fuera una mala actriz sobre el escenario. Sin embargo, esa versión de ella me resultaba muy familiar y me di cuenta de que era el mismo papel que había interpretado a lo largo de casi toda mi infancia, el papel de una mujer que a pesar de haber perdido al amor de su vida, a pesar de haber renunciado a toda esperanza, había logrado no derrumbarse.

—Mamá, tienes que volver —le pedí. Me miró desconcertada y tuve que insistir—. Tú no eres así, esa faceta que me estás mostrando no es tu verdadero yo.

Percibí el leve temblor de sus labios y su mirada de desconcierto se desvaneció. Había comprendido lo que quería decirle. Se le empañaron los ojos, cerró un puño y se lo llevó a la boca. Apartó la mirada y la deslizó por el techo y los rincones de la cocina.

—Tú le quieres —proseguí—. Él también te quiere. Entonces, ¿qué piensas hacer al respecto?

—No lo sé —susurró, sin atreverse a mirarme—. No sé qué hacer.

—Lo primero, solucionar el tema del papeleo, que te llevará una semana; luego, reservar el billete de avión. Al menos eso es lo que él cree que vas a hacer.

—Pero ahora todo eso queda muy lejos —objetó con voz temblorosa—. Es como si fuera un sueño que no puede hacerse realidad. ¿Qué pasará con mi vida aquí? ¿Qué hago con ella?

—¿A qué vida te refieres? —le pregunté—. ¿Al piso? ¿A la oficina de desempleo? ¿A la calle principal de Margate, un desierto lleno de locales cerrados?

—Estás tú. Tú sigues aquí.

—¿Yo? —pregunté entre risas—. Yo estoy bien. Soy una mujer adulta. Ahora tengo que encontrar trabajo donde sea para seguir adelante con mi vida. Y me da igual dónde estés, lo único que quiero es que seas feliz. No te das cuenta de lo feliz que eras en Santorini, mamá. Nunca te había visto tan radiante.

Entonces rompió a llorar, así que me acerqué a ella, me arrodillé a su lado y la abracé.

—Creo que tengo miedo —murmuró entre sollozos—. Es una tontería, pero me da miedo la incertidumbre de volver a convertirme en esa persona.

—¿A qué persona te refieres? ¿Quién te da miedo?

Se encogió de hombros.

—Esa mujer que cree que todo es posible —dijo entre lágrimas, pero con voz firme—. Esa

mujer que no renuncia a la esperanza. Porque no te imaginas el dolor que se siente cuando te la arrebatan. Creo que no podría volver a soportarlo.



Después de insistir un poco por mi parte, y mucho por parte de Leif, mamá tomó un avión a finales de octubre.

Él había alquilado una casa para los dos en la costa, en algún lugar al norte de Oia, y le enviaba dos o tres fotografías al día por teléfono, siempre acompañadas de la misma frase: «¡Ven! Te estoy esperando».

Ahora estamos a finales de noviembre y aquí sigue lloviendo a cántaros.

Mamá y yo hablamos por teléfono una vez a la semana. Ha recuperado su voz normal. Bueno, la que ahora es normal. Esa voz de una mujer relajada, divertida y sincera que apenas conocí a lo largo de mi infancia.

Parece perdidamente enamorada de Leif, y también de Santorini. Hasta ha empezado a estudiar griego. Quién lo iba a decir...

¿Y yo? Bueno, tengo un trabajo a media jornada en una tienda de *cupcakes* en el centro de Margate, que se ha convertido en un lugar hípster. El sueldo no me da para vivir y he tenido que echar mano del dinero que me dejó la abuela, pero supongo que de momento no está mal.

He recuperado el contacto con un par de amigas del instituto y también he conocido a gente nueva, así que las noches y los fines de semana pasan rápido.

Aún no he encontrado mi lugar, pero no me agobio. Tal y como me ha demostrado mamá, es algo que lleva su tiempo.

Ha sido un verano muy intenso y lo único que me apetece en estos momentos es recuperar la calma; ya veremos qué pasa luego. Al menos eso pienso ahora.

De vez en cuando recibo algún mensaje de WhatsApp de Baruch y hemos quedado en vernos en Atenas en diciembre, ya que iré a pasar la Navidad a Santorini. Así que, ¿quién sabe? Quizá sea él mi destino. Todo es posible.

En cuanto a «papá»... Bueno, aún no me he acostumbrado a esa palabra, pero cada vez me resulta menos extraña. Y a medida que avanzo en este sentido, tengo la sensación de que los cimientos de mi vida son más sólidos. Es como si después de vivir una infancia obligada a estar a la pata coja, ahora pudiera apoyarme en ambos pies. Y sé que en este momento también cuento con sus firmes hombros si necesito ayuda.

Es difícil de explicar, pero diría que ha aportado solidez a mi vida. Creo que ahora me siento un poco más segura de quién soy. Ha abierto un abanico de opciones ante mí.

Quizá no vaya a convertirme en la madre crispada y nerviosa con la que me crie. Quizá pueda ser una mujer más relajada y abierta, como lo es mamá ahora. Quizá llegue a descubrir, si me esfuerzo, que he heredado el superpoder de mi padre y me convierta en una persona bondadosa, tranquila, con ganas de ayudar a los demás. Y quizá acabe siendo una influencia positiva, capaz de mejorar la vida de los amigos que haga con los años.

Creo que sería una herencia fantástica, ¿verdad?

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Carole por hacerme pensar en el amor cuando estaba en Santorini. ¡Esta novela nació, aunque de forma algo indirecta, de la conversación que tuvimos ahí!

Gracias a Rosemary; sin tus ánimos infatigables no podría acabar nada y sin tu amistad el mundo sería un lugar mucho más oscuro.

Gracias a Lolo por ser la piedra angular de mi vida y por hablar de estas historias conmigo antes de que cobren vida en papel.

Gracias a Apple por fabricar unas herramientas de trabajo tan fiables. Gracias a toda la gente de Amazon por el esfuerzo que han dedicado a esta novela y por permitir que los escritores podamos ganarnos otra vez la vida con nuestro oficio. Y para acabar, muchas gracias a todos mis lectores por seguirme y por el gran entusiasmo que muestran con cada nuevo proyecto: hacéis que todo esto valga la pena.